

MADRID
BIBLIOTECA

MADRID
BIBLIOTECA

A

LMANAOQUE

DE LA

Illustration

1884

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1892

ESCRITO POR LOS SEÑORES

*BALART (D. Federico), BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), BUSTILLO (D. Eduardo), CAMPILLO (D. Narciso),
CASTELAR (D. Emilio), CASTRO Y SERRANO (D. José de), CAVESTANY (D. Juan Antonio), DÍAZ DE ESCOVAR (D. Narciso), FABRA (D. Nilo María),
FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FLAVIO, FRONTEIRA (D. Carlos), GUTIÉRREZ (D. Miguel), JACKSON VEYAN (D. José), LANDERER (D. José J.),
LÓPEZ GUIJARRO (D. Salvador), MARTÍNEZ DE VELASCO (D. Eusebio), MÁS Y PRAT (D. Benito), NAVARRETE (D. Ramón),
ORTIZ DE PINEDO (D. M.), PALACIO (D. Manuel del), PAZ (D. Abdón de), PICÓN (D. Jacinto Octavio), RAM DE VIU (D. Luis), REINA (D. Manuel)
SABANDO (D. Julián Manuel), SÁNCHEZ PÉREZ (D. Antonio), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), THEBUSSEM (El Doctor),
URRECHA (D. Federico), VELARDE (D. José), VIDART (D. Luis).*

AÑO XIX



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1891

LA ILUSTRACION

REVISTA DE LA ILUSTRACION

1895

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL



TEXTO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5	El sobrino de López, por D. A. Sánchez Pérez.....	82
Año astronómico, por D. M. V.....	5	El adelantado Hernando de Soto, por D. Luis Vidart.	85
Santoral.....	6	La lección de astronomía, poesías, por D. Benito Más y Prat.....	96
Historia del mundo contada por un cuervo, por don Julián Manuel de Sabando.....	11	El peor consejero, por D. Jacinto Octavio Picón....	97
Un monumento nacional, por D. Eusebio Martínez de Velasco.....	14	Martirologio, poesía, por D. José Jackson Veyan...	112
El beso roto, poesía, por D. Luis Ram de Viu, Barón de Hervés.....	21	Pillos y silbantes, por D. José Fernández Bremón..	113
Un drama de familia, por D. Ramón de Navarrete..	22	Fragmentos del Ramayana, poesía, por D. José Velarde.....	120
El mejor guía, poesía, por D. Juan Antonio Cavestany.....	28	El valor, ó los tres valientes, cuento, por D. Narciso Campillo.....	124
Novelsca, por D. Eduardo Bustillo.....	32	El bien y el mal, poesía, por D. Abdón de Paz.....	132
El caso de Pejenaute, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	39	En el abanico negro de C. S., poesía, por D. M. Gutiérrez.....	134
Varias poesías, por D. Manuel Reina.....	50	Rimas (de un libro inédito), por D. Ricardo Sepúlveda.....	134
El cielo en 1892, por D. José J. Landerer.....	54	Percheleras, poesías, por D. Narciso Díaz de Escovar.	134
La invención del vino, en las artes y en la industria, por D. Emilio Castelar.....	58	De un libro inédito, poesía, por D. Manuel Ortiz de Pinedo.....	134
Homenaje, poesía, por D. Salvador López Guijarro.	66	La belleza ideal, poesía, por D. Nilo María Fabra. . .	134
El hilo eléctrico, por Flavio.....	69	Noche de boda, por D. Carlos Frontaura.....	135
Nochebuena á bordo, por D. Federico Urrecha.....	73	Navegando, poesía, por D. Manuel del Palacio.	139
Preludio, poesía, por D. Federico Balart.....	75	El Padre Coloma, por D. José de Castro y Serrano..	141
Baila-Bonita, por el doctor Thebussem.....	77		



GRABADOS



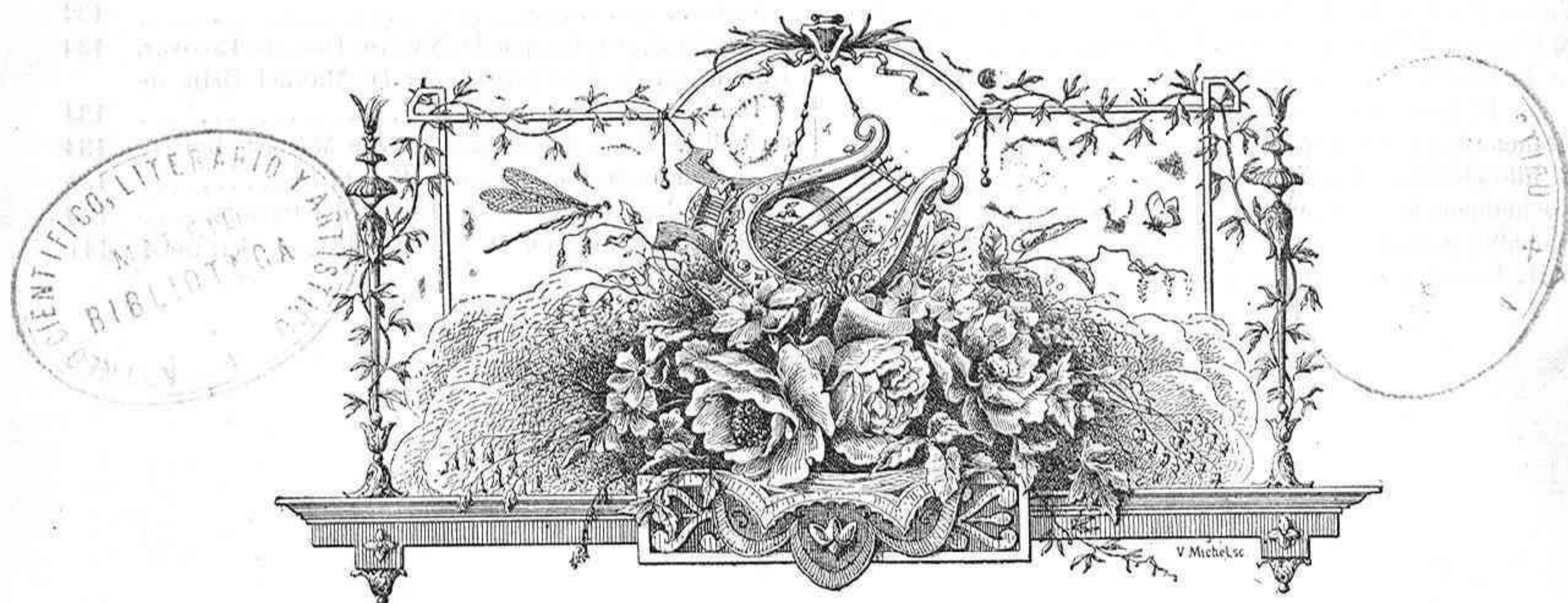
	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Labradora de Capri, cuadro de G. Papperitz.....	10	Zalemas.....	27
En la laguna de Venecia, cuadro de Luis Steffani..	17	Momento crítico, cuadro de H. E. Pohle.....	31
Bulam.—El Puerto de Beaver.....	20	Retrato de Mad. B. d'A., por Rixens.....	34
La confidencia, cuadro de Meissonier.....	23	Un aguinaldo original, cuadro de Reichert.....	35
París.—Hotel del boulevard Malesherbes que habitaba Meissonier.....	23	El invierno en 1891.—Paseo sobre el Sena en París.	41
		Los huérfanos, por Ch. Schwartz.....	45

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
Ilustración de la poesía «El campanario de mi aldea», dibujo de Picolo.....	51	La vuelta á bordo, cuadro de G. Bouguereau.....	104
Ilustración de la poesía «La diosa de la bacanal», dibujo de Picolo.....	53	La música, pintura alegórica, por Pradilla.....	109
Acorazado chileno «Presidente Errazúriz».....	57	Pensando en él, estudio original, por J. Llovera....	114
¿Qué le diré?... por J. R. Wehle.....	61	Roma.—El Vaticano.—Plaza de la Zecca.....	119
Guinea portuguesa.—La calle principal de Cachéo..	65	Familia feliz.... á la hora del desayuno, cuadro de C. Reichert.....	123
Londres.—Palacio del Parlamento.....	68	Meissonier.—El hombre y el artista en distintas épocas de su vida.....	128
Ilustraciones del artículo «El hilo eléctrico» 69, 70, 71,	72	Recuerdos del baile, por Schweningen.....	133
Soirée musical, por Horace de Callias.....	76	¡Presumida! cuadro de A. L. Halmi.....	136
Un asalto final de siglo, por A. Stamer.....	79	Ilustraciones de la poesía «Navegando», dibujos de Picolo.....	139
La sabiduría, por Gaggini.....	81	Retrato del Padre Coloma.....	140
El adelantado Hernando de Soto.....	84		
Al entierro, cuadro de D. Francisco Pradilla.....	88	VIÑETAS VARIAS: 11, 14, 21, 22, 26, 28, 32, 36, 38, 39,	
Juguete peligroso, cuadro de G. Reichert.....	92	43, 48, 50, 54, 55, 66, 73, 74, 75, 82, 95, 96, 101, 102,	
Catástrofe terrible, cuadro de G. Reichert.....	93	111, 112, 113, 115, 120, 122, 132, 142.	
Inspiración, cuadro de R. Heyn.....	98		

CROMOTIPOGRABADOS

EN FAMILIA, por Mlle. Breslau.—TALLER DE MEISSONIER, por Breteigner.—FIVE O'CLOCK por Mad. Madeleine Lambert.

BANQUETE INTERRUMPIDO, por Lambert.





ALMAQUETE DE LA ILUSTRACION Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

ALMAQUETE DE LA ILUSTRACION Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA



Almanaque de La Ilustración Española.

Chromotypographie & Imprimerie Bousod, Valadon & Cie.

« EN FAMILIA »

POR M^{lle} BRESLAU.

ALMAQUETE DE LA ILUSTRACION Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

ALMAQUETE DE LA ILUSTRACION Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número.	12	Indicación romana.	5
Epacta.	I	Letra dominical.	c b
Ciclo solar.	25	Letra del martirologio romano.	a

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	17 de Enero.
Septuagésima.	14 de Febrero.
Sexagésima.	21 de Febrero.
Quincuagésima.	28 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	2 de Marzo.
Pascua de Resurrección.	17 de Abril.
Patrocinio de San José.	8 de Mayo.
Letanías.	23, 24 y 25 de Mayo.
Ascensión del Señor.	26 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	5 de Junio.
La Santísima Trinidad.	12 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	16 de Junio.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	24
Sacratísimo Corazón de Jesús.	24 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	26 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	3 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	21 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	2 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	13 de Noviembre.
Adviento.	27 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I. — El 9, 11 y 12 de Marzo.	III. — El 21, 23 y 24 de Septiembre.
II. — El 8, 10 y 11 de Junio.	IV. — El 14, 16 y 17 de Diciembre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de Pentecostés (con abstinencia de carne).
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Témperas.
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne).
 Vigilia de Santiago Apóstol.
 Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne).
 Vigilia de Todos los Santos.
 Vigilia de Navidad (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 13, 14, 15 y 16 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y, durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 25 de Abril, y se cierran respectivamente el 1.º de Marzo y el 26 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 14 de Febrero; el 8, 19, 20 y 27 de Marzo; el 8, 9 y 20 de Abril, y el 9 y 11 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS QUE DEBEN INSERTARSE EN LOS CALENDARIOS DE CASTILLA LA NUEVA correspondientes al año bisiesto 1892.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. 40° 24' 30" N.
 Longitud. 0^h 10^m 4^s,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

20 de Enero, en Acuario.	22 de Julio, en Leo.—Cancícula.
19 de Febrero, en Piscis.	22 de Agosto, en Virgo.
20 de Marzo, en Aries.—Primavera.	22 de Septiembre, en Libra.—Otoño.
19 de Abril, en Tauro.	22 de Octubre, en Escorpio.
20 de Mayo, en Géminis.	21 de Noviembre, en Sagitario.
20 de Junio, en Cáncer.—Estío.	21 de Dic., en Capricornio.—Invierno.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 3 h. y 7 m. de la mañana.
 ESTÍO. — Entra el 20 de Junio á las 11 h. y 8 m. de la noche.
 OTOÑO. — Entra el 22 de Septiembre á la 1 h. y 44 m. de la tarde.
 INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 8 h. y 4 m. de la mañana.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

ABRIL 26. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á las 7 h. 21,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 178° 30' al O. de San Fernando, y latitud 57° 26' S.
 El eclipse central principia en la Tierra á 8 h. 43,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 142° 23' al O. de San Fernando, y latitud 75° 58' S.
 El eclipse central á mediodía sucede á 8 h. 48,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 132° 46' al O. de San Fernando, y latitud 64° 9' S.
 El eclipse central termina en la Tierra á 10 h. 17,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 75° 40' al O. de San Fernando, y latitud 36° 55' S.
 El eclipse termina en la Tierra á 11 h. 39,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 88° 1' al O. de San Fernando, y latitud 10° 28' S.
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América Meridional, y en parte del Océano Pacífico.
 MAYO 11. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 8 h. 56 m. de la noche.
 Medio del eclipse á las 10 h. y 39 m. de idem.
 Fin del eclipse á las 12 h. y 22 m. de idem.
 El principio de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en casi toda el Asia y en gran parte de la Australia y de la América Meridional, en gran parte del Océano Atlántico, en el Indico y en casi todo el mar Polar Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en una pe.

queña parte de Asia, en la América Meridional y en parte de la Septentrional, en el Océano Atlántico, en gran parte del Indico, en parte del Pacífico y en casi todo el mar Polar Antártico.
 Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boral del limbo 0,953: tomando como unidad el diámetro de la Luna.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 82° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 41° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).
 OCTUBRE 20. *Eclipse parcial de sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra, á 3 h. 50,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 127° 10' al O. de San Fernando, y latitud 65° 25' N.
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra, á 6 h. 11,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 26° 57' al O. de S. Fernando y latitud 61° 34' N.
 El eclipse termina en la Tierra á 8 h. 32, m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 44° 39' al O. de San Fernando, y latitud 14° 2' N.
 Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,908: tomando como unidad el diámetro del Sol.
 Este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en parte de la Meridional y del Océano Atlántico.
 NOVIEMBRE 4. *Eclipse total de Luna*, en parte visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 1 h. y 54 m. de la tarde.
 Principio del eclipse total á las 3 h. y 8 m. de la idem.
 Medio del eclipse á las 3 h. y 30 m. de idem.
 Fin del eclipse total á las 3 h. y 52 m. de idem.
 Fin del eclipse á las 5 h. y 6 m. de idem.
 El principio de este eclipse será visible en parte de Europa y de la América Septentrional, en el Asia, en la Australia, en el Estrecho de Behring, en casi todo el Océano Pacífico, en gran parte del Indico y del mar Polar Artico, y en una pequeña parte del Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en toda Europa y Asia, en casi toda el Africa, en la Australia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en el Estrecho de Behring, en el Océano Indico, en parte del Pacífico, en casi todo el mar Polar Artico y en pequeña parte del Antártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 89° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 42° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).
 En Madrid la Luna sale eclipsada á las 4 h. 50 m. de la tarde.



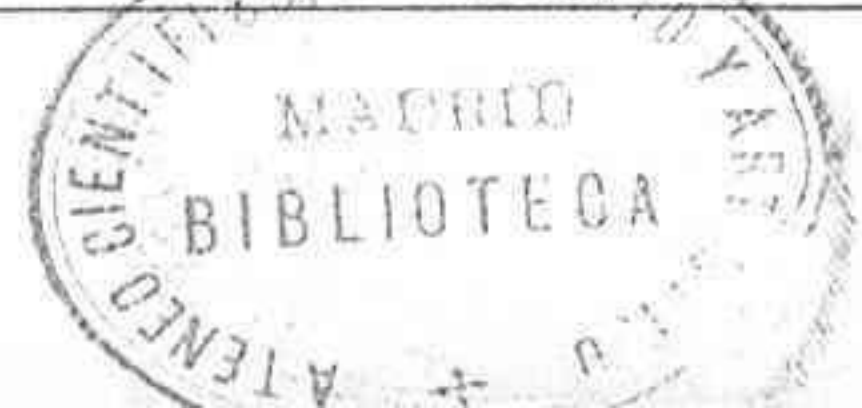
ALMANAQUE PARA EL AÑO 1892.

OTOS del Sol.		ENENERO.		OTOS del Sol.		FEBRERO.		OTOS del Sol.	
H. M.	Ocasos	H. M.	Ocasos	H. M.	Ocasos	H. M.	Ocasos	H. M.	Ocasos
7.23	1	Vier. <i>Fiesta.</i> LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45	7.10	1	Lun. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19		
7.23	2	Sáb. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	2	Mart. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo <i>La Candelaria</i>) y san Cornelio Centurión, obispo.	5.20		
7.24	3	Dom. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46	7.08	3	Miérc. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Longobardo.	5.21		
7.24	4	Lun. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros, mártires.	4.47	7.07	4	Juev. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22		
7.24	5	Mart. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeón Stilita.	4.48	7.06	5	Vier. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23		
7.24	6	Miérc. <i>Fiesta.</i> LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49						
		☾ Cuarto creciente, á las 12 y 57 m. de la noche, en <i>Aries</i> .				☾ Cuarto creciente, á las 9 y 24 m. de la mañana, en <i>Tauro</i> .			
7.24	7	Juev. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones.</i>	4.50	7.05	6	Sáb. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25		
7.23	8	Vier. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	7.04	7	Dom. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26		
7.23	9	Sáb. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilia, virgen.	4.52	7.03	8	Lun. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27		
7.23	10	Dom. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaranete, confesor.	4.53	7.01	9	Mart. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28		
7.23	11	Lun. San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.00	10	Miérc. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29		
7.22	12	Mart. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de León.	4.55	6.59	11	Juev. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de Maria, fundadores.	5.31		
7.22	13	Miérc. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.58	12	Vier. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32		
7.22	14	Juev. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57						
		☉ Luna llena, á las 3 y 12 m. de la mañana, en <i>Cáncer</i> .				☉ Luna llena, á las 7 y 23 m. de la noche, en <i>Leo</i> .			
7.22	15	Vier. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.57	13	Sáb. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33		
7.21	16	Sáb. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.55	14	Dom. <i>de Septuagésima.</i> San Valentín, presbítero y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.— <i>Anima.</i>	5.34		
7.21	17	Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, y San Antón, abad.	5.01	6.54	15	Lun. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35		
7.20	18	Lun. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02	6.53	16	Mart. San Julián y 5.000 compañeros, mártires.	5.37		
7.20	19	Mart. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03	6.51	17	Miérc. San Julián de Capadocia, mártir.	5.38		
7.19	20	Miérc. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04	6.50	18	Juev. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5.39		
7.19	21	Juev. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05	6.49	19	Vier. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5.40		
7.18	22	Vier. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.47	20	Sáb. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41		
		☽ Cuarto menguante, á las 3 y 28 m. de la mañana, en <i>Escorpio</i> .				☽ Cuarto menguante, á las 12 de la noche, en <i>Sagitario</i> .			
7.17	23	Sáb. <i>Fiesta.</i> SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08	6.46	21	Dom. <i>de Sexagésima.</i> San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43		
7.17	24	Dom. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.45	22	Lun. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	5.44		
7.16	25	Lun. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.43	23	Mart. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45		
7.15	26	Mart. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.		6.42	24	Miérc. San Modesto, obispo.	5.46		
7.14	27	Miérc. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julián y compañeros, mártires.	5.11	6.40	25	Juev. San Matías, apóstol, San Cesáreo, confesor y el beato Sebastián de Aparicio.	5.47		
7.13	28	Juev. San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y san Valero.	5.12	6.39	26	Vier. San Alejandro, obispo.	5.48		
7.13	29	Vier. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.14	6.37	27	Sáb. San Baldomero, confesor.	5.49		
		☾ Luna nueva, á las 4 y 24 m. de la tarde, en <i>Acuario</i> .		6.36	28	Dom. <i>de Quincuagésima.</i> San Román, abad.	5.50		
7.12	30	Sáb. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16						
7.11	31	Dom. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17	6.35	29	Lun. Santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mártires.	5.51		

MARZO.

6.34	1	Mart. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.— <i>Ciérranse las velaciones.</i>	5.52	6.11	16	Miérc. San Julián de Anazarbo, mártir.	6.08		
6.33	2	Miérc. <i>de Ceniza.</i> San Lucio, obispo.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma.</i>	5.53	6.09	17	Juev. San Patricio, obispo y confesor.	6.09		
6.31	3	Juev. Santos Emeterio y Celedonio, mártires.	5.54	6.07	18	Vier. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10		
6.30	4	Vier. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.	5.55	6.06	19	Sáb. <i>Fiesta.</i> SAN JOSÉ, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.— <i>Anima.</i>	6.11		
6.28	5	Sáb. San Eusebio y compañeros, mártires.	5.56	6.04	20	Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.— <i>Anima.</i> —PRIMAVERA.	6.12		
		☾ Cuarto creciente, á las 7 de la noche, en <i>Géminis</i> .		6.02	21	Lun. San Benito, abad y fundador.	6.13		
6.27	6	Dom. <i>I de Cuaresma.</i> San Víctor y san Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.	5.57						
6.25	7	Lun. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58	6.01	22	Mart. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14		
6.23	8	Mart. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.— <i>Anima.</i>	5.59	5.59	23	Miérc. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15		
6.22	9	Miérc. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	6.00	5.57	24	Juev. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José Maria Tomasi, cardenal.	6.16		
6.20	10	Juev. Santos Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01	5.56	25	Vier. <i>Fiesta.</i> LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas, el Buen Ladrón.	6.17		
6.19	11	Vier. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	6.03	5.54	26	Sáb. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18		
6.17	12	Sáb. San Gregorio Magno, p. y dr.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordenes.</i>	6.04	5.52	27	Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San Ruperto, obispo.— <i>Anima.</i>	6.19		
6.16	13	Dom. <i>II de Cuaresma.</i> San Leandro, San Rodrigo y san Salomón.	6.05	5.51	28	Lun. San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires.	6.20		
		☉ Luna llena, á las 12 y 41 m. del día, en <i>Virgo</i> .				☉ Luna nueva, á la 1 y 3 m. de la tarde, en <i>Aries</i> .			
6.14	14	Lun. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06	5.49	29	Mart. San Eustasio, abad.	6.21		
6.12	15	Mart. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, y santa Leocricia, virgen y mártir.	6.07	5.47	30	Miérc. San Juan Climaco, abad.	6.22		
				5.46	31	Juev. Santa Balbina, virgen, y san Amós, profeta.	6.23		

JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.57	7.14
			7.13
			7.12
4.34	7.34	4.58	7.11
4.34	7.34	4.59	7.10
4.35	7.33	5.00	7.08
4.35	7.33	5.01	7.07
4.36	7.33	5.02	7.06
4.37	7.32	5.03	7.05
4.37	7.32	5.04	7.03
4.38	7.32	5.05	7.02
		5.06	7.01
4.39	7.31	5.07	6.59
4.39	7.31	5.08	6.58
4.40	7.30	5.09	6.57
4.41	7.30	5.10	6.55
4.42	7.29	5.11	6.54
4.42	7.29	5.12	6.52
4.43	7.28	5.13	6.51
		5.14	6.50
4.44	7.27	5.15	6.48
4.45	7.27	5.16	6.47
4.46	7.26	5.17	6.45
4.47	7.25	5.18	6.44
4.47	7.24	5.19	6.42
4.48	7.24	5.20	6.40
		5.21	6.39
4.49	7.23	5.22	6.37
4.50	7.22	5.23	6.36
4.51	7.21	5.24	6.34
4.52	7.20	5.25	6.33
4.53	7.19		
4.54	7.18		
4.55	7.17		
4.56	7.16		
SEPTIEMBRE.			
5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
			5.58
5.32	6.23	5.47	5.56
5.33	6.21	5.48	5.55
5.34	6.20	5.49	5.53
5.35	6.18	5.50	5.51
5.36	6.16	5.51	5.50
5.37	6.15	5.52	5.48
5.38	6.13	5.53	5.46
		5.54	5.45
5.39	6.11	5.55	
5.40	6.10		



ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN.

OCTUBRE.

NOVIEMBRE.

Ocasos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
5.56	1 Sáb. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43	6.29
5.57	2 Dom. Ntra. Sra. del Rosario, los santos Angeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.	5.41	6.31
5.58	3 Lun. San Cándido, mártir, y san Gerardo, abad.	5.40	6.32
5.59	4 Mart. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	5.38	6.33
6.00	5 Miérc. San Plácido y comps., mrs., san Froilán y san Atilano, obs.	5.36	
6.01	6 Juev. San Bruno, fundador de los Cartujos.	5.35	
	☉ Luna llena, á las 5 y 57 m. de la mañana, en <i>Aries</i> .		
6.02	7 Vier. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Cid, abad.	5.33	6.34
6.03	8 Sáb. Santa Brigida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	5.32	6.35
6.04	9 Dom. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mártires.	5.30	6.36
6.05	10 Lun. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	5.29	6.38
6.06	11 Mart. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27	6.39
6.07	12 Miérc. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrinario, cf.	5.25	6.40
	☾ Cuarto menguante, á las 9 y 23 m. de la noche, en <i>Cáncer</i> .		6.41
6.08	13 Juev. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	5.24	6.42
6.09	14 Vier. San Calixto, papa y mártir.	5.22	6.43
6.10	15 Sáb. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de la Descalceaz carmelitana, y patrona de las Españas.	5.21	6.45
6.12	16 Dom. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.19	6.46
6.13	17 Lun. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Maria de Alacoque.	5.18	6.47
6.14	18 Mart. San Lucas, evangelista.	5.16	6.48
6.15	19 Miérc. San Pedro de Alcántara, confesor, patrón de Coria.	5.15	6.49
6.16	20 Juev. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	5.13	6.50
	☾ Luna nueva, á las 6 y 9 m. de la noche, en <i>Libra</i> .		6.52
6.17	21 Vier. San Hilarión, abad, y santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	5.12	6.53
6.18	22 Sáb. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, virgenes y mártires.	5.11	6.54
6.19	23 Dom. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	5.09	6.55
6.20	24 Lun. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	5.08	6.56
6.21	25 Mart. San Crisanto y santa Daria, san Gabino, san Proto, san Jemaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.	5.06	6.57
6.23	26 Miérc. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	5.05	6.58
6.24	27 Juev. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos, mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.	5.04	6.59
6.25	28 Vier. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.		
	☽ Cuarto creciente, á las 9 y 12 m. de la noche, en <i>Acuario</i> .		7.01
6.26	29 Sáb. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.	5.03	7.02
6.27	30 Dom. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Víctorico, mártires, y san Alonso Rodríguez.	5.01	7.03
6.28	31 Lun. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.	5.00	
		4.59	

Ocasos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
4.57	1 Mart. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	6.29	
4.56	2 Miérc. La Conmemoración de los Fieles Difuntos y santa Eustaquia, virgen y mártir.	6.31	
4.55	3 Juev. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y San Ermengol, obispo.	6.32	
4.54	4 Vier. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.	6.33	
	☉ Luna llena, á las 3 y 35 m. de la tarde, en <i>Tauro</i> .		
4.53	5 Sáb. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	6.34	6.34
4.52	6 Dom. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	6.35	6.35
4.51	7 Lun. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	6.36	6.36
4.50	8 Mart. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	6.38	6.38
4.49	9 Miérc. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.	6.39	6.39
4.48	10 Juev. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respiacio y Ninfa, virgen.	6.40	6.40
4.47	11 Vier. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.	6.41	6.41
	☾ Cuarto menguante, á las 9 y 47 m. de la mañana, en <i>Leo</i> .		
4.46	12 Sáb. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá y san Millán, presbítero.	6.42	6.42
4.45	13 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.	6.43	6.43
4.44	14 Lun. San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.	6.45	6.45
4.43	15 Mart. San Leopoldo, confesor.	6.46	6.46
4.43	16 Miérc. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.	6.47	6.47
4.42	17 Juev. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.	6.48	6.48
4.41	18 Vier. La Dedicación de las Basilicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Román.	6.49	6.49
4.40	19 Sáb. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.	6.50	6.50
	☾ Luna nueva, á las 1 y 4 m. de la tarde, en <i>Escorpio</i> .		
4.40	20 Dom. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	6.52	6.52
4.39	21 Lun. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.	6.53	6.53
4.38	22 Mart. Santa Cecilia, virgen y mártir.	6.54	6.54
4.38	23 Miérc. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	6.55	6.55
4.37	24 Juev. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa María, virgenes y mártires de Córdoba.	6.56	6.56
4.37	25 Vier. Santa Catalina, virgen y mártir.	6.57	6.57
4.36	26 Sáb. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandro, obispo y mártir.— <i>Cierranse las velaciones</i> .	6.58	6.58
4.36	27 Dom. I de Adviento. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.	6.59	6.59
	☽ Cuarto creciente, á las 10 y 13 m. de la mañana, en <i>Piscis</i> .		
4.36	28 Lun. San Gregorio III, papa.	7.01	7.01
4.35	29 Mart. San Saturnino, obispo y mártir.	7.02	7.02
4.35	30 Miérc. San Andrés, apóstol.	7.03	7.03

DICIEMBRE.

7.04	1 Juev. Santa Natalia, viuda.	4.35	
7.05	2 Vier. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen.—Ayuno.	4.34	
7.06	3 Sáb. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilária, mártires.—Ayuno.	4.34	
7.07	4 Dom. <i>II de Adviento</i> . Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.	4.34	
	☉ Luna llena, á las 2 y 3 m. de la mad., en <i>Géminis</i> .		
7.08	5 Lun. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	
7.09	6 Mart. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	
7.09	7 Miérc. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	
7.10	8 Juev. <i>Fiesta</i> . LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	
7.11	9 Vier. Santa Leocadia, virgen, patrona de Toledo.—Ayuno.	4.34	
7.12	10 Sáb. La Traslación de la santa Casa de Loreto, san Melquades, papa y mártir, santa Eulalia (ó Olalla) de Mérida, y santa Julia, virgenes y mártires.—Ayuno.	4.34	
7.13	11 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Dámaso, papa.	4.34	
	☾ Cuarto menguante, á las 2 y 15 m. de la mad., en <i>Virgo</i> .		
7.14	12 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	
7.14	13 Mart. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, confesor.	4.35	
7.15	14 Miérc. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridión y san Pompeyo, obispos.— <i>Témpora</i> .—Ayuno.	4.35	
7.16	15 Juev. San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir.		

7.17	16 Vier. San Valentin y compañeros, mártires.— <i>Témpora</i> .—Ayuno.	4.35	
7.17	17 Sáb. San Lázaro, ob. y mr., san Franco de Sena, cfr., y santa Olimpia ó Olimpiades, viuda constantinopolitana.— <i>Témpora</i> .—Ayuno.— <i>Ordenes</i> .	4.35	
7.18	18 Dom. <i>IV de Adviento</i> . La Expectación de Nuestra Señora (vulgo La Virgen de la O).	4.36	
7.19	19 Lun. San Nemesio, mártir.	4.36	
	☉ Luna nueva, á las 7 y 58 m. de la mañana, en <i>Sagitario</i> .		
7.19	20 Mart. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37	
7.20	21 Miérc. Santo Tomás, apóstol.—INVIerno.	4.37	
7.20	22 Juev. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38	
7.21	23 Vier. Santa Victoria, virgen y mártir.—Ayuno.	4.38	
7.21	24 Sáb. San Gregorio, presbítero y mártir.—Ayuno con abstinencia de carne.	4.39	
7.21	25 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39	
7.22	26 Lun. San Esteban, protomártir.	4.40	
	☽ Cuarto creciente, á las 9 y 8 m. de la noche, en <i>Aries</i> .		
7.22	27 Mart. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41	
7.23	28 Miérc. Los santos Inocentes, mártires.	4.41	
7.23	29 Juev. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42	
7.23	30 Vier. La Traslacion del cuerpo de Santiago apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.43	
7.23	31 Sáb. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44	

MADRID
BIBLIOTECA
CIENC. Y ARTIST.

CIENC. Y ARTIST.



LABRADORA DE CAPRI
CUADRO DE G. PAPPERITZ,

CIENC. Y ARTIST.
MADRID
BIBLIOTECA
CIENC. Y ARTIST.

CIENC. Y ARTIST.
MADRID
BIBLIOTECA
CIENC. Y ARTIST.

HISTORIA DEL MUNDO

CONTADA POR UN CUERVO

PRÓLOGO JUSTIFICATIVO



UNIENTOS años vive el cuervo.

Me consta.

Es la vida ordinaria de todo cuervo.

Pero entiéndase bien: de todo cuervo, aun el más intemperante y crapuloso. Observando buena conducta, huyendo de las malas compañías, ó sea las de sus semejantes, no juntándose

con ellos más que en los grandes días de ocasión, es decir, cuando el olfato los convoca y naturalmente reúne para festín al día siguiente de una batalla; viviendo en pareja, como si dijéramos en vida de familia, y retirándose cuando se pone el sol al roble, encina, haya, cedro, chopo ó alcornoque elegido para cuarto de dormir, su vida se prolonga hasta ochocientos años.

Cantando sólo cuando sopla el aire de Levante, y aun eso poco, sin meterse en gorjeos de pasamontañas ni pasavalles, sino con la nota única de su canturía de alto vuelo, adquieren su laringe y pulmones una elasticidad, frescura y firmeza que le predisponen casi para la inmortalidad. Esto puede observarse también en otros pájaros, que sólo cantan cuando sopla para ellos el viento de leva, y de su silencio y de algún cántico oportuno consiguen vivir largo tiempo y muy á gusto en sus jaulas.

La primavera con el aroma de los montes le vivifica; el verano le vigoriza, y el invierno, cuando es tempestuoso, le da, con sus vientos huracanados, una fuerza muscular portentosa. Cuanto más impetuoso es el viento y mayor el empuje con que le azota, zarandea y suspende cabeza abajo, más firme es su adherencia á la rama y más plácido su sueño. Al amanecer, después de una noche de huracán, se encuentra rejuvenecido.

Sobre estas causas y poderosos elementos de existencia, hay uno que contribuye á proporcionar al cuervo longevidad maravillosa, siendo para él verdadero elixir de la vida; la alimentación.

La raza corvina es, por lo general, poco escrupulosa y menos reflexiva para la elección de viandas: no le gustan las ensaladas ni verduras para atenuar los efectos de las carnes crudas, únicas que apetece para el sustento. No es amiga de hojas ni de hierbas, limitándose á ser exclusivamente carnívora, sin experimentar escrúpulos ni pararse en menudencias cuando llega el momento de elegir: no se cuida de si la carne viene de mataznero ó ha entrado por el fielato muerta y sin reconocimiento: donde encuentra ocasión, pica, trincha, tira y engulle.

Hay, sin embargo, cuervos cucos, que, sabiendo lo que les conviene, son gastrónomos, pero no glotones; que atisban la buena coyuntura y no la desaprovechan. Han aprendido y conservan por misteriosa tradición que la antropofagia es inmensamente superior á la hipofagia, á la onofagia y á cuantos manjares puede suministrar la raza pecuaria en todas sus manifestaciones y más preciados ejemplares.

Del cuerpo humano, y esto lo sabe todo cuervo inteligente, el bello ideal, el *non plus ultra*, es la carne de cogote. Cuervo que atiza media docena de picotazos sacando tajada entré cabeza y espalda, suspende por largos años la acción del tiempo sobre su organismo: es como Cagliostro, que, gracias á su elixir, veía transcurrir los siglos sin pasar de las cuarenta primaveras.

Hay en la historia de esa raza extraordinaria ejemplos de longevidad, que causan verdadero estupor. Rameces III (Sesostris) tenía, heredado de sus ascendientes, los más poderosos Pharaones, un cuervo, verdadera joya de su colección zoológica por ser el único ejemplar de que había noticia y después no se ha visto reproducido. A fuerza de años y de recordar y discurrir se había vuelto blanco, conservando sólo negras las puntas de las alas, lo cual fué causa de que el poderoso monarca, haciendo notar á sus cortesía, nos aquella circunstancia, les dijese: « Quien tuvo y retuvo guardó para la vejez »; que es de donde viene este refrán ahora castellano.

Quiso Rameces saber cuál fuese la edad de aquella ave



transformada, y consultó el caso con sus magos. Sudaron la gota gorda para dar satisfactoria respuesta, y habida atención á la profunda canicie del cuervo, convinieron en que había pasado de los veinte siglos. Sesostris, fiando poco en los magos, llamó á unos hebreos que habían vuelto de su expedición al olor y con el recuerdo de las antiguas ollas. Expúsoles su deseo, examinaron el cuervo blanco, y dijeron al monarca que tenía doble edad que la señalada por los magos; que, por indicios casi seguros, podían afirmar ser el mismísimo que había estado en el arca de Noé, y enviado de explorador, se fué y no volvió; y que ya al entrar en la salvadora nave debía de ser de edad madura, condición aviesa y muy dudosa consecuencia política.

Por lo que pudiera ser, mandó Rameces duplicar las barras de la jaula de oro donde se hallaba el cuervo, para impedir que, siendo blanco, le jugara otra mala pasada, como la que siendo negro había jugado en los días de la inundación por el diluvio.

Los monarcas egipcios habían prolongado la vida del cuervo dándole á comer carne de cogote, para lo cual sacrificaban al esclavo ó magnate en desgracia de más rollizo pescuezo. Eran atroces aquellos Pharaones.

La jaula de oro en que le tenían encerrado era espaciosísima y se hallaba colocada en la plataforma de la torre más alta del palacio; allí se reunían un considerable número de cuervos: nadie atentaba á su seguridad individual ni á su derecho de reunión por temor de que su cogote sirviera de albondiguillas para el blanco. Los visitantes negros se agrupaban ordenadamente en derredor de la jaula, y con la cabeza inclinada y en el más respetuoso silencio escuchaban las maravillosas narraciones del patriarca de las aves al referirles con sencillez y claridad los más estupendos acontecimientos de las edades pasadas. Allí, con aquellas conferencias prolongadas hasta la puesta del sol, se formaban los grandes maestros de la tradición, que había de continuar en la sucesión de los siglos.

Advierto guiños y burlonas sonrisas, y aun se me figura oír alguna carejada de desdén. ¡Un cuervo parlante! ¡hablar los animales!

Poco á poco: asunto es este que merece y aun necesita dilucidarse, por ser esencial en el presente caso: es la base de una historia la más verídica de cuantas hasta hoy se han narrado, y no es cosa de relegarla á la categoría de los mitos é invenciones.

En el tiempo á que me refiero hablaban los animales, y después siguieron hablando: ahí está Esopo que no me dejará mentir; ahí está Phedro, y para citar autoridades modernas, ahí tiene el más descreído á Samaniego é Iriarte, personas formales y muy competentes en lingüística, y en nuestros días á Hartzenbusch: todos han afirmado, bajo su honrada palabra, que hablaban los animales, y lo han afirmado porque lo sabían. ¡Que no hablan los animales! ¿quién habrá dejado de oírlos en muchas ocasiones?

Aun cuando se quiera infundadamente suponer que los fabulistas son zumbones y convencionalmente embusteros, hay un escritor cuya autoridad nadie se ha atrevido ni se atreverá á discutir; que no fué fabulista, sino espíritu de verdad, y se refiere clara, concreta y nominativamente al cuervo: San Agustín. Dirigiéndose á los pecadores que dilatan para el día siguiente su conversión dice: «No imitéis

al cuervo, que va diciendo: *Cras, cras, cras.....* Mañana, mañana, mañana.....»

Oía, pues, el santo á los cuervos pronunciar esa palabra latina, y cuando la pronunciaban era indicio claro y aun señal segura de que sabían y hablaban el latín, lengua de entonces. La razón principal para negar el habla de los animales es la de no entenderse lo que dicen, y no es convincente. Si se presentara un lapón y no se entendiese lo que decía, quizá hubiera quien afirmase que no hablaba: sería un recurso muy cómodo para disculpar nuestra ignorancia, pero no un homenaje á la verdad.

Quede, pues, sentado y habido por inconcuso que hablaba el cuervo blanco y siguieron hablando los cuervos negros, pues diez y ocho siglos después de Sesostris los oía el santo Obispo de Hipona.

Uno de los asiduos concurrentes á las conferencias que acerca de historia y de gramática parda solía dar el venerable cautivo de las orillas del Nilo, vivió todavía catorce siglos, por haber aprovechado las lecciones acerca de lo nutritiva que era la carne de la nuca. Murió desastrosamente, cuando se inauguró la estatua de Pompeyo, de un flechazo disparado por instigación de un angur, furioso á causa de haber graznado á la izquierda, lo cual en los cuervos y en las cornejas era de mal agüero.

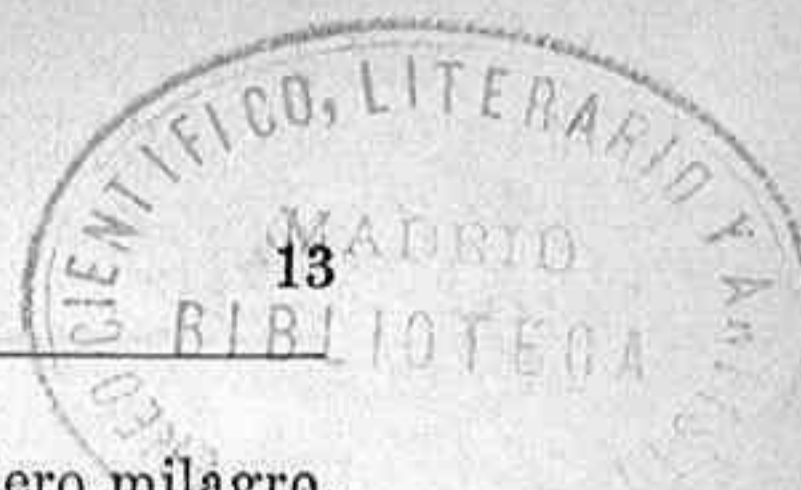
Dejó un aprovechadísimo discípulo, que merced á la con-sabida alimentación alcanzó notable longevidad y murió en el reinado de Alhamar, no sin haber revoloteado antes por encima de los palacios de la Alhambra. El último depositario de las tradiciones del cuervo blanco, que hoy vive en la flor de su juventud, presencié la batalla de las Navas de Tolosa, en cuyos campos dió los primeros picotazos en cogote.

Á semejanza de lo que sucedía en la antigua corte de los Pharaones, reúne en su derredor, como en otro tiempo el cuervo blanco, un considerable número de alumnos, que le escuchan con la misma ávida atención con que escuchó él á su maestro y éste había escuchado á su preceptor. Las conferencias son semanales, y se celebran durante el invierno entre Vilches y Santa Elena, á veces junto al Pino gordo, cerca de Córdoba, y en verano en el Pirineo, á la izquierda de la República de Andorra.

El maestro, español de nacimiento, habla con extraordinaria pureza, aunque á veces emplea palabras y modismos árabes, reminiscencia de sus primeros tiempos. La atención de sus oyentes revela cuán grande es la afición á los estudios históricos y el respeto que inspira, aun á los cuervos, la autoridad de los siglos.

Un *reporter* casi desconocido para los de la prensa periódica, más aficionado á la investigación de la verdad que á la chismografía callejera y de política menuda, discreto como pocos y escurridizo como ninguno, ha conseguido asistir, sin que se advirtiese su presencia, á casi todas las reuniones presididas por el cuervo docente y tomar notas taquigráficas por espacio de más de siete años, durante los cuales ha guardado la más absoluta reserva acerca de sus misteriosas expediciones. Los que advertían sus no explicadas ausencias decían que tenía la cabeza á pájaros; mas hoy disfruta de la satisfacción inmensa de haber dado cima á un trabajo colosal, y prestado á la humanidad el servicio inapreciable de librarla de muchos libretos de novelas, hasta ahora habidos por historias.





El muy entendido escritor que ha tomado á su cargo coleccionar doctrinalmente los millares de cuartillas del *reporter* ha prescindido del tono magistral y autocrático de los historiadores, y sin desdeñar la forma narrativa, ha conservado en gran parte la dialogada y la espontaneidad de las explicaciones que á sus oyentes daba el órgano alado de la tradición. Cautiva y embelesa por su sencillez y naturalidad: no es posible sustraerse al encanto que produce la narración verídica de los más grandes acontecimientos, hasta ahora referidos á manera de consejas de invierno en cocina ó por las más abstrusas teorías.

Sirvan de ejemplo los párrafos siguientes.

Pregunta uno de los discípulos:

«Diga, maestro; ¿es cierto que el mundo es tan antiguo como dicen? Dos señores que iban de caza se sentaron á la sombra de una haya, en lo alto y más frondoso de cuya copa me hallaba yo descansando de una expedición. Arrimaron sus escopetas, sacaron sus fiambres y durante el almuerzo hablaron de la creación. Uno de los dos dijo que era doctor; dijo que el mundo, este nuestro, había sido una nebulosa; que después había habido evoluciones y revoluciones, calores y enfriamientos, gases y cortezas y no se cuántas cosas más; echaba las cuentas por los dedos de la mano, y sacaba centenares de millones de siglos como edad aproximada de este planeta.

—No hagáis caso— contestaba el maestro:—el cuervo blanco decía que su abuelo le había visto sacar de cimientos.

—Otra cosa dijo el Doctor, que me dejó patitieso: dijo que el mono se había perfeccionado hasta convertirse en hombre: ¿es acaso cierto?

—¡Chifladuras, chifladuras! el mono ha estado siempre para monadas y nunca para perfeccionamientos: el mono del Paraíso era más grande que un buey: descendiente de aquel mono por línea recta de monas es el titi: ¿os acordáis de nuestra expedición á la caza de tities? Hubo alguno de los presentes que para un almuerzo se comió cuatro y aun quedó con hambre. He ahí el perfeccionamiento del mono: ni ha podido ni podrá ser otra cosa: lo que hay es que muchos hombres parecen empeñados en ser monos.

—¿Y lo de la torre de Babel?—interrogaba uno de los oyentes en las conferencias relativas á la época postdiluviana.

—Aquello fué gordo—decía amable y bondadosamente el cuervo de la tradición.—Lo que sucede y sucederá en todas las muchedumbres. Habían llegado los expedicionarios á ciertas magníficas llanuras de unos pastos que decían: «comedme.» Aquello era otra inundación de hombres, mujeres y rebaños. Quisieron quedar allí; empezaron á levantar chozas y casas, y el mismísimo demonio les sugirió la idea de construir una torre que llegara al cielo ó poco menos; según el propósito de los unos, en previsión de algún nuevo diluvio; por voluntad de otros, para muestra del poder de aquella ciudad; á juicio de no pocos, para observatorio astronómico; y á propuesta de muchos, para dar conciertos vocales é instrumentales.

Cada día se armaba una marimorena; había chismes y cuentos, riñas de vecindad, camorras y bofetadas por apuestas y por mujeres. Hoy se promovía un disturbio en este barrio, mañana en otro, al día siguiente en media ciudad, después en los prados, en la torre, en todas partes; no se hacía caso de los jefes de tribu; estaba desprestigiado el concejo

y se vivía con tal embolismo por un verdadero milagro.

En tal situación ya insostenible ocurrió un incidente, al parecer de escasa importancia, y fué como la chispa que produce un grande incendio. Trabajaban los de la torre con las reyertas de costumbre, pues unos querían que los ladrillos se colocaran de plano, otros de canto, y no pocos que se construyera á rosca. Acercóse un cacique, creo que contratista de ladrillos; iba muy majo, con una túnica blanca bordada de carmesí, que se llevaba las miradas de todos: no sé qué dijo á los albañiles, y no le entendieron, porque parecía haberse vuelto locos y nadie sabía lo que hablaba: se amoscó el cacique; se amostazaron los obreros, y uno de ellos le tiró un cubo lleno de betún; el cubo no dió en el blanco, pero el betún dió en la blancura de la túnica bordada, dejándola hecha una lástima. Vinieron los del cacique; emprendieron á pedradas con los de arriba; éstos á ladrillazos con los de abajo; arremetieron los unos, resistieron los otros y se armó una de palos de las llamadas de órdago, con un vocerío que atronaba todo el campo y no cesó hasta la noche.

Al día siguiente se reprodujo la pelea, pero ya con bien conocidos propósitos: los estacazos iban á las cabezas de los ricos. Cuando más recio era el combate, se levantó una espantosa gritería: «¡ladrones! ¡que roban! ¡que se los llevan!» Y mientras unos derribaban descalabrados á los dueños de rebaños, otros apaleaban y se llevaban por delante los carneros y ovejas, vacas, camellos, asnos y caballos, ropas y sacos, y en medio de las carreras y confusión de todos, cada cual se fué por su lado con lo que había conseguido atrapar. Y allí dió fin la unidad de la especie humana.

Esta es la verdad de lo ocurrido en aquellas llanuras; decid si entre cuervos ha pasado algo que se le parezca.

—Es decir que los hombres eran.....

—Como siempre: como antes del diluvio.

—¿Y las mujeres?

—Lo mismo; no tenían desperdicio.

Habéis de oír cosas buenas..... todo verdad..... todo nuevo..... Aprenderéis todo....., historia pura, sin ficciones ni fantasías....., todo grano, nada de paja ni faramalla..... Veréis cuánto perdulario entre los que pasan por grandes hombres.....; y cuando os hable de los tiempos modernos, os diré cosas que por no oírlas habéis de salir de pronto en banda, gritando: ¡Cras, cras, cras! ¡Mañana, mañana, mañana!.....

Como se ve, la historia hasta hoy conocida con este nombre se halla amenazada de una catástrofe; no le quedará más autoridad que la que pueden tener entre gente sin coleta los libros de Confucio. Se había escrito con pluma de cuervo y mirando desde el suelo á través del polvo de los siglos y de la niebla de las pasiones; ahora el mismo cuervo, conservando sus plumas, la refiere con pico de oro empavonado, con alto criterio, sin errores de consulta en archivos ni preocupaciones de escuela, después de haber contemplado los acontecimientos á vista de pájaro y transmitiendo fielmente la más exacta é inconcusa tradición.

Todos los historiadores han demostrado su pobreza de espíritu, mirando únicamente á lo que ya pasó: el nuevo historiador, refiriendo lo sucedido, mira siempre á lo porvenir, y cuando remonta su vuelo, va diciendo: «¡Cras, cras, cras! ¡Mañana, mañana, mañana!»

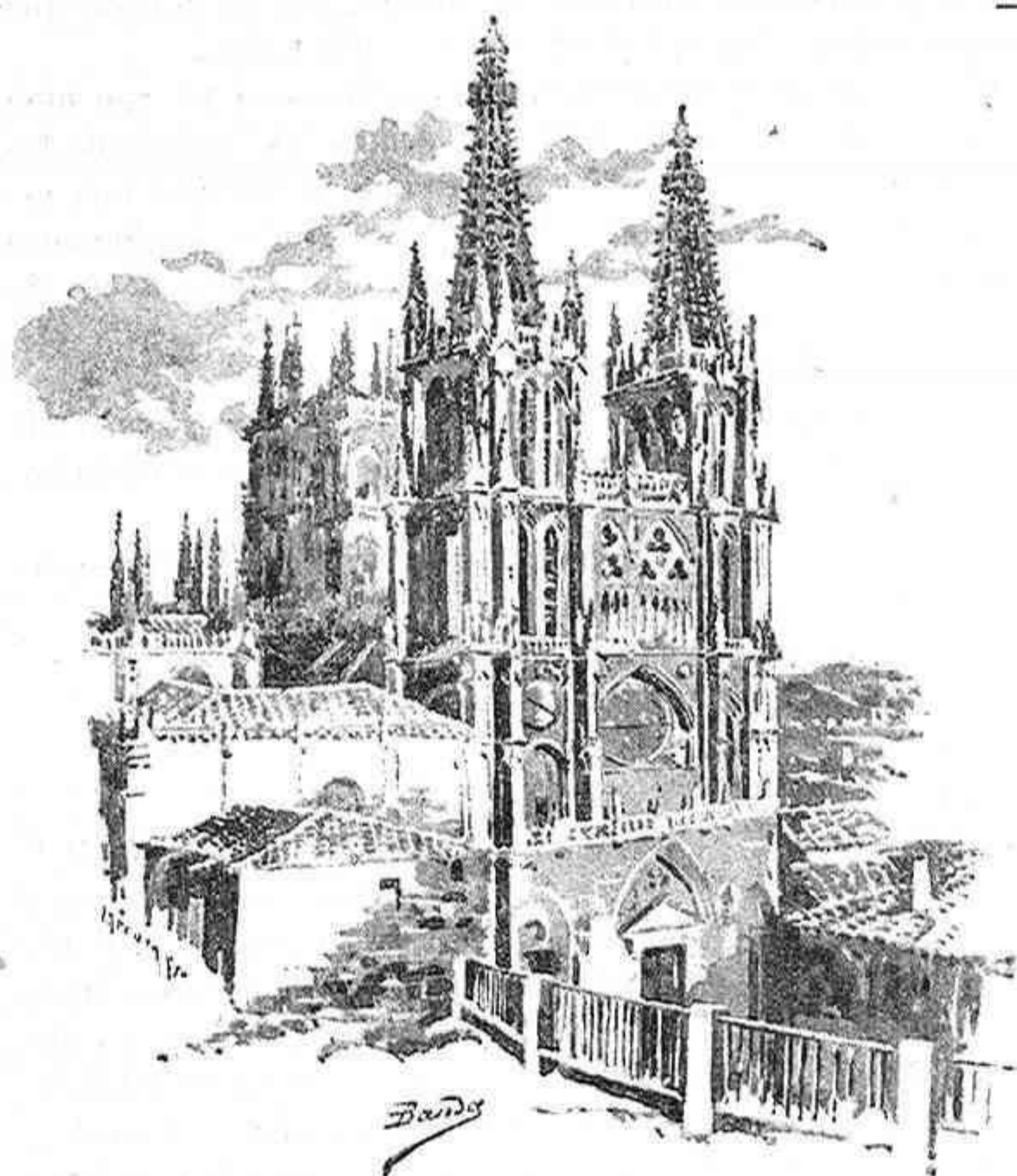
JULIÁN MANUEL DE SABANDO.





UN MONUMENTO NACIONAL

(APUNTES HISTÓRICOS)



I.

El viajero que vaya á Burgos, la antigua y nobilísima *Caput Castellæ*, en un tren descendente por la línea férrea del Norte, si es amante de la historia patria, si cautivan su imaginación los recuerdos gloriosos y las tradiciones nacionales, asómese á la ventanilla del carruaje, dilate la mirada por la vasta llanura que empieza en la histórica villa de Dueñas y no termina hasta las primeras estribaciones de la sierra cantábrica, y observe los numerosos pueblos que desfilan en lontananza, ya entre verde follaje, ya entre densa bruma, señalados en el lejano horizonte por la torre de una iglesia ó por los pardos murallones de un castillo ó palacio de la Edad Media.

A poco de salir de Torquemada, que conserva todavía ruinas célebres, está la hermosa villa de Castrojeriz, fundada

por los romanos, según la tradición, y restaurada por los reyes visigodos, la cual fué testigo de un acto generoso de la insigne D.^a María de Padilla, y donde pasaron los últimos días de su vida la reina D.^a Leonor de Aragón y su nuera D.^a Isabel de Lara, esposa de aquel infante D. Juan que fué ajusticiado ó asesinado en Bilbao, víctimas los tres de la crueldad del rey D. Pedro I.

Cerca de allí se descubre Melgar de Fernamental, cuya fundación se atribuye á una colonia judaica, dos siglos antes de la era cristiana; y cerca también la celtibérica Pampliega, cuyo monasterio de San Vicente, hoy arrasado, fué el postrer retiro del rey Wamba, que allí murió y allí reposaron sus huesos hasta el siglo XIII, y en los enmohecidos brazos de una cruz de hierro que se alza todavía en el sitio de su sepulcro, lo dice la inscripción siguiente: *Hic jacuit Wamba, rex Gothorum.*

Avanzando más hacia la capital castellana, se encuentra, á la derecha, la villa de Lerma, titular del gran privado de Felipe III, el cardenal-duque D. Francisco Gómez de Sandoval, cuyo suntuoso palacio, «de mármoles finos hecho (dice un cronista) y de pinturas hermosas cubiertas sus paredes, ansi parecidas á las del Escorial», se mantiene en pie todavía; y á la izquierda aparecen los pueblos de Celada y Tardajos, donde los regidores y hombres libres de Burgos, presididos por el adelantado mayor de Castilla, Garcilaso de la Vega (1), se atrevieron á pedir al rey D. Pedro, en 1351, «que privase de su confianza, y apartase de su lado, y prohibiese entrar en la ciudad» á su consejero y valido D. Juan Alfonso de Alburquerque.... Y de tal manera atendió el Rey á las súplicas de los *omes buenos* de Burgos, que en el día siguiente, á poco de entrar en la ciudad, puso preso

(1) Este Garcilaso de la Vega era hijo primogénito de otro Garcilaso de la Vega, famoso privado del rey Alfonso XI, *el del Salado*, y el cual fué muerto en Soria, en 1327, por los partidarios del infante D. Juan Manuel, así como su hijo segundo y hasta veintitrés caballeros de su casa y séquito, cuando todos ellos estaban oyendo misa en la iglesia del convento de San Francisco.



en su mismo real alcázar al infeliz Garcilaso, le dió un confesor, y ordenó á sus verdugos que le matasen con golpes de maza y arrojasen á la plaza el destrozado cadáver, el cual pisotearon los toros que en ella lidiaba el buen pueblo burgalés para festejar la feliz llegada de aquel monstruo coronado (1), hijo, por cierto, de Burgos (2).

Atraviesa en seguida la humeante locomotora por el fértil valle de Canillejas, tuerce por la curva del monte de Estepar, aparece en la altura de San Mamés, y ante la mirada del viajero se presenta súbitamente la pintoresca vega de Burgos, partida por el claro y sosegado Arlanzón: á lo lejos, las maravillosas *agujas* de la catedral, «que parecen, cuando los rayos del sol poniente atraviesan sus calados, colosales pirámides de piedra que flotan sueltas en el espacio»; á la izquierda, en lo alto, el castillo, el arruinado alcázar, los tristes restos del palacio de los condes y los reyes castellanos, aquel palacio que, según el cronista Ayala, «estaba labrado é artesonado como cosa de maravilla, ca non parece fecho por mano de omes mortales»; más acá, ciñendo por completo la antigua ciudad, encerrándola entre el arco de Santa María y la puerta mudéjar de San Martín, y bajando luego por el histórico barrio de San Esteban hasta el demolido postigo de Margarita, y las puertas de Santander y San Lesmes, la alta y recia muralla que empezó á edificar en el siglo IX el conde Diego Porcelos y concluyó el «noble rey» D. Enrique III *el Doliente*, «y esto fué (según reza la inscripción de una vieja lápida empotrada en el lienzo del paseo de los Cubos) era MCCCXXXIII annos», ó sea el año 1395.

Y cuando el viajero ha llegado á la insigne *Coput Castellæ*, su primer paseo por la población se dirige, seguramente, á la plaza de Santa María, para contemplar de cerca aquellas afiligranadas *agujas* que vió desde la ventanilla del carruaje al salir el tren de la curva de Estepar á las alturas de San Mamés; y aunque no intento describirlas, porque son bien conocidas de las personas ilustradas de España y del extranjero, paréceme oportuno fijar con exactitud la fecha de su construcción y los nombres del ilustre prelado que las costeó y del gran artista «á quien la tradición constante atribuye esta obra maravillosa».

A mediados del siglo XV era obispo de Burgos el famoso D. Alfonso de Cartagena, teólogo eminente, historiador y poeta, rival de D. Alvaro de Luna, competidor de Bruno de Arezzo en el Concilio de Basilea; aquél de quien dijo, según es fama, el Papa Eugenio III «que era el más digno de sentarse en la Silla de San Pedro», y á cuya buena memoria dedicó su esclarecido coetáneo el cronista Fernán Pérez de Guzmán las siguientes *Coplas*:

«Aquel Séneca espiró
.....
La facundia y alto estilo
De España con él murió.
.....
La moral sabiduría,
Las leyes y los decretos,
Los naturales secretos
De la alta Filosofía,

(1) El hecho es indudable, porque le afirman todos los cronistas coetáneos; pero sostienen unos que el real palacio estaba entonces en la plaza del Sarmental, mientras otros, quizá con más verdad, suponen que se alzaba en la plaza Mayor, en el solar que hoy ocupan las casas de Abrantes.

(2) Nació, efectivamente, en Burgos, el día 30 de Agosto de 1339.

La Sacra Theologia,
La dulce arte-oratoria
Toda vivísima historia
Toda sutil poesía,
Hoy perdieron un notable
Et valiente caballero,
Un relator claro et vero,
Un ministro comendable.»

Este obispo D. Alfonso de Cartagena, hijo y sucesor en la sede burgense del famoso D. Pablo de Santamaría (antes judío, *Rabbi Salemoch*), escribe en su libro *Anacephaleosis*: «Las dos torres principales que están en la puerta que llaman Real no fueron empezadas entonces (esto es, cuando se fundó el templo), sino luego, en el año del Señor 1442, doscientos veinte después de haberse comenzado á edificar la iglesia; y en el mismo día, que fué el martes, 18 de Septiembre, Alfonso obispo, segundo de este nombre, que por la divina misericordia ocupa la sede, empezó la edificación de aquellas torres, obra que hoy, con el divino auxilio, hace continuar» (1).

Hay otro dato indubitable que confirma ese texto del *Anacephaleosis*, y ha sido registrado cuidadosamente por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz, chantre que fué de la iglesia, en su interesante librito *Historia del templo catedral de Burgos*: en el *Libro redondo* del mencionado año 1442 se dice que el «Martes 18 dias de Setiembre anno Domini 1442 fué puesta la primera piedra en las torres que agora se hacen en la iglesia de Santa Maria de Burgos»; y en el tomo LXXIII de los documentos del archivo se lee, en el folio correspondiente al 4 de Septiembre de 1458, que «En este dia se acabaron de facer las torres que están sobre la puerta Real, año del Señor de 1458.»

Añadiré (de acuerdo con dicho historiador) que la tradición, no interrumpida en cuatro siglos, atribuye la traza y la dirección de las obras, de ambas torres, al *maestre* Juan de Colonia, á quien el obispo Alfonso de Cartagena, cuando regresaba del concilio de Basilea, hizo venir de Alemania para el objeto: ese gran artista, primero de la gloriosa dinastía de su nombre, fué vecino de Burgos por espacio de muchos años; allí casó con María Fernánlez, en la que tuvo seis hijos, siendo los dos mayores Simón y Diego, arquitectos; era maestro mayor de las obras de la catedral en 1449, y construyó las *agujas* ó torres de la puerta Real y la suntuosa capilla de la Concepción (2); trazó el plan de la famosa cartuja de Miraflores, y murió de avanzada edad en 1480.

Estos hechos son rigurosamente exactos, probados con documentos incontestables.

II.

Y aquí se me presenta ocasión de cumplir una promesa que tengo hecha á los lectores de *La Ilustración Española*

(1) Véase el texto latino del *Anacephaleosis*: «*Turres duo principales que sunt in porta quam vocant Regiam non fuerunt tunc ex toto factæ, sed post, anno Domini millesimo quadragesimo quadragesimo secundo, ducentis viginti post quam incepta fuerat edificari ecclesia. In eadum fere die capit continuare edificium illarum turrium Alphonsus episcopus, hujus nominis secundus, qui hodie per divinam misericordiam sedet, et cum divino auxilio opus hoc facit continuare.*»

(2) No la capilla de la Visitación, como dijo (sin duda por error material) el mencionado autor del librito *Historia del templo Catedral de Burgos* Dr. Martínez Sanz.



y Americana, con motivo de cierta afirmación absoluta, pero gratuita, del sabio arqueólogo francés Luis Gonse, autor de la magnífica obra *L'Art Gothique*, que ha sido publicada como lujoso libro de *etrennes* por la casa editorial de A. Quantin, de París, en Diciembre de 1890.

En esa preciosa obra, que consta de 500 páginas (gran folio), M. Gonse, no solamente lleva hasta la exageración su empeño en demostrar que el *arte gótico* (así llama al *arte ojival*) «es arte francés, radicalmente francés, en su esencia, en su origen y en su desenvolvimiento», sino que en las *siete líneas* (ni una más) que dedica á nuestras grandiosas catedrales de León, Burgos y Toledo, dice terminantemente que éstas fueron «levantadas por maestros laicos enviados de Francia», y que ostentan *estilo gótico francés*.

La primera piedra de la catedral de Burgos fué colocada por el rey D. Fernando III y el obispo D. Mauricio en el día 20 de Julio de 1221 (1); no hay memoria de ningún maestro de las obras anterior al maestro Enrique (á la vez maestro de la catedral de León), y de él sólo se sabe que era castellano y vecino de Burgos, donde murió de avanzada edad en 10 de Julio 1277 (2); y el segundo maestro se llamó Don (*sic*) Juan Pérez, apellido muy castellano, y estuvo casado con Doña (*sic*) Marina Martínez, apellido tan castellano como el de su esposo, y así reza el epitafio del sepulcro de este maestro, que dirigió las obras por espacio de diez y nueve años, y cuyos restos mortales descansan en el claustro bajo de la Catedral: *Aquí : iace : Don : John : Perez : maestro : que : fué : de la obra : de : Sancta : maria : de : Burgos : que : Dios : perdone : amen : que : fino : sabado : dia : de : Sancta : Maria : de : Setiembre : era : de : MiLL : et : CCC : et : XXXVIII : annos (ó sea el año 1296) : et : su : mugier : Donna : marina : martinez : que fué : Dios : los : perdone : amen.*

Teniendo presente que en dicho año 1296 la obra general del templo debía de estar muy adelantada, pues comenzaron á celebrarse los oficios divinos en la nueva iglesia en el año 1230, es decir, nueve después de colocada la primera piedra, y recordando que los tres maestros sucesores de aquéllos, hasta el insigne Juan de Colonia, fueron también castellanos (Pedro Sánchez, Juan Sánchez de la Molina y Martín Fernández), resulta plenamente demostrado que la catedral de Burgos no ha sido «levantada por maestros laicos enviados de Francia» para ostentar en la capital de Castilla «el estilo gótico francés».

Esta gratuita apreciación de M. Gonse no se ocurrió á su compatriota M. Paul Alary, quien describe gallardamente el templo en su obra *Voyage artistique en Espagne*, y con frases de entusiasmo elogia esas grandiosas agujas «que han resistido á los embates del tiempo durante cuatro siglos (dice) por un secreto que sólo podría revelar el genio del artista que las ha arrojado hacia el cielo como una sublime plegaria.»

(1) Nota del *Calendario* viejo de la Catedral en el día 20 de Julio: *Festo B. Margarithæ incepit dominus Maurilius episcopus burgensis fabricam ecclesiæ, burgensis era MCCLVIII, ó sea año 1221.*—Otra nota: *Primus lapis ponitur..... XX die mensis Julii era millessima ducentessima quinquagesima nona, die Sancte Margarithæ.*—Martinez y Sanz, loc cit.

(2) Nota del *Calendario* viejo: *VI idus Julii obierunt Dompnus Enricus magister operis burgensis ecclesiæ et filia ejus Helisabet, era MCCCXV, ó sea día 10 de Julio de 1277.*

III.

Y contestado ya el autor de *L'Art Gothique*, invito al lector á entrar en la iglesia por esa puerta Real ó de Santa María, y no podrá reprimir una exclamación de asombro al mirar desde allí la altísima nave principal y el incomparable crucero.

Recuerdo haber oído á mi buen padre, que fué arquitecto titular del Ayuntamiento y de la diócesis de Burgos, que un célebre prelado, á quien acompañaba en su primera visita á la catedral, pronunció estas frases al contemplar aquella grandiosa perspectiva: «Sólo el Papa en la basilica de San Pedro tiene una vista como ésta.»

Grandiosa perspectiva, sí, que no se puede describir: la mirada abarca toda la nave mayor ó Real, el maravilloso crucero y gran parte del magnífico retablo del altar mayor, que tiene por basamento, dicho sea de paso, el sepulcro, entre otros, de aquel traidor y cruel infante D. Juan que mandó matar al hijo de D. Alonso Pérez de Guzmán ante los muros de Tarifa, y que más tarde murió con gloria en la Vega de Granada.

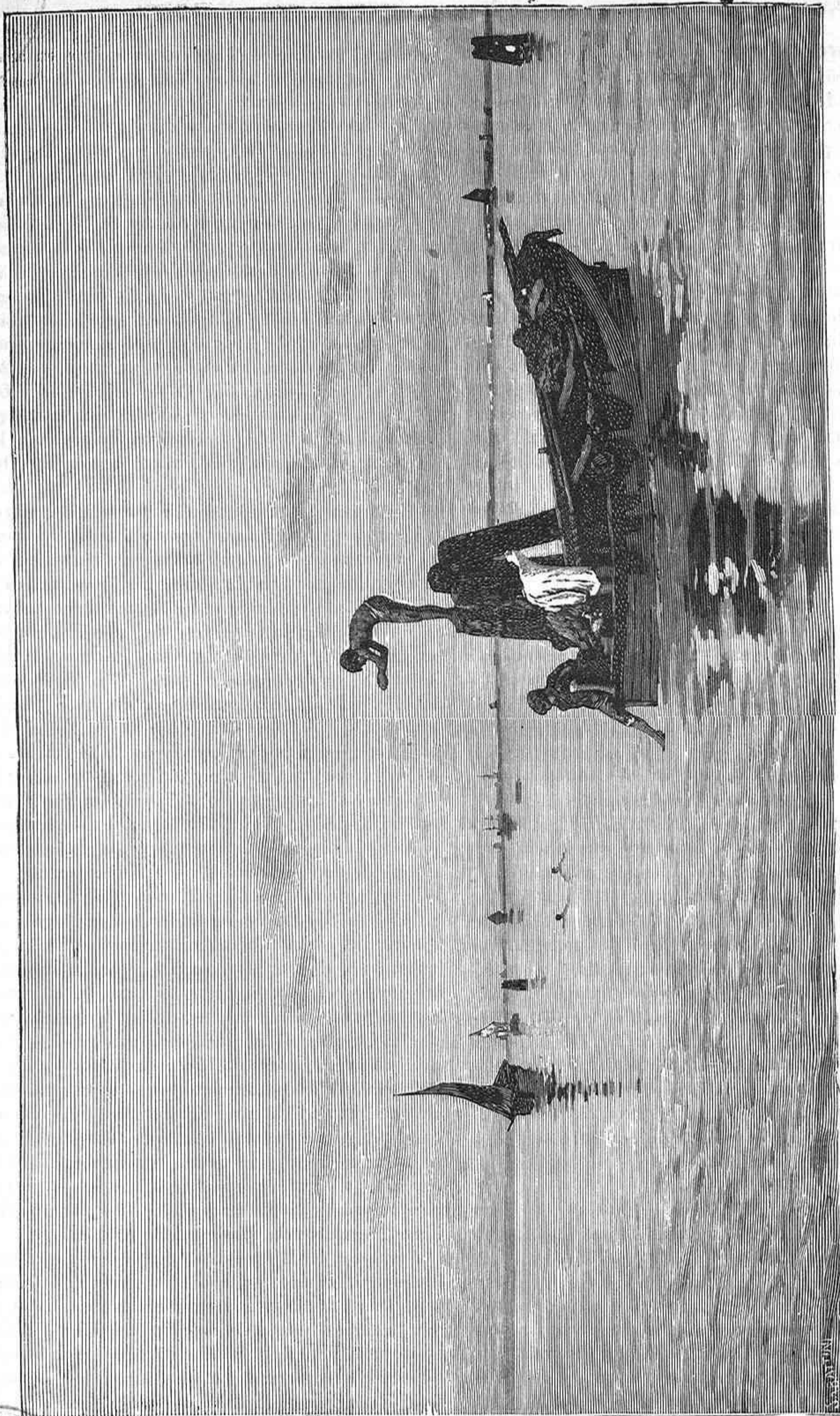
Pues he aquí lo que acabo de leer en un excelente periódico de Burgos, *El Papa-Moscas*, que dirige con noble patriotismo y mucho acierto mi paisano y amigo D. Jacinto de Ontañón y Enríquez:

«Hacia el año 1875, época en la que aún era yo estudiante, acostumbraba ir en compañía de otros jóvenes de mi edad á corretear en los salones que se extienden sobre las bóvedas de la referida catedral, y.... deseoso de conocer todos los rincones, y á riesgo de sufrir alguna peligrosa caída, una tarde comencé á recorrer una de las cornisas que me condujo á una puerta tabicada; excitóse mi curiosidad, y resolví buscar otra entrada que correspondiera á la misma escalera, y con efecto, desde lo alto del capitel de la derecha, en la torrecilla que mira hacia el Oriente, encontré otra escalera, por la que comencé á bajar seguido de otro compañero. Después de llegar á la puerta tapiada, proseguimos nuestra marcha sobre unos veinte peldaños, y nos hallamos detenidos, no por puerta alguna, sino por una enorme cantidad de escombros que la incuria ó alguna otra causa habia ido acumulando en aquel lugar. A la escasa luz que penetraba por las saeteras pude observar enormes grietas que surcaban las paredes, algunas de las cuales interesaban el muro á bastante profundidad, y otras sólo tenían su asiento en los escalones.

»Cuando al atolondramiento de niño ha sucedido la reflexión de joven, no he podido menos de comprender por qué dos años después de haber yo observado lo expuesto ha sido dicho edificio denunciado por su estado de ruina.

»Es ley en las construcciones que su centro de gravedad se halle en la misma vertical que el centro de figura, es decir, en su eje, y puede representarse un edificio bien construido por medio de una balanza cuyos platillos se hallen equilibrados; desde el punto en que se aumente el peso en uno de los platillos el equilibrio se destruye: esto y no otra cosa es lo que han hecho los escombros, que depositados negligentemente en la torrecilla oriental, han determinado el desplome motivo de la denuncia. Y que es éste notable,





EN LA LAGUNA DE VENECIA.
CUADRO DE LUIS STEFFANI.



nadie lo pondrá en duda; pues una visita algo perspicaz lo distingue por la simple inspección ocular.

»Si las miradas del inmortal Teodoro de Samos; si los escrutadores ojos de Santo Tomás aplicasen sus instrumentos y sus cálculos á la precitada obra, no podrían menos de observar su disgusto al advertir que quince años la han separado cerca de 30 centímetros de la vertical, y siguiendo análoga proporción en una treintena de años alcanzará un desnivel de 60 centímetros que se opondrá en absoluto á su estabilidad.

»Entonces, arrastrada aquella imponente masa de piedra por la acción combinada de la gravedad y de alguna tempestad, se derrumbará con estrépito; no en menudos fragmentos, sino en uno solo cuerpo, á causa de los nervios de hierro que la sostienen, el corredorcillo en que se encuentra el apostolado sufrirá el resultado del empuje, y proyectadas hacia el exterior las enormes figuras caerán al suelo quedando intactas dos ó tres de las contiguas al inmediato capitel.»

(Carta de D. Emilio Cobos Losua, publicada por *El Papa-Moscas* el 10 de Mayo de 1891.)

Haré ahora la historia del crucero.

Á la muerte del mencionado obispo D. Alfonso de Cartagena, fué nombrado obispo de Burgos, en 1457, D. Luis de Osorio y Acuña, miembro de aristocrática familia, viudo de la noble señora D.^a Aldonza de Guzmán y padre del celebrísimo obispo de Zamora D. Antonio de Acuña, caudillo de los Comuneros de Castilla.

El primer cimborrio ó crucero de la catedral se debió á la munificencia del obispo Osorio y Acuña, y fué construido á fines del siglo xv: el autor anónimo del *Catálogo de los Obispos burgenses*, que escribió su libro antes del año 1512, afirma, como testigo ocular, que aquel cimborrio era elevadísimo (*in auras evexit*), de piedra labrada con mucho arte y delicadeza (*affabre constructum*), y estaba adornado hermosamente con bellas estatuas y ocho pirámides ó agujas pequeñas, formando (añade otro escritor de la época, el obispo Ampudia) «una de las más hermosas cosas del mundo».

Pero los artífices calcularon mal la resistencia de los cuatro pilares en que se apoyaba la fábrica (*qui ausi sunt*, añade el anónimo historiador, *tantam molem medio templi quadri-vo imponere*), y el cimborrio, que comenzó á resentirse en 1535, se desplomó con horrisono estruendo en la madrugada del martes 4 de 1539, «cuando apenas contaba 50 años de existencia», asegura el Sr. Martínez y Sanz; deduciéndose de esta cita que fué edificado en 1489, ó sea unos seis años antes del fallecimiento de su fundador el obispo Osorio y Acuña.

Era entonces prelado de la diócesis el dominico D. Fray Juan Álvarez de Toledo, hijo segundo de los Duques de Alba, obispo que había sido de Córdoba, cardenal, y hombre de enérgica iniciativa y piadoso celo: á las pocas horas de acaecer el doloroso siniestro, mientras los vecinos, en considerable número, removían y sacaban los escombros de la obra arruinada, el obispo Álvarez de Toledo reunía bajo su presidencia á los capitulares y personas notables de la ciudad, y les encarecía la necesidad de reconstruir el crucero, «por ser cosa digna de la iglesia de Burgos que otra vez se haga la fábrica que se cayó en la noche pasada»; y habiendo aprobado los concurrentes la resolución loable del

prelado, consignóse el acuerdo unánime en acta capitular, con las siguientes frases: «Este día los dichos señores (los capitulares) platicaron sobre el gran daño que esta santa iglesia había rescebido esta noche pasada, en haberse caído el sumptuosísimo edificio del crucero della, y para buscar remedio é dar orden como se torne á hacer.»

Acto continuo fueron nombradas tres comisiones de canónigos y vecinos, una para entender en los asuntos de la construcción, otra para recaudar limosnas y la tercera para vigilar el cumplimiento exacto de los acuerdos del cabildo; y verificada una colecta en la misma sala capitular, el Obispo se suscribió por 3.000 ducados; los capitulares presentes, por 1.954; el deán y otro canónigo que no habían asistido á la sesión, hallándose enfermos, por 287; el Condestable de Castilla, por 1.000; el caballero D. Diego de Bernuy, fundador del convento de la Merced, por 500; y así otros vecinos de la población, produciendo las limosnas particulares, en cinco días, la entonces respetable cantidad de 7.000 ducados.

En notable contradicción incurren los historiadores, así antiguos como de nuestra época, al señalar los nombres del arquitecto y aparejadores del nuevo cimborrio de la Catedral de Burgos: Cantón de Salazar, que escribió á mediados del siglo xvii, supone que «dió la traza» de la fábrica maese Felipe de Vigarni, *el Borgoñón*, añadiendo que «este fué uno de los tres célebres arquitectos que trajo á España el señor Emperador Carlos V», en 1517, cuando es sabido que labraba admirables obras de escultura en la basílica burgesa (los tres medallones del *trasaltar* y el retablo de Nuestra Señora del Milagro) en 1498; el Sr. Llaguno y Amirola asegura que comenzó la construcción el arquitecto Vallejo, en el mismo año 1539, y la concluyó Juan de Castañeda en 1567; el Sr. Ceán Bermúdez, en sus anotaciones á la obra de Llaguno, acepta la opinión de éste, anteponiendo el trabajo de Castañeda al de Vallejo.

Hoy, empero, se conoce la verdad, registrados ya concienzudamente los documentos del archivo capitular: hizo el modelo del crucero Juan de Langués, entallador, y se supone que dió el proyecto Francisco de Colonia, maestro mayor de las obras de la iglesia, nieto de Juan, el constructor de las agujas, y el cual murió en 1542; dirigió la construcción desde entonces, como exclusivo maestro, el arquitecto Juan de Vallejo, discípulo del Colonia, y ese Vallejo fué quien dejó inmortalizado su nombre en la capilla de Santiago y en el crucero de la catedral de Burgos (y también en «cierto edificio que le mandaron hacer» el Obispo y el cabildo de la de León, en 1550), «cobrando el salario anual de 15.000 maravedises y 40 fanegas de trigo», y además *el diario correspondiente á un picapedrero, en los días que labraba él mismo para las estatuas y adornos de la fábrica*.

Ayudaron á Vallejo en las obras de escultura otros artistas ilustres: el escultor *perito*, Pedro Andrés, á quien se dieron *ventajas* en 1558 para que no se marchase de la iglesia; los entalladores Juan de Carranza y Francisco del Castillo, que labraron florones y *bultos* de ángeles; el famoso escultor Juan Picardo, competidor de Alonso de Berruguete y Felipe Vigarni en el concurso para la sillería alta del coro de la catedral de Toledo, y á quien se pagaron 19.838 maravedises «por siete figuras grandes de piedra, una de Santiago grande que hizo para los corredores altos del crucero, é cua-



tro profetas, é por limpiar é aderezar otros bultos de dos vírgenes»; y otros varios.

No hay memoria, sin embargo, de que trabajase en las obras del crucero ese Juan de Castañeda, arquitecto, compañero de Vallejo, que citan los Sres. Llaguno y Ceán Bermúdez, así como tampoco la hay de que Francisco de Colonia fuese el autor del proyecto.

Hay, en cambio, en el archivo capitular un documento muy curioso, firmado por Bartolomé de Pieredonda, que demuestra la perplejidad del cabildo entre la opinión de este arquitecto, quien deseaba la reconstrucción del crucero en la misma forma que tuvo el arruinado, y la opinión de los que anhelaban que el cimborrio se hiciese con arreglo á nuevo trazado; y en ese documento dice, entre otras cosas, el citado Pieredonda:

«..... Yo vine á esta cibdad á entender en ciertos negocios, y vi lo que se cayó del crucero en esta su santa iglesia, y los aparejos que se han fecho y facen para acabar de derrocar lo no fijo y tornar á hacer de nuevo el dicho crucero, y..... yo he mirado mucho y con mucha diligencia la dicha obra, y segun arte de xumetria no se puede hacer el dicho crucero ni poner en perfeccion sin estar mucha parte de la iglesia en tanto peligro como de antes; y Vuestras Mercedes manden llamar oficiales cuatro ó cinco de los más famosos en el Reyno, que juntamente vean conmigo la dicha obra, y ante quien yo pueda declarar lo que siento.....; y porque los que agora se conocen en el Reyno por oficiales más doctos y más peritos en la dicha arte de cantería y xumetria son Diego de Syloy, y maestro Felipe, y Rodrigo Gil, y Juan de Regines (obsérvese que no cita á Berenguete ni á Picardo), y habré por bueno que sean aquellos ó otros que á Vuestras Mercedes les pareciere: lo cual digo sólo por descargar de mi conciencia, y porque una obra tan insigne como esta no se yerre es los principios, ni se hagan gastos demasiados.....»

Este Bartolomé Pieredonda (á quien llama equivocadamente *Pirienda* el Sr. Llaguno) era vecino de la villa de Lerma, y visitó como perito, con Vallejo y otros arquitectos notables, algunas obras de la catedral, en los años 1542 y 1547; pero su anterior solicitud al cabildo fué desechada por mayoría de votos, decidiéndose edificar el crucero con arreglo á nuevo trazado, en la grandiosa forma que hoy se admira.

Así ha descrito aquella admirable fábrica el clásico Monge:

«Lo realmente prodigioso en este célebre templo, lo que hace subir de punto la admiración del viajero y del artista, es la torre del crucero, levantada á manera de cimborrio sobre el punto de intersección entre las cuatro naves principales de la iglesia.

»La formidable altura de su cerramiento, la noble solidez de su estructura, su todo homogéneo y elegante con la variedad infinita de adornos que la revisten, arrancan al observador exclamaciones de sorpresa.....

»La figura del crucero es un octógono rodeado interiormente por dos, y por tres andenes en el exterior. Los espacios medios de aquéllos tienen hermosas ventanas de dos vanos, sobre las cuales se dejan ver unos bustos de todo relieve, que acaso sean retratos de algunos operarios de los que intervinieron en la elaboración de la torre. Por bajo del primer antepecho se hallan los escudos de la ciudad, de Carlos V y del obispo Alvarez de Toledo, y, además, imáge-

nes de Santa Centola, Santa Elena y Asunción de María. A los ángulos unos serafines tamaño natural, con estandartes en las manos, en los que se ven de realce las armas particulares de la iglesia. Simétricamente bajo el audito segundo otras estatuas semicolosales en representación de Patriarcas, Profetas y Doctores, y alrededor del gran anillo (mide veinte metros de diámetro se lee el siguiente versículo: *In medio templi tui laudabo te, et gloriam tribuam nomini tuo, qui facis mirabilia.* La bóveda, hecha sola de crucería sin cascós, forma un estrellón en cuya clave sienta una graciosa arandola con la noticia siguiente: *Acabóse año de 1567. Opera fabrica.*

»Señalan exteriormente los ocho ángulos de las torre unas agujas semejantes á las de la capilla del Condestable, en cuyas divisiones alternan bellísimas imágenes de santos, que producen el espectáculo más encantador; y de los cuatro ángulos del cuadrado se levantan unos chapiteles calados que llegan hasta el andén superior que da vuelta al alar del tejado. Constan aquéllos (los machones que sostienen toda la fábrica) de cuatro cuerpos, el primero ochavado y los demás redondos, con istrias, y de tan buena ejecución que prometen durar hasta el fin de los siglos.....»

Otra desgracia sufrió el magnífico cimborrio nuevo, descrita de este modo por el concienzudo chantre Sr. Martínez y Sanz.

«Tranquila y silenciosa estaba la ciudad, cuando á las dos de la mañana del día 20 de Julio de 1644, el clamoreo de las campanas llevó la alarma y el terror á todos sus habitantes: era que Francisco de la Peña, hortelano de Huelgas, avisó que el crucero ardía.

»Abriéronse las puertas del templo, penetraron en él los vecinos, y su dolor y espanto fueron grandes al ver que, como refieren dos testigos oculares y fidedignos, el crucero por la parte interior era una llama que arrojaba ascuas, tablas y tejas.

»Era difícil subir el agua á tanta altura: se sabía la mucha madera de que se componían los andamios; todo hacía temer la destrucción del admirable crucero, y quizá de gran parte del templo monumental; á las tres de la mañana se puso de manifiesto á su Divina Majestad, y se alumbró el altar de la devotísima imagen del Santo Ecce Homo, y orando unos y trabajando otros fué tal la diligencia y acierto de los operarios, y tan visible la protección del Señor, que se dominó el fuego, con grande admiración y alborozo de los burgaleses.»

Añadiré que el cabildo catedral donó al hortelano, Francisco de la Peña, que era pobre, «un vestido completo, y otro y una dote á una hija del mismo Peña», y le asignó de su mesa capitular «cuatro reales cada semana, y por todos los días de su vida. Amén».

Tal es, en breve resumen, la historia del cimborrio de la catedral de Burgos.

IV.

Ahora bien: sea una de las torres de la puerta Real de Santa María, ó sea el majestuoso crucero, la obra más bella del mundo, en su género, la fábrica que amenaza ruina, según la preinserta carta del Sr. Cobos, lo necesario, lo absolutamente necesario, es impedir la ruina.

Recordaré, á este propósito, algunos hechos.

1.º Cuando se arruinó el primitivo crucero, la suscripción general para construir el nuevo, incluyendo los donativos del cabildo y los del pueblo, ascendió á «cuatro cuentos, ciento setenta y seis mil tres mil trescientos noventa y dos maravedises», ó sea la suma necesaria para dar gran empuje á las obras.

2.º Cuando un huracán destruyó las ocho torrecillas que formaban la corona exterior del crucero, en la tarde del 16 de Agosto de 1642, las ofertas del cabildo y el vecindario llegaron á más de nueve cuentos de maravedises, y la reconstrucción total se hizo inmediatamente en la forma que hoy admiramos, bajo la dirección del maestro arquitecto Juan de Rivas.

3.º Cuando se puso el pavimento de mármol de Carrara, que tiene el templo, en 1863 y 1864 (esta obra la he presenciado yo), el donativo del Gobierno de D.^a Isabel II, la suscripción general, el fondo de reserva y la fábrica de la iglesia, produjeron en total 858.686 reales, de los que sobraron (hecha la obra en un año y seis meses) 17.303 reales.

Hoy es la catedral de Burgos, por declaración oficial del

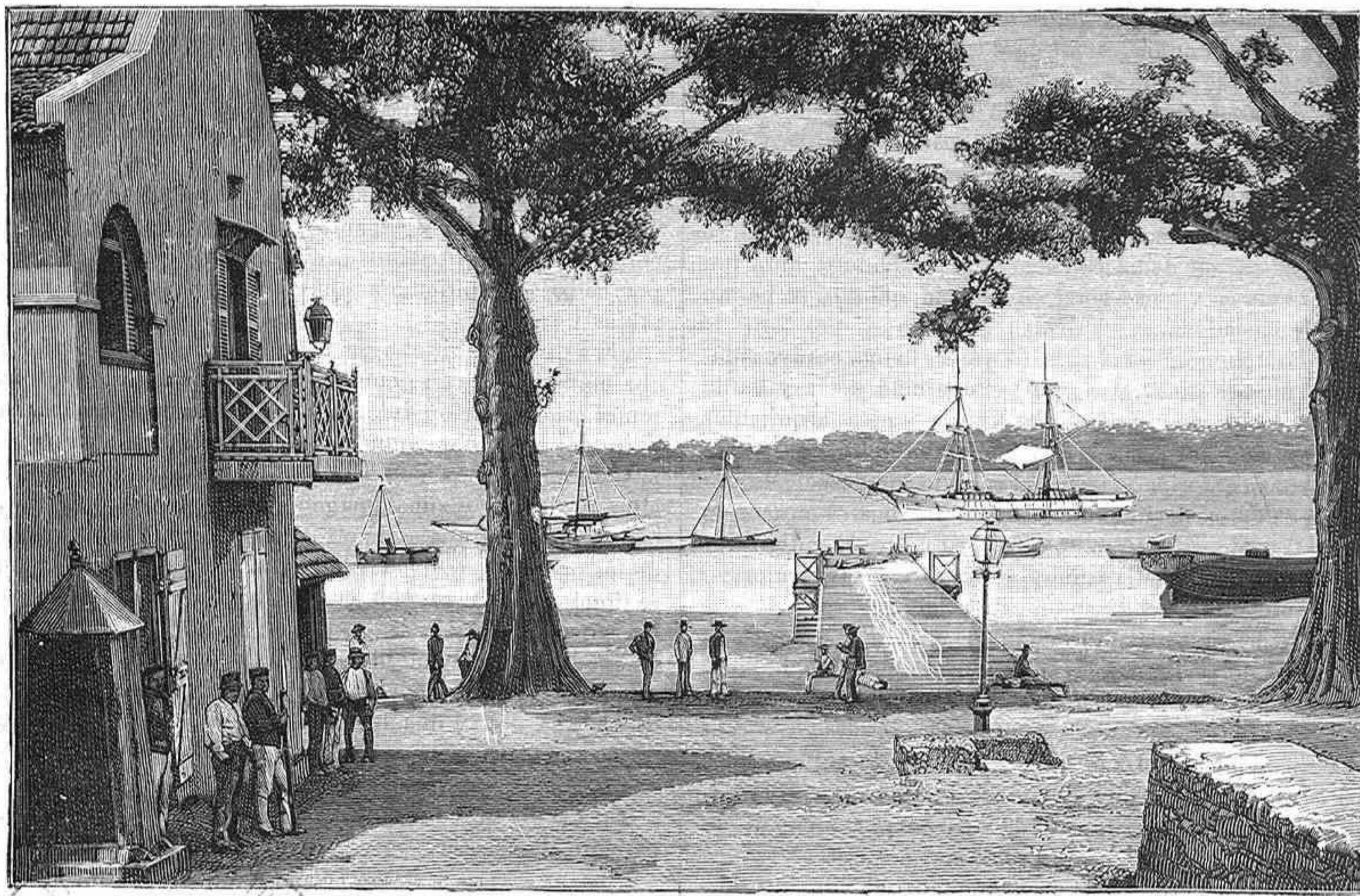
Gobierno del inolvidable rey D. Alfonso XII, monumento nacional, y el pueblo burgalés no ha perdido la fe de sus padres, ni el amor ardentísimo que éstos profesaron al grandioso templo.

Dos frases célebres ha conservado la historia, que no deben olvidar ni el Gobierno español ni el pueblo burgalés: el emperador Carlos V, cuando vió el crucero en 1555, dijo *que debía estar cubierto con funda como joya preciosa*; y su hijo Felipe II, que le contempló extasiado el 7 de Septiembre de 1592, confirmó las palabras del vencedor en Túnez y en Mhulberg, y añadió que *más parecía obra de ángeles que de hombres*.

¡Que no diga la Historia, Gobierno y pueblo, que en nuestros días, y por deplorable incuria, ha desaparecido bajo montón de escombros aquella joya preciosa que debía estar cubierta con funda, aquella obra maravillosa que parece de ángeles más que de hombres!

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

Madrid, 20 de Julio, 1891. (Aniversario 670.º de la fundación de la catedral.)



BULAM.

EL PUERTO DE BEAVER



EL BESO ROTO

Yo guardaba encerrado en el alma
 Un beso tan grande,
 Que quería romper las paredes
 De su estrecha cárcel.
 Era el beso que nace tendiendo
 Al cielo las alas;
 Casto y limpio, sin mezcla ninguna
 De cosa manchada;
 Ese beso que fingen á veces
 En sus labios tímidos
 Cuando sueñan con ángeles rubios
 Los niños dormidos!

.....
 Una noche de invierno, mi madre,
 Herida de muerte,
 Me pidió el beso aquel en sus vagos
 Afanes de fiebre.
 Cuando trémulo quise de cerca
 Contemplar su rostro,
 Ya tenía el silencio en los labios
 Y el frío en los ojos.
 La besé con delirio, juntando
 Su boca y la mía
 Por cerrarle el camino á aquella alma
 Imán de mi vida.
 ¡Oh, qué lucha entablaron entonces
 El alma y el beso!....
 Todo inútil!.... ¡El alma en las sombras
 Burlaba su encuentro!
 ¡Un instante de angustia!.... ¡un gemido
 De mortal congoja!....
 ¡Y aquel beso tan grande caía
 Con las alas rotas!

.....
 ¡Madre mía, los besos que han dado
 Mis labios después,
 Sólo han sido pedazos de beso;
 Pedazos de aquél!

LUIS RAM DE VIU,
 Barón de Hervés.

Zaragoza, 24 Julio 1891.





UN DRAMA DE FAMILIA

I.

Federico á Aurora.

Madrid, 10 de Octubre.

Sólo tú faltas á mi felicidad.— Si estuviese aquí la suave, la cariñosa compañera de mi niñez y de mi adolescencia; la que conocí en la cuna; la que creció á mi lado; en fin, la que compartió mis juegos infantiles, sería el hombre más dichoso del universo.

Tengo una madre amantísima, que únicamente para mí vive; un amigo verdadero—*rara avis!*— que es como entrañable hermano.

La una me prodiga cuidados y caricias, cual si fuese todavía un niño—cuando he cumplido ya veinticinco años;—el otro me si-

gue, me acompaña á todas partes, mostrándome igual adhesión que desinterés.

Los tres pasamos la vida juntos.—Adolfo es pobre: sólo cuenta con un modesto empleo, cuyos emolumentos apenas bastan para sus primeras necesidades.

Así, come en casa todos los días; si no salimos, se queda con nosotros; si vamos al teatro, á alguna tertulia, á alguna reunión, le llevamos en nuestra compañía.

¡Es tan afable su carácter! ¡Es tan noble su corazón!

Leo como en un libro en él, y sólo descubro dignos, levantados, generosos sentimientos.

Mi madre le quiere tanto como yo, porque hace justicia á las altas cualidades de su espíritu y de su alma.

Aunque tiene cinco ó seis años más que yo, participa de mis gustos, de mis aficiones, de mis preferencias.

Todas las cuestiones las juzgamos desde igual punto de vista; jamás manifiesta ideas distintas de las mías; jamás ha habido entre nosotros diferencias de apreciación.

Mi madre le tiene en igual estima que yo, y Adolfo la manifiesta la mayor consideración y el más profundo respeto.

¿Por qué no vienes tú á pasar una temporadita con nosotros, á compartir nuestros placeres y nuestras distracciones?

Dirás que tu padre está viejo y achacoso; que no puede hacer un viaje tan largo y molesto.

Pero ¡quién sabe!—Quizás le convendría para su salud. Solitos como estáis en ese rincón de Galicia, debéis aburrirnos horriblemente.

Cierto que tú eres modelo de hijas y de amigas; que te dedicas constantemente á endulzar la existencia del que te dió el ser.

Sin embargo, estoy seguro de que tendréis algunos momentos de fastidio y de tristeza.

Es natural: os halláis bastante lejos de la población más inmediata, y únicamente de vez en cuando os van á visitar los deudos y amigos más próximos.

Nosotros—¡cosa rara en Madrid!—tenemos una casa bastante espaciosa, y podríamos daros cómodo y holgado alojamiento.

Mi madre se une á mí para rogaros que vengáis á pasar el otoño—la mejor estación en Madrid—á nuestro lado.

Conocerás de esa manera á Adolfo, persuadiéndote de que no son exagerados mis elogios.

Su figura es tan noble como su corazón, siendo imposible hablarle una vez sin experimentar un sentimiento de simpatía hacia él.

Mi madre le estima mucho, porque conoce bien sus raras prendas y virtudes.

Conque animate, Aurora amada; y que tu próxima epístola determine la fecha de vuestro arribo.

II.

Del mismo á la misma.

Madrid, 16 de Octubre.

¿Conque tu buen padre no se atreve á hacer el viaje?—Lo deploro, aunque lo comprendo.

Treinta horas de camino de hierro son demasiado para una persona de edad, y que apenas tiene un día bueno.

Tu carta ha venido, pues, á destruir mis ilusiones, á dejarme disgustado para algunos días.

¡Cuánto nos hubiéramos divertido á haberse realizado mi proyecto! Habríamos ido juntos á todas partes: á paseo, al teatro Real, á nuestra posesión de Canillejas....

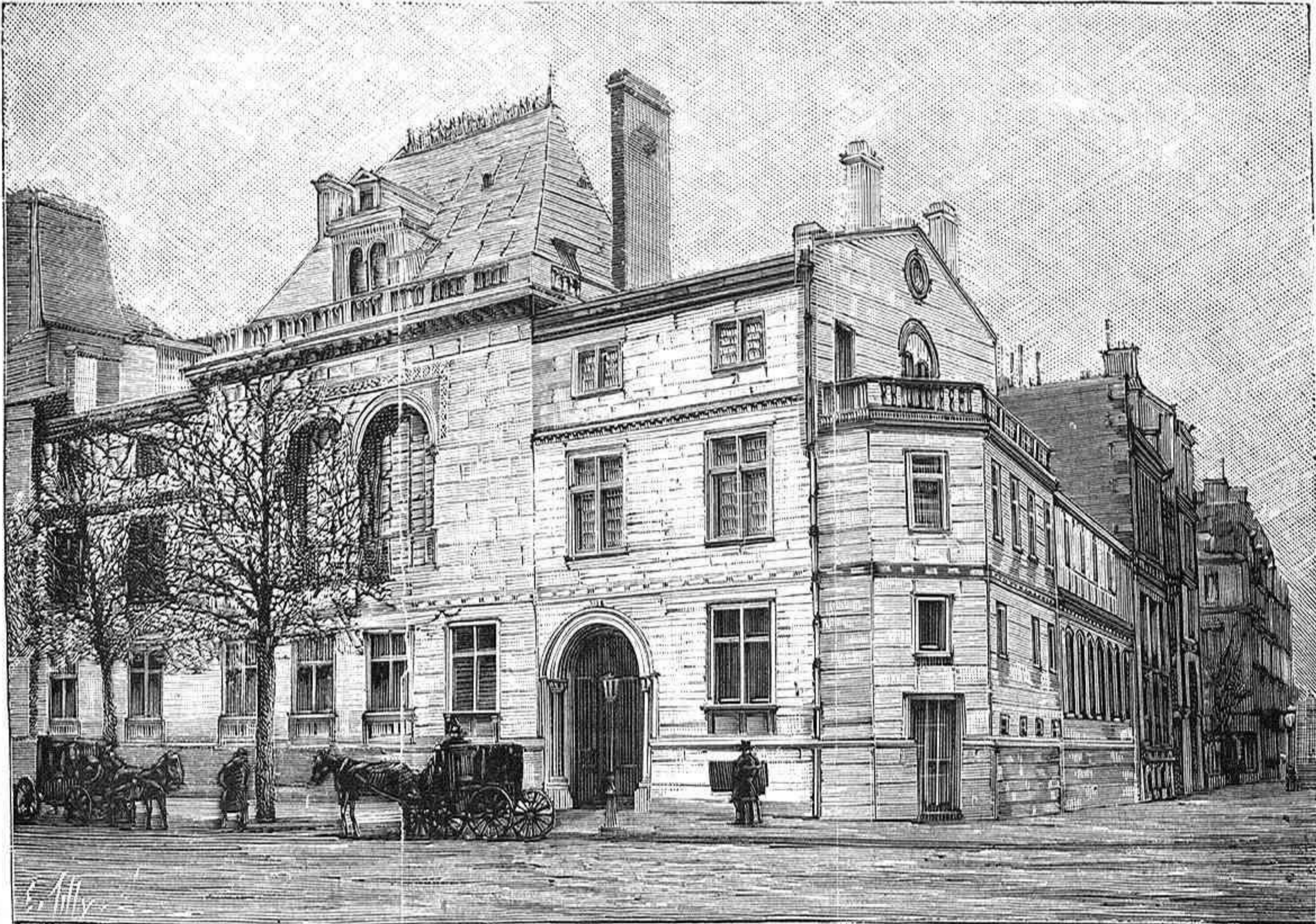
El más afligido de todos es Adolfo, que tiene vivos deseos de conocerte.

¡Como le hablo tanto de ti! ¡Como ha visto tu fotografía! ¡Y como yo le he fotografiado tus condiciones incomparables de ternura, de bondad y de talento!....





LA CONFIDENCIA.
CUADRO DE MEISSONIER.



PARÍS.—HOTEL DEL BOULEVARD MALESHERBES QUE HABITABA MEISSONIER.

ATENEUM CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

Mamá también está inconsolable.—Le hace falta una amiga, una compañera que divida con ella los goces, los placeres, y quizás hasta los cuidados.

Con mucha, con sobrada frecuencia, me aconseja que me case; pero yo, que no tengo secretos para ti, te aseguro que no siento la menor inclinación al matrimonio.

A pesar de mi temperamento tranquilo y sosegado, prefiero á todo la libertad, la independencia.

Mira tú, ya que no vienes, estoy pensando en ir á pasar el invierno en Italia. No conozco aquel país que todos pintan tan bello, tan delicioso, tan encantador.

Por supuesto que le sacaríamos á Adolfo una licencia de sus jefes para que nos acompañara; porque si él no viniese, nos faltaría algo, mucho, para estar contentos.

¡Qué lástima que no hayas venido á la corte, como te propusimos! Le habrías conocido entonces, y ¡quién sabe!....

Para ti no tengo secreto alguno, y voy á revelarte la extraña idea que me había ocurrido.

Tú eres hermosa, simpática como ninguna. Adolfo tiene una figura gallarda y elegante, cual pocos hombres. No es rico; pero posee gran talento, sólida instrucción, delicado gusto....

¡Qué preciosa pareja habrías hecho los dos!

Te veo sonreírte; te oigo exclamar al leer las líneas anteriores:

—¡Federico está loco!

No, no estoy loco.—Mi madre, tú y él sois mis únicas aficiones en la tierra. Así, vivir reunido siempre con vosotros, sería para mí incomparable felicidad.

Conozco y aprecio el carácter desinteresado de tu padre, y estoy seguro de que, si tú quisieras, no pondría dificultades para que te unieras á un hombre sin patrimonio, con tal de que poseyese esas dotes que son prenda segura de venturosa existencia.

Eres rica: tu madre te dejó bienes considerables, y no necesitas, por lo tanto, hacer lo que se llama vulgarmente «un matrimonio de conveniencia».

Tienes razón: creo que desvarío, ó que escribo una novela; porque sólo á una cabeza tan exaltada como la mía se le puede ocurrir casar á dos personas que no se han visto, que no se han hablado nunca.

Luego, ¿consentiría tu padre en una boda tan descabellada?

Salimos el martes para Barcelona, Marsella y Niza. Desde este último punto, donde nos detendremos una semana, te escribiré largamente.

III.

Del mismo á la misma.

Niza, 2 de Noviembre.

Estamos haciendo, querida Aurora, un viaje agradabilísimo.—El tiempo nos favorece de un modo extraordinario; mientras en Galicia lloverá á cántaros, y en Madrid se morirán de frío, aquí vamos vestidos de verano; paseamos por la noche á la luz de la luna, y creemos hallarnos en primavera, viendo el campo cubierto de verdura y los jardines esmaltados de flores.

El aire es tibio, el sol brillante:—los días deslumbradores de luz, las noches serenas y de luna.

¡Qué contentos estamos de la expedición! ¡Qué felices somos los tres, constantemente juntos!

Tú conoces á mi adorada madre; sabes que, aunque tiene cuarenta y dos años — *sonnés*, según dicen los franceses — no representa más de veintiocho ó treinta; pues bien, aquí parece transfigurada, más bella, más alegre, más bulliciosa que de costumbre. Nos acompaña á todas las expediciones; monta á caballo diariamente; inventa y dirige viajes á los sitios y pueblos más pintorescos de las cercanías, y siempre está dispuesta á correr, á divertirse como una muchacha.

Nadie diría al verla que tiene más edad que nosotros dos, y que es una persona grave y formal en todo.

Mañana salimos para Génova, por *la Corniche*; de allí iremos á Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán y Turín, para regresar después á la corte de las Españas.

Pero ¿cuándo será?—Lo ignoro.—Lo malo es que Adolfo no tiene sino dos meses de licencia, y, á lo sumo, podremos obtener uno de prórroga.

Esta mañana le he indicado á mamá un medio para que continúe—indefinidamente—con nosotros, y me parece que no lo ha acogido mal.

Sabes que somos ricos; pues bien, podríamos nombrar á Adolfo nuestro apoderado general, en lugar del que tenemos en Madrid, el cual, por su avanzada edad y sus males no atiende debidamente á nuestros intereses. De ese modo mejoraría más la situación del pobre muchacho, y no se alejaría ya nunca de nosotros.

Creo que al fin y al cabo ese será el resultado final, y que no tendremos el disgusto de separarnos de tan incomparable compañero, ni ahora ni después.

IV.

Nápoles, 4 de Enero.

¿Me perdonas mi largo, mi involuntario silencio?—Durante casi dos meses me ha faltado tiempo para todo.

Cada día un viaje, una expedición á un sitio diferente; cada día una emoción distinta, un placer nuevo....

Vivimos en un éxtasis perpetuo, recorriendo, visitando maravillas y prodigios de la naturaleza y del arte.

Hemos estado una semana en Sorrento, embelesados con su campiña, con sus recuerdos del Tasso y de Petrarca, de Rafael y de Correggio: ayer llegamos aquí, donde no sé cuántos días pasaremos, porque no aparto la vista de este magnífico golfo, como no sea para mirar el Vesubio, cuya erupción es—según dicen—una de las más magníficas que ha habido.

Como no hay dicha completa en el mundo, noto á mi madre menos alegre, más distraída que de costumbre.

A veces se queda sola en el hotel, ordenándonos á Adolfo y á mí que vayamos á hacer alguna correría.

Al regresar, sus ojos encendidos, su melancolía, que inútilmente trata de ocultar, me hacen creer que durante nuestra ausencia ha llorado.

En balde la interrogo; en balde la colmo de caricias y de besos.

Me contesta que no se siente buena; que está cansada, rendida de tantas expediciones.

Pero no, no: su mal es moral y no físico, y vanamente me esfuerzo en adivinarlo.

He hablado del particular con Adolfo, quien pretende que veo visiones, y que el excesivo cariño que profeso á la que me dió el ser es la sola causa de mis temores.

Lo peor de todo es que me veo obligado á marchar á París, donde reclaman mi presencia asuntos de intereses.

Hemos acordado que mi madre se traslade á Roma, en compañía de Adolfo, y que allí aguarde mi regreso, para continuar entonces nuestra visita á las demás ciudades de Italia.

Te aseguro, Aurora mía, que todo esto me affige de veras, y que el buen humor que antes tenía ha desaparecido por completo.

Siento, ante todo, separarme de mi madre en su actual situación; y lo único que me consuela es dejarla con mi amigo del alma, quien la mira con igual ternura que yo, y es para ella otro hijo, como es para mí un hermano.

V.

Roma, 8 de Marzo.

Ya me tienes aquí: ya estoy de regreso, después de terminados felizmente los negocios que me llevaron á París. He obtenido éxito completo en la liquidación de nuestras cuentas con el banquero que fué asociado de mi difunto padre, y he traído aquí parte de los fondos, porque mi madre, cada vez más enamorada de Roma, desea comprar una casa, para pasar en ella todos los inviernos.

El plan me ha parecido perfectamente, pues yo también gusto mucho de este delicioso país, cuyo clima conviene á la salud, ahora delicada, de la pobre señora.

La situación de su espíritu no ha variado: sigue triste, abatida, preocupada.

También advierto un cambio semejante en Adolfo: él, que era antes alegre, bullicioso, bromista, parece haber perdido conmigo la confianza y la franqueza.

No tiene ya aquellos momentos de expansión en que me mostraba hasta el fondo de su calma: parece que guarda un secreto que no puedo, que no debo saber.

Le he interrogado en diferentes ocasiones, sin lograr resultado alguno: se corta, se turba, tartamudea, sin darme satisfactoria explicación de su actitud ni de su conducta.

Todas estas cosas me tienen disgustado y afligido; y sufro igualmente los efectos de la situación de dos personas queridas.

Es indispensable que averigüe la verdad, que descubra el secreto de cada uno de ellos, y trate de devolverles la alegría y la tranquilidad.

VI.

Roma, 20 de Marzo.

Aurora, hermana mía, ¡soy el hombre más infeliz del mundo! ¡Ya no me queda duda alguna: ya he descubierto la horrible, la espantosa verdad!

Adolfo es un infame, un miserable, un traidor.—Durante

largo tiempo ha escondido cuidadosamente sus perversas intenciones; durante cinco ó seis años ha sido falso, hipócrita conmigo, demostrándome singular afecto, para llevar á cabo mejor sus proyectos.

Te escribo loco, delirante, fuera de mí, y tú juzgarás si no me sobran motivos para tanta desesperación.

En mis cartas anteriores te he dicho la mudanza extraordinaria que había advertido en mi madre y en el que se llamaba mi amigo.

Después de infructuosos, de inútiles esfuerzos para descubrir el misterio, resolví hacer lo que ellos:—disimular, esconder mis impresiones; mostrarme alegre y contento, para poder observarlos mejor.

Acaso mi conducta ha sido indigna de un hombre honrado, de un caballero.... Pero, ¡si supieses lo que he padecido! ¡Si vieras el estado de mi ánimo y el de mi corazón!

Una sospecha cruel había penetrado en los dos: era me- nester que me cerciorase de que era injusta ó legítima.

Como desde mi regreso de París no reinaba cordialidad entre Adolfo y yo, no salíamos juntos por lo común, sino que yo me marchaba por un lado y él por otro.

Una tarde me despedí de ambos, diciéndoles que no me aguardasen á comer, pues me proponía hacerlo en el campo; y saliendo por una de las puertas del hotel, volví á entrar por otra, y me escondí en un gabinete inmediato al salón donde permanecían las personas á quienes me proponía espiar.

Por fortuna ó por desgracia, se hallaba abierta, y sólo oculta por una cortina, la comunicación entre los dos aposentos, y no perdía una palabra de la conversación.

—»Adolfo—decía mi madre—no puedo vivir así.—Lo prefiero todo á la conducta de disimulo y de fingimiento que seguimos ha muchos meses. Juzgo una infamia engañar á mi hijo, tan recto, tan leal, tan noble. Es forzoso descubrirle la verdad.

—»¡Imposible!—exclamó Adolfo en tono seco.—Le has educado muy mal, dejándole adquirir sobre ti un dominio y una preponderancia absolutos. El día que lo sepa todo (conozco bien la violencia de su carácter), dará un escándalo y se separará de nosotros.

—»¿Y hemos de continuar así, en esta horrible situación, engañándole siempre?

—»¿Engañándole?—Bien sabes que no lo hemos logrado. Ya ves cómo ha variado con los dos. Ahora se muestra frío, receloso, urañó para nosotros: la antigua intimidad ha desaparecido.

—»Conmigo es siempre igual: tierno, cariñoso, amante. La culpa entera es nuestra, que en vez de descubrirle la verdad, se la ocultamos con singular cuidado.

—»¿Crees tú—interrumpió bruscamente Adolfo—que si la supiera nos perdonaría? ¿Crees que volvería á ser lo que ha sido antes?»

No me pude contener más: levanté la cortina y aparecí á sus ojos, lívido, convulso, delirante.

—«¡Tienes razón, miserable!—prorrumpí frenético.—A ti, madre—añadí encarándome con ella—te perdono: á ti, perverso, no te perdonaré jamás.»

Y fuera de mí, sollozando, abandoné la estancia, salí del hotel y corrí como un loco por la calle en dirección al campo.

El fresco de la noche vino á calmar mi agitación. Me sentía débil, abatido, enfermo: las piernas se negaban á sostenerme, y hube de tomar un coche para conducirme á otro hotel lejano, muy lejano del que habitaban los culpables. Durante tres días no he abandonado el lecho, donde me detenía una fiebre intensa; y hoy únicamente me he levantado para escribirte y desahogar en tu pecho mi angustia y mi dolor.

Aurora, soy el hombre más desgraciado de la tierra, y no hay esperanza alguna de consuelo para mí.

Desprecio ahora á los que antes amaba tanto: huyo y huiré de ellos con el mismo afán con que antes los buscaba, y no abrigo esperanza alguna de variar de propósito.

Su traición es tan infame, tan odiosa, que no cabe indulgencia ni perdón.



VII.

Roma, 30 de Mayo.

Esta mañana he recibido una carta de mi madre.—¿Cómo ha averiguado el sitio donde oculto mi vergüenza y mi angustia? No lo puedo adivinar.

En varias páginas, en que se advierte la huella de su llanto, trata de explicarme su falta y solicita mi perdón.

«Soy todavía joven—escribe:—la fatalidad trajo junto á mí un hombre dotado de superiores cualidades físicas y

morales. Cada día experimentaba su influjo sobre mi espíritu y mi carácter: cada día descubría en él nuevas dotes y nuevos atractivos. Esa es la única disculpa de mi proceder. Pero yo debí desde el principio hacer una de dos cosas: ó apartarle de nuestro lado, revelándote mis simpatías, ó pedir tu consentimiento para unirme á él.

»Mis dudas, mis indecisiones, han consistido en el temor de disgustarte, de ver disminuido tu afecto ó tu estimación. Conozco que he seguido el peor camino de todos, y que acaso me he enajenado por siempre tu amor.

»¡Oh, hijo del alma mía, perdóname y vuelve á mí! La pasión que me ha subyugado es independiente del cariño que te profeso, el cual ocupa lugar preferente en mi corazón.

»Aun podemos ser venturosos los tres: él será para ti el amigo de siempre, y no ostentará los derechos que deben darle á tu consideración el título de esposo mío.

»Sí: durante tu ausencia hemos contraído vínculos sagrados, que no pueden ser, que no serán obstáculo para que te amemos como te hemos amado siempre; para que exista entre nosotros la propia armonía que ha reinado en otro tiempo.»

Esta carta, en vez de calmarme, me ha irritado más.

¿Conque están unidos con lazos eternos? ¿Conque no es un capricho fugaz, sino una verdadera pasión? En fin, ¿conque hay alguno que tiene mayores derechos sobre mi madre que yo?

Este pensamiento me vuelve loco: durante algún tiempo he creído que perdía realmente la razón.

Deseando refrescar un tanto mi cabeza, disminuir la fiebre que me abrasaba, me lancé al campo, me encaramé á un monte, y allí, solo enteramente, reflexioné acerca de la resolución que debía adoptar.

En un solo punto era esta firme, irrevocable: no volver á ver al amigo de otros tiempos, al que tanto había querido, y odiaba entonces mortalmente.

Si me encontrara con él, en alguna parte no podría contenerme: le insultaría, le maltrataría..... ¿Quién sabe? ¡Acaso le diera muerte!

Y cuando estas espantosas ideas surgían más impetuosas en mi mente, le ví aparecer enfrente de mí.

¿Era un sueño, una ilusión, una quimera?

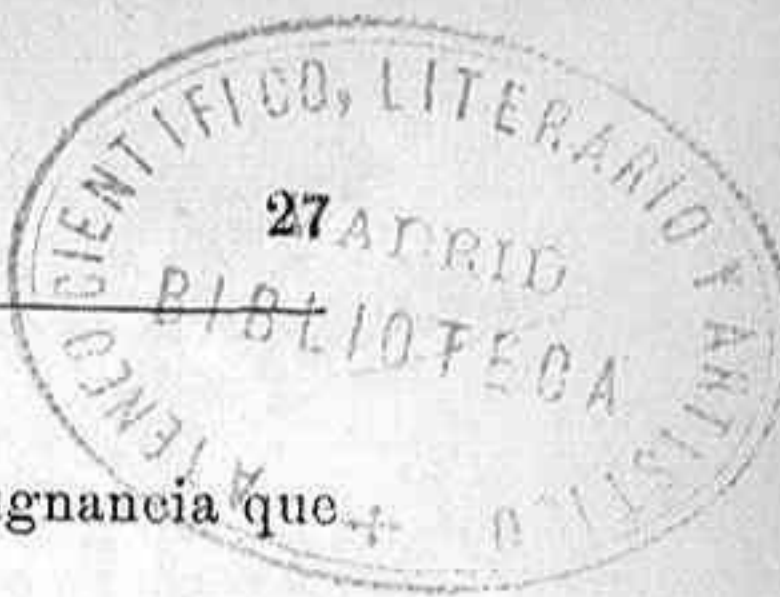
¿El hombre que me contemplaba con rostro triste, con mirada recelosa y con ojos humildes, sería realmente Adolfo, ó pura y simplemente una visión de mi acalorada fantasía?

Pero la duda desapareció al oír su voz, blanda, tierna, suplicante.

—«¡Federico, perdóname!—decía con acento expresivo y cariñoso.

—»¡Perdonarte!—grité, poniéndome en pie, delirante y frenético.—¡Perdonar á un miserable, á un traidor, á un villano!

—»Tú no has amado todavía—repuso con la misma inflexión de voz suave y dulce—y no puedes comprender lo que es una pasión. Además, si el objeto que la inspira es una persona dotada de las cualidades que posee Clemencia, ¿cómo es posible resistir á ella?»



El nombre de mi madre, pronunciado familiarmente, acabó de exaltarme y de ponerme fuera de mí.

—«¡Calla! ¡No hables! No trates de buscar disculpas, porque no las encontrarás. No: tú has procedido así llevado de un sentimiento repugnante de codicia y de ambición. ¿Qué buscabas en la que llamas Clemencia? ¿Su hermosura, su talento, su bondad?—No, no: lo que te ha movido á solicitarla no son sus atractivos ni sus virtudes: sólo has ambicionado su caudal.»

El semblante de Adolfo, hasta aquel instante tranquilo y sereno, se transformó súbitamente, y apareció sombrío é iracundo.

—«¡Mira lo que dices!—prorrumpió severo é irritado.

—»Lo que digo es la expresión de mi sentimiento.

—»He venido á ti—añadió dominándose—con rectas y conciliadoras intenciones. Quería, lo primero, pedirte que me absolvieras de mi único pecado, el de fingimiento; y después, rogarte que volvieras á ser para nosotros lo que has sido siempre: modelo de hijos; amigo incomparable.—Si tu madre y yo no conseguimos ahora lo que ardientemente anhelamos, no nos quedará sino una esperanza: la de que el tiempo y la razón sosieguen tu espíritu y calmen tu resentimiento.»

Hablando así, inclinó levemente la cabeza como haciendo un saludo, y dió un paso para retirarse.

—«¡No, no!—articulé cada vez más furioso.—Nunca, nunca olvidaré tu infamia ni tu doblez. Hoy, como mañana y como siempre, no sentiré hacia ti sino aversión y desprecio.»

Detúvose Adolfo y me miró fijamente.

—«¡Mide bien tus palabras!

—»Mis palabras no expresan todavía la repugnancia que me inspiras.»

Entonces se acercó á mí con semblante descompuesto, terrible, amenazador.

—«Si no fueses el hijo de la que es mi esposa, te arrepentirías muy pronto de tus insultos.»

Una nube de sangre turbó mi vista, y sin poderme contener levanté la mano y la descargué sobre su rostro.

En seguida comenzó una lucha terrible entre los dos: asidos por el cuerpo como los atletas, hacíamos uso de todas nuestras fuerzas para combatir.

Yo era el más joven y el más fuerte; pero él luchaba, conociendo su inferioridad, con verdadera desesperación.

Ambos nos sentíamos animados por el propio pensamiento: arrojar al contrario al abismo abierto á nuestros pies.

Por fin, después de algunos minutos de lucha, en que sentía crecer la rabia y el furor, con un esfuerzo supremo levanté en alto á mi enemigo, y le arrojé al fondo del torrente que bullía á nuestras plantas.....

.....

Sí, Aurora, soy un criminal; soy un asesino! He dado muerte al que no tenía otra culpa que haberme robado el cariño de mi madre.

Ahora, ¿qué me resta? ¿Qué debo hacer después de esta horrible catástrofe?—¡Morir yo también!

RAMÓN DE NAVARRETE.



ZALEMAS.





EL MEJOR GUÍA

À MI QUERIDO AMIGO EL ADMIRABLE POETA

D. FEDERICO BALART

¿Qué buscas de la vida
 Por el sendero,
 Joven alma que emprendes
 Hoy tu camino?
 ¿Dónde vas por el mundo
 Sin compañero?
 Necesitas un guía,
 Yo serlo quiero:
 Sígueme y en mis manos
 Pon tu destino.

—¿Quién eres?— ¿No lo sabes,
 Alma inocente?
 ¿No me has visto en tus sueños
 Embriagadores?
 ¿De laureles ceñida
 Mi noble frente,
 Nunca surgi á tus ojos
 Resplandeciente
 Para ser el más dulce
 De tus amores?

En tu labor eterna,
 De noche y día,
 ¿No era yo quien te daba
 Constancia firme?
 ¿No era yo quien de lejos
 Te sonreía?
 Yo, yo sola, tus fuerzas
 Enardecía
 Mientras que tú luchabas
 Por conseguirme.

À mi vienen los nobles
 Y los pecheros;
 Por mí luchan los niños
 Y los atletas;
 Los alegres me buscan
 Y los austeros;
 Yo soy quien da laureles
 Á los guerreros
 Y la frente coronó
 De los poetas.

Yo soy quien premia al bueno,
 Quien honra al fuerte,
 Vive el genio ignorado
 Si no le sigo,
 Y quien de conseguirme
 Logra la suerte,
 Es vencedor del tiempo



Y aun de la muerte.....
—¿Quién eres?—Soy la gloria;
Vente conmigo.

—De mi adorada madre
La voz piadosa
En mi niñez bendita
Y aun no lejana,
Me dijo que eras dulce,
Pero engañosa;
Que el alma por ti pierde
Su paz hermosa:
Déjame; yo no quiero
La gloria humana.

—Dices verdad: la gloria
Dicha es mentida;
Ven conmigo, yo tengo
Más altos dones:
Si me sigues dichosa
Será tu vida;
Cuanta ventura sueñes
Verás cumplida
Y serán realidades
Tus ilusiones.

Alcázares soberbios,
Ricos festines,
Músicas encantadas,
Nocturnas fiestas,
Yo te daré de todo
Cuanto imagines,
Y tendrás siempre rosas
En tus jardines,
Y siempre ruiseñores
En tus florestas.

Tus selvas y tus bosques
Serán verjeles,
Y al disponer en ellos
Tus cacerías
Cuando sigas la huella
De tus lebreles,
Irás pisando flores
Con tus corceles
Al correr tras los ciervos
Y las jaurias.

Para ornar tus palacios
Lujosamente
De mármoles y jaspes
Tengo canteras;
Púrpura y sedería
Vendrán de Oriente,
Y para darte alfombras
La Libia ardiente
Despoblaré de tigres
Y de panteras.

Si ambicionas un reino,
Todos son míos;
Yo correré en tu ayuda
Cuando me llames;
Se humillarán los hombres
Ante tus bríos;
Vencerás en palenques
Y en desafíos,
Y serás bien amado
De cuantas ames.

Podrás decir sin miedo
Que habrás gozado
Cuantas dichas existen
Una por una;
El triunfo á tus caprichos
Irá amarrado.....
¿Aun no te satisfaces?
Ven á mi lado:
Soy la reina del mundo;
¡Soy la Fortuna!

¡Huye de aquí! Mi madre
Me dijo un día
Que no quisiera nunca
Lograr tu palma,
Que por falsa y mudable
Te aborrecía,
Que no eres tú el heraldo
Que al cielo guía,
Y que paz verdadera
No das al alma.

—Conmigo ven entonces,
Ven sin recelo,
Que de darte venturas
Hallaré el modo;
Yo soy el enemigo
Del mal y el duelo:
¡Verás qué hermoso el mundo,
Qué azul el cielo,
Qué dulce la existencia,
Qué alegre todo!

Los goces solamente
Son mi divisa;
Voy vertiendo venturas
A manos llenas;
El huracán más fuerte
Convierto en brisa;
Donde llanto me encuentro
Dejo sonrisa,
Y en dichas á mi paso
Trueco las penas.

Surco el mar de la vida
Tranquilo y grave;
Favorables los vientos



hinchán mi vela,
Y las olas dormidas
Mecen mi nave,
Para la cual es siempre
La brisa suave,
La corriente benigna,
Blanca la estela.

Soy el placer. ¿Me quieres
Por compañero?
—Que te huyera me dijo
Mi madre amada:
Huye de mi camino;
Solo ir prefiero,
Aunque sé que del mundo
Por el sendero
Es dura y fatigosa
Nuestra jornada.



—Solo no, que aquí tienes
Mi compañía.
—¿Quién eres? — Un amigo
De los mejores:
Si te ofreciera triunfos
Te engañaría;
Mas gozaré si gozas
Con tu alegría,
Y lloraré si sufres
Con tus dolores.

Soy un irresistible
Constante anhelo;
Un germen de delicia
Siempre fecundo;
Soy el amor bendito,
Gloria y consuelo,
Rayo de luz divina
Que manda el cielo
Al alma desterrada
Sobre este mundo.

Yo no te ofrezco gloria,
Lauro ni ruido,
Que no somos dichosos
Por los honores;
Para serlo nos basta,
Tenlo entendido,
Lo que le basta al ave:
Tener un nido
Donde ocultar al mundo
Nuestros amores.

Aduladores tienen
Los triunfos vanos;

Amigos la fortuna
Que al necio asombra;
Mas se pierden tan pobres
Bienes humanos,
Y amigos, servidores
Y cortesanos,
Huyen del árbol seco
Que no da sombra.

Y en cambio, en la desgracia
Cobro energía;
Los dolores me acercan
Al ser amado,
Y comparto la carga
De su agonía:
Al dichoso lo quiero
Por simpatía;
Al infeliz lo adoro
Por desgraciado.

Agrúpense los buenos
En torno mío,
Que aunque no doy al hombre
Gloriosas palmas,
Hago el dolor humano
Menos sombrío,
Y soy, lo que á las flores
Es el rocío,
Lluvia vivificante
Para las almas.

Soy el germen eterno
De la ventura;
De mí cuanto es creado
Calor recibe;
Por mí cantan las aves
En la espesura,
Fructifican los prados,
El sol fulgura,
La humanidad alienta
Y el mundo vive.

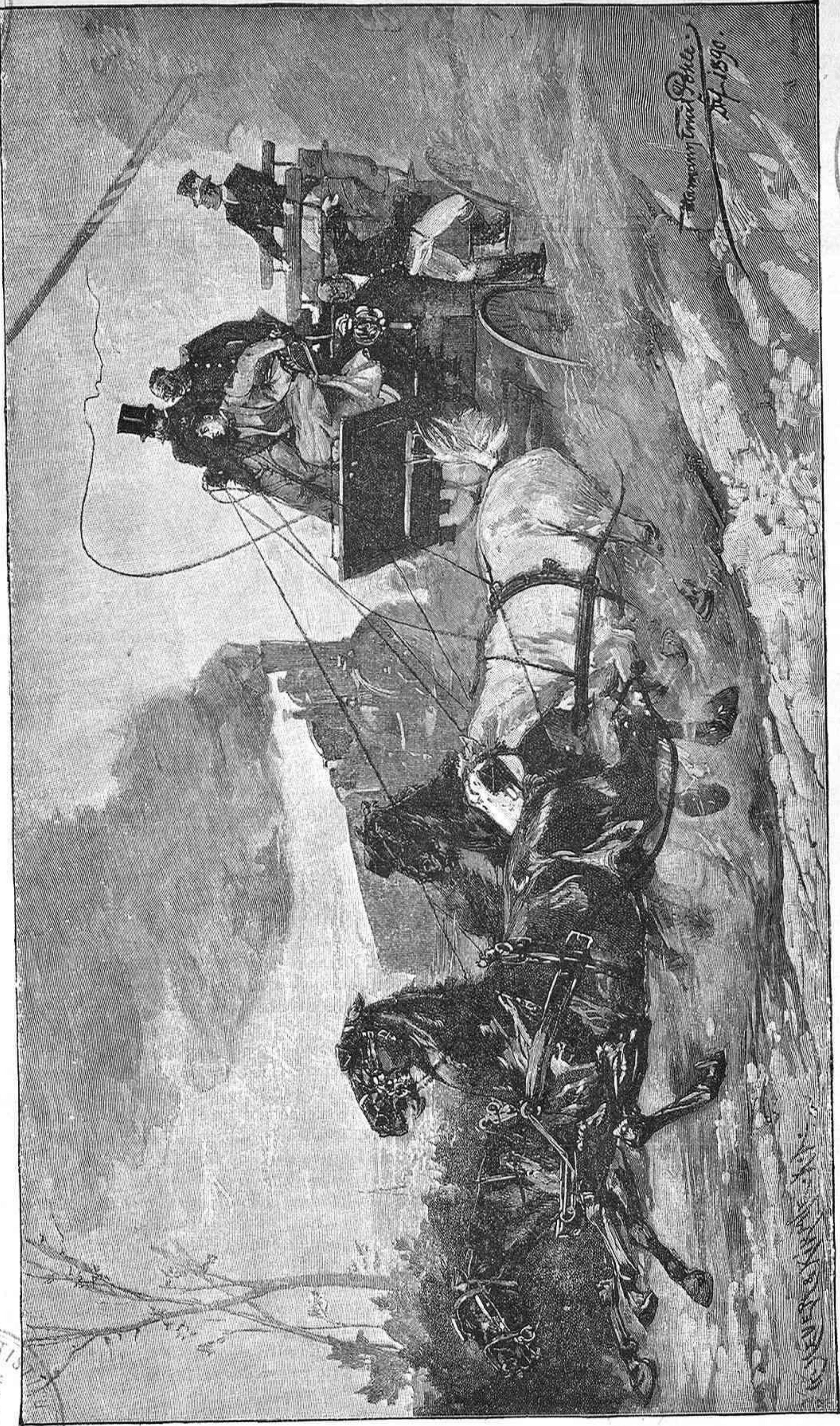
—Amor, amor eterno,
Lumbre sagrada,
Germen, calor y esencia,
Sé tú mi amigo;
De tí me hablaba siempre
Mi madre amada:
Quiero que me acompañes
En mi jornada;
Si es dura..... ¿qué me importa
Si voy contigo?

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Junio 1891.



ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

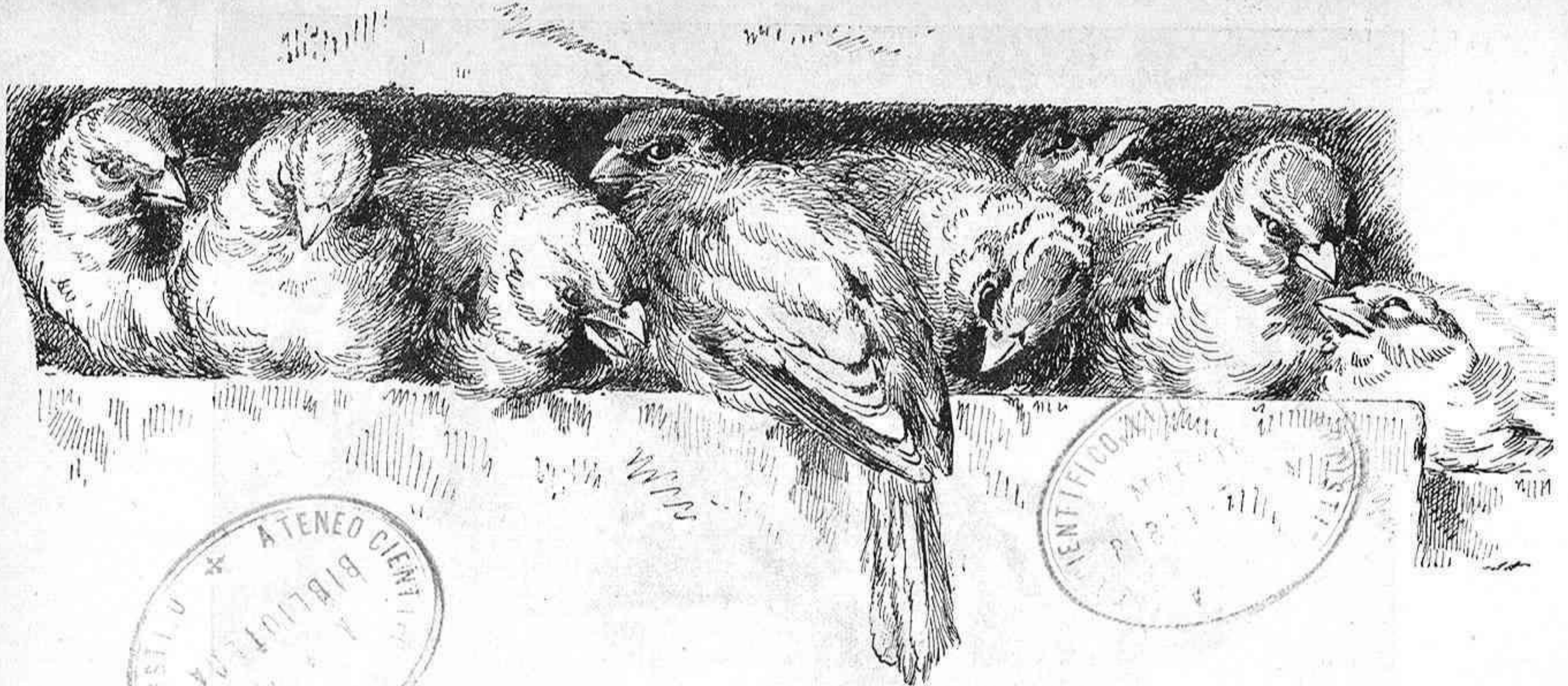


ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

MOMENTO CRÍTICO.
CUADRO DE HERMANN EMIL POHLE.

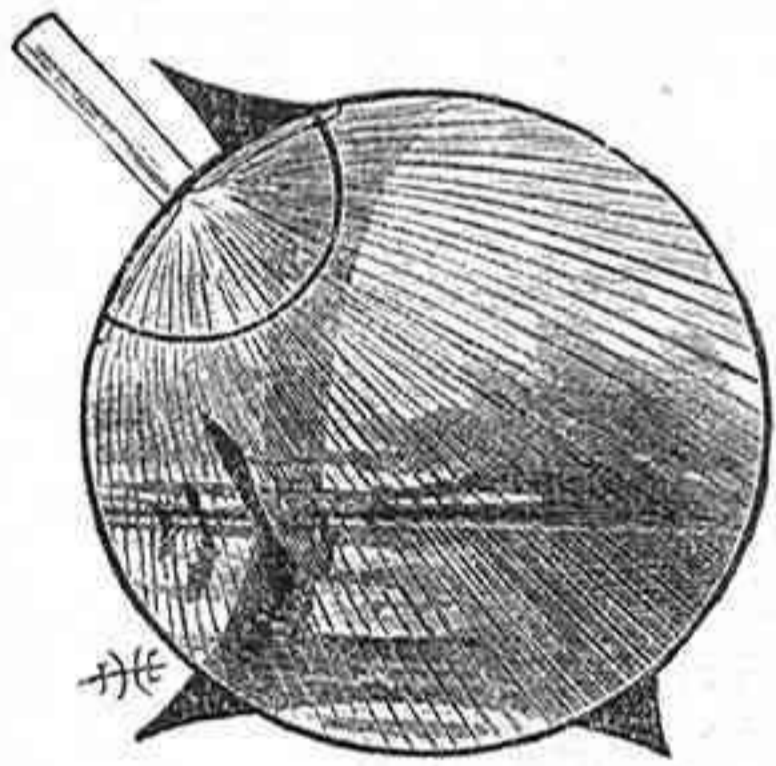
ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA



NOVELESCA

(NARRACIÓN VERÍDICA)



A constante susceptibilidad de impresiones determina casi siempre lo indefinible de un carácter. Puede asegurarse que de él carecen los que, por condición tan poco envidiable,

serían grandes artistas del teatro; pues ya dijo Diderot que necesitan éstos no tenerle propio para asimilarse con energía los distintos caracteres que han de representar en la escena.

Muy curioso sería el estudio de la vida privada y de las cualidades personales de los genios de ambos sexos que, interpretando á los grandes poetas, han conmovido al mundo con la expresión de los caracteres y pasiones de la humanidad. Tal vez el juicio de Diderot saldría plenamente justificado en ese estudio, dándonos cuenta de los triunfos y la celebridad de artistas que han pasado á la historia.

¿Quién duda que muchas vidas desgraciadas son obra de esa fuerte susceptibilidad que, cuando no acusa la ausencia del carácter, le desnaturaliza ó le destruye?

¿Cuántos criminales ha juzgado la opinión pública y ha condenado la ley, que acaso no fueron más que unos grandes actores que se representaron á sí mismos las pasiones que de reflejo habían exaltado su fantasía?

¿Cómo no he de estar seguro de que Micaela, la protagonista histórica de estos ligeros apuntes, hubiera sido una actriz consumada si se hubiera dedicado á fabricar su gloria en el teatro, como á labrar en el mundo su propia desventura?

Y ahora, la historia lamentable de *Novelesca*, que ganó el apodo haciendo reír al que se lo puso, y murió con él haciendo llorar á cuantos la rodearon.

I.

Micaela nació de un matrimonio muy bien avenido y ricamente acomodado, que en ella se miraba como en el único espejo que Dios le había dado para ver y definir la ventura de sus santos y siempre vivos amores.

El padre, nacido en España, había permanecido largos años en la Isla de Cuba, dedicado por vocación y con voluntad decidida al comercio, en el que empezó de humilde dependiente y acabó por ser el *principal* acaudalado de una casa con resonancia y sucursales en toda la América del Norte y en gran parte de Europa.

Era D. Homobono lo que significan las dos palabras latinas: un hombre bueno; y hasta pudiera añadirse *un buen hombre*, dadas sus condiciones de apacible en el trato y de sencillo y humilde aun en el colmo de los halagos de la fortuna.

Casóse con una hermosa cubana poco después de realizar por todo lo alto sus haciendas y sus créditos y, meses antes de embarcarse con rumbo á la Península, vió el único fruto de bendición de sus bodas brotar bajo las caricias de aquel sol fecundante y entre los perfumes de una quinta deliciosa,



cuya propiedad conservó como recuerdo sagrado de su más santa alegría.

Llegó Micaela á España entre el pecho maternal en que bebía la vida y los brazos de una mulata casi niña y muy cariñosa que la mecía en sus brazos como en una hamquilla colgada de las ramas de un cocotero. Entre éstas asomaba alguna vez, curioso y juguetón, el mono Panchito, que traía de la Isla el *padrazo* de D. Homobono como una futura diversión del cachito de cielo cubano que le embelesaba.

Con casa propia en Madrid y con una deleitosa quinta de recreo en un hermoso valle próximo al más ignorado puercecillo de mar de Asturias, su tierra nativa, D. Homobono repartía su existencia entregándola ocho meses del año á los goces más sanos de la corte, y cuatro á las inocentes delicias que al alma como al cuerpo ofrece desde la primavera al otoño la tranquila vida del campo.

Urbano ó rústico, el padre de Micaela no podía olvidar sus hábitos de hombre activo, y en Madrid solía planear con éxito sus negocijos bursátiles, y en Villa-Ángela (del nombre de su esposa) aplicaba á sus terrenos sus conocimientos de arboricultor y jardinero, siempre pensando en mayores goces para los dos pedazos de su alma. En la vida campes tre solía acompañarle también su hermano mayor muy querido, el alegre D. Florencio, padrino de Micaela, chocho con los encantos de su ahijada.

Creció ésta entre las caricias y los mimos de todos, como única delicada planta nueva de un patriarcal paraíso, para la que hay manos cuidadosas que atenúen los rigores del sol, que vigoricen la savia vivificante y que suplan la dulce frescura del rocío.

La misma mulatita se había desarrollado en una especie de esclavitud espontánea de aquella muñeca, que había dado los primeros pasos entre sus rodillas; y hasta Panchito, el mono, algo pesado antes en sus intrusiones imitativas y graciosas en los juegos de la niña, parecía que había estudiado el modo de llegar á tiempo, evitando enojos y esperando las ocasiones oportunas para sus monerías.

Pero ni las malicias del mono, ni la abnegación de la niña, ni la previsión amorosa de los padres y del padrino, habían de ser bastantes después para seguir los vuelos de aquella volubilidad creciente y de aquella fantasía que en su desarrollo había de tener arranques de torbellino.

Se reía á veces como una loquilla cuando Panchito, en un par de saltos, la escamoteaba el aro ó la pelota, y dos minutos después era un mar de lágrimas entre las faldas de su madre, porque se le había metido en la cabeza que habían traído el mono de la Habana sólo para que la hiciese burla á ella.

Tan pronto le daba al mono un golpe, como los bizcochos del chocolate; y apenas veía llorar á la mulata por un arranque brusco de su genialidad, ya la tenían ustedes colgada de su cuello, cubriéndola de besos y de caricias consoladoras.

Su corazón era hermoso y se conmovía ante cualquier impedido ó desgraciado que llegaba á la verja del jardín á sorprenderla en sus juegos. Pero un cuento contado por la madre ó por el padrino antes de la hora del sueño, la hería de tal modo, que á la mañana siguiente en cada pobre se figuraba ver el diablo ó el fantasma del cuento.

II.

Así llegó el momento de dar impulso á la educación de Micaela, con todos los esplendores y refinamientos deseados por el ciego amor de sus padres.

Las labores más delicadas del sexo, idiomas, la música, la pintura, algo de equitación como ejercicio gimnástico para el completo desarrollo de aquel cuerpecito esbelto y elegante; y en todo y para todo, profesoras ó profesores especiales que procuraban corresponder á la generosidad con que D. Homobono los pagaba.

¿A qué tenía más marcada afición Micaela? Disposición y facilidad no le faltaban para todo ello; pero sus aficiones, como su carácter, no se definían nunca. Era cuestión de momento. El próximo santo de la mamá ó de una amiga la metía con tal empeño y encarnizado capricho en un bordado, que el piano enmudecía, los colores se secaban, el francés se quedaba sin traducción, y la yegua favorita, sobrada é impaciente, sin el ligero peso de aquel cuerpecito y sin la presión de aquella mano nerviosa que la excitaba á los cambios de aire en la pista ó en los paseos.

Impresiones de distinta índole y de bien contrarios efectos la llevaban dentro de una misma semana á despreciar á Tálberg por la copia de una cabeza desdibujada, ó á abandonar pincel ó lápiz por la traducción exacta de un mal capítulo romántico de novela francesa.

Dentro de un mismo ejercicio, ya dejaba el modelo del profesor para hacer una caricatura del mono, ó tiraba en el músico á Beethoven para arrancar al teclado alguna cancioncita ó *couplet* de zarzuela á la moda en los teatros.

Traducía y hablaba algo el francés; interpretaba á los maestros en el piano; estudiaba alguna cabeza de Rafael en el Museo, ó copiaba del natural fértil y hermoso de Villa-Ángela. Pero como todo lo tomaba con igual calor, ó lo dejaba con el mismo despego, según la influencia de la impresión del minuto, en nada llegaba al *desideratum* del profesor, y el todo producía las risotadas alegres de don Florencio, su padrino, á quien caían muy en gracia las veleidades de Micaela.

Soñaba ésta con Madrid cuando estaba en el campo, y suspiraba desde la corte por que llegasen las horas primaverales de Villa-Ángela, donde su padrino era su inseparable compañero.

El pobre D. Homobono se desvivía por tenerla contenta, aunque el consejo más severo de D.^a Ángela tendía á desviarle de algunas condescendencias peligrosas en la edad crítica á que su hija había llegado.

Con la adicta doncella mulata; con el consecuente cómico Panchito; con el coche y los caballos para los paseos largos de la sedentaria señora cubana, se trasladaba también á la preciosa finca, á orillas del Cantábrico, la airosa yegua, de la que bien podía asegurarse que había recibido más halagos que castigos de su joven y encantadora dueña.

A los diez y siete años parecía ésta, no una criolla, sino una virgencita del Norte, rubia y de grandes ojos azules, de esas que pintan en sus baladas y leyendas los grandes poetas de Alemania.

¡Y qué hermosa y qué gentil, á caballo, vestida de ama-



zona, con un sombrerito de paja hecho á su capricho para sus excursiones en el campo, y que en sus arrebatos hípicas concluía por colgarle sobre la espalda, dejando juguete de la brisa marina ó del aire de la montaña aquella dorada cabellera que, á los reflejos del sol, semejaba un nimbo de luz!

Por lo regular, en sus paseos á caballo era su padrino su caballero; pero caballero en un humilde y viejo jamelgón nacido en el valle astúr, condenado á hierba perpetua, seca ó verde, y poco envidioso de los grandes aires y de los vivos vuelos de la yegua que veraneaba en Villa-Ángela.

Preparóse cierta tarde una larga expedición, concertada entre D. Florencio y Micaela, que solía llevar en uno de los bolsillos de la amazona algún tomito de amena lectura para los descansos, y que en aquella ocasión llevaba además el ánimo bien dispuesto para jugarle al padrino las vueltas y una mala pasada.

Y ocurrió todo casi como lo había fraguado la *loca de la casa* de la criollita. Y digo *casi*, porque ella no podía prever algunos accidentes, hijos de inesperadas impresiones.

Apenas perdieron de vista las altas chimeneas del precioso hotel de Villa-Ángela, metidas las cabalgaduras en un camino vecinal con ramales hacia distintos caseríos, salió la yegua al trote á la voz de Micaela, y cuando ésta se enteró de que apenas podía seguirla D. Florencio en su rocinante, se dió á correr al galope á campo-traviesa.

Oyendo, muerta de risa, los gritos del padrino, faldeó en vertiginoso escape una ancha colina, y ya muy lejos del

escudero atribulado, se encontró frente á una estrecha playa, vecina de un verde prado, en el que se dejó caer con gentileza, dando á la yegua descanso y libertad para refrescar la boca de los rigores del freno y aun de los ardores de la cebada.

Colgóse sobre el brazo izquierdo el extremo de la falda de la amazona, después de sacar su librito, y metro á metro fué á ganar á saltos una roca eminente que dominaba una gran extensión del bravo Cantábrico.

Los alegres relinchos de la suelta y ya refrigerada yegua pusieron al fin sobre las huellas de la fugitiva al alarmado don Florencio, que, al torpe trotar del anciano y achacoso peneco, llegó al fresco pradillo, donde confiadamente dejó á su montura como en su elemento propio, viendo en seguida en la húmeda arena de la playa estampado el diminuto pie de su endiablada sobrina.

Siguió la huela hasta tropezar con la roca, subió pesada y trabajosamente la peligrosa escalera que las olas habían fabricado, y ya cuando el sol era un globo de fuego que parecía hundirse en las aguas, sorprendió á Micaela sentada sobre un banco de salitroso musgo, con los cabellos sueltos al aire fresco y húmedo de la tarde, y con la cabeza tristemente caída sobre el



RETRATO DE M.^{ME} B. D'A.,

POR RIXENS.—(Salón de París de 1891.)

librito abierto, que no era otro que *Enoch Arden*, precioso y sentido poema de Tennyson.

Cuando D. Florencio, feliz con el hallazgo de aquella *perdida*, se disponía á una broma de las suyas, se halló con los ojos de Micaela arrasados de lágrimas.

—¡Pobre *Enoch*!—parecía decir al padrino, como si éste hubiese asistido á la lectura y olvidada entonces de su cala-





UN AGUINALDO ORIGINAL.
CUADRO DE REICHERT.

CIENCAS, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA
ATENED

CIENCAS, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA
ATENED

verada ecuestre, del abandono de la yegua y de la trastadita que le había jugado al buen señor que la contemplaba sorprendido.

De vuelta ya de noche á Villa-Ángela, y al paso del viejo matalón y de la gallarda yegua, unidos entonces como dos camaradas que acaban de comer en el mismo plato, oíanse las carcajadas del bonachón de D. Florencio, que repetía con frecuencia á Micaela: «¡Pero qué *noveltesca* nos ha salido este diablejo de ahijada!»

Y *Noveltesca* se quedó ya siempre para el tío, en honor de aquellas lágrimas de aquella tarde de eterna memoria.

III.

Y llegó por fin la crisis peligrosa de la existencia de la joven cubana.

La sorprendió el amor con la impresión de sencillas y plácidas confidencias de su mejor amiga, ya prometida esposa, y era la manera más segura y favorable de sorprenderla. Cuando la brisa esparce dulcemente el pólen de las flores, siempre es en el momento más seguro de la fecundación.

¡Ay! pero ¡qué difícil es la fecundación del amor en un alma tan movible!

El amor interesado del hombre que había sorprendido en un baile de sociedad á Micaela no era del agrado de D. Homobono, porque no lo era de D.^a Ángela, y casi, casi tampoco lo era del que llamaba *Noveltesca* á su ahijada.

Y era D. Florencio el único que conocía y trataba algo á la excelente familia del galán, cuya fama de perdido y disipador llegó con rapidez eléctrica á los oídos de D.^a Ángela cuando se notó, ya algo tarde, en la sociedad que frecuentaba, la predilección marcada y aparentemente *seria* del elegante *chico* de los de Casa-Morta.

Conocidas eran las aventuras rufianescas de aquel Tenorio de frac y corbata blanca, trasnochador achulado en colmados á la moda, bajo la influencia de eso que alguien llamaría *flamenquismo* ilustrado, de tan funesto desarrollo en la juventud que aun se dice metafóricamente *la crema*.

Ello es que el *chico* había ganado terreno en la fantasía de Micaela aun antes de que algún piadoso dijese que el de Casa-Morta empezaba á *sentar la cabeza*; y por una de

esas sorpresas tan fáciles en la sociedad y más en un carácter aseguible como el de D. Florencio, éste fué el que cierta noche le presentó en la reunión de confianza de su buen hermano.

Cartas que van y vienen por mediación de la doncellita mulata; frases más estudiadas que sentidas en las vueltas arrebatadoras de un vals; caracoleos del jinete junto al Ángel Caído

del clásico paseo; y á todo esto el pobre D. Homobono sin atreverse á combatir de frente aquel fuego fatuo con apariencias de incendio que parecía abrasar el corazón de *Noveltesca*.

Todo ese trabajo, tan difícil tratándose de una niña que en un cuerpecito débil encerraba un alma de rápidos y peligrosos movimientos, quedó á cargo de la severa aunque amorosa madre.

Sin la viva repugnancia que inspiraban aquellas relaciones á D.^a Ángela, ésta, conociendo á su hija, hubiera dejado al tiempo la destrucción de una llamarada que un accidente imprevisto, una viva impresión nueva podía apagar de un soplo.

Y este accidente inesperado, esta viva impresión nueva se produjo precisamente en la lucha, cuando menos podía esperarlo una madre casi vencida, y en una noche en que se habían ya despedido todos los contertulios, incluso el galán, y aun ausente D. Homobono en una velada de la Unión Mercantil, círculo de qué era socio importantísimo.

El accidente terrible en aquella feliz familia fué provocado por una monería de Panchito, que parecía en aquellos instantes el alma de una conspiración fraguada contra Micaela.

Cuando ésta procuraba en vano ocultar á la vista de su enojada madre un retrato que acababa de recibir del de Casa-Morta, entró el mono dando saltos, sorprendió la acción de su amita, y con la agilidad y destreza de su raza le birló la satinada tarjeta. Encaramóse en seguida en lo alto de un precioso espejo, y después de dar vueltas entre gestos burlones á la efigie del amor de Micaela, en un segundo la hizo picadillo con sus agudos dientes.

La acción del mono fué tan rápida, que Micaela, á la vista de su madre, no tuvo fuerza para reprimir un movimiento de ira acompañado de lágrimas, de esas de niño voluntarioso á quien se le arranca un juguete.

—¿Lo ves? ¡hasta el mono!—exclamó en tono de reconvencción y de lástima la madre.

Aquella exclamación fué una chispa eléctrica que excitó todas las fibras de demonio que podían caber en la enferma naturaleza moral de aquel ángel desdichado que, ciego de coraje, fué á coger un precioso jarrón de la China que halló á mano.

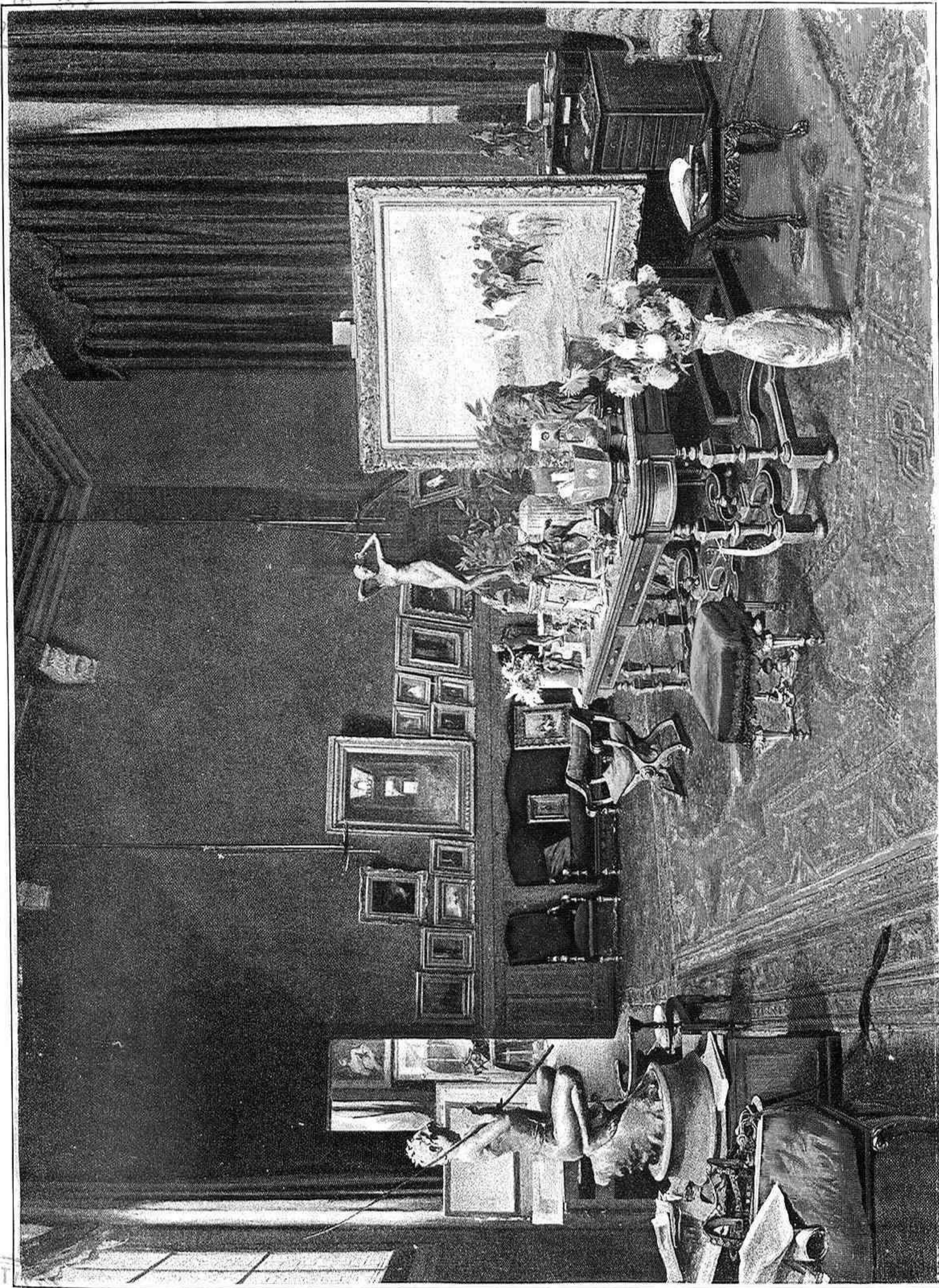
La madre se horrorizó ante el aspecto de rebelión del ángel; el mono contemplaba inmóvil aquella escena muda, y el jarrón fué por encima de D.^a Ángela á hacerse mil pedazos con el cristal del espejo, á dos dedos de Panchito, que á saltos desapareció súbitamente.

Quedaron frente á frente la hija y la madre, conteniendo ésta á duras penas el primer impulso que sintió al ver su autoridad herida, iniciándose en aquella una reacción profunda y dolorosa que no podía traducirse en palabras.

D.^a Ángela cayó desplomada en una butaca sin pronunciar una frase, y á los dos segundos caía á sus pies demandando perdón la pobre Micaela hecha un mar de lágrimas y deshaciéndose en caricias para la madre.

Ni una palabra. El perdón brotó con los besos compasivos, y poco después D.^a Ángela sirvió de doncella solícita á su hija acongojada, que murmuró con ella con piedad infantil la oración que pide el sueño del justo. El sueño fué agitado y febril; pero la impresión tremenda de aquella noche había herido de muerte el amoroso capricho de *Noveltesca*.





Chromotypographie & Imprimerie Bossol, Volador & Cie.

« TALLER DE MEISSONIER »

POR G. BRETEGNIER.

Almanaque de La Ilustración Española.

ATENEUM DE INGENIEROS Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM DE INGENIEROS Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM DE INGENIEROS Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEUM DE INGENIEROS Y ARTISTAS
MADRID
BIBLIOTECA

IV.

Se preparaba una sorpresa de efecto menos ruidoso, pero quizás más dolorosa, con la crisis que se había iniciado entre lágrimas. La mulata pudo darse cuenta de algo nuevo que pasaba á la niña cuando, á la mañana siguiente, vió hecha pedazos la última misiva de que la hacía portadora el consabido galán.

Micaela había despertado con una idea que nunca se le había ocurrido. Visitar con frecuencia á una prima carnal de su padre, Superiora en un Convento de Adoratrices de Jesús, cuyas advertencias saludables recordaba.

La madre, feliz como D. Homobono con el nuevo aspecto que ofrecían las preocupaciones de Micaela, tampoco temía nada del santo propósito con que había despertado, algo quebrantada la salud con las violentas emociones sufridas.

Micaela pasó largas horas con su tía; oyó los cánticos sagrados á novicias y profesas; se saturó de las graves notas del órgano y del penetrante perfume del incienso, y de la augusta soledad de la celda y del claustro llevó á su mundo el germen de la viva aspiración al amor místico.

Ya no se la volvió á ver al piano, ni con los pinceles y colores, ni con los libros profanos de su antigua devoción, ni acudir con sus mejores amigas á las alegres fiestas. Ella fué la que despidió duramente al gallardo y atrevido Casa-Morta; la que extremó después las caricias al mono que había provocado *aquel* conflicto.

Sus visitas al convento llegaron á hacerse diarias y, con beatitud que parecía nacer de una legítima vocación, declaró á su tía un propósito que la Superiora de las Adoratrices combatió la primera pensando en los padres, á los que comunicó lo que ocurría.

Doña Ángela y D. Homobono tomaron primero á broma la insistencia de su hija, y concluyeron por acudir á la mediación dulce del padrino para evitarse una gran tristeza.

—¿Qué es eso, *Novelesca* del diablo?— la decía entre risotadas D. Florencio.—¿Qué impresiones de libro, que Dios confunda, te inspiran el afán de abandonarnos á todos?

—Nada he leído—contestaba sonriendo Micaela.—Ahora no podéis poner tachas á mi novio. Un año de sagradas relaciones para merecerle, y después mis bodas con el hijo de María.

—¡Bah! bah! ¡bah!—concluía siempre el campechano parino en medio de la risa con que quería disimular el miedo que le inspiraba la fantasía de su *Novelesca*.

Y no hubo remedio. Tuvieron todos que confiar al fin en el persuasivo interés de la prima Superiora para que, en doce meses, desistiese del propósito la chiquilla. Pero un año de noviciado era poca cosa allí donde nada debía conspirar contra la idea embellecida en sueños y donde todo podía ayudar á robustecerla.

Hasta á la prima de D. Homobono engañó la aparente vocación.

La casualidad, que podría llevar al claustro fuerza diabólica que derribase el ídolo divino, como el mono había derribado el idolillo humano, llegó tarde, demasiado tarde.

Y se cumplió el año; y Micaela, hasta contra el voto de los médicos, quiso pronunciar los suyos ante el ara, con-

vencida de que en ellos estaba la salud de la materia como la salud del espíritu.

Fiesta solemne; campanas á vuelo; órgano *expresivo*; cándidas vestiduras; voces angélicas; sagrados perfumes; lágrimas de dolor de unos padres que se despiden; llanto indefinible de una virgen que no sabe lo que ama, y una puerta que se cierra á la luz del mundo, y un claustro sombrío que se abre á una vocación imaginaria. Y después....

Después surgió en el claustro la diabólica fuerza destructora del ídolo, en forma de íntima confianza de la amistad desbordada entre reclusas.

Sor Octavia, que ya había simpatizado con la novicia, llegó, á los pocos meses de la solemne profesión, á cobrar verdadero afecto á Sor Micaela, con quien hablaba de sus dolorosos recuerdos, por si algo los consolaba la alegría inocente y expresiva de *Novelesca*.

En aquellos recuerdos lo dominaba todo el amor; un grande y verdadero amor humano que, aun entre memorias tristes, turbaba todavía la paz religiosa de la conciencia de una mujer envejecida en la juventud.

La historia de Octavia era la de tantas otras que, al fin de la vía dolorosa de una pasión, van á refugiarse en Cristo. Engañadas por el amante ó contrariadas duramente por la familia, hay muchas mujeres que llegan á casarse en el mundo con un hombre tal vez aborrecido; más aún que sin fe, con ensañamiento, con el perjurio consciente en el corazón y en los labios. Octavia se había refugiado en Jesús buscando sinceramente olvido y consuelo; y ni olvidaba ni se consolaba, ni podía perdonarse su infidelidad al divino Esposo.

Y al Esposo divino no pueden engañarle, no, esas virgenes arrojadas por el mundo al pie del altar. Sus hermosos ojos se clavan en el Crucificado como en éxtasis místico; pero, detrás de los ojos, ve Jesús los corazones vueltos al mundo.

Y en volver al mundo se deleitaba Sor Octavia en sus confianzas con Sor Micaela. A solas en la huertecita del convento, en las horas de la siesta; en las primeras de la noche, cuando los rayos de la luna nueva apenas podían llegar con sus besos á la naciente flor del tilo, el corazón de *Novelesca* sentía extrañas emociones al oír aquella media voz temblorosa, pero penetrante, que la hablaba de tantas cosas por ella ignoradas.

El amor humano, de eternas raíces en Octavia, se le aparecía á Micaela personificado y bello, entre árboles y flores de la huerta, hablando al alma y despertando los sentidos de la que nunca había amado. Ni un instante recordó las vulgaridades de seductor del elegante Casa-Morta. Pero llegó el momento fatal en que Micaela, no pudiendo amar á un amante, amó al amor con todas las ansias del que desea más de lo que presente.

V.

Los vasos delicados se quebrantan hasta con el peso de las flores. Y aquellas flores que perfumaban y envenenaban á la vez la vida solitaria de la pobre Micaela, eran verdaderas flores *del mal*, porque excitaban en todo su ser un anhelo ya irrealizable. Ella misma había enjaulado á ese pá-

jaro de atrevidas alas que se llama el deseo. Y en la estrecha celda, entre el oratorio que presidía la cruz y el humilde lecho de la virgen, el pájaro pugnaba en vano por quebrantar los hierros de su cárcel, y la desesperación más honda postraba al fin la materia y el espíritu de la desdichada *Novelesca*.

Su anciana tía y respetable Superiora notaba el rápido decaimiento de aquella delicada naturaleza. Pero ¿qué entendía ella de achaques de aquella índole? La inapetencia, el insomnio, la palidez mortal, la honda tristeza, ¿cómo habían de tener en aquella inocente origen más profundo que el de alguna de esas dolencias que, con nombres tan nuevos como raros, registra hoy la clínica médica y á veces la clínica literaria de algunos desenfadados naturalistas?

Ello es que el caso acabó por ponerse muy serio y que el docto facultativo de la santa casa se lo dijo así á los padres de Micaela en una de sus muy frecuentes visitas á la religiosa.

Doña Ángela y D. Homobono, en conflicto tan extremado, hubieran acudido por telégrafo al Sumo Pontífice, para que el claustro, á pesar de los votos, cediese la virgen al hogar paterno, tan sagrado como aquél, sobre todo en los grandes infortunios.

Bastaron los certificados de los médicos, con la influencia interpuesta por la familia, para que el Arzobispo decretase cesión tan deseada y tan justa. Y Micaela se despidió con besos de su augusta tía y con besos y lágrimas de aquella Sor Octavia que la había hecho partícipe inocente de sus desdichas al resplandor de la luna y entre flores y árboles bendecidos.

Más triste que la salida fué la vuelta de Micaela á aquel gabinete elegante del hotel donde vió correr su infancia y donde después, ya joven, jugó á los amores, por imitación, como juegan los niños á las cosas más serias de la vida.

La exclausturada entró en su antigua alcoba y se dejó acostar en su lecho, mirándolo todo con ojos espantados,

recibiendo besos con la pasividad de una niña enferma, consumida por la fiebre.

La mulata se acercaba á ella con el cariño de siempre, pero también con cierto religioso respeto. Panchito la miraba con fijeza, agazapado detrás de una columna, y tan inmóvil, que el mono parecía disecado y de adorno allí como recuerdo de mejores días.

Veinticinco pasaron, y muy tristes en sus largas horas, sin que de los labios de los doctores saliese franca y abierta una sola frase de esperanza para los atribulados padres.

El pobre D. Florencio, disipada ya aquella sonrisa de bonachón que le distinguía, era el que tenía valor para asistir á las repetidas consultas que se celebraban.

Sólo oía palabras que con frecuencia acababan en *ismo*, en *asis* ó en *osis*, mezcladas con algún esdrújulo enrevesado, todo ello con referencia á la vil materia que se deshacía ó se evaporaba.

Y el tembloroso padrino estuvo cien veces á punto de decirles:

—Pero miren ustedes, señores sabios, que mi ahijada es muy *novelesca*, muy *impresionable*, muy.....

—Sí, la *neurosis*—le hubiera replicado alguno.

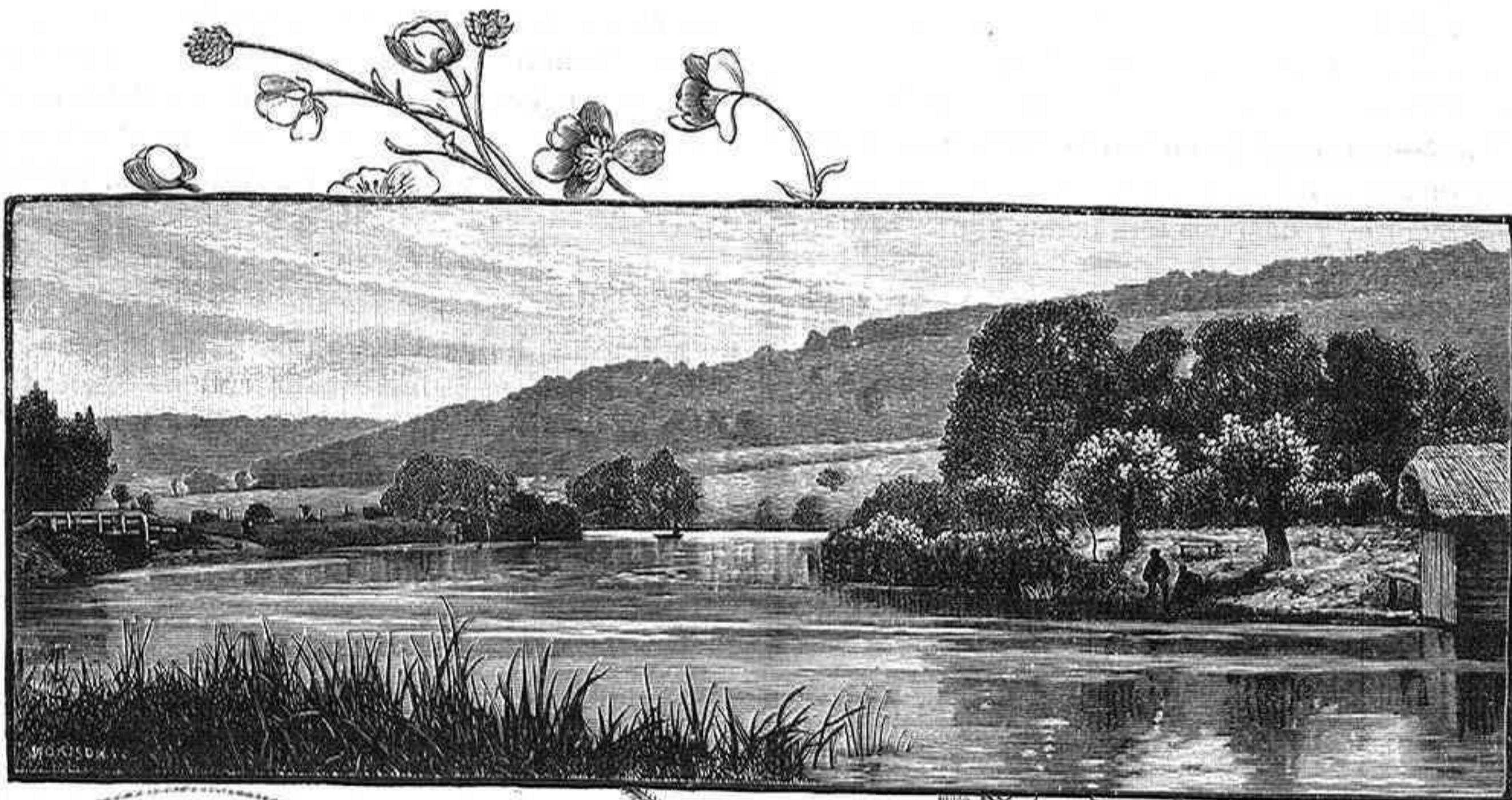
Y por fin llegó la catástrofe, tras el desahucio fulminado en la despedida del médico de cabecera y después de algunas palabras que, como Dios le dió á entender, se encargó de decir D. Florencio á sus hermanos, sacándolos de la alcoba como dos máquinas deshechas á martillazos en una fragua.

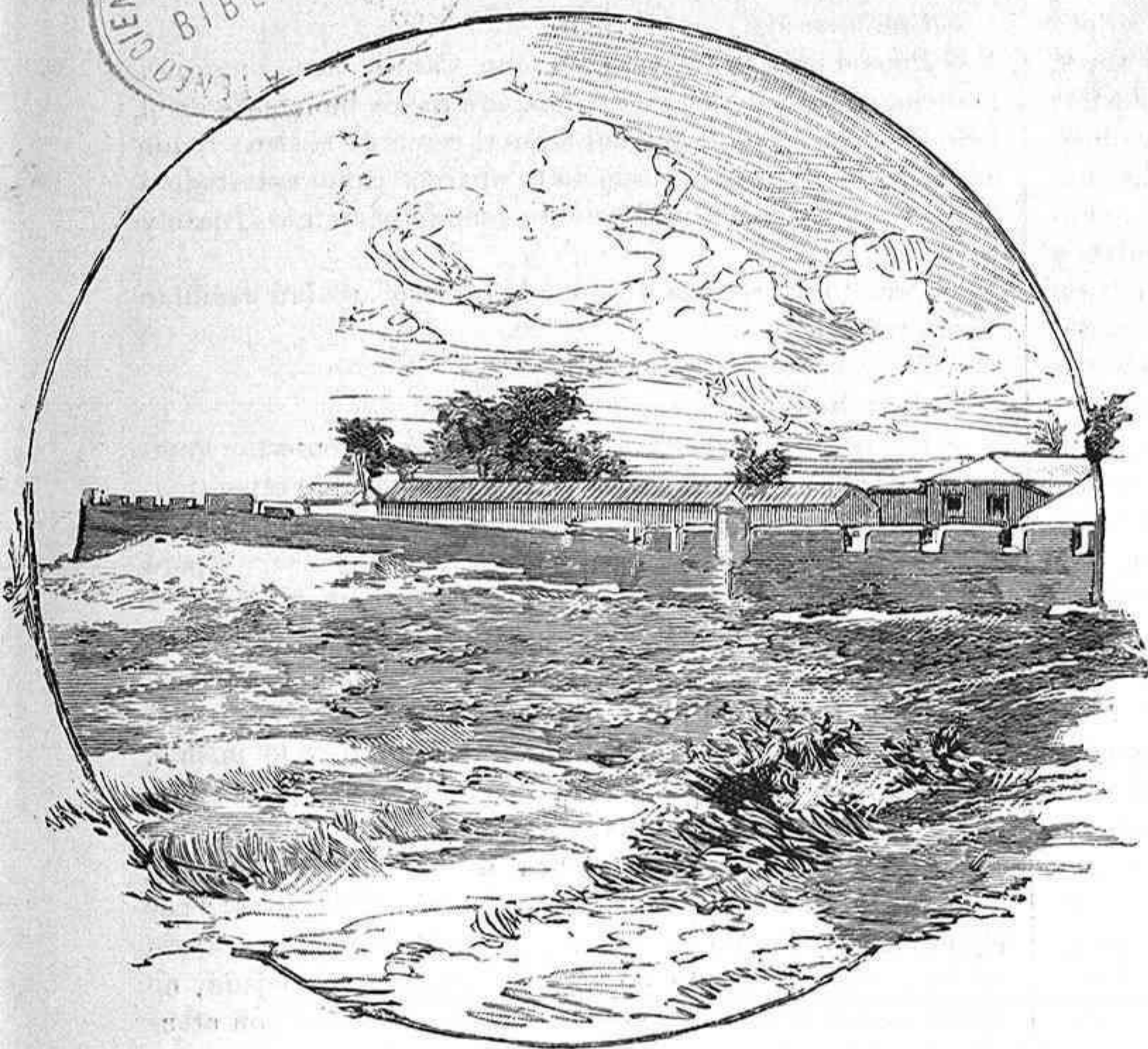
Los desdichados padres no se daban cuenta de que ya habían recogido en un beso el último suspiro de la hija, cuando el padrino, con la voz enronquecida y paseando como una sombra, repetía estas solas palabras:

«¡Pobre *Novelesca!*»

EDUARDO BUSTILLO.

Madrid, 30 de Junio de 1891.





EL CASO

DE

PEJENAUTE

MEDICINA NATURAL

I.

Vivíamos en Medina del Campo, en la más tranquila y honrada amistad, tres familias: la del médico retirado de Ultramar, Pejenaute, compuesta exclusivamente de él y de su bella mitad, la simpática Rosita, cubana hija de Bayamo; la del fiscal del partido el joven antequerano Cazalla, su mujer y dos niñas; y la mía, que componemos, gracias á Dios, mi antiquísima Rita, florida moza que fué, allá en los tiempos del cura Merino, nuestros nueve hijos y un servidor de ustedes, médico suelto, no sujeto á la villa por compromisos titulares, sino ligado á ella y á su comarca por cuarenta y cinco años de buenos servicios, más ó menos bien retribuidos y aprovechados.

Seis hacía que Pejenaute volviera de Cuba, recién unido canónicamente á aquella encantadora muchacha, que podía ser su nieta, y además de la cual, trajo bien repleto de peluconas el bolsillo. Era él medinense: allí había pasado los primeros años de su juventud, estudiando humanidades con los padres dominicos; gimnasia en sus frecuentes ascensiones al alto torreón de La Mota, y picardías en las callejas y callejuelas de la histórica y comercial metrópoli de los antiguos tiempos. Largo y caviloso en sus propósitos y corto de palabras, como buen castellano viejo, vivió siempre en guardia y prevenido contra las pompas y vanidades del mundo, y contra los otros enemigos del alma; y á su pueblo se retiró para no ejercer su profesión, «cansado como estaba de enviar pícaros al otro barrio», dedicándose tan sólo á cuidar de su Rosa, á recibir sus cuidados y á cultivar un huerto lleno de esperanzas é ilusiones, y sin pizca de agua,

que abrió y plantó en el solar de un convento, contiguo á su confortable vivienda.

Médicos y viejos él y yo, diversos en el genio, pero idénticos en la tolerancia, nos habíamos entendido perfectamente desde que se estableció en Medina, y así discutíamos de todo lo discutible al pasear por las tardes por la vía férrea de Zamora y de Salamanca, por la carretera de Olmedo ó por la Estación, en compañía de nuestras respectivas partes contrarias ó costillas, como al hacer á menudo los honores en la mesa á algún suavísimo tostón, rociándolo con blanco de Rueda ó de La Seca, que son los manantiales más salutíferos, afamados y concurridos de aquella tierra.

Vino á Medina el fiscal Cazalla dos años después que Pejenaute, y como alquiló para vivir una casa de mi propiedad, fué nuestro amigo desde su llegada. Era aquel representante de la justicia un andaluz típico, alegre, elocuente, guapo, delicado en sus maneras, bien puesto en el atavío de su persona, y además muy hombre de ley y de conciencia en su profesión. Pasábamos Pejenaute y yo deliciosos ratos oyendo los sucesos, mentiras inocentes y chascarrillos del fiscal; y éste y yo escuchábamos embelesados también al americano cuando nos relataba con gran prosopopeya y gráficos gestos sus aventuras del otro mundo. Nos cuidábamos poco de las hablillas, chismes y política ramplona del pueblo, que en Medina reinaban y tendían á enredarlo y envenenarlo todo, cuya plaga es azote endémico de las villas grandes y de las ciudades pequeñas; y procurábamos remediar con el atractivo de la franca amistad de nuestras casas el espantoso y aniquilador aburrimiento que se siente en estos pacíficos y olvidados lugares, en los que ni por un solo momento reina la paz y donde ni el más levísimo rencor se olvida nunca.



¡Oh hermosos y largos y plácidos paseos del anochecer por la vía de Zamora! ¡Cómo olvidarlos!.... Los tres hombres, discutiendo y fumando, quedábamos muy atrás; y nuestras tres mujeres, paso á paso, contando las hazañas de los buenos hijos y de las malas criadas, las excelencias de sus matrimonios y hogares, y las miserias de los del prójimo, avanzaban cara al sol, que se hundía en los lejanos horizontes, y cuyos suaves resplandores, haciendo destacar sobre el azul hermoso del espacio las siluetas oscuras de las tres damas, daba así como mayor tamaño y realce á sus personas y más vivo relieve á sus actitudes y movimientos.

Destacábase en medio la figura de mi Rita, ancha, bien trazada en sus curvas, redondos brazos y cubierto cervigullo, y peinada al estilo de Isabel II en las pesetas del año 54. A un lado iba Irene, la esposa de Cazalla, una espiritual hija de Huelva, hermosa, alta, extremadamente delgada, y tan fina y suelta en su persona y en su andar como en su vivo ingenio y en su melosa palabra; al otro veíase á Rosa de Pejenaute, pequeñita, exhuberante en sus hombros, cintura y caderas; movable é inquieta, riendo sin cesar y hablando sin cesar; en movimiento continuo el abanico y elegante y vaporosa con su coquetón traje claro de descotado cuello y corta manga, que dejaban vislumbrar unos encantadores prolegómenos, positivamente revolucionarios.

Al apagarse los últimos resplandores del crepúsculo y venir la majestuosa noche serena en aquellos inmensos horizontes castellanos, volvíamos maridos y mujeres hacia Medina con el mismo paso y compás, viendo á lo lejos las luces de la Estación múltiples y refulgentes, y las de las viviendas del pueblo mustias y escasas, y disfrutando á la vez del singular concierto que formaban los silbidos de las locomotoras, el campaneó de las torres de las parroquias y conventos y el canto de las ranas, que pueblan los charcos inmediatos á la vía.

Ibanse nuestras costillas á sus respectivos hogares, y generalmente quedábamos los hombres paseando todavía un rato «á la fresca» en aquella gran plaza de San Antolín, donde formó Napoleón cuarenta mil hombres, y donde aun existen los pilares de las primeras bancarrotas del mundo comercial. Una noche, de vuelta del paseo, Cazalla se fué á trabajar á su despacho, y Pejenaute y yo solos emprendimos en la plaza nuestro acostumbrado va y ven. En más de un cuarto de hora ni él me habló ni yo tampoco; paseamos y fumamos como dos ogros, y al fin, no pudiendo contener mi extrañeza, le dije:

—¿Qué te ocurre, oh Pejenaute, que estás tan callado?

Al oír la pregunta, mi amigo se detuvo, y dándome una palmada en el hombro, contestó:

—¿Has observado bien esta tarde al fiscal Cazalla?

—Ni bien, ni mal—añadí;—¿pues qué le ocurre?

—No quisiera equivocarme, pero he notado que tiene una señal muy rara en la cabeza.

—¿Señal física ó metafísica? ¿En la cabeza ó en el espíritu?

—En ambas partes.

—No te comprendo.

—Pues escucha: ¿te acuerdas que al sentarnos más allá del convento de las Claras, instintivamente y por costumbre nos hemos descubierto los tres, mientras echábamos un cigarro?

—Creo que sí.

—Pues bien; yo he notado que Cazalla tiene una gran mancha sonrosada, así como una equimosis incipiente en el lado izquierdo y superior del frontal cerca de la sien; y que además todo el cabello inmediato aparece como aplastado ó cortado irregularmente. Mañana, cuando paseemos, fijate y lo verás.

—Pero ¿qué crees tú que puede ser eso? ¿habrá recibido algún golpe?

—No lo sé: observa y calla.

—¡Pero hombre!.... explícame....

—He dicho: observa y calla—volvió á contestar Pejenaute, dándome un apretón de manos y tomando repentinamente el camino de su casa.

Me quedé solo y perplejo sin saber qué pensar; y para salir de dudas, esperé al día siguiente, en que volvimos á pasear, como siempre, con nuestras mujeres. Después de una caminata de media hora, lejos de ellas, nos sentamos en un ribazo. Yo me descubrí, me enjugué el sudor y encendí un cigarro. Cazalla, que estaba frente á mí, hizo lo mismo. Pejenaute, sentado junto á éste, cambió el papel á su cigarro, lo arregló, sacó los fósforos, y mientras ejecutaba sosegadamente estas operaciones, me miró y guiñó un ojo, haciéndome seña de que observara la cabeza del fiscal, por el lado izquierdo. Así lo hice, aparentando no haberme fijado en la seña. La frente de Cazalla, ancha y despejada, no ofrecía señal ni huella de equimosis alguna. Miré con atención y cuidado hacia sus sienes derecha é izquierda, entre su fino y bien peinado cabello rubio, y nada vi, absolutamente nada. Pejenaute seguía con curiosidad mi exploración, y de cuando en cuando volvía á guiñarme el ojo, como diciendo:

—¿Lo ves? ¿lo ves?

Lo único que yo veía era que Pejenaute se bromeaba conmigo. Aquella tarde no se separó el fiscal de nosotros, y ya muy entrada la noche, cuando yo estaba después en mi despacho leyendo el correo, entró á verme Pejenaute muy risueño y alborozado.

—¿Te has convencido?—exclamó.

—¿De qué?

—De que Cazalla tiene una gran lesión en la cabeza.

—¡Basta de broma, compañero!—contesté.—¿Qué te has propuesto desde ayer con semejante afirmación?

—¡Cómo que broma! ¿No has reparado esta tarde en la lesión del fiscal?

—Le he observado bien, y el fiscal no tiene nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Tú estás ciego.

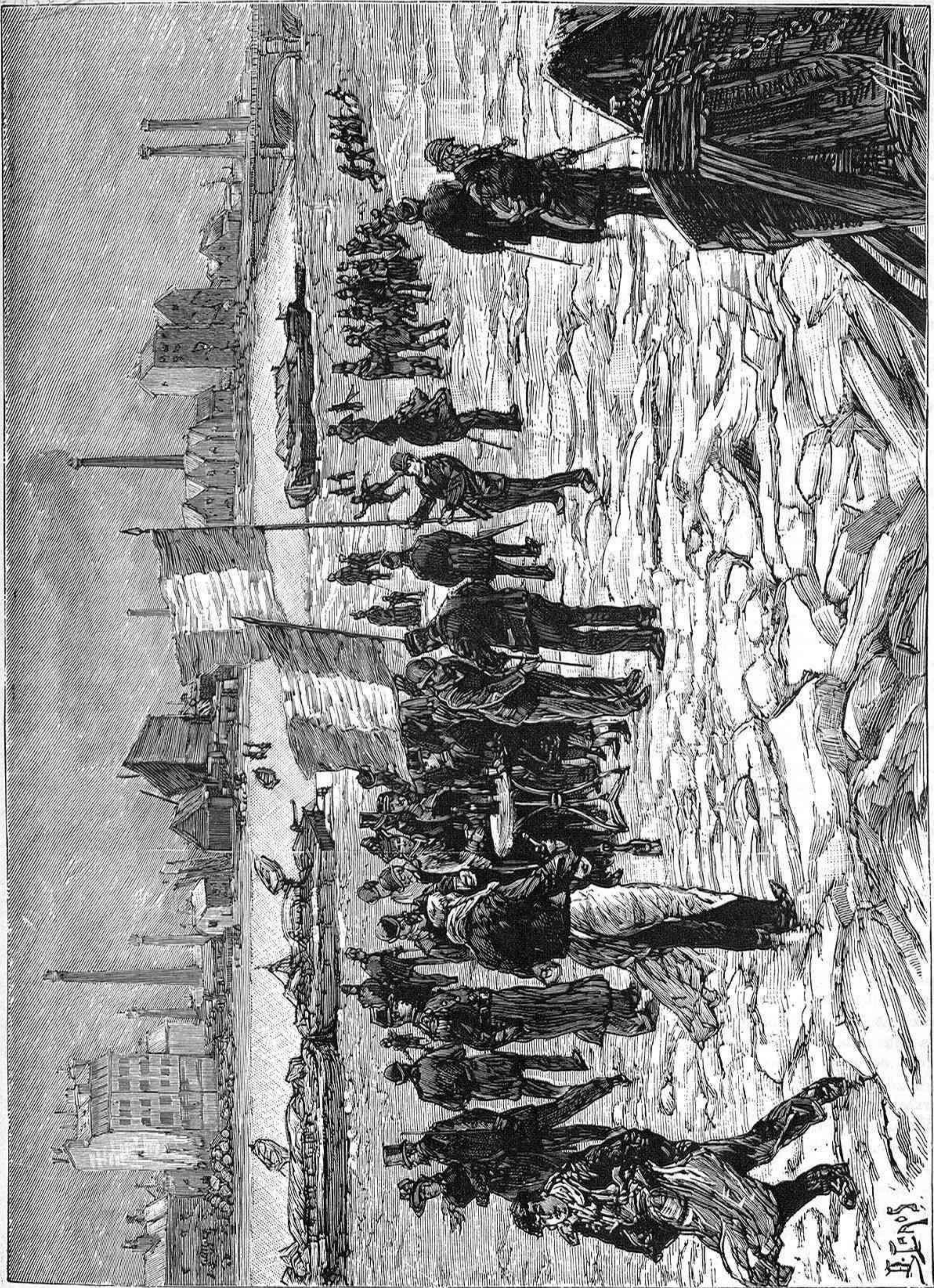
—Y tú estás loco.

—Pero vamos á ver, compañero—añadió con toda calma Pejenaute,—¿qué interés tienes en negar lo que está á la vista? Tú, como médico, ¿no has notado que Cazalla ha debido recibir así como un gran golpe, y que hasta se ve algo perturbado en sus funciones intelectuales?

Ante tal insistencia, me pregunté yo sobresaltado: ¿Se habrá vuelto loco, Pejenaute? y le dije:

—Te oigo, y dudo de si eres tú ó algún visionario el que me habla. Si esto es broma, basta de broma; y si no lo es, conste que me das lástima, querido Pejenaute.





EL INVIERNO EN 1891.—PASEO SOBRE EL SENA EN PARÍS.

CIENCIAS + ARTES + BIBLIOTECA

CIENCIAS + ARTES + BIBLIOTECA

CIENCIAS, LINGÜÍSTICA Y ARTÍSTICA
MADRID
BIBLIOTECA

CIENCIAS, LINGÜÍSTICA Y ARTÍSTICA
MADRID
BIBLIOTECA

—Eso mismo digo yo de ti, compañero.

Mi irritación aumentó al oírle, y exclamé:

—Si la lesión de Cazalla fuera un hecho, ¿por qué no se queja? ¿Cómo sale de casa sin un mal vendaje? ¿Cómo no la ven nuestras mujeres y todos los demás que tratan con él?

—Eso mismo digo yo; y he ahí la razón de la consulta que te hago. ¿Cómo no se queja, ni sufre, ni se ha puesto siquiera un parche de aglutinante? Es un caso médico rarísimo el de Cazalla.

—No, el de Cazalla no; el de Pejenaute, debes decir.

—El de Cazalla, el de Cazalla..... Ahora mismo voy á describirte la lesión.

Tentado estuve de tirarle el tintero á la cabeza cuando oí esto, pero me repuse y añadí:

—¡Déjame en paz, hombre, y hablemos de otra cosa!

Pero Pejenaute continuó impertérrito:

—El trastorno también es metafísico. El fiscal ya no está tan decididor y chascarrillero como siempre. Vive preocupado, y contesta como distraído. Repite que tiene que trabajar á todas horas, y no frecuenta tanto nuestra compañía como antes. Sus ojos han adquirido un tinte de rara melancolía.

—No me he fijado en nada de eso—contesté;—pero, en fin, ¿qué te propones al hacerme creer lo que no veo?

—¿Y qué pretendes tú al obligarme á no creer lo que veo?

—Conste, Pejenaute, que has perdido el juicio.

—¡El loco eres tú, y tú.... y tú!

—Resolvamos la cuestión de una vez; vamos ahora mismo á casa de Cazalla á examinarle.

—Eso sería una grave imprudencia.

—¿Por qué?

—Porque cuando él oculta su mal, hondas razones tendrá para ello. ¡Además, podrían enterarse en la villa de que tú te has vuelto ciego!

—¡Aunque reviente, ahora mismo vamos!—exclamé furioso, echando á rodar la silla.

—No es prudente, compañero—repetía Pejenaute con gran aplomo.

—¡Vamos! ¡vamos!

—¿Á dónde van ustedes, caballeros?—exclamó mi mujer, entrando de repente en la habitación—¿qué voces son ésas, señores médicos? ¿Se han desafiado acaso?.....

—¡Vamos! ¡vamos!—continué yo, agarrando del brazo á Pejenaute.

Mi Rita se puso por medio, y con su sosiego habitual añadió:

—Pero, marido mío, ¿á dónde quieres llevar á Pejenaute? ¡Ten calma, hombre! Diga usted, señor de Pejenaute, ¿qué cisco es este? ¿Á dónde van ustedes?

—Señora doña Rita de mi alma—contestó mi compañero, —su maridito de usted es muy susceptible. Ya ve usted, porque le he dicho que yo, con la mano izquierda, le doy quince carambolas para veinte, se ha puesto hecho un Ataulfo. ¡Figúrese usted, Rita, quince carambolas! á mí á quien no ha ganado nadie á jugar al billar. Como su esposo de usted es tan soberbiote, y cree que todo el monté es órgano, se ha emberrenchinado y se empeña en que vayamos al Círculo á batirnos á quinientas carambolas.

—Pero, ¡por San Antolín bendito, patrón de Medina!—exclamó mi mujer,—¿qué me cuenta usted, señor de Pejenaute? ¡si ni mi marido ni usted han cogido el taco jamás! ¿qué calaverada es ésta?

—¡Pues *velay usted!* como dicen en nuestra tierra—contestó el médico;—ni él ni yo sabemos jugar, y por eso me desafia. Pero ya nos batiremos mañana, ¿no es verdad, doña Rita?

—Mañana ó el año que viene, eso es; pero hoy no; hoy no sales de casa—dijo mi mujer dirigiéndose con adusto ceño á mí, que me hallaba tumbado en el sofá del despacho, riéndome como un loco, al ver la extraña explicación de mi compañero, y el cual, haciendo una profunda cortesía á aquélla, y guiñándome á mí el ojo, salió de la habitación diciendo:

—¡Hasta mañana! ¡Que te alivies de las cataratas!

Yo, al verle salir, no pude menos de exclamar:

—¡Pobre infeliz! ¡Loco! ¡Buena vejez te espera!

II.

Pasé toda la noche pensando en la inexplicable monomanía de mi amigo. Al día siguiente, no fiándome del testimonio de mis propios sentidos fui á pasar un rato á casa de Cazalla, y le observé á mi gusto, mientras fumamos algunos pitillos. El fiscal estaba sano, bueno y alegre. Ni en la frente, ni en las sienes, ni en el resto de la cabeza tenía señal alguna. Con él se hallaban despachando dos escribanos, un escribiente y varios vecinos de la villa y, ¡es claro! ninguno hizo la más mínima mención de que Cazalla estuviera enfermo. Decididamente, Pejenaute «estaba ido», como suele decirse.

Aquella tarde paseamos, como de costumbre, y el médico insistió en sus muecas é indicaciones, excitándome á que contemplara la cabeza del fiscal. Tentado estuve varias veces de soltarle un bofetón, pero el respeto á nuestras compañeras me contuvo. Para acabar de consumir mi paciencia se me presentó en casa después de cenar. Le recibí con marcada seriedad, y me dijo:

—¿Quieres oírme?

—Con mucho gusto; pero á condición de que no me hables del fiscal.

—He venido á eso precisamente.

—Pues hemos concluido.

Sin embargo, pasado un momento, dije:

—Habla; los locos tenéis derecho á que se os respete.

—¿Me oirás?

—Sí; como quien oye llover.

—Está bien: escucha. Hace unos ocho días que estoy observando al Sr. Cazalla. Desde ese tiempo vengo viendo en la región lateral izquierda y superior de su frente una profunda impresión, causada, al parecer, con un cuerpo contundente de bastante peso y manejado con gran fuerza. Más que una equimosis celular subcutánea, aquello es una verdadera herida, con los bordes abiertos, separados los colgajos, magullado el tejido y con abundantes coágulos laterales. Podrá tener la herida unos seis centímetros de extensión. No sé si existe fracturada alguna porción del cráneo, ó si sólo hay alguna depresión; no sé si sobrevendrá la caries ó la necrosis, pero, en mi observación de estos días, he comprendido que hay desorganización, inflamación y supuración fétida. Existe también algo de estupor en el paciente. La fiebre es alta; hay inyección sanguínea en los ojos, y no puede conciliar el sueño. Ya sabes que es muy difícil hacer

un pronóstico, sobre todo en la cabeza. Posible es que esté bueno, ó que lo parezca; que los tegumentos se cicatricen; que se borre todo síntoma peligroso, y, sin embargo, en este rarísimo y nunca oído caso médico, que tú llamas de Pejenaute, preciso es tener cautela y esperar; porque, á lo mejor, si la conmoción fué muy intensa, si hay infecciones y depósitos purulentos en la masa encefálica, si aparece la gangrena..... se concluyó!

Él habla con nosotros, trabaja, come, pasea y marcha bien al parecer; ¿cómo se explica esto? No lo sé. Misterios de la ciencia. ¿Cuándo ha sido herido? ¿Por qué? ¿Cómo?

No lo sé. Él se calla y sufre: respetemos su silencio. Que tú no ves esa herida..... Ese es otro misterio que yo tampoco me explico. Sin embargo, somos médicos, y un deber de humanidad nos obliga á estudiar este caso y á tomar una determinación acertada para curarle. ¿Cómo lo haremos? Esto es lo que vengo á consultar contigo. Tú insistirás en que nada ves y en que nada puedes hacer. No importa; yo te describiré la dolencia milímetro por milímetro. Consultemos á Velpeau, á Lafaurie, á Morel-Lavalle, á Nela-ton, á Dupuytren, á Devergie, á Mata, á Tardieu y á todos cuantos

autores quieras. Yo espero que al fin se te aclararán la vista y el entendimiento. No me negarás que en las funciones intelectuales de nuestro amigo se ha operado una transformación: por algo se empieza. Esta perturbación, que tú notas como yo, es efecto del golpe que ha recibido. Si te aferras en sostener que yo veo visiones, peor para nuestro amigo; y si no te decides á ayudarme, serás responsable de su pérdida tal vez. Yo sólo no puedo encargarme de ese enfermo; yo no ejerzo, y he olvidado mucho de lo que sabía. En mi cerebro la horticultura ha eclipsado á la medicina. No me eches la carga de curarle: te encargas tú, y se concluyó. Con que ¡al avío!, clasifica la herida como mejor te parezca, con arreglo á la tabla de Devergie, ó á las agrupaciones de Follin, ó por el método viejo de John Bell, ó por el sis-

tema de Biessy; como tú quieras. Seguiré tus indicaciones.

Dejé á mi compañero que hablara de este modo por largo tiempo, mirándole, sonriente unas veces, al contemplar su inusitada verbosidad, y triste otras, pensando en su locura incipiente. Cuando terminó exclamé:

—¡Bravo, amigo mío! Veo con gusto que la horticultura no ha eclipsado á la medicina.

—¿Y nada más ves?—repuso.

—Sí, veo más: veo que no estás bueno, porque padeces una feroz monomanía.

—¡Protesto!—exclamó Pejenaute, dando un tremendo puñetazo en la mesa.

—No te sulfures, compañero—añadí—y hablemos con calma, no sea que mi señora doña Rita se asuste y crea que continúa la apuesta de las carambolas.

—¿Y quién no se sulfura con tus contestaciones?

—¿Y quién es capaz de resistir tus disparates?

—¡Respetá mis canas!

—¡Respetá tú las mías!

—Tú eres un ignorante.

—Y tú un loco.

—No me dirias eso fuera de aquí—exclamó Pejenaute levantándose y cerrando los puños; ante-cuya actitud le agarré de las solapas, y agitándole fuertemente contesté:

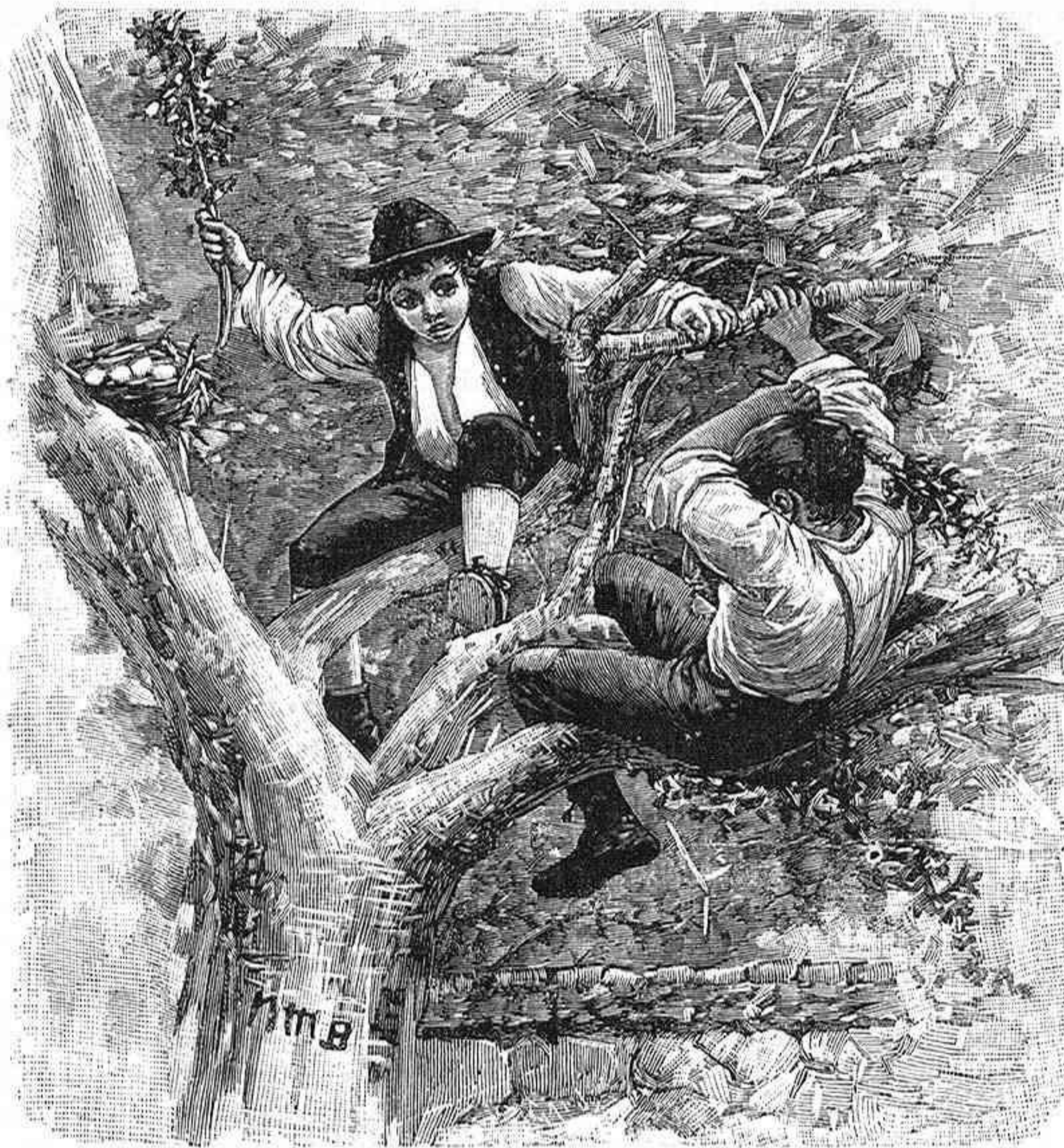
—¡Vamos á donde usted guste, viejo chocho!

Y rodaron las sillas, y al punto se presentaron Rita y varios de mis hijos.

—¡Pero, ¡por Dios!—gritaba mi mujer, separándonos—¿es posible que se tracen así dos antiguos amigos? ¿Qué espíritu del mal se ha metido entre ustedes? ¡A que han vuelto á reñir por las malditas carambolas!

—¡Por carambola tiene usted marido, señora mía!—dijo Pejenaute desde la puerta de la casa, enseñándonos los puños con aire amenazador;—¡pero yo ajustaré las cuentas á ese medicucho, á ese ruin sangrador!

Mis hijos impidieron que me lanzara sobre él, y ahuyentando á mi enemigo con insultos y silbidos, cerraron la puerta. Toda la villa se enteró del escándalo á los cinco mi-



nutos. Interrogado por mi familia, acerca de nuestra disputa, inventé una excusa cualquiera y me propuse no saludar en mi vida á aquel hombre. Para evitar comentarios acerca del suceso, no salí de casa, ni recibí á nadie en algunos días.

III.

No habían pasado tres, cuando una noche, á poco más de las once, vino á buscarme un criado del fiscal, diciéndome que su amo estaba enfermo y que urgía mi visita. Alumbrados por el farol que el muchacho llevaba, atravesamos las distintas callejuelas que hay entre nuestras casas, y entretanto le interrogué acerca de lo que Cazalla tenía. Contestó el criado que nada sabía; que su señorita le había hecho levantar para que me avisara, y que no podía decirme más.

En casa del fiscal encontré á su esposa Irene llorando y sin consuelo.

—¿Qué ocurre, señora?—le pregunté.

—Una cosa horrible, doctor; mi marido acaba de venir con una gran herida en la cabeza.

Al oír esto me quedé inmóvil, como si el cielo se hubiera desplomado sobre mí. Un sudor frío corrió instantáneamente por todo mi cuerpo, y tuve que arrimarme á la pared para no caerme.

—Señora—añadí con trémula palabra—¿es verdad eso?

—Desgraciadamente es cierto.

—¿Y dónde tiene la herida?

—Encima de la sien izquierda.

Me froté los ojos creyendo que soñaba..... y repetí:

—¿Pero es verdad eso?

—¡Por Dios, señor médico! ¿Cree usted que yo estaré de broma con los ojos arrasados en lágrimas?

—¡Perdóneme usted, señora! ¡perdóneme usted! Vamos á ver á Cazalla.

Y seguí á Irene por los pasillos, fuera de mí, sintiendo tremenda presión en el corazón y gran zumbido en los oídos, sin darme cuenta de si estaba en casa de mi amigo ó en los profundos infiernos. Entré en la alcoba. El fiscal yacía sin conocimiento sobre el lecho, con la cabeza vendada con un pañuelo de bolsillo, cuajado de sangre.

Temblando como un azogado descubrí la herida, la lavé, hice que le desnudaran y acostaran, y me santigué repetidas veces. La lesión, con todos sus detalles, era la misma, exactamente la misma que ocho días antes me había descrito Pejenaute. ¡Calcúlese mi asombro! Durante mis primeras manipulaciones hube de sentarme repetidas veces, creyendo que me volvía loco por momentos.

Cuando me quedé á solas con Irene y con su esposo, que aun no había vuelto en sí, la pregunté:

—¿Cuándo ha salido Cazalla de casa?

—A eso de la nueve.

—¿Estaba bueno entonces?

—Perfectamente; hoy hemos paseado, como siempre, con Pejenaute y con Rosita, y después de retirarnos á casa y cenar, ha salido para el Círculo, como todas las noches.

—¿Ha tenido Cazalla alguna cuestión con Pejenaute?

—Ninguna: precisamente hoy hemos estado más alegres que nunca en el paseo; y durante la cena me ha estado pon-

derando Cazalla la excelencia del carácter y del bondadoso y sencillo trato de Pejenaute y de su mujer.

—¿Sabe usted si el fiscal tiene alguna enemistad en el pueblo?

—Ninguna: nosotros no nos tratamos más que con ustedes.

—¿Qué ha dicho Cazalla al llegar á casa?

—Apenas ha hablado. Cuando el muchacho ha abierto la puerta, y se ha alarmado al verle lleno de sangre, le ha dicho: «¡Silencio! ¡Que nadie sepa que vengo herido, ó temato!» A mí me ha impedido gritar y pedir socorro, y, al irse á sentar, se ha desmayado. Entonces entre el muchacho y yo lo hemos puesto sobre la cama. Mis pobres niñas no saben nada; están dormidas hace una hora. Diga usted, doctor, ¿se morirá mi marido?

—No, señora; el caso no es tan grave; se curará de aquí á quince días.

—Pero ¿este largo desmayo?.....

—Se debe á la pérdida de sangre y á la conmoción. Esté usted tranquila y confíe en mí.

Hasta la madrugada no volvió en sí el fiscal. Al abrir los ojos me miró y me dió un cariñoso apretón de manos, é iba á hablar, pero yo le hice seña de que callara.

—No le conviene á usted hablar—le dije;—tengamos calma; la cosa no es de cuidado, y después hablaremos largo.

Horribles horas pasé en aquella inolvidable noche, en que velé al herido. ¿Ha oído nadie hablar jamás de un caso tan increíble y tan estupendo como éste? Para mí había dos verdades espantosas é irreconciliables, y que, sin embargo, coincidían: las manifestaciones de Pejenaute y la herida de Cazalla. No pude, ni debí creer al primero, cuando me habló de esta lesión; y ahora, en presencia de la herida, me repugnaba el creer, ó que la herida existiera, ó que Pejenaute me la hubiera descrito antes de existir. Y sin embargo, ambas cosas eran ciertas. Enemigo como soy, en la ciencia, de toda explicación misteriosa ó que no sea racional, deseché, en el abrumador combate de presunciones é hipótesis que sostuvo mi cabeza en aquella noche, todo raciocinio obscuro. Pero en vano traté de encontrar alguno más claro. Ya muy de mañana, dejé á Cazalla en grave estado aún; convine con su esposa en que dijéramos que padecía un ataque de congestión, prohibiendo que le visitara nadie; fui á mi casa, anuncié así su dolencia, me arreglé, y decidido á descorrer el velo del misterio, me encaminé á casa de Pejenaute á hacer las paces con él y á pedirle que me sacara de mi espantosa incertidumbre. Supuse que á aquellas horas estaría en su huerto, como de costumbre, regando las plantas y levantando las cubiertas de paja del semillero. En efecto, miré por el agujero de la cerradura de la puerta del huerto, y le vi, muy afanoso, contando las peras de una línea de arbolillos, extendida á lo largo del sendero. Empujé la puerta, abrí, y grité desde el umbral:

—Amigo Pejenaute, ¿cómo están las peras?

El médico se volvió rápidamente, y al verme, se dirigió á un rincón de la pared, cogió una escopeta que en él había, armó el gatillo, asomó al sendero en que yo estaba, y me apuntó, diciendo:

—¡Ah, perro, medicucho, sangramonas! ¡Ahora verás cómo se cura á los locos! ¡Allá va!.....

CIEN... MADRID... BIBLIOTECA... ARTISTICO

CIEN... MADRID... BIBLIOTECA... ARTISTICO

1886
FEBRUARI
ARMEN



Th. Schwartz

W. Zöfel

LOS HUÉRFANOS
POR CH. SCHWARTZE.

CIEN... MADRID... BIBLIOTECA... ARTISTICO

CIEN... MADRID... BIBLIOTECA... ARTISTICO

Antes de que concluyera de decir estas palabras, había vuelto yo á repasar la puerta, cerrándola tras de mí. Aceleré el paso, para evitar una desgracia, y convencido de que era imposible entenderse con aquel bárbaro, me dirigí al Círculo y pregunté al conserje:

—¿Hasta qué hora estuvo aquí el señor Cazalla?

—Hasta las diez.

—¿Y el señor Pejenaute?

—Ese estuvo hasta las once y media, jugando al tresillo.

—¿Y no salió antes?

—Creo que no.

Varios dependientes me aseguraron que Pejenaute se había retirado á las once y media, y que no se había levantado en toda la noche de su partida de tresillo, más que una ó dos veces á dar una vuelta por la galería de servicios del Círculo.

Visité varias casas particulares y tiendas de perpetua chismografía en la villa, y me convencí de que nadie sabía una sola palabra de lo ocurrido al fiscal. Yo, en cambio, dije que le había visitado porque tenía un amago de congestión, evitando de este modo los comentarios á que pudiera dar lugar el que no se dejara ver en unos cuantos días. Con toda habilidad interrogué á los serenos que hacían el servicio de la parte en que habitaba Cazalla; y sólo uno de ellos me dijo que le había visto pasar á cierta distancia, andando muy reposado, en dirección á su casa, poco antes de las once de la noche.

Ante lo inútil de mis pesquisas, sentí crecer mi desesperación y mi vergüenza. Visité al herido repetidas veces cada día; interrogué con todo cuidado á su esposa, y cada vez me vi más confuso. Un detalle especial acabó de desconcertarme. Al dirigirme á casa de Cazalla en la tarde del día siguiente del suceso, vi desde lejos salir de ella á Pejenaute y á Rosita. Me metí en un portal, haciendo como que encendía un cigarro, para que no me vieran á mí, y cuando hubieron desaparecido subí á visitar al enfermo.

Irene me dijo que acababan de estar á preguntar por su esposo Pejenaute y su esposa, interesándose mucho por él, y que la habían hecho los más finos y repetidos ofrecimientos de ir á cuidarle, si era preciso. Añadieron que estaban dispuestos á retrasar su viaje á los baños de San Sebastián, si así lo deseaba Irene, y que si no, al día siguiente saldrían en el expreso.

—¡Pues, señor—dije para mí—Pejenaute no tiene nada que ver en el atentado! Pero..... ¿y su pronóstico? ¿Quién ha herido á Cazalla? ¿Por qué? ¿Dónde?

Definitivamente, yo estaba en camino de perder la razón, ante caso tan inaudito y excepcional.

A los diez días levanté el apósito de la herida, que marchaba en vías de franca cicatrización, gracias á la gran naturaleza de Cazalla; y creyendo ya llegada la hora de hablar con él de la inexplicable ocurrencia, rogué á Irene que nos dejara solos, y mientras fumábamos un par de vegueros, sostuvimos largo y amistoso diálogo.

—Salí del Círculo á eso de las diez y media—dijo Cazalla;—y como la noche, aunque oscura, estaba fresca y serena, decidí dar un paseo por las afueras. Marché, pues, por la puerta de San Facundo, para entrar por el puente de San Miguel. Fumando iba por la carretera, cuando me detuve á ver un tren que pasaba. No se había ocultado aún el último coche en la trinchera de la Mota, cuando sentí un golpe ho-

rrible en la cabeza, causado por un cuerpo muy duro, cuyo esfuerzo me hizo caer al suelo. Me incorporé y no vi á nadie, ni cerca de mí, ni á ninguna distancia. Conociendo que la lesión era grave, por el trastorno y sufrimiento que me sobreviniéron, me vendé con el pañuelo del bolsillo, enjugándome la sangre que corría por mi rostro; tomé el camino de mi casa, por los callejones más extraviados; llegué á ella, caí desvanecido, y..... usted sabe perfectamente todo lo que ocurrió después.

Evidentemente, el fiscal me engañaba, y tenía verdadero interés en ocultar lo sucedido. Nuevo desencanto para mí. Guardé silencio después de esta relación, y el fiscal añadió:

—¿Halla usted algo extraño en lo que le he dicho?

—No por cierto, pero..... ¿si yo le dijera á usted que nada de eso es verdad, y que ocho días antes de que fuera usted herido, casi, casi me describieron lo que le iba á suceder, qué opinaría usted?

—Que eso es un sueño, porque no hay nadie, absolutamente nadie en Medina, que tenga motivo para suponer que á mí pueda ocurrirme cosa semejante.

—¿Y por qué tiene usted tanto empeño en que nadie se entere de que está usted herido?

—Pues muy sencillo: yo no quiero que se sepa que un fiscal ha sido objeto de un atentado, en un pueblo donde ha cumplido dignamente con su deber, sin hacer daño á nadie.

—¿De modo que usted no sabe quién es el criminal?

—No, señor.

—Pues yo sí; es decir, si no el criminal, el instigador del crimen.

El fiscal se quedó sorprendido al oír mi afirmación, y después, sonriendo y dándome un apretón de manos, exclamó:

—¡Hombre, lo celebro mucho! ¿Quién es?

—Permitame usted que calle su nombre hasta que me asegure de ello por completo. La acusación sería demasiado grave, y no debo hacerla aún.

—Como usted guste; pero ha excitado usted de tal modo mi curiosidad, que no puedo menos de rogarle que me indique, en secreto, la sospecha que usted abriga.

—Pues oiga usted—añadí.

Y, sin perder una sola, letra le referí cuanto me había ocurrido con el famoso Pejenaute.

Durante mi relato, Cazalla continuó fumando con sosiego, no se inmutó lo más mínimo, se sonrió á menudo y cuando terminé me dijo:

—Ante todo, una declaración de hombre de honor: Pejenaute no ha tenido nada que ver en este asunto. No ha habido ni hay motivo alguno para que esté indispuerto conmigo. Ha venido á verme, con su señora, después del suceso, é Irene le habrá referido á usted lo amistosísimos y finos que han estado con ella.

—Pero entonces, señor fiscal, ¿cómo explica usted el maravilloso pronóstico que me hizo de su herida de usted?

—Eso es pura casualidad. Él es hombre bromista, y quiso dar á usted jaqueca. Después desgraciadamente fui herido, y usted ha dado importancia á lo que no la tiene. Porque, vamos á ver, querido doctor, ¿por qué asunto, ni á qué santo, me iba á pegar á mí Pejenaute, cuando le consta á usted que el día del suceso y al día siguiente hemos mantenido nuestra cordial amistad? Usted y él reñían y se acaloraban de



vez en cuando, ¿pero yo? Yo jamás he tenido con él más que armonía.

—Es verdad; pero..... insisto: ¿y el pronóstico? Eso no me lo quita nadie de la cabeza.

—Déjese usted de pronósticos, doctor; las bromas de su compañero son así, y hay que reirse de ellas. Yo ya parece que estoy bien, gracias á sus cuidados de usted, y le propongo que celebremos la feliz solución de este percance pasando un día en el pinar, con nuestras respectivas familias.

—Se me va á indigestar el banquete si no me dice usted la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de la causa de su herida.

—¡Dale! ¡Yo no sé más que lo que le he contado; palabra de honor!

Y ni entonces, ni en el pinar, ni en nuestros paseos pude sacar de él ni una sola palabra más. Lo que sí supimos Rita y yo, con harto sentimiento, fué que el Ministro de Gracia y Justicia había acordado trasladarle á un juzgado de Andalucía, al cual se marchó muy contento.

Con él se iba la última esperanza de que yo pudiera algún día darme cuenta racional del inolvidable caso de Pejenaute.

IV.

A fines de Septiembre de aquel año acudí á la bulliciosa y alegre feria de Valladolid, á ver un par de corridas de toros y á poner un montón de duros á una carta. Soy todo un español viejo, y médico de pueblo por añadidura, en estos incomparables gustos. Paseando iba por la animada Acera de San Francisco, en compañía de algunos amigos antiguos, cuando acértaron á pasar Pejenaute y Rosita, tan elegantes y tan acaramelados como de costumbre. Yo quise hacer como que no los veía; pero, con extraordinaria sorpresa para mí, el ultramarino soltó el brazo que su mujer le llevaba cogido, se abalanzó y me dió un apretado abrazo de cinco minutos de duración, mientras su mujer me saludaba afectuosísima también, con el mayor cariño.

—¡Compañero del alma! ¡Médico mío! ¡Honra y prez de Medina y de toda la tierra del vino blanco! ¡Qué guapo te conservas! ¡Cuánto y cuánto deseábamos verte! ¡No te hemos olvidado un solo día! ¿Y Rita, Ritita? ¿Cómo está? ¿Y las niñas? ¡Oh, compañero inolvidable!

Mientras Pejenaute me abrazaba y decía todo esto, yo no las tenía todas conmigo, creyendo firmemente que estaba entre las garras de un loco. Salimos á la parte exterior de la Acera, para no interrumpir el paso, y allí, con singular asombro mío, observé que mi compañero gozaba de perfecta salud mental y física; que, efectivamente, sus demostraciones de amistad y de satisfacción al verme eran como lo fueron en otros tiempos, y que Rosita me trataba con su acostumbrado afecto. Convinimos en ir juntos á las toros, en comer juntos y en acompañar á Rosita al gran baile que en aquella noche se daba en los salones de Calderón. Durante la tarde me hablaron sin cesar de los baños, de la frontera, de Biarritz, de Olorón y de los Pirineos, ponderándome la envidiable vida que habían traído. Hablamos también de Medina, y antes que de nadie del fiscal.

—Le han trasladado á A....., —les dije.

—¡Oh, qué lástima! ¡Qué pérdida para la villa! ¡Vaya un amigo y un hombre tan de bien! ¡Cuánto le queríamos! ¿No es verdad, Rosita?

—¡Muchísimo! Va á ser un gran vacío para nosotros al no tenerle en Medina.

—Pues, señor—pensé yo para mí—Pejenaute, en efecto, no tuvo nada que ver con la desgracia de Cazalla. ¡Mayor y más tremendo misterio aún!

Por la noche, en el baile, Rosita se unió á un grupo de señoras que no bailaban; y Pejenaute y yo entramos en un saloncito inmediato, á saborear unos vegueros y un par de sorbos de *fine* Champagne. Cuando estuvimos solos, el médico ultramarino me dijo en voz baja:

—¿Quién estaba loco, tú ó yo? ¿Era la herida de Cazalla ilusión ó verdad? ¿Te has convencido ya?

No supe qué contestar. Me encogí de hombros, temiendo un nuevo ataque de locura de mi amigo, y apuré mi copa.

—¡Habla, hombre, habla! ¡No te avergüences!—continuó diciéndome, mientras sonreía con aire de triunfo.—¿Qué creías tú? ¿Que sabías todos los casos de la patología vulgar? Pues ahora has aprendido uno nuevo: el de diagnosticar y pronosticar una dolencia, antes de que exista. ¡Qué delicioso es esto! Creo que te doy la prueba más grande de amistad que pudiera darte, hablándote de tal cuestión, que, de seguro, te habrá preocupado más que ninguna otra. ¿No es verdad?

—En efecto así es—contesté;—y ya que espontáneamente te brindas á hablarme de ella, conste que te escucharé sin interrumpirte.

—Es decir, que esta conferencia será como la segunda parte de la que se celebró en tu casa la noche en que reñimos.

—¡Caball!

—Confío en que hoy no reñiremos, ¿eh?

—Siempre que tu explicación sea racional y admisible, no reñiremos.

—Como lo fué la de aquella noche; ¿ú opinas aún que yo estaba loco?

—Allá lo veremos, compañero.

—Atiende, pues. Lo que ocurrió fué lo más sencillo y natural del mundo. Yo, que he corrido y he visto mucho, he aprendido á ser previsor y á desconfiar hasta de mi sombra. Aunque parecía que no, yo os he observado al fiscal y á ti, desde que nos hicimos amigos, respecto á un punto en que los amigos deben observarse bien. Me refiero á las tentaciones que se prohíben en el noveno mandamiento; al deseo de la mujer del prójimo. Yo soy un prójimo que, por gusto mío, tengo una mujer que bien puede ser deseada por cualquier pecador que tenga buen gusto. Lo conozco y lo confieso. Lo conocí cuando me casé, y aun á riesgo de sufrir todos los riesgos que tan seductora compañía pudiera proporcionarme, me decidí, viejo y todo, á adoptar por compañera á Rosita, dispuesto á estar siempre vigilante y hasta á dormir como las grullas, con un ojo abierto, en defensa de mi honor y de la personita de mi costilla. Ya sé que las mujeres son capaces de burlarse de un marido aun detrás á la sombra de un bastón, y que el demonio las sugiere á menudo más habilidades que las de un nigromántico, y más valor que el que se necesita para tomar un reducto; pero yo, aceptando la insula con los azotes á un tiempo, me santigué,



me eché al agua, y una vez casado no me descuidé un solo momento.

Para cortar por la sano, en vez de ir á vivir con mis amigos de la corte, me decidí á retirarme á Medina, donde las ocasiones de peligro debían ser menos, y, por consiguiente, menos difícil también mi cargo de guardián severo y de marido celoso. Vivimos en paz y en santa calma mucho tiempo. Tú eres viejo y hombre de bien, aunque no lo crean todos; estás curado de espanto en materia de bellezas y de enamoramientos, y por eso no me eras sospechoso por ningún concepto. Tampoco lo fué Cazalla durante más de año y medio en que frecuentó nuestras íntimas relaciones, aun-

que siempre le consideré como un *adláter* terrible. Cumplido, afable, cortés, digno en todos sus actos, y amante de su familia, se portó siempre bien con nosotros. Pero era joven, buen mozo; lleno de atracción en sus maneras, decididor y hasta elegante; y más de cuatro veces pensé en lo mal librado que saldría yo del paralelo que podría establecer mi Rosita, entre mi persona y la del apuesto fiscal. A principios de esta primavera, allá en Abril, noté yo que mi mujer fijaba sus miradas, con irresistible insistencia, en los ojos de Cazalla, cuando éste, en el discurso de nuestras con-

versaciones, y como si no hiciera nada, la miraba. En mi mujer había un principio de inclinación hacia aquel hombre; en el fiscal había de seguro todo un plan de ataque meditado. Yo tuve en parte la culpa de que Rosa se inclinara un tanto en ese sentido, por que sin cesar ponderaba en mi casa las envidiables cualidades de ingenio y gracia que poseía el fiscal, y la refería mil de sus chistosas ocurrencias y de sus oportunas frases. Sin querer fuí haciendo en su corazón un altarcito de admiración hacia aquel amigo, pecado bastante común en que incurren los maridos tontos, cuando por ponderar demasiado á algún amigo, despiertan en la mente de sus mujeres tendencias y deseos que de otro modo no hubieran brotado nunca. Pronto caí en la cuenta del mal

que yo mismo me hacía; y cambié de conducta, no volviendo á hablar de Cazalla más que por casualidad.

Para que mi mujer comprendiera que yo no era ciego, la hablé, así como de pasada y en broma, de las miradas del fiscal, á cuya indicación me contestó demostrando su absoluta indiferencia hacia aquel hombre; táctica instintiva en las mujeres, para desorientarnos por completo. A mí no me desorientó, sin embargo. Como el amor es un atolondramiento que pervierte la facultad de discurrir, Cazalla, conforme se fué atolondrando, se atrevió á realizar ciertas audacias, persuadido de que yo no las veía: como el visitar á menudo á Rosa, mientras yo andaba por la huerta; el mirarla con tanto

apasionamiento como desenfado, y el llevarla algunos ramilletes de flores, formados por casualidad, según decía. En la contienda que la comparación entabló en el ánimo de mi mujer, triunfó, como era natural, la ventaja estética y espiritual de Cazalla: yo conocí que estaba enamorada. Se lo dije indirectamente, y ella se revolvió contra mí como un tigre, porque «la faltaba gravemente sólo con suponerlo». Esta irritabilidad extremada me demostró que había yo puesto el dedo en la llaga. Desde entonces procuró ella hacerme perder la pista de su oculto trapicheo. El fiscal no la visitó más; la miró

muy poco, y ni aun en nuestros paseos diarios se aproximaba á ella como antes. Sin embargo, lo que ambos no pudieron ocultar fué su estado de ánimo: mi mujer me empezó á tratar con absoluta indiferencia, á contestarme con monosílabos, y á parecer aburrida y disgustada; Cazalla perdió su verbosidad, y se mostró siempre preocupado y taciturno. Por lo demás, nada pude observar.

Me chocó mucho, no obstante, el que por las noches, cuando yo estaba en el Círculo, más engolfado que nunca con mis compañeros de tapete verde, el fiscal salía, contra su costumbre, y no volvía más. Determiné seguirle. Salí de la sociedad dos minutos después que él, pretextando una ocupación del momento, y, pegado á la sombra de las casas



fui tras él. Salió por la puerta de N....., avanzó por la orilla de las huertas, y yo, acurrucándome en un ribazo, le vi avanzar hasta la pared de la huerta de mi casa. Cuando dobló la esquina de ella, le seguí á muy pocos pasos. Marchó hasta el extremo que da á la trasera de mi casa, y encaramándose en unas piedras que hay allí como restos de una casa derruida, se puso á mirar á la galería. Yo, andando á gatas, me llegué á situar detrás de las piedras, y esperé. Tosió el fiscal dos ó tres veces, y al fin se abrió una ventana de la galería. Rosa apareció. Cazalla la instó á que bajara á la huerta, pero ella no accedió. Cazalla la llamó ingrata y otras lindezas, pero Rosa no quiso salir de sus habitaciones. Después de algunos tiernísimos ruegos de parte del doncel, la dama convino en que bajaría en una noche en que no hubiera tanta claridad. El negocio se iba poniendo muy obscuro. Cazalla la aseguró que cuatro días más tarde no habría luna, y que entonces podrían verse. Convinieron en ello y se retiraron. Yo dejé marchar á mi *leal* amigo, satisfecho por saber á qué atenerme y dispuesto á hacer un escarmiento. Volví al Círculo como si tal cosa no hubiera pasado; nada dije en casa á Rosa, me manifesté muy amable con ella, y una vez á solas, discurrí el plan de batalla. Determiné asistir á la entrevista de los dos amantes, y antes de que se hablasen abrirles la cabeza á garrotazos. Determiné también evitar el escándalo, hallándome dispuesto á matar al fiscal si no me prometía guardar absoluto silencio acerca de todo. Y para dulcificar, en parte, el profundo amargor que aquella infidelidad me producía, determiné, asimismo, darle la gran broma y desorientarte por completo respecto á lo que sucediera.

Todo me salió á maravilla; te anuncié el suceso, como si lo viera, porque lo pensé muy detenidamente; me reí en grande de tus aspavientos y de tus enfados, y, para confundirte más y por más largo tiempo, provoqué la tremenda disputa que tuvimos en tu casa.

La noche del suceso Cazalla salió del Círculo como siempre, por la puerta principal; yo le seguí tomando la galería de servicio y puerta accesoria; llegué á mi casa mucho antes que él, abrí la puerta de la huerta sin producir el menor ruido, cuya operación había estudiado de antemano, y me situé escondido, á la bajada de la escalera, tomando en mi diestra el robusto garrote, que con especial complacencia escogí y guardé tres días antes. Muy cerca de las once apareció Cazalla montado en la tapia, y saltó al interior, lanzando las toses convenidas, en cuyo momento yo me arremangué la levita sobre el puño derecho. Pocos segundos después oí los pasos de Rosa en la escalera. Cazalla avanzó, á la dudosa luz que había, y extendió la mano para coger la de mi mujer, que ya pisaba el último escalón. En vez de la suya encontró la izquierda mía: le agarré con fuerza, y después de escupirle en la cara, mientras trataba de huir, le asesté, bien calculado, un palo tremendo, en el lugar que te indiqué. Sin perder un momento volví el palo, y sacudí otro á mi Rosita, con la misma fuerza, al tiempo en que caía en las escaleras desvanecida por el susto. Cazalla había rodado por el suelo; me avalancé sobre él, le puse un revólver al pecho y le dije:

—¡En cuanto en la villa se sepa lo más mínimo de esto, le busco á usted y lo mato, donde quiera que le encuentre. ¡Vaya usted con Dios, miserable!

—¡Declaro que soy un infame y un mal amigo: el honor de Rosita no se amenguará jamás porque yo diga una palabra. Lo juro!—me contestó, incorporándose y sollozando por el dolor.

Le acompañé, dándole empellones, hasta la salida de la huerta. Rosa había huído á ocultarse en sus habitaciones. Sin subir á mi casa, volví al Círculo, con toda cautela, procurando que nadie me viera entrar, como nadie me había visto salir. Mi ausencia no había durado diez minutos, y era bien natural para mis compañeros de partida, que me habían visto ir hacia la galería de servicio. Una hora después regresé á mi casa. La herida de mi mujer fué insignificante, porque como cayó al suelo al mismo tiempo que la dirigí el golpe, apenas la alcancé. La impresión moral que le produjo mi sorpresa fué horrible: cuando me vió en casa, se abrazó á mis rodillas, se deshizo en lágrimas y rogó que la matara. No quise tomarme tal trabajo, para no dar que hablar al mundo y que comer á la justicia; y, muy serio, anuncié á mi mujer que la desheredaba, y que la dote de medio millón que la otorgué al casarnos, pasaría á la herencia de mis sobrinos. Al día siguiente la obligué á pasear como siempre, haciendo que se cubriera la contusión de la frente con la mantilla; y como supimos que decían en el pueblo que Cazalla estaba enfermo de congestión, fuimos á su casa, antes que á ninguna otra parte. Nadie supo ni ha sabido jamás nada de lo ocurrido. Mi honor quedó limpio, El fiscal cumplió su palabra, y por cumplirla te engañó á ti, á su mujer y á todo el mundo. Pocos días después del suceso salimos para el Norte, no sin haber obtenido antes de mis amigos de Madrid la traslación del fiscal á un punto lejano, por si acaso, con el tiempo, retoñaba la afición, que todo es posible en este pícaro mundo.

Sin pestañear siquiera, escuché la relación del famosísimo Pejenaute, admirándome de lo que oía, porque jamás pude sospechar nada de las relaciones entre su mujer y Cazalla. Faltándome este dato, era para mí irresoluble el problema del caso de Pejenaute. Es verdad que en los más difíciles problemas humanos solemos dejar siempre á un lado la solución natural, y nos afanamos en buscar otras tan estupendas y difíciles como los problemas mismos.

—Nadie más que tú y Rosa—añadió el médico—sabéis en el mundo este secreto doméstico. Te lo revelo para calmar la ansiedad en que has vivido y para demostrarte que estimo tu amistad como siempre, seguro de que sabrás callarlo.

—Y Rosa ¿sigue desheredada?—le pregunté.

—¡No te burles de mí, compañero! en cuanto hicimos las paces, que fué antes de salir para San Sebastián, no volví á acordarme del desheredamiento.

Han pasado bastantes años. Pejenaute yace al pie de la Mota, en el cementerio de Medina. Rosita con los cuartos del viejo compró un caldero nuevo, y se volvió á Cuba. Si alguna vez lee esta verídica relación, lo celebrará, y no se incomodará seguramente, porque aquí no constan ni su verdadero nombre, ni el de su esposo, ni el del fiscal, ni el del pueblo en que tuvo lugar el hecho. Sólo hay aquí un nombre exacto: el de su antiguo amigo

RICARDO BECERRO DE BENGUA.





VARIAS POESÍAS

UNA MUSA

En los celestes ojos soñadores
La abrasadora luz del Mediodía;
La voz es un raudal de melodía;
La frente una mañana de esplendores.

Dibuja de su cuerpo los primores
Rica veste de plata y pedrería;
Guarda su labio mieles y ambrosía,
Y arde su tierno corazón de amores.

Canta, y en el azul vuelan triunfantes,
Despidiendo magníficas centellas,
Sus doradas estrofas palpitantes.

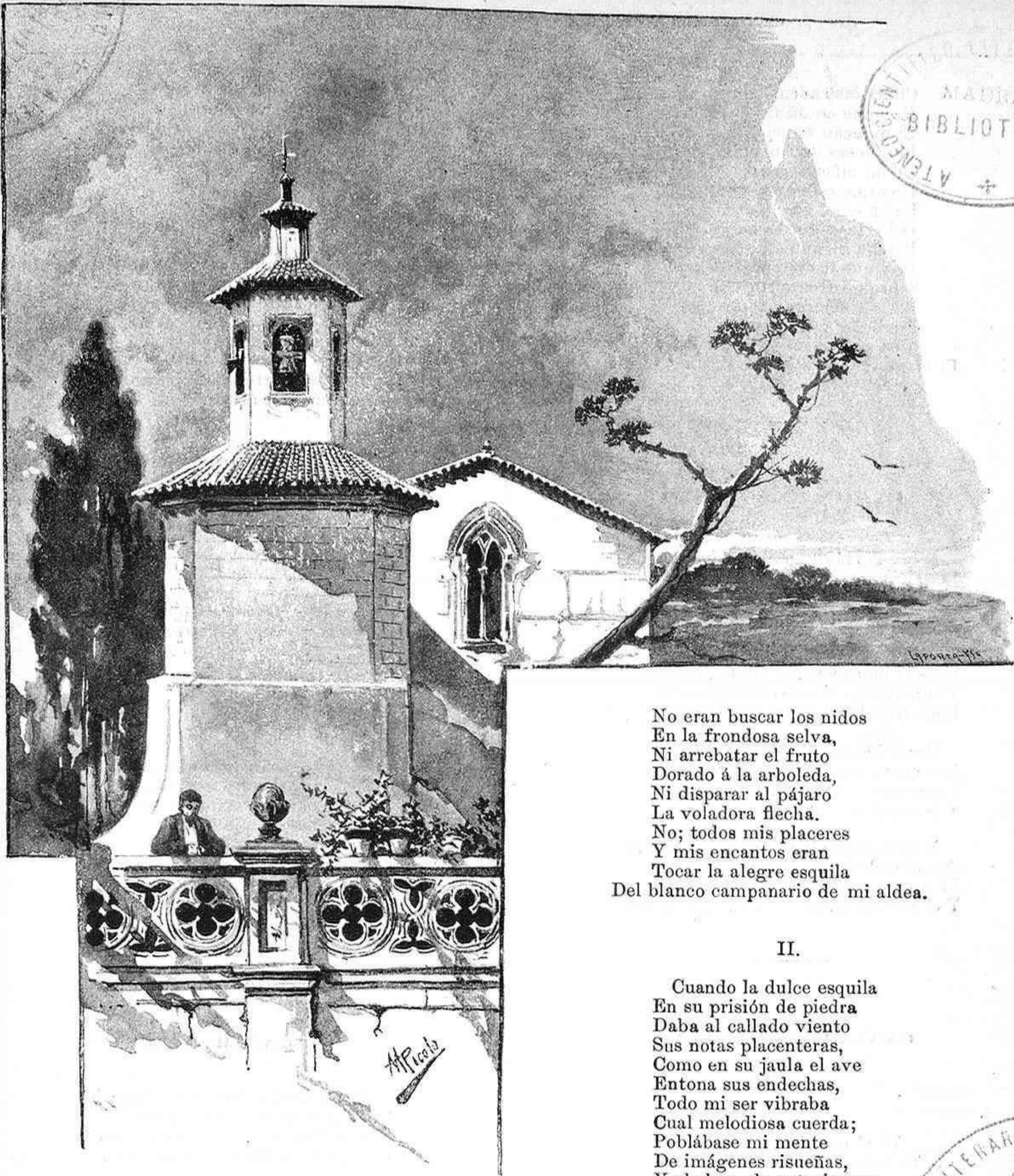
Lágrimas vierten sus pupilas bellas;
Y en copa de zafiros y diamantes
Bebe el fuego inmortal de las estrellas.

LA ESTATUA

En medio del jardín yérguese altiva
En riquísimo mármol cincelada,
La figura de un dios de ojos serenos,
Cabeza varonil y formas clásicas.
En el invierno la punzante nieve
Y el viento azotan la soberbia estatua;
Pero ésta, en su actitud noble y severa,
Sigue en el pedestal, augusta, impávida.
En primavera el áureo sol le ofrece
Un manto de brocado; las arpadas
Aves con sus endechas la saludan;

Los árboles le tejen con sus ramas
Verde dosel; el cristalino estanque
La refleja en sus ondas azuladas,
Y los astros colocan en su frente
Una diadema de bruñida plata.
Mas la estatua impasible está en su puesto
Sin cambiar la actitud ni la mirada.
¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,
Siempre blanco de envidias ó alabanzas,
Impávido, sereno y arrogante,
Sobre las muchedumbres se levanta!





EL CAMPANARIO DE MI ALDEA

I.

En las felices horas
De la niñez serena,
Cuando se encuentra el alma
En nube azul envuelta,
Y sobre nuestra frente
La aurora centellea,
Recuerdo que mis glorias,
Mis dichas más supremas,

No eran buscar los nidos
En la frondosa selva,
Ni arrebatarse el fruto
Dorado á la arboleda,
Ni disparar al pájaro
La voladora flecha.
No; todos mis placeres
Y mis encantos eran
Tocar la alegre esquila
Del blanco campanario de mi aldea.

II.

Quando la dulce esquila
En su prisión de piedra
Daba al callado viento
Sus notas placenteras,
Como en su jaula el ave
Entona sus endechas,
Todo mi ser vibraba
Cual melodiosa cuerda;
Poblábase mi mente
De imágenes risueñas,
Y el alma, de entusiasmo
Y de delicias llena,
Hermosa fulguraba
Como radiante estrella.
La voz de aquella esquila
Fué mi primer poema,
Y el arpa de mi infancia
El blanco campanario de mi aldea.

III.

Hoy que del alma mía
La hermosa fe se aleja,
Cual huyen de la rota



Citara las cadencias;
 Hoy que en mi triste pecho
 El huracán arrecia
 Los dioses derribando
 De mi niñez serena;
 Hoy que es mi agosto templo
 La catedral excelsa
 Del arte, y que es mi vida
 Batalla gigantea;
 Hoy que las tempestades
 Sobre mi frente truenan,
 En mis amargas horas
 De dudas y tristezas
 ¡Con cuánto amor recuerdo
 El blanco campanario de mi aldea!

BYRON EN VENECIA

Sobre la frágil onda iluminada
 Por el radiante sol, surca ligera
 Del bardo inglés la góndola dorada
 Desplegando á los aires su bandera.

De pie en la popa; la apolina frente
 Bañada en rayos, la mirada inquieta
 Tendida por el mar resplandeciente,
 Boga triunfante el inmortal poeta.

Desde los cincelados miradores
 Las venecianas vírgenes hermosas
 Fijan en él sus ojos seductores
 Y le mandan sonrisas amorosas.

Y sueñan por la noche, enamoradas,
 Con la canción del bandolín sonoro,
 El recio combatir de dos espadas
 Y el choque alegre de las copas de oro.

CANCIONES DE MAYO

I.

Ya el mes de Mayo sonríe;
 Ya se llenan de canciones
 Las lirras de los poetas,
 Los espacios y los bosques.
 Ya el mes de Mayo sonríe;
 ¡Ya en las fosas de los pobres,
 Tan tristes y abandonadas,
 Se ven coronas de flores!

II.

Este es el mejor idilio:
 Lago brillante y sereno;
 Cielo azul, astros de oro,
 Notas, perfumes y céfiros;

El amor cruzando el lago
 En un esquite ligero;
 Endechas de ruiseñores
 Y rumor de dulces besos.

III.

De notas y alas vibrantes
 Poblada está la arboleda:
 Es que entre las verdes hojas
 Un ruiseñor canta y vuela.
 También en mi corazón
 Alas y notas resuenan:
 Es que dentro de mi pecho
 Un ruiseñor aletea.

IV.

Ha vuelto la golondrina
 Con el lacito encarnado
 Que le puso mi adorada
 Una mañana de Mayo.
 Al volver la golondrina
 Con el lacito encarnado,
 Me halla vestido de negro
 Y por mi amada llorando.

V.

Es noche de azul y plata,
 Noche de amor y verbena.
 En el cielo arden los astros,
 Y los besos en la tierra.
 Entre el alegre bullicio
 Camina solo el poeta;
 ¡Solo con sus pensamientos
 Y sus profundas tristezas!

A UNA MUJER

Rojo clavel abierto y perfumado
 Ostentaba su pompa y lozanía
 Sobre el nítido encaje, que cubría
 Las gracias de tu seno cincelado.

Aquella flor de pétalo encarnado
 —Viva llama que aromas esparcía—
 Deshojéla, gozoso, en la onda fría
 Del champaña de espuma coronado.

Ciego de amor, la copa reluciente
 Del áureo vino, que al placer provoca,
 Apuré con afán y ansia vehemente.

Mas calmada no vi mi fiebre loca,
 Hasta que deshojó mi labio ardiente
 El clavel encendido de tu boca.





LA DIOSA DE LA BACANAL

La noche es azulada, espléndida, radiante.
En un jardín bañado de aromas y fulgores,
La juventud romántica celebra delirante
Deslumbradora orgía bajo un dosel de flores.

Es una seductora y alegre cortesana
La diosa de la fiesta, la reina de la orgía:
Los brazos de alabastro; la faz de nieve y grana;
La noche en los cabellos, y en la mirada el día.

Va envuelta en vaporoso y nítido oleaje
De gasas, de brocados, de terciopelo y blondas;
Y muestra el seno mórbido más blanco que el plumaje
Del cisne que resbala por las lucientes ondas.

La bacanal inflama cerebros y pasiones
Y estalla el entusiasmo en férvidas corrientes:
Suenan perladas risas, eróticas canciones,
Crujidos de cristales y de ósculos ardientes.

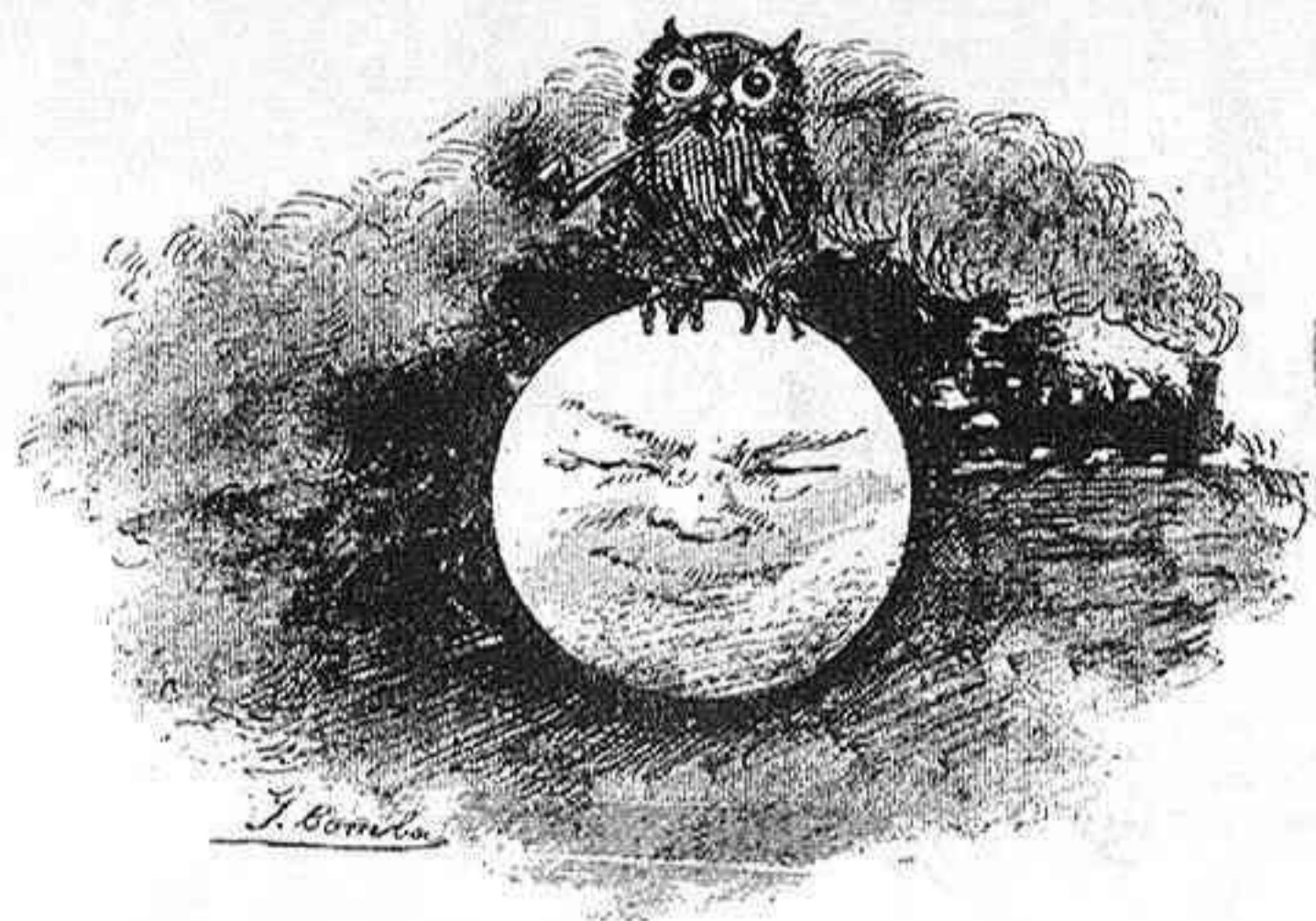
Y al cadencioso ritmo de un cántico sonoro
Que entonan dulces arpas y alegres bandolines,
La juventud escancia en grandes copas de oro
Licores perfumados con rosas y jazmines.

De pronto se interrumpe la bacanal dorada:
En medio de la fiesta siniestro ha aparecido
Un fuerte y rudo obrero, de lúgubre mirada,
Y á la arrogante diosa veloz se ha dirigido.

«¡Perdón, esposo!» exclama la cortesana hermosa;
Mas el obrero rudo la mira despiadado,
Y en su desnudo seno, de nácar y de rosa,
Clava un puñal y grita: «¡Mi honor está vengado!»

MANUEL REINA.





EL CIELO EN 1892



IGUIENDO la costumbre establecida desde hace tiempo, de dar en el *Almanaque* una reseña anticipada de los fenómenos celestes que han de tener cumplimiento dentro del año, voy á dar noticia de los que se refieren al de 1892, presentándolos por el orden habitual.

SOL.—El aficionado que haya seguido las fluctuaciones de la energía solar durante los últimos meses habrá visto confirmado lo expuesto en el *Almanaque* del pasado año, pues hasta la fecha en que escribo (14 Junio) son ya numerosas, y principalmente en el hemisferio boreal, las manchas que han aparecido,

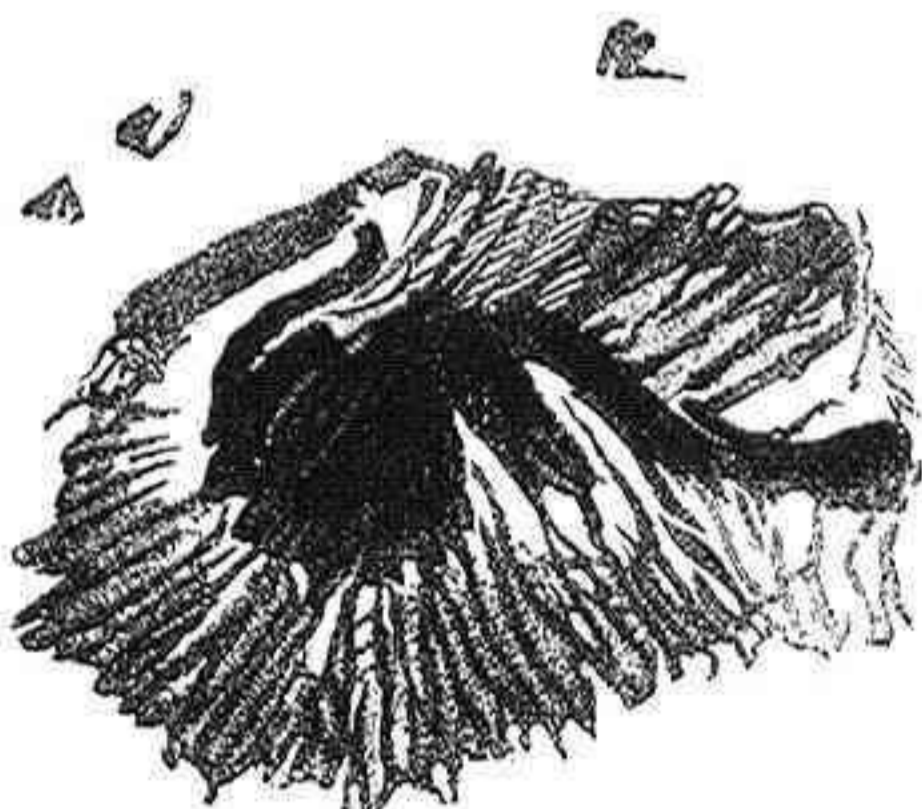


Figura 1.^a

sobresaliendo entre ellas, por la extraña forma de su núcleo, la mayor del magnífico grupo que ha atravesado el hemisferio norte durante la segunda quincena de Mayo. Su aspecto el 19, á mediodía, era el representado en la figura 1.^a, según dibujo que á la sazón tomé, observando con mi anteojo de 135 milímetros de abertura y aumento de 220 diámetros, y sus coordenadas heliográficas, determinadas por el procedimiento que he descrito en *L'Astronomie* de Flammarion correspondiente á Junio de 1891, eran: latitud norte = 16° 30', longitud = 107°. Su mayor diámetro medía 28.700 kilómetros, ó sea más de doble del de la Tierra.

MERCURIO.—Brillará durante la aurora á mediados de Enero, de Mayo, de Septiembre, y á fines de Diciembre, y durante el crepúsculo á fines de Marzo, de Julio, y mediados de Noviembre. La época más conveniente para observarle será á fines de Julio, pues pasará por el meridiano 1^h 52^m después que el Sol.

VENUS.—Este planeta será estrella de la tarde durante la primera mitad del año, y de la mañana en la segunda, presentándose en circunstancias muy favorables para la observación en nuestras latitudes en las épocas de su mayor brillo, que serán el 1.º de Junio y el 15 de Agosto, en cuyos días distará de la Tierra respectivamente 17 y 14 ½ millones de leguas.

MARTE.—El planeta Marte será este año objeto de preferente atención para los astrónomos, por la circunstancia de su gran proximidad á la Tierra, de la cual distará tan sólo 13.973.000 leguas el 4 de Agosto, en cuyo día pasará por el meridiano de Madrid á 12^h 10^m 18^s, á una altura de 25° 59' 35". Su diámetro aparente medirá á la sazón 29 ½".

Se hallará en cuadratura con el Sol á fines de Marzo, en cuya época, ó más bien un poco más tarde, empezará á poder observarse fácilmente en la constelación de Sagitario, desde donde caminará hacia Oriente hasta primeros de Julio, encontrándose entonces á corta distancia de la estrella ε de Capricornio. Á partir de esta posición, retrogradará hasta primeros de Septiembre, aproximándose á ψ de la expresada constelación, y desde allí volverá á emprender su camino directo, pasando el 24 de Octubre sensiblemente sobre la estrella de segunda magnitud δ del aludido asterismo.

La observación de Marte va á ofrecer excepcional interés, por las luces que se espera ha de arrojar en la solución de los grandes problemas planteados en estos últimos años acerca del desdoblamiento real ó ilusorio de los enigmáticos canales. Y no huelga, por cierto, con tal motivo hacer aquí presente la posibilidad de que el fenómeno fisiológico que he dado á conocer en otras publicaciones (1), relativo á una

(1) Véanse los *Comptes Rendus de l'Académie des Sciences* de Paris de 4 Febrero y 8 Julio 1889.



imperceptible diplopia monocular que se observa en determinados sentidos en casi todos los ojos, de satisfactoria explicación del desdoblamiento descubierto por el eminente Schiaparelli. Al menos me autoriza para sospecharlo así el hecho de que con las gigantescas ecuatoriales de Niza y del Monte Hamilton no ha sido posible descubrir la duplicidad percibida por el sabio Director del Observatorio de Milán, cuyo antejo, aunque muy perfecto, es de una potencia algo menor.

Á causa de la grande declinación austral del planeta, nuestros hermanos de la América del Sur se hallarán en condiciones más ventajosas que nosotros para la observación.

JÚPITER.—De Agosto á Diciembre, transecurso de su mayor visibilidad, el coloso de los orbes planetarios brillará juuto á las estrellas α y ζ de la constelación de Piscis. Su oposición tendrá efecto el 12 de Octubre, midiendo á la sazón su diámetro aparente ecuatorial $50 \frac{1}{2}''$. En dicho día pasará por el Meridiano de Madrid á una altura de $55^{\circ} 54'$.

Los eclipses del IV satélite y los pasos de su sombra sobre el disco del planeta van á terminar por ahora con el tránsito que ocurrirá el 11 de Mayo, fenómeno que no será visible desde nuestro territorio. La sombra del I satélite correrá por encima de la gran banda austral del planeta, la del II sensiblemente por la mitad del hemisferio del mismo nombre, y la del III á dos tercios del radio, como se representa en la figura 2.^a, en la cual el punto negro mayor es la

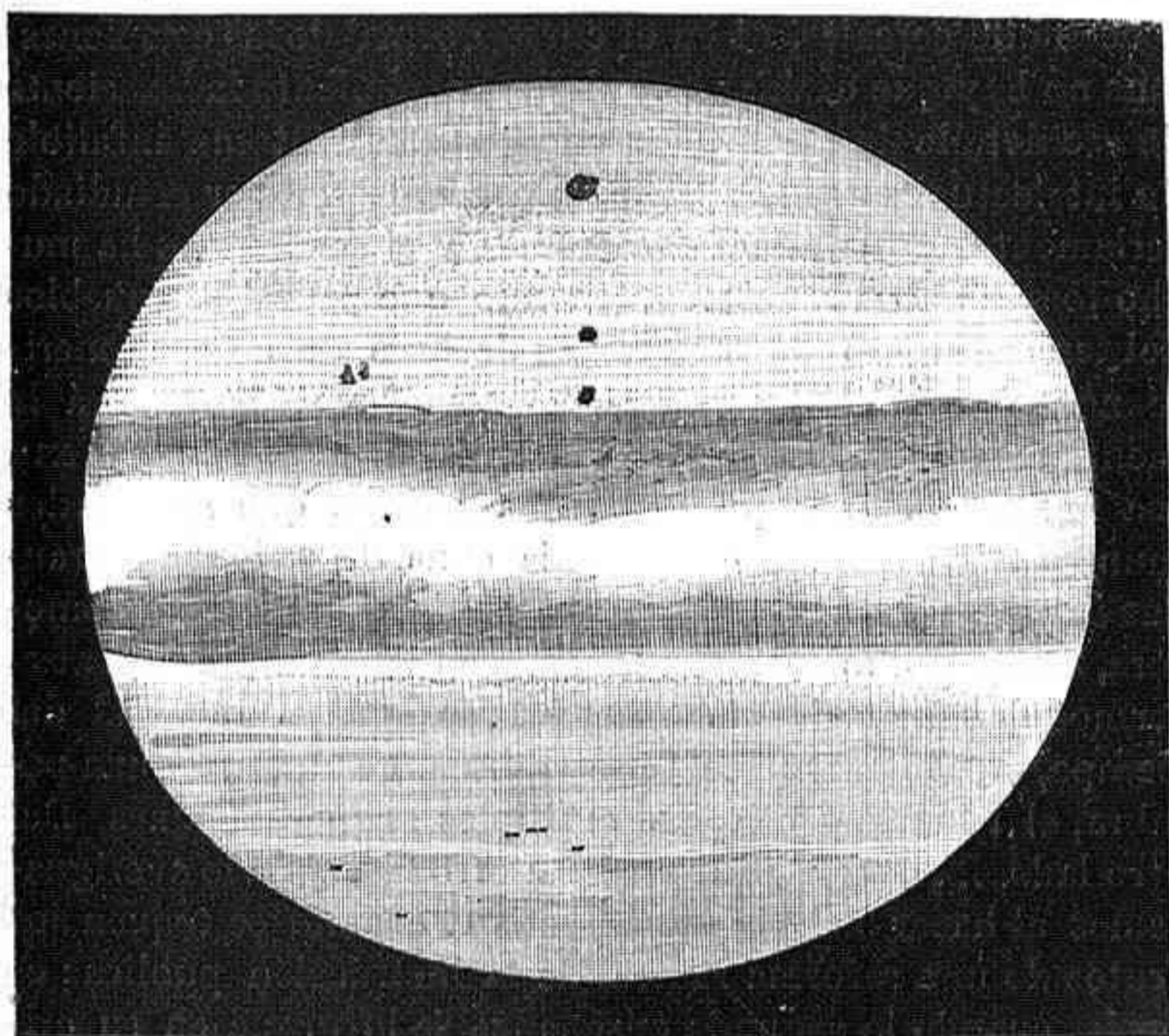


Figura 2.^a

sombra del III. Adviértase que con oculares inversos, como lo son todos los celestes, el polo austral será el más elevado sobre el horizonte.

En la lista siguiente sólo indico los fenómenos que serán observables á horas bastantes cómodas.

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES

Agosto	1	III	á	11 ^h 13 ^m 56 ^s	inmersión
»	17	I	á	11 33 15	i

Agosto	23	II	á	10 42 14	i
Septiembre	2	I	á	9 50 43	i
»	6	III	á	9 35 13	emersión
»	9	I	á	11 45 17	i
»	17	II	á	7 45 3	i
»	18	I	á	8 8 37	i
»	24	II	á	10 20 11	i
»	25	I	á	10 3 28	i
Octubre	2	I	á	11 58 26	i
»	4	I	á	6 27 15	i
»	11	I	á	8 22 22	i
»	18	I	á	12 26 56	e
»	19	III	á	9 39 2	e
»	»	II	á	9 48 25	e
»	20	I	á	6 55 41	e
Noviembre	12	I	á	7 11 0	e
»	13	II	á	6 52 14	e
»	19	I	á	9 6 39	e
»	20	II	á	9 27 58	e
»	24	III	á	5 45 22	e
»	28	I	á	5 31 18	e
Diciembre	1	III	á	8 50 58	i
»	»	á	9 47 25	e	
»	5	I	á	7 27 6	e
»	15	II	á	6 34 23	e
»	19	I	á	11 18 49	e
»	21	I	á	5 47 50	e
»	22	II	á	7 49 22	i
»	»	á	9 10 52	e	
»	28	I	á	7 43 42	e

PASOS DE LAS SOMBRAS

Agosto	6	II	á	10 ^h 24 ^m	entrada
				13 1	salida
»	19	III	á	11 53	sal.
»	25	I	á	10 44	ent.
				12 59	sal.
Septiembre	1	II	á	10 9	sal.
»	3	I	á	9 21	sal.
»	8	II	á	10 12	ent.
				12 47	sal.
»	10	I	á	11 15	sal.
»	26	I	á	7 18	ent.
				9 32	sal.
»	»	II	á	7 20	sal.
Octubre	1	III	á	9 32	ent.
				11 53	sal.
»	3	II	á	7 25	ent.
				9 37	sal.
»	»	I	á	9 12	ent.
				11 26	sal.
»	10	II	á	10 3	ent.
				12 35	sal.
»	12	I	á	7 49	sal.
»	19	I	á	7 30	ent.
				9 44	sal.
»	26	I	á	9 25	ent.
				11 38	sal.
»	28	II	á	7 12	sal.



Noviembre	2	I	á	11	20	ent.
»	4	I	á	5	48	ent.
				8	2	sal.
»	»	II	á	7	19	ent.
				9	50	sal.
»	6	III	á	5	42	ent.
				7	57	sal.
»	11	I	á	7	43	ent.
				9	57	sal.
»	»	II	á	9	58	ent.
				12	28	sal.
»	13	III	á	9	44	ent.
				11	58	sal.
»	18	I	á	9	38	ent.
				11	52	sal.
»	27	I	á	6	2	ent.
				8	16	sal.
Diciembre	4	I	á	7	58	ent.
				10	11	sal.
»	6	II	á	7	14	ent.
				9	43	sal.
»	11	I	á	9	53	ent.
				12	6	sal.
»	19	III	á	5	57	ent.
				8	4	sal.
»	26	III	á	10	0	ent.
				12	6	sal.

El eclipse del II satélite que ocurrirá el 22 de Diciembre, será notable, por la rarísima particularidad de ser visibles la inmersión y la emersión, si bien la primera con mucha dificultad.

SATURNO.—De Enero á Mayo correrá con movimiento retrógrado, y en lo restante del año con movimiento directo, sin salir de la constelación de Virgo, pasando al Norte y muy cerca de las estrellas β y η . Estará en oposición el 16 de Marzo, en cuya época medirá su diámetro aparente 19".

Como en el pasado año, la observación de Saturno ha de entrañar vivo interés, por presentarse casi de canto su anillo, lo cual tendrá efecto á mediados de Mayo, hallándose el 19 la Tierra elevada 22' tan sólo sobre el plano de aquél. Las dimensiones que á la sazón ofrecerá la elipse anular serán: diámetro mayor, 42",16; diámetro menor, 0",28. Excelente ocasión para poner á prueba la bondad de un anteojo de modestas proporciones, ó sea de objetivo comprendido entre 58 y 75 milímetros, pues es posible que para distinguir aquel finísimo trazo sea preciso una abertura libre superior á dichas cifras.

URANO Y NEPTUNO.—El primero de estos astros brillará durante todo el año muy cerca de la estrella λ de la constelación de Virgo.

Neptuno se encontrará al norte y á corta distancia de Tauro.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá dos eclipses de Sol y dos de Luna. Los dos primeros invisibles desde la Península.

Eclipses de Luna.—El 11 de Mayo eclipse parcial, y las circunstancias principales para Madrid serán:

Entrada en la penumbra...	7 ^h	41 ^m
» en la sombra.....	8	56
Medio del eclipse.....	10	39
Salida de la sombra.....	12	22
» de la penumbra....	1	36

La parte eclipsada llegará á 92 centésimas del diámetro del astro.

El 4 de Noviembre eclipse total, visible como parcial en la Península.

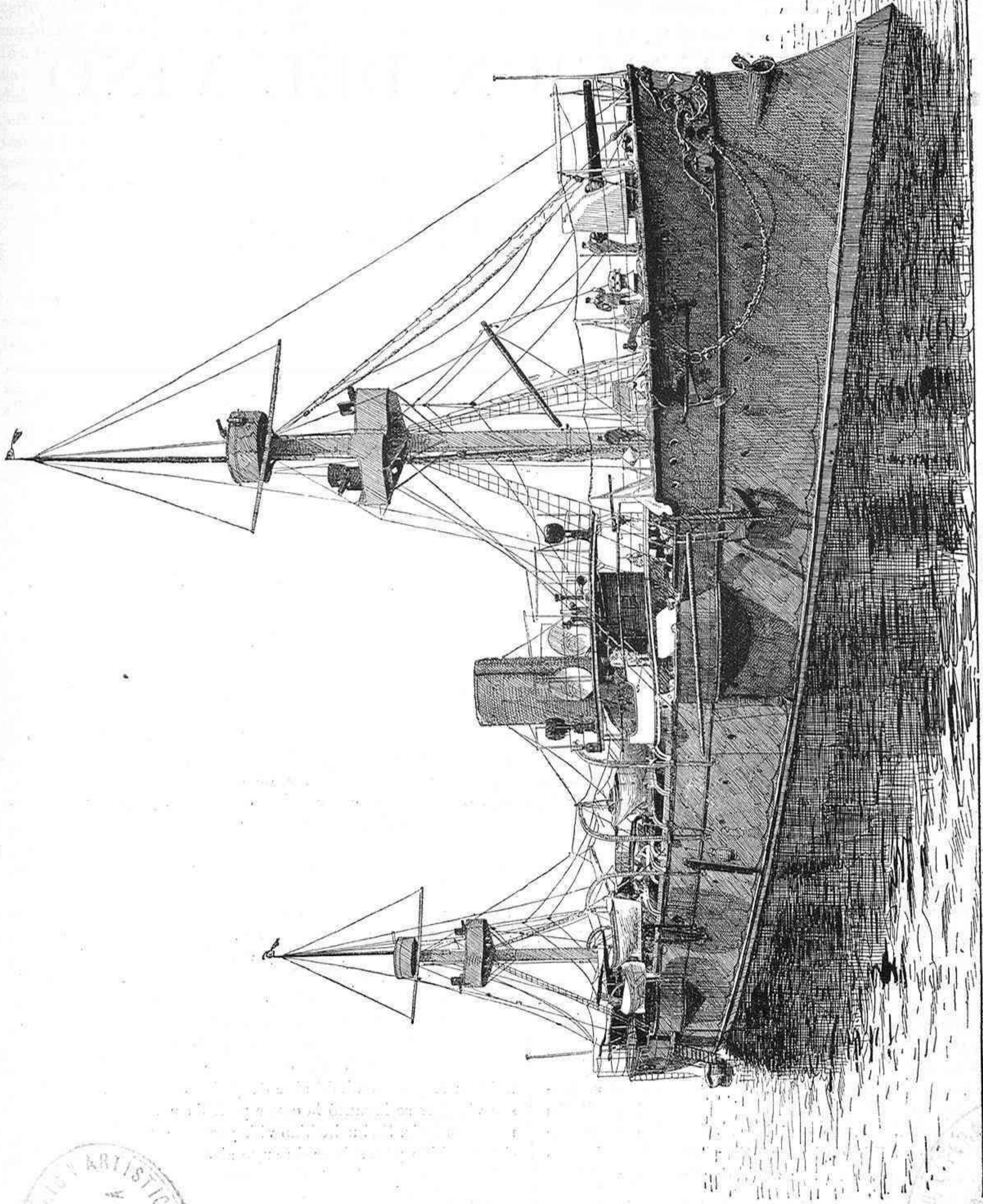
Salida de la sombra.....	5 ^h	6 ^m
» de la penumbra....	6	3

MEDIDA DEL TIEMPO.—Acerca de este particular nada tengo que añadir á lo que llevo expuesto en los *Almanques* de los años precedentes, en donde encontrará el lector procedimientos prácticos y sencillos para poner en hora su reloj, trabajo que ha de tomarse, ya que en casi todas las poblaciones de España los relojes públicos continúan en tranquilo desacuerdo con el Sol, á pesar de la reiterada insistencia con que se ha tratado del asunto en estas mismas columnas.

Asunto es este que no ha de influir, ciertamente, ni en la cosecha de cereales, ni en el curso normal de las estaciones; mas no hay que olvidar que el desconocimiento inconsciente de ese detalle de civilizador concierto es síntoma infalible de intelectual atraso, y merece, por lo tanto, ser estudiado seriamente. Entre aquel desacuerdo, y el acuerdo no ha mucho tomado en Francia, ordenando que todos los pueblos del territorio han de regirse por la hora de un solo meridiano, el de París, ¡cuántas diferencias se agolpan á la mente reflexiva! Imposible parece que al final del siglo XIX sea todavía la mole pirenaica una barrera que separa dos mundos distintos. De un lado, la cuna de todos los grandes inventos y de las ciencias de donde se derivan: locomotora, telégrafo, microbiología, análisis espectral, fotografía, termodinámica, ciencia eléctrica, previsión racional del tiempo, mecánica celeste, termoquímica, geología, en una palabra, el PROGRESO con sus múltiples manifestaciones. Del otro lado....., lector, ¿qué hay del otro lado? Ya lo averiguaremos al hacer historia retrospectiva, cuando se toquen los frutos de una reforma radical de la instrucción pública; es decir, cuando la segunda enseñanza se bifurque en su origen y se aligere del cúmulo inverosímil de materias que hoy abarca, y se establezca en exámenes orales ó por escrito de fin de curso y de grado de aquella enseñanza y de toda facultad rigor eficaz y permanente, con lo cual los doctores disminuirán en número y aumentarán en suficiencia.

JOSÉ J. LANDERER.





ACORAZADO CHILENO «PRESIDENTE ERRAZÚRIZ»





LA INVENCION DEL VINO

EN

LAS ARTES Y EN LA INDUSTRIA

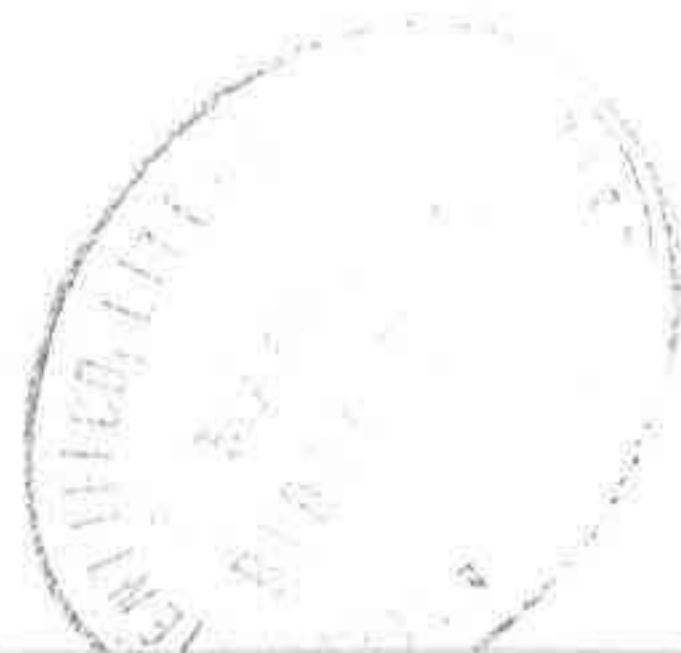
I.

El sitio donde se detuvo el arca de Noé se halla consagrado por la tradición universal. Una leyenda lo ha ungido, leyenda cuyos destellos brillan de antiguo sin eclipse ninguno en los comienzos y albores de la humana historia. Instintivamente admira el género humano las montañas, esas columnas del cielo, esas peanas de Dios. Ubérrimos pezones dan el jugo nutritivo á los campos, como el materno pecho lo da también á los pequeñuelos. En sus urnas de cristal están petrificadas las nieves perpetuas que guardan los ríos, como en los ríos depositada también aquella humedad que, llevando por doquier la frescura necesaria, esposa, digámoslo así, del sol, esparce y fecunda la universal vegetación. En una montaña, pues, debía descansar después del diluvio la nave ó arca donde iban los destinos preciosos de la futura humanidad. Y así como de la montaña descenden los ríos que distribuyen la humedad por el suelo, de la montaña descenden las razas encargadas de distribuir el humano espíritu sobre nuestro planeta. Extraño y rarísimo caso: en el espacio que media entre nuestro monte Ararat y el monte indio conocido bajo el nombre de Himalaya, en esa meseta central del Asia, pusieron á una semitas, arios, iranienses, caldeos, la cuna del género humano, y tal creencia está completamente confirmada por la historia. El monte Merú, donde la nave del Noé indio se detuvo, no está lejos del monte Ararat, donde se detuvo el arca de nuestro Noé bíblico. Y entre ambos montes de antiguo se dilata el territorio tenido universalmente por vivero de las humanas familias. Así como el Sinaí, donde la ley de justicia se promulgó, no está lejos del Calvario, donde se promulgó la ley de gracia, el sitio consagrado por la tradición como edén primitivo, no está lejos del sitio consagrado como punto de partida en la peregrinación de las primeras humanas razas á poblar los amplios continentes. ¡Ah! La humanidad empieza comprendiendo con su fantasía princi-

pios y hechos luego confirmados por la razón, pues la identidad fundamental de todas estas grandes tradiciones, ampliadas luego por la ciencia, muestra cómo somos unos con toda nuestra especie, y cómo ha estado contenido el espíritu nuestro con sus gérmenes de futuras evoluciones en aquellos tiempos y en aquellos progenitores que parecen más apartados y más distantes de nosotros por el inmenso mar de la humana vida, cuyos senos, desde los abismos terrestres, retratan y reflejan todas las maravillas de lo infinito.

II.

Llegados al Ararat, expidieron los navegantes varias aves desde las interioridades del arca, preguntándoles noticias, allegables sólo por estos alados mensajeros. La primera en salir fué un cuervo. ¡Qué festín para el ave de la muerte aquellos amontonamientos de cadáveres insepultos, que á una se podrirían, corrompiendo los aires! ¡El mal; siempre nos hallamos á vueltas con el mal! Su presencia nos hace desconfiar de Dios y desconfiar de nosotros mismos. Sin embargo, ¡cómo el mal se nos aparece de relativo y contingente! Entre los animales más repugnantes á nuestros sentidos se halla el cuervo. Aquel traje negro nos le delata como un esbirro de la naturaleza. Los crueles ojos destellan de su mirar siniestro el odio y el horror hereditarios. Su pico se parece á un verdadero instrumento de asolación y exterminio. Su graznido nos hiela de trágico espanto. Sus pies llevan en sí el frío de la muerte. Al verlo, vemos todas las plagas compañeras del combate y de la guerra, todos los horrores del odio. Y, sin embargo, suprimidlos, y la tierra hubiera resultado inhabitable después del diluvio. Dentro de sus vientres se levantó la carne podrida por las aguas á una metamorfosis. Su buche hizo vida y sangre, no sólo inocente, sino también provechosa de suyo al bien universal y común, la horrible corrupción. Su fuerza es una fuerza de verdadera exterminio, pero también de saludable transformación. Su ra-



pidez tiene la rapidez del rayo, y da, como el rayo, la muerte. Pero creedlo, en cada uno de tales asesinos alados va una especie de fuego terrible con el cual se abrasan las cosas, pero también se purifican. Por consecuencia, Noé mostró el gran conocimiento que ya tenía de las especies y del ministerio por las especies desempeñado en la naturaleza, cuando expidió al cuervo para que le informase del estado á que había venido la tierra tras aquellas inundaciones y lluvias. El cuervo, en su voracidad, anduvo por todas partes alimentándose de los cadáveres insepultos, y sin traer ninguna otra noticia, sino que la corrupción y la muerte reinaban todavía con su nefasto imperio sobre la tierra triste y desolada. El cuervo indica bien los primeros momentos que suceden á los horrores del diluvio.

III.

¡Cuánto anhelo el de la pobre mujer en este instante! La madre convierte pronto en hijos suyos hasta los objetos inanimados que rodean á sus hijos. De aquí el cuidado puesto por la mujer en el arreglo y disposición de todos los enseres domésticos. Entrad en hogar donde no haya un ama, y veréis cuán pronto á todo él trascienden el desorden y el descuido propios de los hombres en el interior de las casas. Por lo contrario, la mano de una mujer pule y abrillanta el hogar, como la uña ó el pico de un ave pulen y abrillantan los nidos. Cuál diferencia entre la motilla de lana ó la hebra de heno en el campo, á la motilla de lana y á la hebra de heno en el nido. Allí, la tosquedad ó la rudeza, aquí la blandura. Si la mujer cuida el hogar, naturalmente inspirada por su cariño con grande trabajo, imaginaos cómo cuidaría la mujer de Noé aquel hogar flotante donde iba tal número de pareados animales. Aunque la Biblia nos haya ocultado, por desgracia, el nombre de la mujer aquella, si nombre tenía, como para indicarnos cuán necesarios los domésticos cuidados aparecían en aquel momento, nos indica siempre cómo entrara Noé con su mujer y con sus hijos, y con las mujeres de sus hijos en el arca salvadora. Tal insistencia del sagrado escritor sólo quiere decir que proveía con los cuidados femeniles al sustento y al bien de tantos seres como necesitaban á una en aquel crítico momento de todos estos cuidados. Si Eva no hubiese atendido á su prole antidiluviana, ¡cómo llegaríamos al diluvio! Y si no hubiese atendido la mujer de Noé á los hombres postdiluvianos, ¡cómo llegaríamos hasta nuestro tiempo! La verdad es que aparecen las mujeres, desde las edades prehistóricas, realizando y cumpliendo aquel destino de paz y armonía, para cuyo cumplimiento fueron por el Creador puestas sobre la cima de su creación.

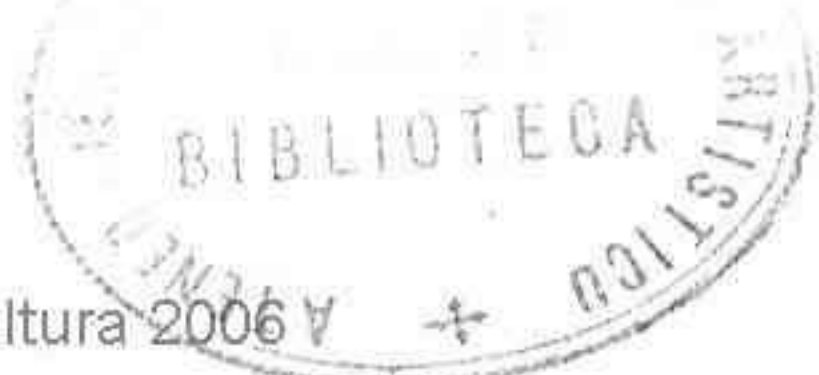
IV.

Si la mano de Noé debió expedir el cuervo, la mano de su mujer debió expedir la paloma. Inocente y hermoso este animal, no puede apartarse de nuestro lado, y vive con el hombre, á quien ama y arrulla. Sus ojos, de una viveza penetrante, traducen todos los afectos contenidos en la dulzura de sus piadosos instintos. La seda lustrosísima de su

plumaje brilla con suave resplandor en los aires y en los destellos del día. El rumor de sus alas, como el arrullo de su garganta, tienen algo de melódicos. Diríase que representan estos animalillos, en las especies inferiores, lo que representa la mujer en nuestra superior especie. Desde los tiempos más remotos, la paloma simboliza en los bajos relieves y en los cuadros primitivos, algo que baja del cielo en auxilio del hombre. Lo cierto es que la consideramos hoy nuestra mejor mensajera, y por mensajera suya tuvieronla también Noé y su familia en aquellos primitivos tiempos. Y no pudo, no, equivocarse la segunda madre, digámoslo así, del género humano, al expedirla, pues trajo ella lo que nunca hubiera traído el cuervo feroz, trajo la rama de olivo en su boca. Así como la paloma representa en las especies animadas el hogar tranquilo, al cual se asocia, representa el ramo de su pico la paz y armonía universal; porque su producto, ó sea el aceite, debía parecer á los primeros hombres como sangre del sol, puesto que les daba lo más necesario á su existencia, puesto que les daba el alma luz. Así, arca de salvamento, mujer de Noé, paloma del valle, ramo de olivo, significan y representan un comienzo de redención en el mundo.

V.

Á pesar de la fisonomía completamente prehistórica que tienen, así Noé como sus antecesores, todos los primeros Patriarcas, han penetrado las artes en el dominio de sus vidas más ó menos inciertas, ó de sus biografías más ó menos largas, y los han revestido con las formas propias de la idealidad consagrada en esos cielos brillantísimos donde resplandecen tantas y tan maravillosas creaciones. La mujer de Noé, sin denominación alguna en los libros sagrados, renace con su personalidad propia sobre la paleta cristiana como esas larvas dormidas largo tiempo, que se truecan con tanta facilidad tras profundo sueño en alados insectos. El cementerio de Pisa es como el florecimiento de la pintura en los siglos medios. Por sus góticas paredes ha pasado un soplo verdaderamente primaveral, que las ha hecho como avivarse y vestirse de matices indelebles, cual si la inspiración hubiera vencido á la muerte como el amor la vence. No puede formarse cabal idea de cómo los frescos dejados allí por los primeros pintores de los siglos XIV y XV se asemejan á rayos de vida, trascendiendo á las tumbas cual trascienden los resplandores diurnos á los suelos asombrados y oscurecidos por los espesos ramajes de las selvas. Nunca olvidaré la emoción que levantó en mi alma la presencia entre los cipreses fúnebres y las estatuas yacentes de aquellos frescos, trazados sobre las paredes hieráticas del pisano cementerio y henchidos todos ellos de verdadera vida. El resplandor de aquellos fondos, la frescura de aquellos pámpanos, el gozo de aquellas imágenes convidan á vivir antes que á reposar en el sueño eterno. Y allí está la mujer de Noé, joven, bella, vestida con el traje pintoresco de las labradoras toscanas, bajo las parras de donde los racimos ya maduros penden, junto á los cernachos y á los cubos henchidos de frutos y olientes á mosto. No hay modo, sino visitando aquellos parajes y absorbiéndose por completo en su contemplación, de formarse una idea del contraste originalísimo entre la



muerte y la vida, representadas por tantos antagonismos en aquel sitio bellissimo, consagrado por el genio cristiano, y conocido cual una de las maravillas del mundo. Como Eva, se agranda la mujer de Noé al transcurso de los siglos, y reviste varias formas. El antiguo libro hebreo habrá podido negarle hasta un nombre y olvidarla por completo en los términos segundos y terceros de su narración inspiradísima; pero el genio de los artistas cristianos, que ha sabido recoger y avivar todos estos personajes, los ha resucitado y los ha esclarecido con el brillo de sus inspiraciones. Así la mujer de Noé, que no resplandece por modo ninguno en la Biblia, y que resulta un personaje de orden secundario en todas las relaciones bíblicas, reaparece rediviva merced al arte, y toma una propia fisonomía en aquellas cumbres inundadas por eterna luz de verdadera inspiración.

VI.

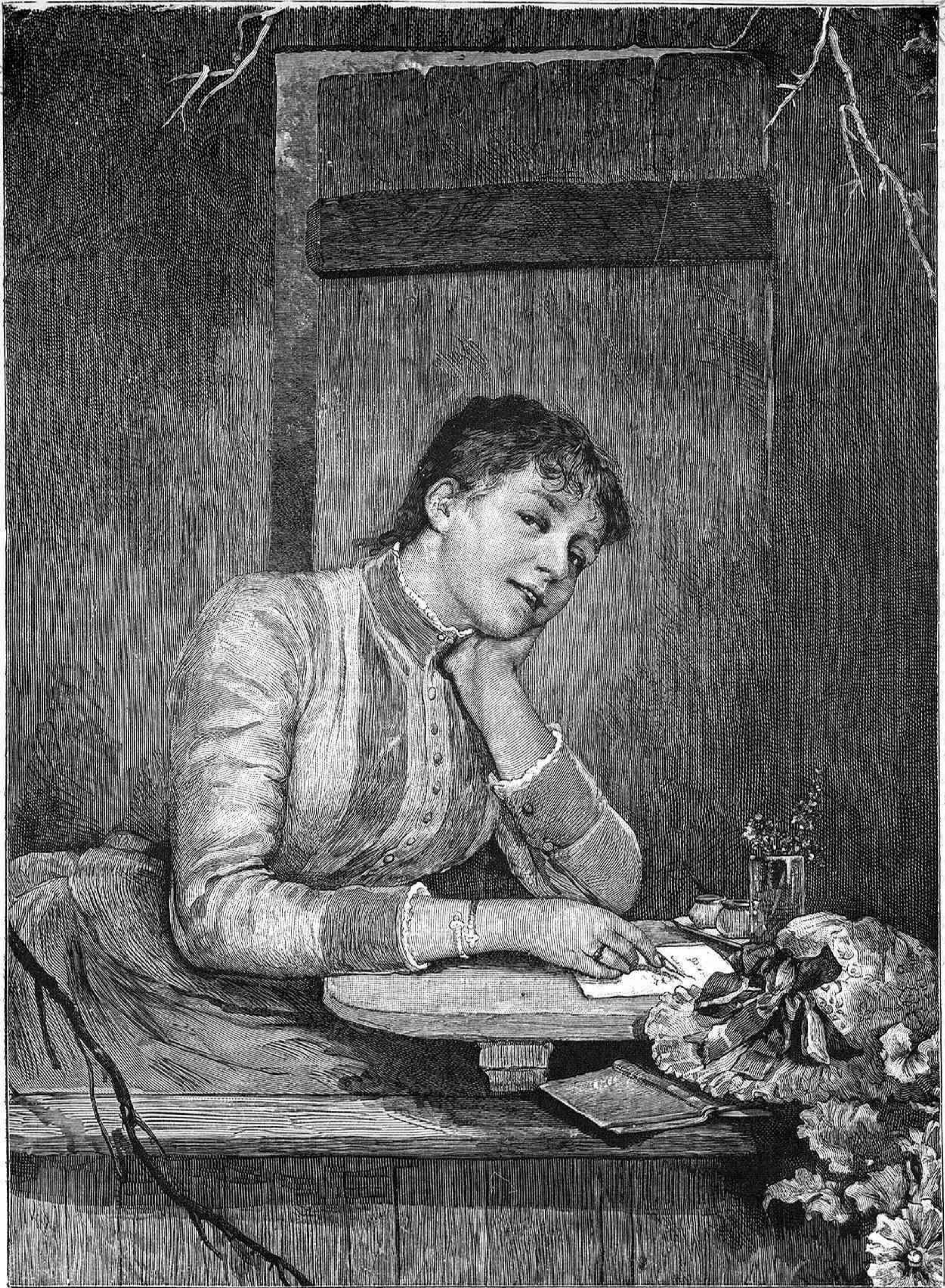
No pidáis á Gozzolli, autor del fresco célebre que mencionamos, fidelidad ninguna en la escena que se propone reproducir sobre las paredes sacras del histórico cementerio. Para él no es Asia, sino Toscana, el teatro de tal escena. Para él no son los nuevos padres de la humanidad quienes allí se agitan y viven, sino los conciudadanos suyos de aquellas ciudades que parecen museos y de aquellos campos que parecen jardines. Ninguna huella de diluvio en el terreno cultivado por una civilización muy avanzada, ninguna sombra de combate con los elementos desencadenados, ninguna, en aquellas mujeres tan felices como pastoras de idilio y égloga. La esposa de Noé ostenta la feliz armonía que van los albores del Renacimiento concentrando entre la forma humana y la naturaleza viva. Todos los trajes de una civilización avanzada revisten á la primitiva mujer que acababa de hallar, como por un milagro de la celeste predilección, la vid, planta entre las plantas. Por todas partes descubren los ojos en el animado cuadro aquellos enseres de vendimia cuyo empleo no podían conocer nuestros atrasados abuelos prehistóricos, pues representan tales instrumentos de nuestra industria el triunfo de la fuerza humana sobre la fuerza material. Pero la representación allí de la mujer, que provee á todos los trabajos, que preside todo aquel movimiento, que arregla los enseres, que impulsa la vendimia, significa verdaderamente la parte prestable por la compañera del pródigo labrador á las faenas agrícolas y la parte mayor que prestaría indudablemente la mujer de Noé allá cuando los instrumentos inventados más tarde no auxiliaban al hombre de ninguna manera en la necesaria medida. Casualmente ninguno entre los trabajos del campo tan propio de la mujer como el trabajo natural en las vendimias. Hase abusado mucho de la coo-participación femenil en las industrias varoniles. Tiempos bárbaros y sociedades primitivas han abrumado á la hembra humana como si fuese una bestia de carga. Pero en el otoño, cuando la frescura del aire convida con sus halagos al trabajo campestre, por aquellos días tibios y hermosos, pisando los pámpanos áureos y purpúreos, recogiendo las olorosas emanaciones de sarnientos y uvas, la mujer puede muy bien sobre la cepa inclinarse ó tender los brazos á la parra, en aquella obra verdaderamente poética de cortar los

racimos para que pasen á los cernachos y de los cernachos á los cubos, y de los cubos á los lagares, dando así el vívido zumo que parece destilado por la humedad del suelo y por la luz del sol para doblar la vida y fortalecerla con esa especie de calor fecundo derramado por las venas y confundido con la sangre, que presta indudablemente fuerzas muy vivificadoras á nuestro ser, y lo alienta y lo anima, por lo cual ha merecido la vid una eterna bendición á todas las generaciones.

VII.

En verdad que la embriaguez de Noé, pintada por Gozzolli en el cementerio pisano, si por una parte representa los fatales excesos del vino, por otra parte representa las fuerzas tomadas por el género humano en cuanto probó el licor que da verdadero ánimo aun á los más débiles y alegría y regocijo aun á los más tristes. Á la izquierda del espectador, el Patriarca hebreo, de larga barba y majestuoso porte, presencia las vendimias, apoyado en uno de sus pequeñuelos. Todo es allí alegría. Aquel teatro del arte no representa una viña nuestra, en que las cepas están unas de otras apartadas y tendidas todas por el suelo; representa inmenso parral italiano, á cuyas cimas y follajes ascienden los muchachuelos, ganosos de recoger, entre los pámpanos pintados y relucientes, las uvas maduras al sol fecundo y pródigo de Septiembre. Hermosas vendimiadoras, en cuyos cuerpos gallardísimos parece ya florecer la forma propia del Renacimiento, reciben de los que gatean y cortan el fruto entre los sarnientos, la vendimia, en grandes circulares y armoniosas cestas de bien compuestos y enlazados mimbres las cuales dan á sus esféricas y graciosas cabezas el aire de canéforas griegas. Junto á Noé están su mujer, las mujeres de sus hijos, un bello grupo femenino, ayudándole con todo empeño en celebrar al mismo tiempo que dirigir el hermoso trabajo. Naturalmente, como se trata de una pintura católica, siquier animada por los albores del Renacimiento, no está en aquel cuadro la Bacante griega, medio desnuda ó mal envuelta en sus pieles de pantera, con la corona de pámpanos en la frente y el tirso cubierto de hiedra en las manos, lanzando, entre las carcajadas regocijantes de la embriaguez y el cantar voluptuoso de coros enardecidos por vida nueva, las palabras incoherentes que vuelan, como enjambres de zumbadoras abejas, sobre los antiguos viñedos. Todo es aquí reposo, tranquilidad, mesura, en la vendimia que podríamos llamar bíblica, muy semejante por cierto de la vendimia clásica. Pero el gozo que lleva consigo ese grato zumo de las uvas no ha podido allí tampoco desconocerse ni ocultarse, aunque la mesura cristiana reemplace al viejo delirio de los sentidos en los antiguos tiempos y en las antiguas costumbres. Vigorosos mancebos con los brazos en jarras, las piernas y los pies desnudos, pisan acompasados, como si pisaran en regocijante baile clásico, las uvas recién cogidas en cubos muy fuertes que rebosan de sus bocas mosto muy rojo, cuyo vapor lleva su natural alegría por todos los objetos, aun los más inanimados é inertes. Destácase por completo en aquellos grupos armoniosísimos una vendimiadora, quien lleva sobre su helénico cráneo, en el que late ya la estatua clásica y su próxima resurrección, una cesta de raci-





¿QUÉ LE DIRÉ?.....

POR J. R. WEHLE.



mos, cuyo rojo color contrasta con el verde traje ceñido á la placida figura, de un movimiento rápido y de una gracia verdaderamente admirable, como si el germen de la nueva humanidad generada por el Renacimiento estuviese ya en su armoniosísimo seno y en su natural actitud. Noé recibe muy cerca de todos estos grupos un cáliz de oro, en el cual va contenido el mosto nuevo, que ha de fortalecer su decadente vejez y ha de alegrar sus embotados sentidos. Efectivamente, así en los comienzos de la Historia antigua representados por los libros hebreos, cual en los comienzos del arte moderno representado en los frescos de Pisa, significa el vino contento y alegría.

Estos cuadros, á no dudarlo, representan una especie de despertar en la vida y una especie de savia nueva y de nueva sangre difundidas por las venas del humano linaje. Cortado el drama en varios cuadros ó compartimientos, representándose aparte y aisladas sus escenas. Una es la vendimia, otra la presentación del mosto á Noé y otra el gozo excesivo de éste, llegando á convertirse por ley natural en delirante borrachera. Así en uno de los cuadros están representados ya los efectos de aquel vino. Y no revelan ciertamente la grande alegría que asaltara en otros pueblos y en otros tiempos al Baco delirante y frenético, arrastrado en carrera vertiginosa por los vapores del vino; revela el pesado sueño que se asemeja en mucho al sueño de la muerte. El Patriarca está completamente desnudo, como quien ha roto las propias vestiduras, y tendido en el suelo como quien se ha fatigado mucho tras un verdadero delirio. Sus hijos le rodean, burlón y mofador el uno contra los respetos debidos al padre; otro muy triste y recogido en sí, como quien participa de la vergüenza paternal; y otro adelantándose á cubrir y tapar aquellas escandalosas desnudeces. El tipo que más demuestra cómo renace la vida en los senos del Renacimiento es, á no dudarlo, el tipo de la vergonzosa, tan celebrado y popular en Italia, el tipo de la joven aquella que se tapa la cara muy ruborosa con sus manos, y entre los dedos abiertos mira lo mismo de que quiere huir y preservarse. No cabe duda que las artes del Renacimiento han dejado en sus estatuas y en sus grupos como bellas representaciones de dos teologías, de la teología helena y de la teología bíblica. Después del cementerio pisano viene la capilla Sixtina de Miguel Ángel, y después de la capilla Sixtina vienen las logias de Rafael. La segunda maravilla del arte moderno, la obra de Miguel Ángel, muestra cómo ha redoblado el calor vital en la persona de Noé rendido á la embriaguez. En la tercer maravilla, ó sea en las logias, Rafael ha representado al Patriarca dando sus órdenes para que los trabajadores acopien los materiales exigidos por la construcción del arca, y tras este acopio el diluvio, y tras el diluvio Noé y su mujer, después de haber bajado á tierra en monte Ararat, contemplando los estragos del mal y do-liéndose de tantos desastres como por todas partes se descubren. La inspiración del gran artista resplandece con más nuevo resplandor en este bellissimo cuadro. Aquella mujer, aunque nervuda y fuerte como todas las mujeres del Renacimiento, y en su fortaleza, de una grande armonía, muestra el horror que le causan las penas infligidas al mundo con una impresión superior, bajo varios aspectos, á la expresión misma de Noé, siquier los dos presencien iguales tristezas. Los caracteres universales, á cada uno de los sexos

correspondientes, hállanse con diversidad fisiológica expresados en los esposos contenido el uno y como fuera de sí la otra, presos ambos de un mismo dolor, que sacude á cada cual opuesta y contrariamente por su diversa respectiva naturaleza. No puede, no, sobrepujar ningún arte á éste del Renacimiento por la expresión, absolutamente ninguno. Aquellos seres representados por el pincel de Urbino significan la grande armonía del hombre con la naturaleza, en cuyo seno brotan y de cuyo seno se nutren como los árboles. Así es que todas las victorias de la fuerza humana sobre la fuerza natural están admirablemente representadas en todos los frescos de Rafael, que caracterizan el Renacimiento, y caracterizando esta edad, caracterizan también uno de los períodos más bellos y más armoniosos del mundo. Y, en verdad, pocas, muy pocas imágenes hay en la historia capaces de representar el progreso humano como esta imagen de mujer, que pisa la tierra húmeda todavía por las aguas del diluvio y saca del seno de aquellos estragos nuevos vegetales, cuyas ramas coronan las sienes del hombre con guirnaldas simbólicas de triunfo, y encienden y enardecen el calor de su vida. Por eso las figuras cíclicas del Renacimiento, como la mujer de Noé, son letras expresivas de un poema épico, el cual tiene por argumento y por objeto la victoria de los esfuerzos humanos sobre las fuerzas naturales que abrumaz y esclavizan á nuestra mísera especie.

VIII.

Así la pobre humanidad ha podido caminar, hollando vías dolorosas, al cumplimiento de las grandes idealidades congénitas á su mente y al dominio é imperio sobre la naturaleza. Estos Patriarcas y Profetas de las tradiciones bíblicas, á quienes la Iglesia llama santos, mirados al resplandor de la razón, resultan héroes también de la humanidad y ornatos de la profana historia. El uno ha pulido la piedra; el otro ha encontrado las armas del combate necesarias para dar un paso, encontrando el hierro; ha levantado éste la primer cabaña; sometido aquél los primeros animales insubmisos; trabajando todos, cada cual en su respectivo ministerio, y según sus inclinaciones, por el progreso universal y por la comunicación estrecha entre nuestro espíritu y nuestro planeta. Naturalmente, seres tan apartados en el espacio y en el tiempo de nosotros, toman á la vista de quienes los miran ó los columbran tras el velo de tantos siglos, aquellos rígidos aspectos de las figuras bizantinas entalladas en las primeras iglesias, y que parecen por su desmesurada estatura y por su inmovilidad fría, por todo su carácter litúrgico, pertenecientes á otro mundo y á otra humanidad. En el refinamiento del gusto moderno, en la delicadeza y ternura del sexo hermoso, cuando tantas artificiales pasiones ha sobrepuesto la civilización á nuestro natural prístino, interézanos poco la primera mujer que aechó trigo y que cortó uvas. Robusta, fuerte, hombruna, dotada por el cielo de las propensiones bélicas indispensables á quienes han de sustentar un combate, pero ajenas á la mujer, tal como nosotros la comprendemos en el santuario de la casa, interézanos poco, á pesar de que sin ella no habríamos podido entrar en el seno de las complicadas y progresivas sociedades, con cuyos triunfos tanto nos envanecemos y de cuyos pro-



gresos tanto nos pagamos. Dad por bueno cuanto atribuye la tradición á Noé y veréis cuán dificultosa la participación tenida en todos estos hercúleos trabajos por quien sufrió las terribles inundaciones del diluvio, flotó en aquella espantosa tormenta, cuidó de los seres confiados á su custodia y necesarios para la difusión y perpetuidad de nuestra vida, bajó del arca sobre la tierra humedecida por las aguas y destrozada por las catástrofes y ayudó á plantar la viña, que habia de darnos jugos indispensables al calor y al movimiento de nuestra sangre.

IX.

Tienen tanta grandeza todos estos caracteres verdaderamente típicos, y representan por tal modo una fase necesaria del humano linaje, que reproducen bajo varios aspectos y entran en todas las viejas teogonías, representativas de los albores del mundo y de la historia. Si á Noé debemos llamarle como el segundo padre, á su mujer debemos llamarla como la segunda madre de nuestra humanidad. Aquel Deucalión que arrojaba los huesos de la tierra, los cantos á sus espaldas y surgían de cada uno otros tantos hombres, personifica, cual Noé, la edad espantosa del diluvio, y se llama el segundo excelente, alusión confusa en verdad, pero alusión á una especie de primero y predecesor excelente, que debe ser un Adán helénico. No menos parentesco tiene con el Patriarca un Manú, como aquel indio que construye la nave donde también se preservan al diluvio los gérmenes de nuevos seres, y aquel Yima caldeo que construye un jardín, cercado en eminencia inaccesible, y aquel Minos que personificaba la muerte, y tantos otros en contacto con las edades prehistóricas y portadores de los primeros destinos humanos. Adán, Túbal, Noé, Prometeo, los titanes alzados al cielo por escalas de montañas, los monstruos nacidos en los mares, y cuyas extremidades se confunden con el organismo animal, aquellos gigantes de la Biblia tan altos y tan perdurables como los cedros del viejo Líbano, representan las primeras metamorfosis de la humanidad y las formas primeras que debió revestir la especie nuestra desde su origen casi animal á la espiritualidad y á sus luminosos ideales. Pues las mujeres de todos estos varones representan, por su parte, facetas brillantísimas también del humano espíritu en su determinación femenil. Eva, nuestra madre; Pirra, la del diluvio helénico; Pandora, la triste, á cuyo descuido se debió que los males todos huyeran del vaso puesto bajo su custodia y se desparramaran por los suelos; Helena, la nefasta para su pueblo y su patria; esta mujer de Noé, tantas veces mencionada en la Biblia y tan unida con los comienzos del género humano, parecen como las esfinges colocadas en los vestíbulos de la Historia para guardar la germinación del espíritu y asistir al nacimiento de los pueblos. Nosotros, libres ya merced á tanto esfuerzo, advenidos por una serie de redenciones sucesivas á la plena emancipación, soberanos en el planeta, poseedores del humano espíritu, debemos bendecir á estas redentoras mujeres, considerando cuánto padecieron para reabrir, después de haber triunfado el mal entre los hombres, las primeras vías del progreso á la dolorida humanidad.

Lo que principalmente la familia de Noé personifica, es el triunfo de los trabajos agrícolas sobre las fuerzas desordenadas de la naturaleza. Noé y su esposa resultan, mirados tras tantos siglos, personificación verdadera de la familia laboradora. Verdad que Caín les precede; pero Caín, allá en los tiempos cuaternarios, representa el trabajo explorador, que derriba con su hacha de pedernal aquellos árboles gigantes y prepara para siembras y plantíos la tierra, no como Noé, la pródica cosecha ya completamente trabajada y recogida. En los libros santos, Dios confía como trabajo singular al hombre paradisiaco el cultivo de los campos. «Díoles, dice la Biblia, Dios al primer hombre y á la primera mujer un jardín para que de consuno lo cultivasen.» No les faltó trabajo en el edén, porque para trabajar les criaron. Lo que les faltó fué sin duda el plural de tal nombre, los trabajos, inseparables compañeros del mal y del pecado. Pero en el jardín aquel sin mancha, cultivaron indudablemente los primeros padres el campo sin esfuerzo. La misma poesía profana presenta el recuerdo placidísimo de días tales, en que las ovejas ofrecían sus tetas ubérrimas al sediento labio; los arroyos buscaban de grado las raíces del arbusto para fecundarlas y ceñir de flores y cargar de frutos el ramaje; los troncos de los árboles destilaban mieles depositadas allí por enjambres sonoros sin aguijón ninguno; florecían las verdes colinas pobladas por multicoles insectos; el coro de las aves, sin miedo entonces á las especies rapaces, entonaban himnos interminables, y el coro de las estrellas, jamás encubiertas por las nubes y por las sombras, lucían con resplandores inextinguibles. Pero todos los seres criados sobre la tierra, y puestos en el edén muy concertadamente, necesitaban el cuidado supremo de aquel hombre primitivo á quien el Criador se los confiara en su misericordiosa providencia. Y el primer hombre bíblico antes del pecado, ó sea nuestro padre Adán, trabajaba con la cooperación de todas las fuerzas naturales, mientras después del pecado trabajaba el segundo hombre bíblico, es decir, Caín, contra todas las fuerzas naturales subvertidas y airadas al sentir como el corrosivo pecado caía sobre su seno. Caín es el hacha que derriba, el instrumento asolador que mata, el esfuerzo que abre los primeros surcos, mientras Noé representa la grande armonía del trabajo verdaderamente agrícola y la cosecha recogida en paz y aprovechada con verdadera satisfacción entre campestres regocijos. El trabajo comienza en él á ser mucho más agradable y fecundo y á despojarse de aquellos caracteres de guerra y de combate que tomara en los tiempos del feroz Caín. La tierra se va poco á poco reconciliando con la humanidad y recibiendo por sus poros el espíritu.

XI.

¡Cuántos esfuerzos no han sido necesarios para llegar hasta Noé! La historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas tiene seis capítulos del Génesis, capítulos concisos todos ellos, de treinta y dos versículos el que más. Y á pesar de su brevedad y concisión encierra



desde las grandes transformaciones geológicas á las grandes transformaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común es Adán, se bifurcan: la una, descendiente de Caín, el malo; y la otra, descendiente de Set, el bueno. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Túbal, en quien comienza la edad verdadera de cobre, y la genealogía de Set engendra todos los grandes agricultores hasta Noé. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos hombres tan fuertes domaran los animales indómitos y los uncieran al pesado yugo, á fin de abrir con ellos, y sujetándolos so la mano, el surco, donde las semillas caen, brotan, florecen y fructifican. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre alcanzada tras tenaces resistencias, necesitóse también forjar esos férreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre buscando en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros repretantes todos los progresos y todos los adelantos del humano trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos el racimo, y los frutales se ceñirán á una con guirnaldas de olorosas flores y con copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, construye un hogar. Javal fija la tienda que llevaban los primeros nómadas sobre sus hombros, y convierte muchas especies de bravías en domésticas. Túbal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan al cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte bajo los cielos y sobre los campos, y prepara, como cera, el hierro, y al preparar el hierro, forja el azadón que abre los hoyos, y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, relativamente redimido por estos grandiosos esfuerzos del trabajo á exhalar la palabra, que lo compendia y lo explica todo, el nombre de Dios. Una genealogía de mujeres brilla junto á esta genealogía de varones. La Biblia, no tan avara de sus nombres como con la mujer de Noé, las menciona y las designa. La madre de Javal se llama Ada y la madre de Túbal se llama Zilla. Y Túbal tiene una hermana la cual se denomina con el dulce nombre de Naama. Y Naama quiere decir suavidad, quiere decir delicadeza, quiere decir ternura. Por consecuencia, todo está preparado, el combate y el trabajo, el instrumento de trabajo y el suelo de las pródidas fecundaciones, los brazos del hombre y los espacios del planeta, para que la cepa brote, y extienda sus sarmientos, y se corone de pámpanos, y dé al cabo esos racimos de jugo fortificador y oloroso, el cual parece como savia de vida, como licor mágico derramado en las venas del hombre para encenderlas centuplicando su íntimo ser y enrojeciendo su esencial sustancia.

XII.

Mientras la genealogía de Caín, que acaba con Túbal, se distingue por sus esfuerzos y por sus combates, la dinastía de Set, que acaba con Noé, se distingue por su quietud y por su paz. Con saludar tan sólo el santo libro, descúbrese que ha esta dinastía vivido en los hábitos tradicionales al verdadero labrador y contentándose con beneficiar humilde y modestamente la tierra. Esta paz interior se conoce con sólo mencionar los nombres de todos aquellos que la repre-

sentan, como el viejo Matusalén, aquel que vive tantos años, ó como el justo Henoch, quien caminó con Dios y desapareció porque Dios le llevó. Si la genealogía fuerte y batalladora de Caín concluyó por producir una suavísima Naama en la gemela de Túbal, imaginaos qué mujer tan delicada y tierna sería la destinada por Dios á vivir juntamente con el patriarca Noé y á sacar de los surcos el vino nuevo encerrado en las hermosísimas y olorosas uvas. El género humano ha dado importancia grande á la invención del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que los vemos hoy, todavía bajo la bóveda de catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas las ofrendas. La participación del cáliz á los laicos ha de tal modo agitado á la especie humana, que produjera combates cruentísimos, cuyo recuerdo todavía nos entristece y nos espanta. Un dios ha tenido el mundo antiguo para el vino, un dios llegado en peregrinación larguísima de la India, seguido por turbas de bacantes, artífice de las más alegres melodías, personificación del placer, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el ser. Indudablemente no han sido los arios, no, quienes han descubierto el vino. La invención de tan vivificante licor se debe á los semitas. El ario usaba desde tiempos inmemoriales bebidas fermentadas que no provenían ciertamente del zumo de la uva, y que, rebosantes, se caían de copas tales como la copa de Indra. El hidromiel, esa bebida presentada bajo los árboles de Dodona, en las armoniosas aras de Delfos, sobre los bellos altares helenos, indica bien claramente que no tuvo el vino entre los arios la importancia del vino entre los semitas. La poesía hebrea y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos hermosos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en oliente lagar donde rebosa el mosto. Noé y la mujer de Noé se hallan unidos á la vid, y por eso personifica una metamorfosis tan trascendental de la humanidad de la historia.

XIII.

No pueden jamás alabarse bastante todos los beneficios hechos por el agricultor al género humano con haber pulido y vivificado la tierra. El manso corderillo que ofrece sus lanas, el gusano que hila sus sedas, el florido almendro que anuncia y profetiza la feliz primavera, el azahar oliente, la miel sabrosa, las harinas que sustentan el cuerpo y calman el hambre, los prados en que muge contento el buey, los rediles donde seestean las ovejas, el dátil coronado por su diadema de palmas, el chumbo metido en su espinoso y fuerte zurrón, desde la castaña que brilla entre las verdes hojas hasta la nuez que huele por tan suave modo, el animal doméstico en sus palomares y en sus corrales, todo sirve y en tal manera los humanos progresos y la transformación maravillosa del planeta, que nunca jamás agradeceremos á Noé y á su mujer el que nos hayan traído la vid, y con la vid una esencial parte de nuestros mejores alimentos. Todas

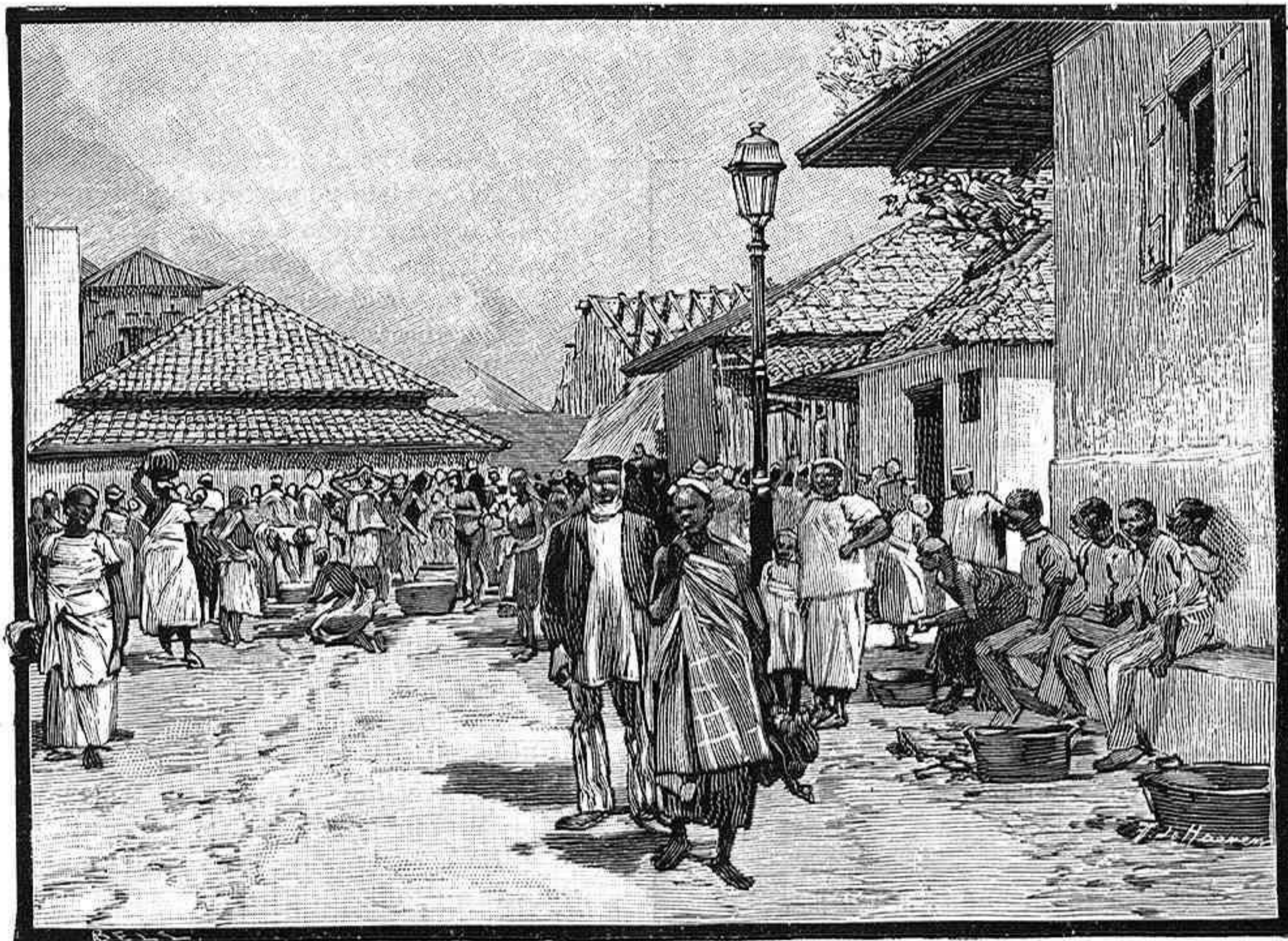


las faenas del campo tienen una gran poesía, pero ninguna como la vendimia. De antiguo, muy de antiguo, los pueblos han creído de su deber celebrarla con bailes, cantares y demás regocijos. Nada tan hermoso como ver en las campiñas del Mediodía los grupos de jóvenes y alegres vendimiadoras que van cargando las carretas tiradas por bueyes coronados de flores y circuídas por danzas regocijantes que mueven mil canciones báquicas inspiradas en la más delirante alegría y capaces de agitar los más inertes objetos en aquella embriaguez de la vida. El sarmiento que va poco á poco secándose, el pampaneo áureo y purpúreo que cae á manera de lluvia, los racimos pintados y olorosos, los cernachos henchidos, las tablas del lagar enrojecidas, el mosto embriagador que corre ardentísimo, el delirio de los sentidos por todas estas emanaciones de vida trastornados, en tal modo alegran y regocijan á los pueblos que ha pasado la vendimia en todos los idiomas á verdadero sinónimo de gozo y de placer. El mundo antiguo tuvo en su Baco la representación del vino. Y Baco fué uno de los últimos dioses griegos, como Noé fué uno de los últimos Patriarcas prehistóricos. La transformación de Baco representa los progresos de la viña. Primero aparece como un dios indio, vestido con el traje sacerdotal, representando la llegada próxima de la vid á Grecia desde el Asia. Luego una mitra lo corona, sím-

bolo verdaderamente asiático, pero mezclada ya con las guirnaldas griegas. India, Frigia, Tebas, nos lo presentan en su juventud apoyado lánguidamente sobre un tronco ceñido de vides, la hiedra y los pámpanos en las sienas, el tirso y la copa en las manos, la máscara de la comedia recién nacida sobre los carretones de las vendimias al pie. Mentábase tanto la hiedra entre los antiguos, porque tradicionalmente acostumbraban á usarla contra la embriaguez. Los animales báquicos son naturalmente aquel asnillo del sileno que lleva sobre sus lomos la vendimia y aquella liebre que representa la fecundidad. Y si á tan pacíficos animales como éstos y el cabrito únense las panteras y los tigres que tiran de los carros báquicos, es por el carácter asiático de tal divinidad. Baco es un complemento de Apolo, porque también la embriaguez, como la luz, presta inspiraciones. En la copa de Baco se hallan muchas ideas. Lo cierto es que los cultos báquicos, en los cuales se sacrificaban toros coronados de flores y se oían voluptuosísimos cantares, vienen como á significar un exceso en la vida y en las pasiones propias de la vida. Ved cuán prehistórica la invención del vino y cuán inmanentes en la historia sus voraces incendios.

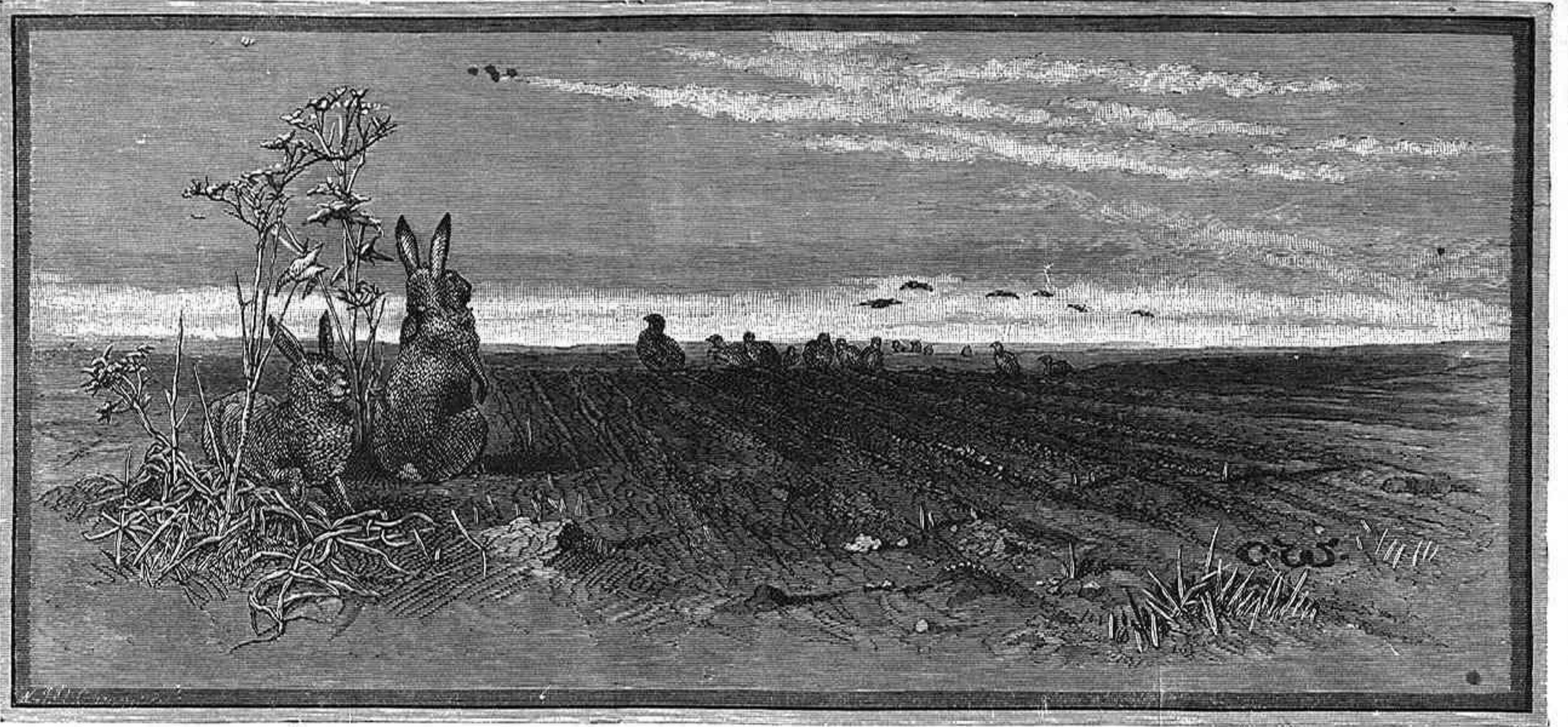
EMILIO CASTELAR.

Madrid, 29 de Julio de 1891.



GUINEA PORTUGUESA.—LA CALLE PRINCIPAL DE CACHÉO.





HOMENAJE



Eres de lo más rubia que conozco
 Dentro del bello sexo.
 Otra rubia inmortal, la propia Ceres,
 Parece haberte puesto
 Su diadema de espigas, abdicando
 En ti su adorno excelso.
 Y tu generación contempla atónita,
 Con cierto orgullo estético,
 Ese color de sol con que tus rizos,
 Artísticos cayendo,
 Dan marco de oro y tono luminoso
 Á tu semblante bello.
 Sin ser jaro, que es rubio propasado,
 Aunque tampoco es feo,
 Ni albino, en que ya el rubio degenera
 Con deplorable exceso,
 Tiene tu pelo el punto delicioso
 Del rubio verdadero,
 Que no raya en rojizo ni amarillo,
 Que es dorado perfecto.

Yo no sé si Eva fué, como tú, rubia;
 Mas que no lo fué creo,
 Porque siendo su patria el Paraíso,
 No tuvo allí otro techo
 Que las movibles copas de los árboles
 En verano é invierno;
 Y la intemperie, aun la paradisiaca,

Determina el moreno.
 Ni he visto yo pastora cuyas crenchas
 Causen envidia á Febo;
 Ni, pese á los poetas y pintores,
 El personal trigueño
 Que tuesta el aire libre tendrá nunca
 Rubio y fino el cabello;
 Ni se formarán nunca querubines
 Á treinta sobre cero.

La rubia pura sangre, el tipo puro
 De que tú eres modelo,
 Es un fruto social civilizado,
 Producto del progreso.
 Todas las maravillas confortables
 Que han ido estableciendo
 La ciencia, el arte, la riqueza, el lujo,
 La moda y el ingenio,
 Se necesitan juntas y reunidas
 En el invernadero,
 En la estufa doméstica, en el grato
 Cómodo hogar paterno,
 Para que brote la azucena humana,
 La rubia de tu género,
 Con las inseparables condiciones
 De su temperamento.
 Porque la esencia, la razón, la clave
 De tu especie, el secreto



De esa espiritual dulce blancura,
Y de ese sentimiento
Que rebosa en las rubias verdaderas,
Ha sido, es, y ha de serlo,
Lo delicado, lo sutil, lo leve.
Verte á tí, es estar viendo
La cortina, la gasa, el invernáculo,
La alfombra y el espejo,
Y el piano, y el baño, y el perfume,
La doncella, el maestro,
Todos los componentes y operarios
Del costoso terreno
Donde se cría el alabastro vivo,
Que anima el pensamiento.

¿Quién te trajo á esta tierra de morenas,
Donde los ojos negros
Nos abrasan de sed, y nos maltratan
Despóticos y fieros?
En tus ojos azules, transparentes
Y claros como el cielo,
Si hay un amor, es el amor del alma,
Es el amor-misterio.
Y, sin embargo, el pobre Manzanares
Te vió nacer; tu aspecto
Septentrional no engaña á tus paisanos;
Tu cuerpo es madrileño;
Tu blancura jazmínea es española;
Tu pie lo está diciendo
Cuando rebasa, osado y diminuto,
De la ancha falda el cerco,
Y en su atractiva linde juguetea
Como chiquillo inquieto.

Cuando te ven las calles del Retiro,
Venus moderna, dentro
De tu carroza-concha, arrebatada
Por el empuje fiero
De los bridones, cuya blanca espuma
Borda sus anchos pechos;
Y, aparición feliz, al transeunte
De tu mirar sereno
Das, fugitiva, un rayo indiferente;
El ánimo suspenso:
—¿Quién será esa belleza peregrina?—
Se pregunta al momento,
Y se contesta al recordar tus trenzas
De matiz extranjero:
—Alguna *lady*, alguna hija elegante
De la niebla ó del hielo,
Que viene á España á conocer de cerca
El sol que vió de lejos;
Ofelia, Margarita en carruaje;
¡De seguro que es eso!—

La vez primera que te vi, llenaban
Los incitantes ecos
De la orquesta el salón; tú, descansando
Del vals, que aún en tu pecho
Olas de nieve aprisionada alzaba,

De pie, altiva, en silencio
Estabas junto á escultural consola.
Tu hermoso brazo griego
Sobre su mármol pálido yacía,
Como el tallo hechicero
De la azucena de tu mano breve,
Que abrigaba en su hueco
Un ramo de otras flores, que ya había
Perfumado tu aliento.
Nube de encaje y seda el blanco traje
Largo, flotante, aéreo,
Y, en triple vuelta, de orientales perlas
Un collar á tu cuello;
Perlas que parecían, por lo nítidas,
Nacidas de tu seno.—
Á tu lado se hallaba tu pareja
Sumida en su frac negro,
Y con sonrisa de éxtasis profundo.
¡Dichoso caballero!

Mirando tu cabeza, que irradiaba,
Como globo de fuego,
El denso resplandor de mil bujías,
También en mis adentros
Hija del Norte te juzgué, extranjera
Ave de paso, espléndido
Metéoro fugaz, aparecido
Y perdido en un tiempo.
Y mi memoria ya te preparaba
Su tributo en recuerdos,
Cuando, rompiendo el lazo purpurino
De tus labios bermejos,
Tu palabra española á embelesarme
Vino con sus gorjeos.—
Tienes la sal de Dios en tu palabra,
Y en tu infantil acento
Una música tal, que sólo un sordo
La escuchara impertérrito.
¿Qué había de pasar? Sirena rubia,
En aquel mar inmenso
De luz y de placer te seguí ansioso,
Y desde aquel momento
Soy un simple mortal, como otros muchos,
Que en vano me defiendo
Contra el sonido de tu voz de alondra
Y el color de tu pelo.

¡Destino singular! Yo nací en África,
Poco más, poco menos;
Yo, andaluz y español, profesé siempre
El culto pelinegro
De mi rincón natal y de mi origen.
Yo he visitado luego
El Oriente y el Sur de lo que llaman
Continente europeo,
Siempre á las pelinegras dedicando
Gustoso mis respetos;
Y cuando al Norte me llevó la suerte,
Yo he cruzado sus hielos,
Y he visto la Alemania rubicunda

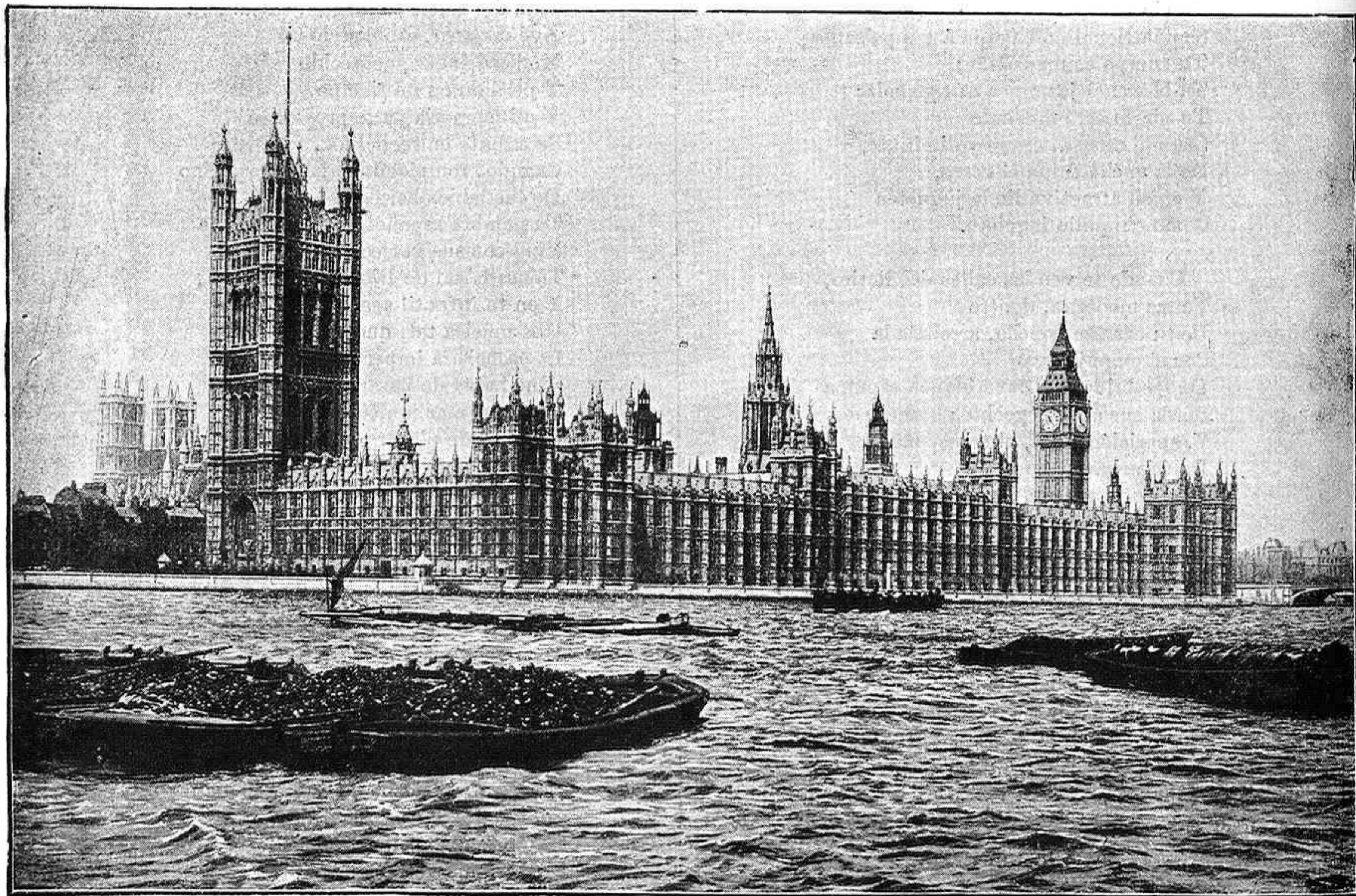


Sin faltar, ni por pienso,
De mi predilección y de mi patria,
Y de mi nacimiento,
Al deber capital. Las pelinegras
Jamás queja tuvieron
De mí. Con muchos lustros de constancia
Supe ganar su aprecio.
¡Y en una noche, oh rubia inverosímil
Y madrileña, has hecho
Apostatar mi preferencia, dando
Al traste con mis méritos!
¡Oh pequeñez, fragilidad humana!.....
Y el caso es que me alegro.

Cúmplase, pues, mi singular destino.
Como la sombra al cuerpo
Te seguiré mientras mi sombra sea
Sobre la tierra un hecho.
Como obediente girasol que vive

Ya un poco mustio, pero
Fiel á su condición, donde tú asomes,
Allí estarán contentos
Mis ojos cual altivos centinelas
En tu cabeza puestos.
Pero si esta cristiana, afectuosa
Resignación que acepto
Para servir de escolta á tu belleza,
Te merece algún premio,
Hazme un favor: no salgas de tu casa
Sino en casos extremos.
Llevas un capital sobre tu frente
En hilos de oro, y temo
Por ti cuando te lanzas á la calle
Sin un cuerpo de ejército.
¡Hay tanto avaro, y tanto pobre, y tanto
Amigo de lo ajeno!.....

S. LÓPEZ GUIJARRO.



LONDRES. — PALACIO DEL PARLAMENTO.





EL HILO ELÉCTRICO

(MARAVILLAS DEL MODERNO PROGRESO)



Un día—¡cuántos años hace!
—expresando mi asombro en la clase de Física y Química ante los prodigios del Magnetismo y la Electricidad, mi inolvidable catedrático, al verme boca y ojos desmesuradamente abiertos, me apostrofó de esta manera:

—Oiga usted, cara de miedo, ¿cuál es el invento más prodigioso de nuestra época?

—Me parece..... que..... las máquinas de vapor—contesté casi tartamudeando.

—¡Quiá, hombre, quiá!

—¿El telégrafo eléctrico?

—¡Tampoco!

—Pues entonces..... el teléfono.

—¡Menos, mucho menos! El invento más prodigioso del siglo XIX es..... las cerillas de Cascante.

Risa general en el aula.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Se burlan ustedes? ¿Quizá se rebelan?—continuó el profesor con indulgente sonrisa.—Pues oigan, caballeros: juro por Dios y por mi ánima que si en tiempo de nuestros abuelos hubiésemos pasado en larga fila por la Puerta del Sol, al anochecer de un sábado, frotando mixtos de Cascante y arrojándolos encendidos al arroyo, los frailes y los manolos nos habrían molido á palos, y los familiares del Santo Oficio nos hubieran achicharrado en los santos quemaderos de la puerta de Alcalá ó de la puerta de Fuencarral..... ¿Cuál es el invento más prodigioso? El que produce efectos más sorprendentes, con medios más sencillos: ¡ninguno entonces como las cerillas de Cascante!.....



Y ninguno en nuestros días como el *hilo eléctrico*.

Porque hoy la cosa varía, y en alto grado: lo prodigioso es un poco de paciencia y un poco de electricidad.

Tomáis en la mano un hilo de hierro, le infundís una co-

rriente eléctrica, os colocáis ante una mesita vibratoria, gritáis en seguida: ¡Hola! ¡Hola!, ó como dicen los extranjeros con muchísima gracia y monería: ¡Alló! ¡Alló!, y al punto estaréis en comunicación *vocal*, en conferencia íntima, con París ó con Londres.

¿Qué dirían, en presencia de las maravillas del hilo eléctrico, los antiguos conquistadores de reinos, los héroes de la



Historia, los paladines de la leyenda? ¿Qué dirían, si pudiesen contemplar los alambres del telégrafo, el conde Fernán González ó el *Mío Cid*, el rey castellano Alfonso VI ó el rey aragonés D. Pedro III *el Grande*?

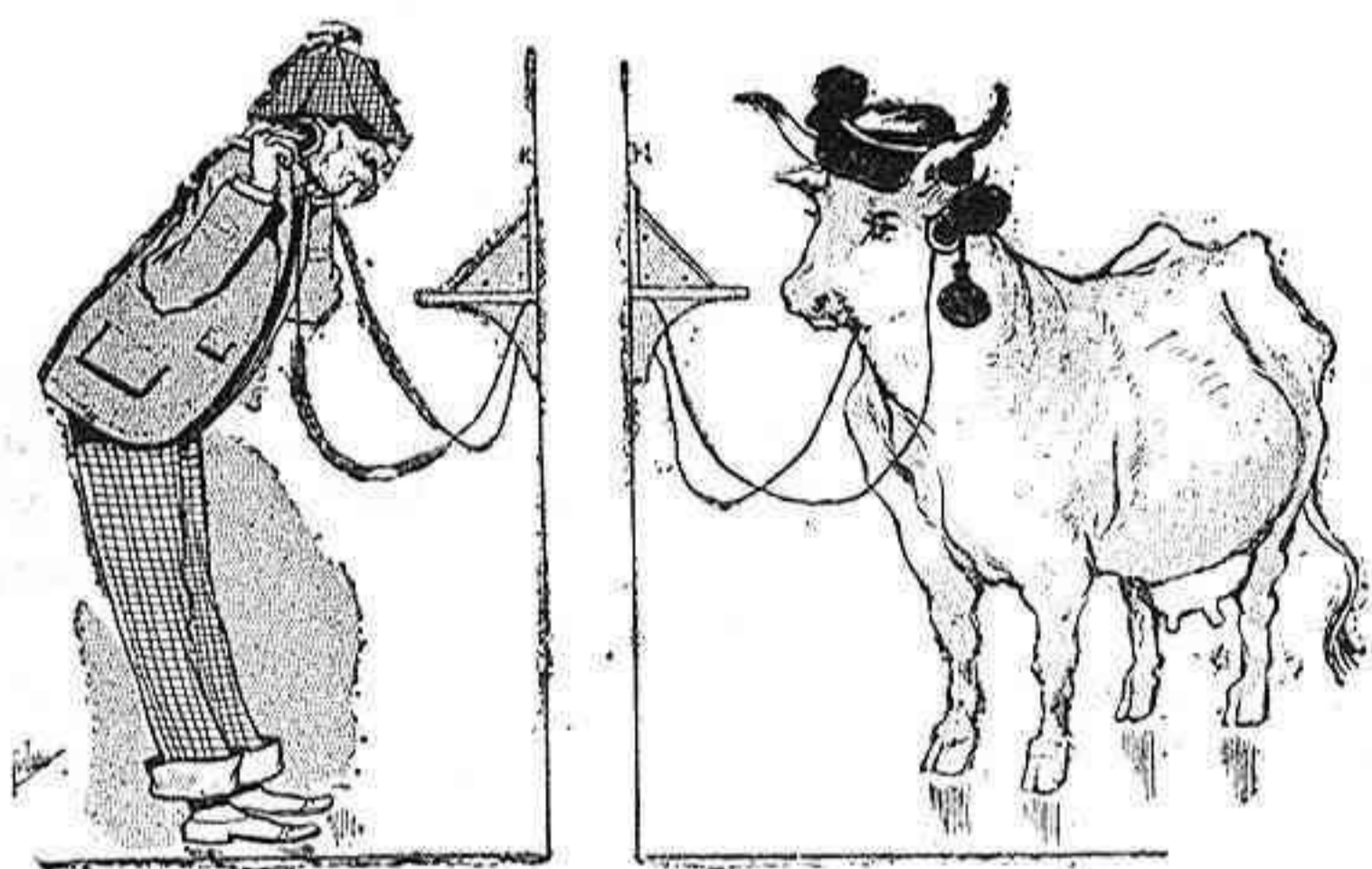
Pues tened entendido que algo más se susurra entre los misteriosos bastidores del gran escenario de la ciencia: su-



súrrase, en efecto, que, merced á ingenioso mecanismo, las palabras confiadas al hilo eléctrico llegarán á su destino correctamente traducidas al idioma que se desee....

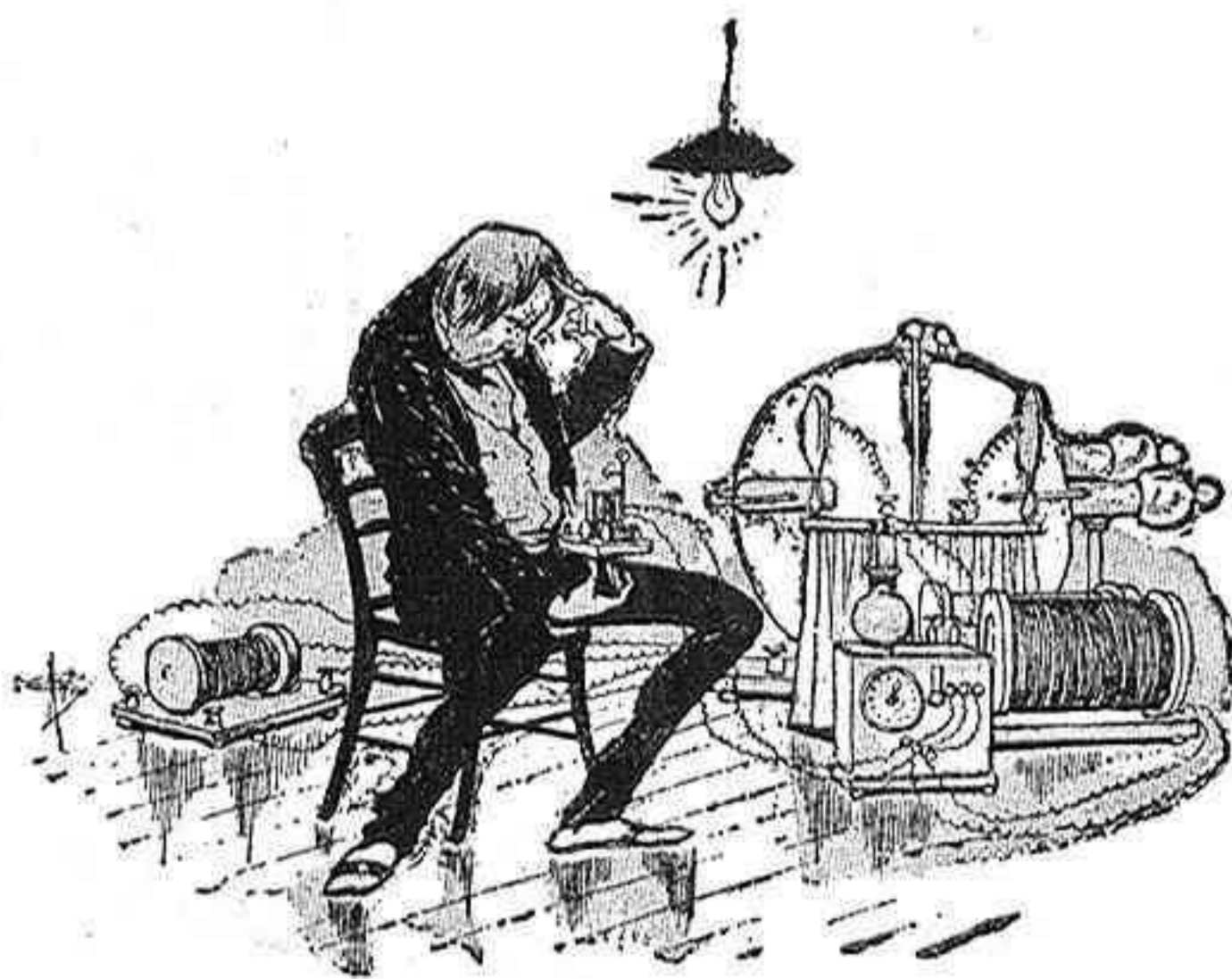
¡Por ejemplo! Ahora mismo estoy saludando á un vecino de París, y le digo cortésmente: *¡Buenos dias, caballero!*; mas él recibe mi saludo en esta forma: *¡Bonjour, monsieur!*, y transmitiéndosele en el acto á un inglés, *pronuncia* el hilo: *¡Good morning, sir!*

¿Hay prodigio más singular? Pues sí, señor: le hay.... El inglés recuerda que visitó una vez, en sus viajes por España, la ganadería de Miura.... ¡á respetable distancia, por supuesto!.... y que expresó su entusiasmo ante la hermosa estampa y las repletas ubres de la mamá de un *bicho célebre* en los fastos del toreo; y preguntando por ésta á un su amigo, que reside en Sevilla, contesta el hilo eléctrico, en el agradable idioma de los ruminantes bravíos: *¡Múuu!*



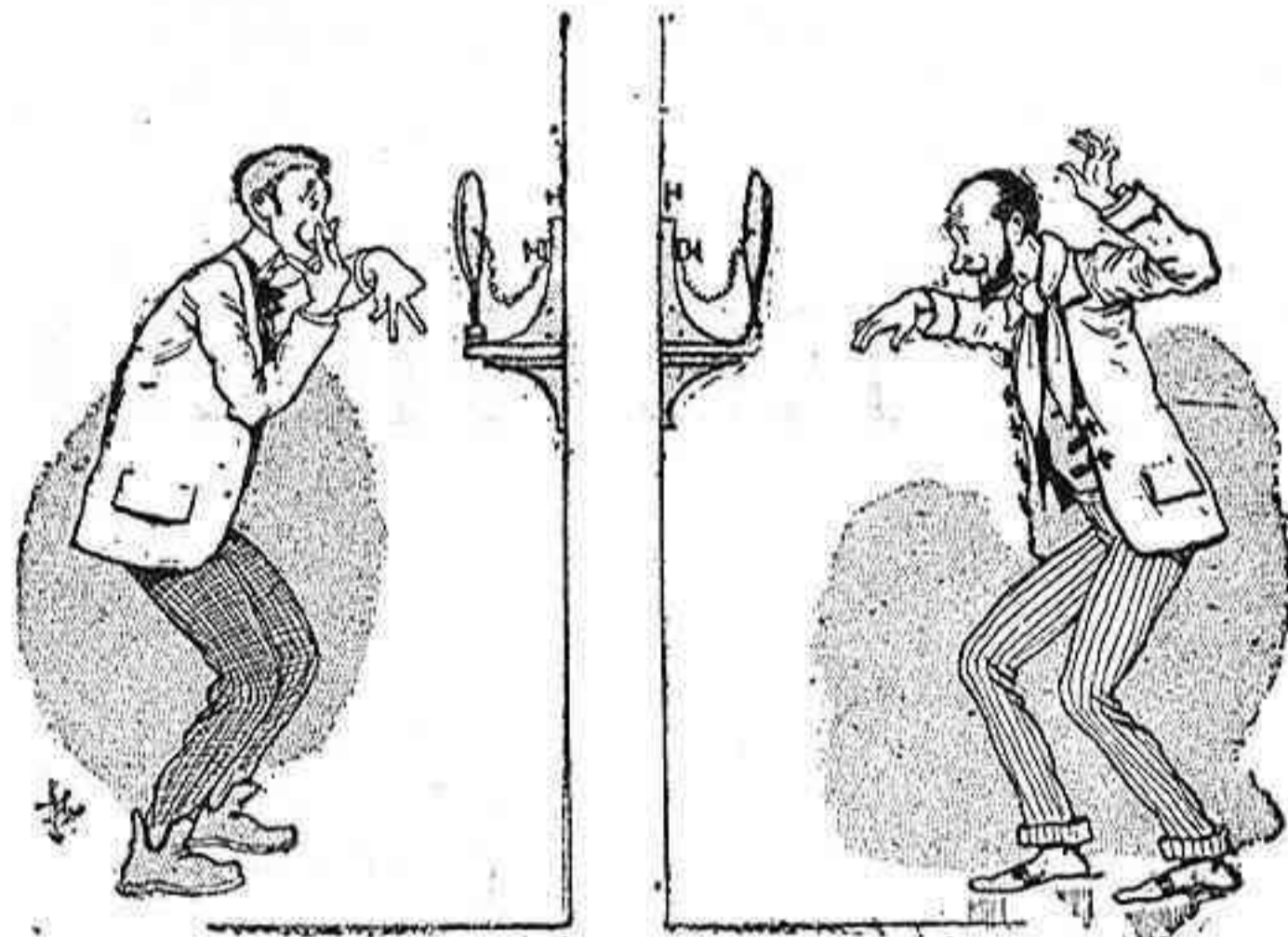
Pero me diréis: «¿Y los sordo-mudos?»

¿Ignoráis, señoras y caballeros, que el asombroso Edison consagra actualmente sus maravillosas facultades de inventor á la creación del *telephoto* ó *teléfoto*?



¿Queréis saber lo que será el *teléfoto*, según mis noticias? Pues lo que es el teléfono para la audición será el *teléfoto* para la vista: un aparato verdaderamente singular, que no tendrá mesita vibratoria, sino un espejo ovalado y biselado; y el sordo-mudo que *hable*, ejecutando ante la limpia luna los ademanes y las señas que tenga por conveniente, los

transmitirá como por encanto, á favor del hilo eléctrico, al sordo-mudo que *escuche*, á cien leguas de distancia, frente al espejo del aparato.... de llegada.



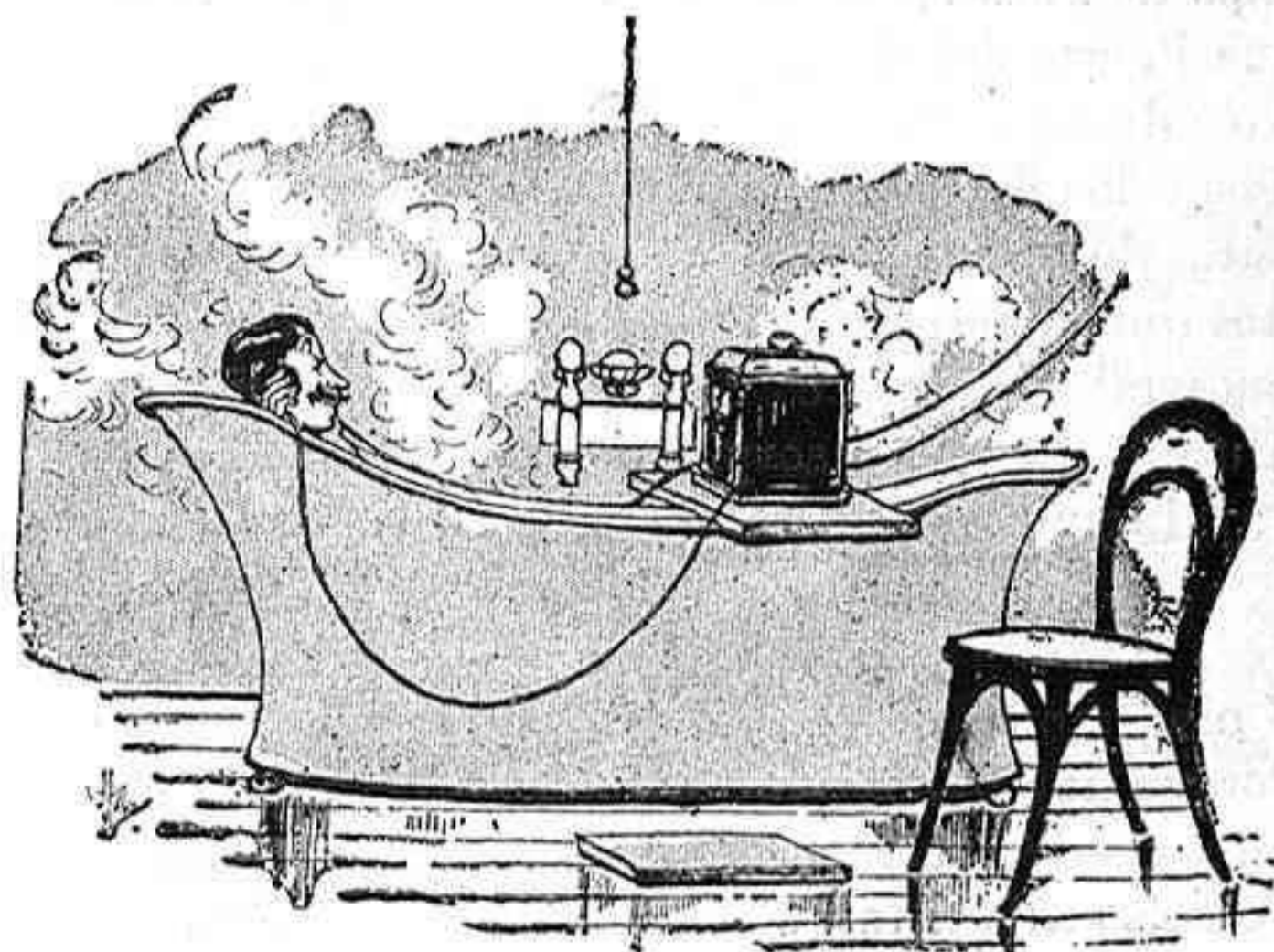
Así *hablarán* los sordo-mudos delante del *teléfoto*; así podrán comunicarse los juegos de manos que componen el pintoresco alfabeto del abate L'Epée.

Y nada más fácil, por cierto, que fotografiar sucesivamente las imágenes retratadas en el *teléfoto* de recepción, si se quiere conservar, á guisa de testimonio incontestable, la conferencia taquigráfica de dos sordo-mudos.

¡Ah, Dios mío! Cuando algún sabio electricista, ya sea Edison, ya un alumno del colegio de Leganés ó de San Baudilio, invente el *teléfoto*, ese instrumento admirable en que se fundan tan grandes esperanzas, ¿por qué no creer que el hilo eléctrico, por ley del progreso, habrá de transmitir á larga distancia las sensaciones del olfato, del gusto y del tacto, ni más ni menos que las de la vista y el oído?

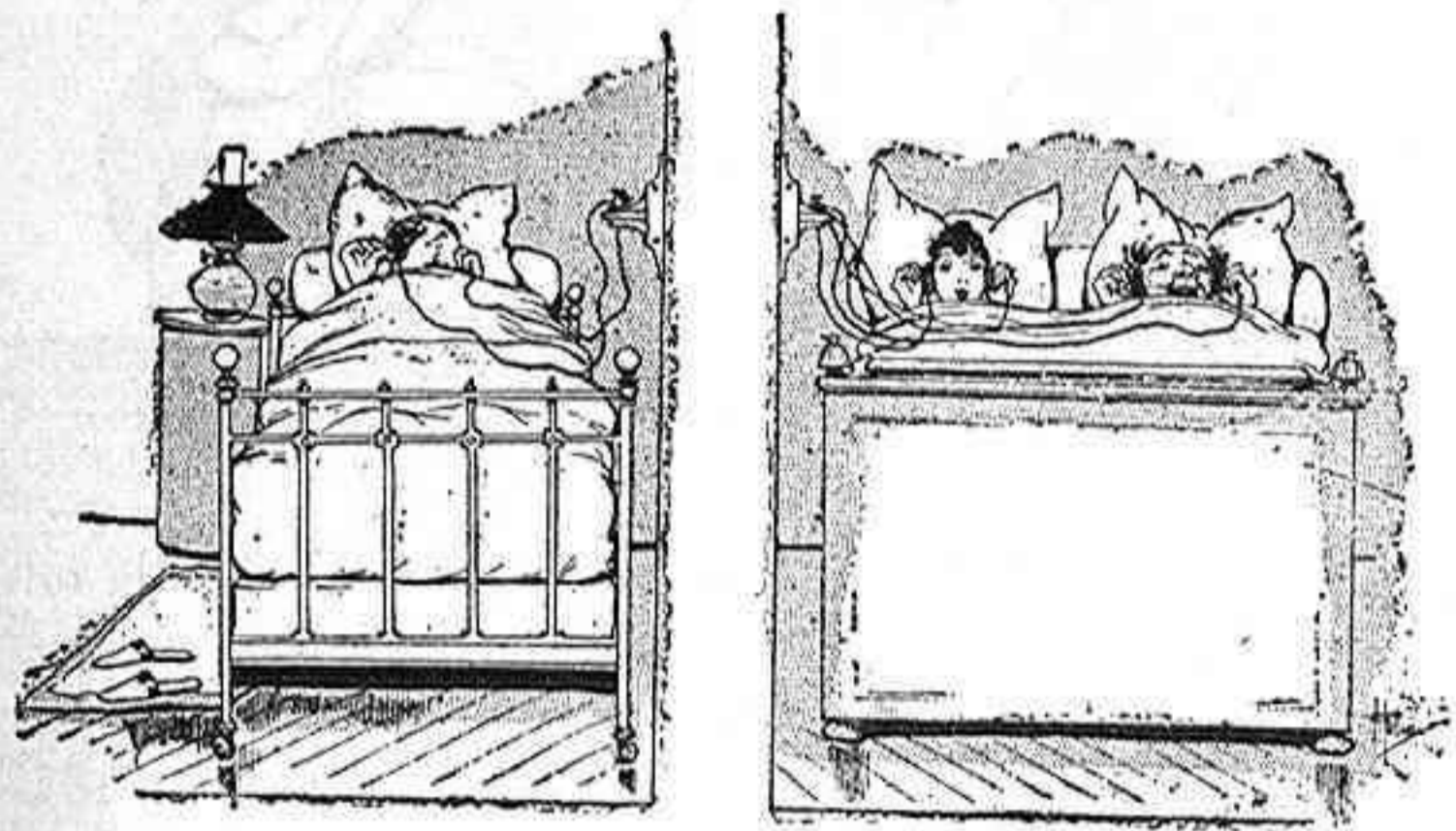
¿No tenemos ya el *teatrofono* (llamémoslo así) que sirve y comunica á domicilio, por módico precio, audiciones del Real y de los conciertos del Príncipe Alfonso? Pues ¿qué será cuando la invención del *teléfoto* *especular* nos permita ver el espectáculo escénico y dirigir los gemelos á los palcos y las butacas, á la penumbra misteriosa de los bastidores y á la clara luz de los gabinetes de las artistas?

En las cálidas noches de Agosto, en vez de exponerme á que me *aticen* un trancazo á la vuelta de una calle, ó á que me *limpien* con diestra mano y sin cepillo el reloj y la cartera, me recostaré suavemente en un baño de placer,



tibio y perfumado, y desde allí, con el *teléfoto* delante, escucharé la grandiosa música de *La Africana*, que beneméritos artistas *ejecuten* en los jardines del Buen Retiro, y veré hasta los postizos de las bailarinas.

Nada impedirá que entonces se organicen *soirées* telefónicas, lo mismo que ahora se celebran *matinées* danzantes, ó de danzantes; nada impedirá que solteros y casados, aunque se acuesten á la hora de las gallinas, asistan desde su propio lecho al estreno de un drama casi original en el



Español, á la silba de una zarzuela en Apolo, y al *reventamiento* de una comedia en Eslava.

Verán ustedes cómo estará de moda, en el próximo invierno, el *telefive o'clock*.

¡Oh! ¡Y el *buffet* en el *telefive o'clock* será digno de los progresos telefónicos!

No hay argumento científico (admitido lo anterior) en contra de la transmisión eléctrica de *sandwichs* y empare-



dados, con su tónico acompañamiento de Medoc y de Jerez.

¿No dicen por ahí que el hilo eléctrico, más ó menos gordo, acaba de transmitir á enorme distancia una fuerza inmensa, la fuerza de un río que se despeña de una altura de 20 metros?

Pues más fácilmente, créolo así, podrá ocurrir esta escena;

Yo (*desde el teléfono de mi casa, á la espiritual Marquesa de X****).—¡Son las doce de la noche, señora!

LA MARQUESA (*desde el teléfono de su palacio al mío*).—Lo sé, caballero: las doce y siete minutos. ¿Y qué más?

Yo (*retorciéndome el bigote*).—Pues.... como no he podido concurrir á su elegantísimo *telefive o'clock*.... ¿Está abierto el *buffet*?....

LA MARQUESA.—Sí, caballero: desde las doce en punto. ¿Qué desea usted?

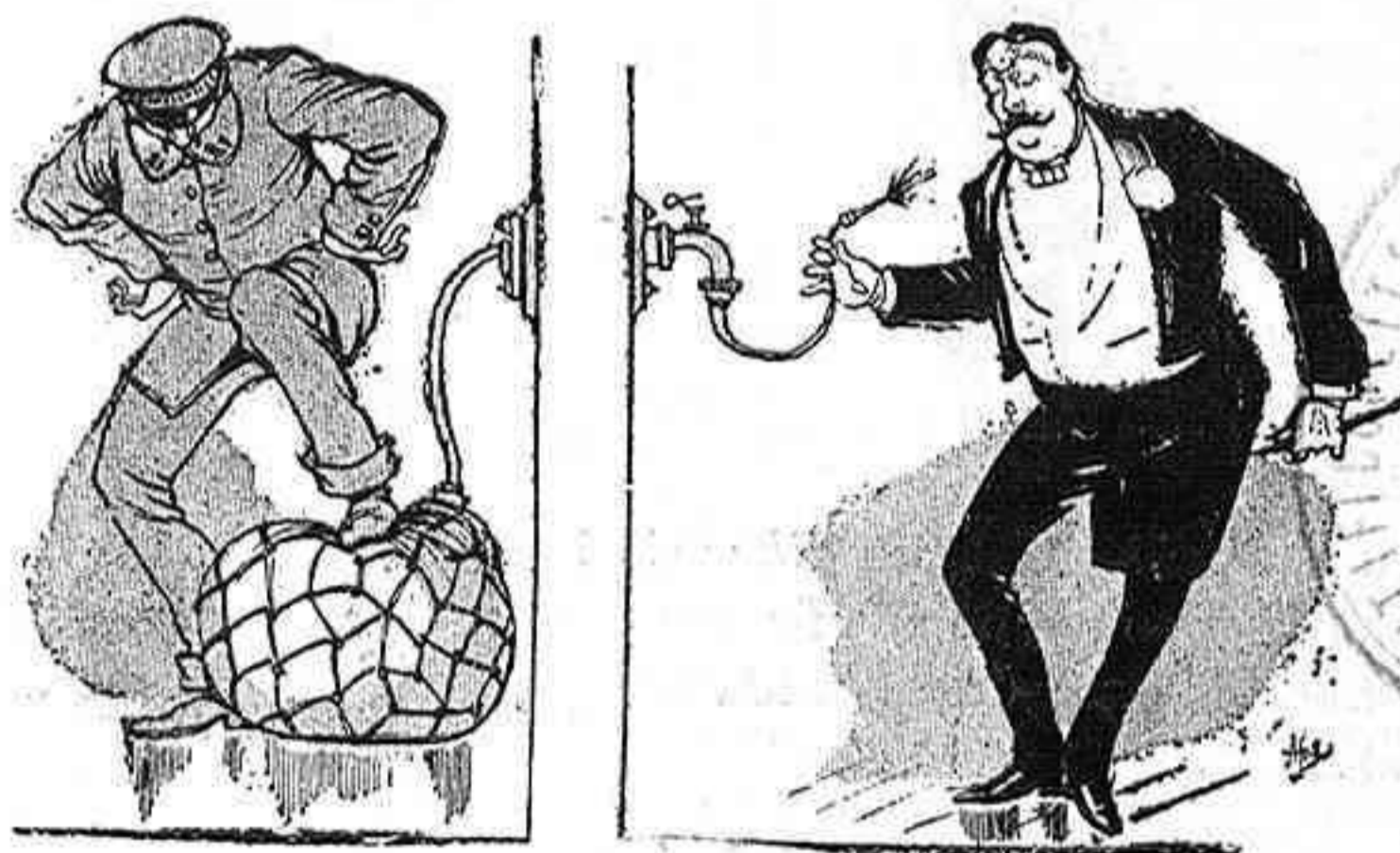
Yo (*frotándome las manos*).—¡Ah, señora! ¡Tanta bondad! Pues oiga usted: diga, *s'il vous plait* (*esta frase es de rigor*) á su inteligente y amable *maitre d'hôtel* que me transmita, por el hilo eléctrico, medio kilo de jamón en dulce, dos raciones de pavo en galantina, media docena de pastelillos *truffés*, cuatro ruedecitas de piña *glacée*, una botella de champagne....

LA MARQUESA (*santiguándose*).—¡Jesús, caballero! ¿También tiene usted bolsillos de hule en el frac?

Yo.—¡Señora, por Dios! Eso es bueno para los *reporters* que figuran en *Pequeñeces*.... y en varios salones de *verdad*.... Lo que pido es sólo para hacer boca....

¡Oh magnífico *telebuffet*! Este invento precioso permitirá que se acepten al mismo tiempo numerosas invitaciones—y será utilísimo á las personas que poseen la admirable ciencia de vivir y triunfar.... sin el sudor de su rostro.

Pues la perfumería á distancia, aun á larguísima distancia, no ha de encontrar dificultades serias: colocad bajo la mesita del teléfono un pulverizador de gran potencia; enla-



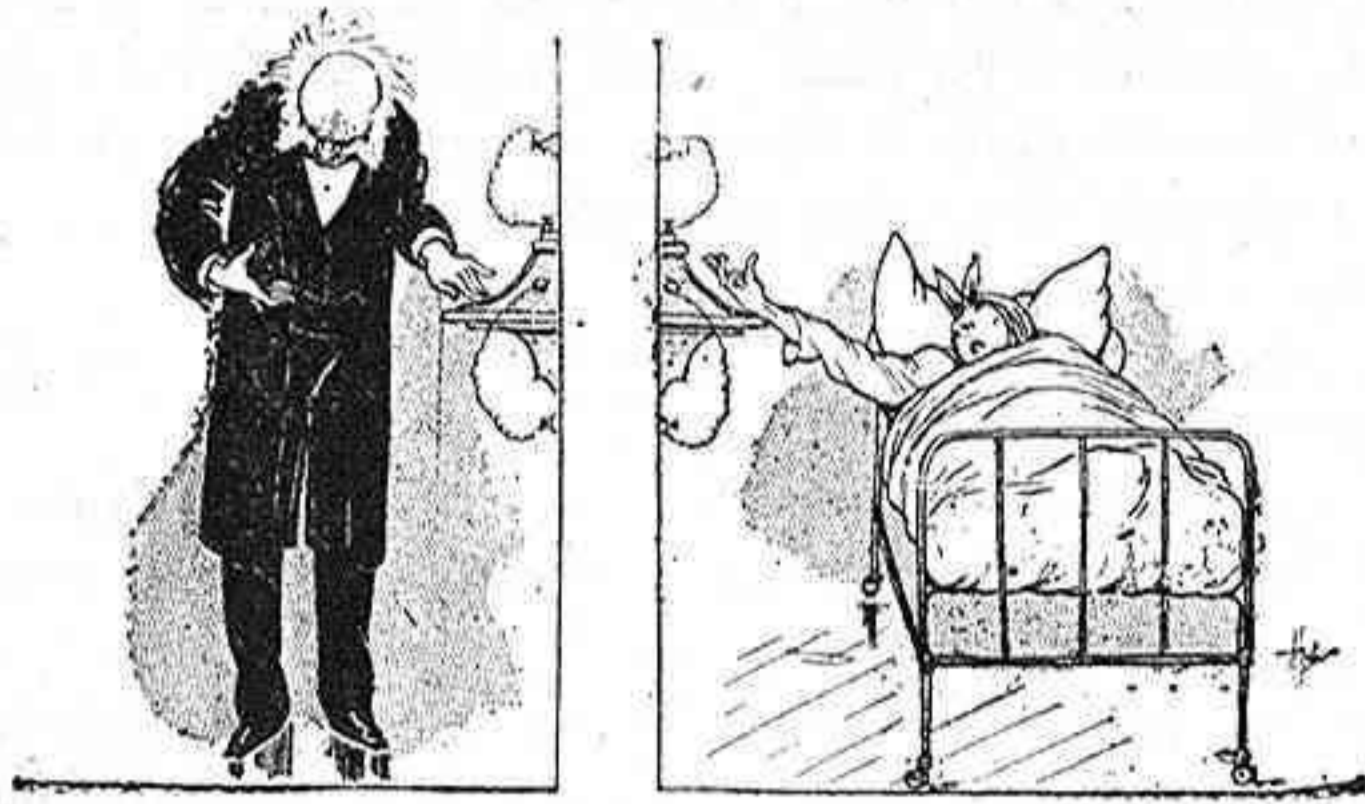
zadle con el aparato de la extremidad opuesta por medio de una canalización parecida á la del gas; haced que le aplaste un mozo de cuerda cuando ya estéis vestidos para ir al teatro ó al sarao.... y recibiréis de golpe finísima lluvia de perfumes refrigerantes, adherentes, invisibles é impalpables.

Pero será más complicado lo que se relaciona con el sentido del tacto.

Sin duda alguna, con aparatos de sensibilidad conve-



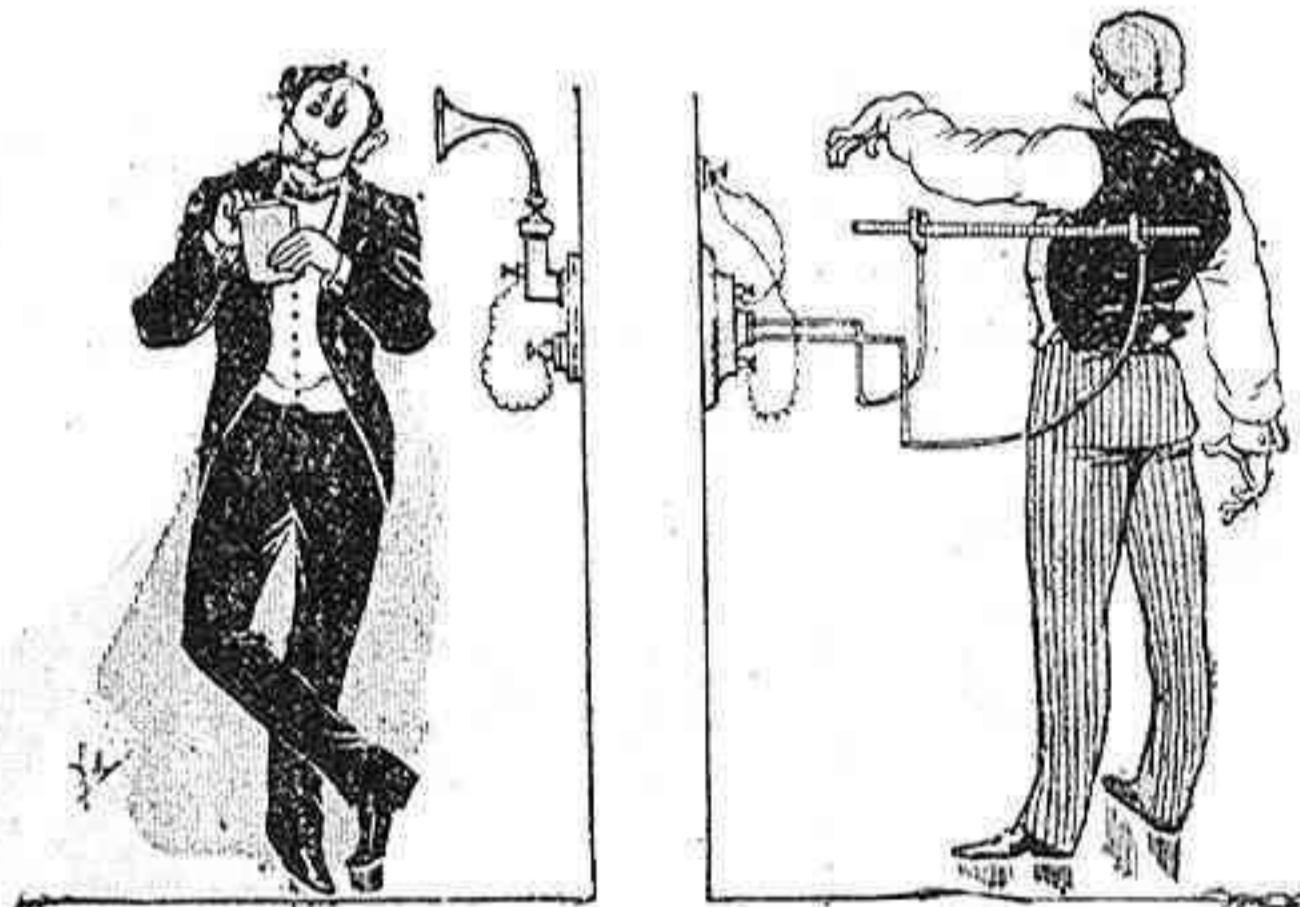
niente, y á favor de un hilo eléctrico especial, podrá el médico visitar á sus enfermos, tomarles el pulso, auscul-



tarlos, quizá también percutirlos suavemente, para reunir en apretado haz los síntomas, y fundar en ellos un diagnóstico exacto; pero en cambio no podrá el pedicuro cortar los callos á distancia, ni el peluquero retorcer los ondulantes y graciosos tirabuzones de mi novia...

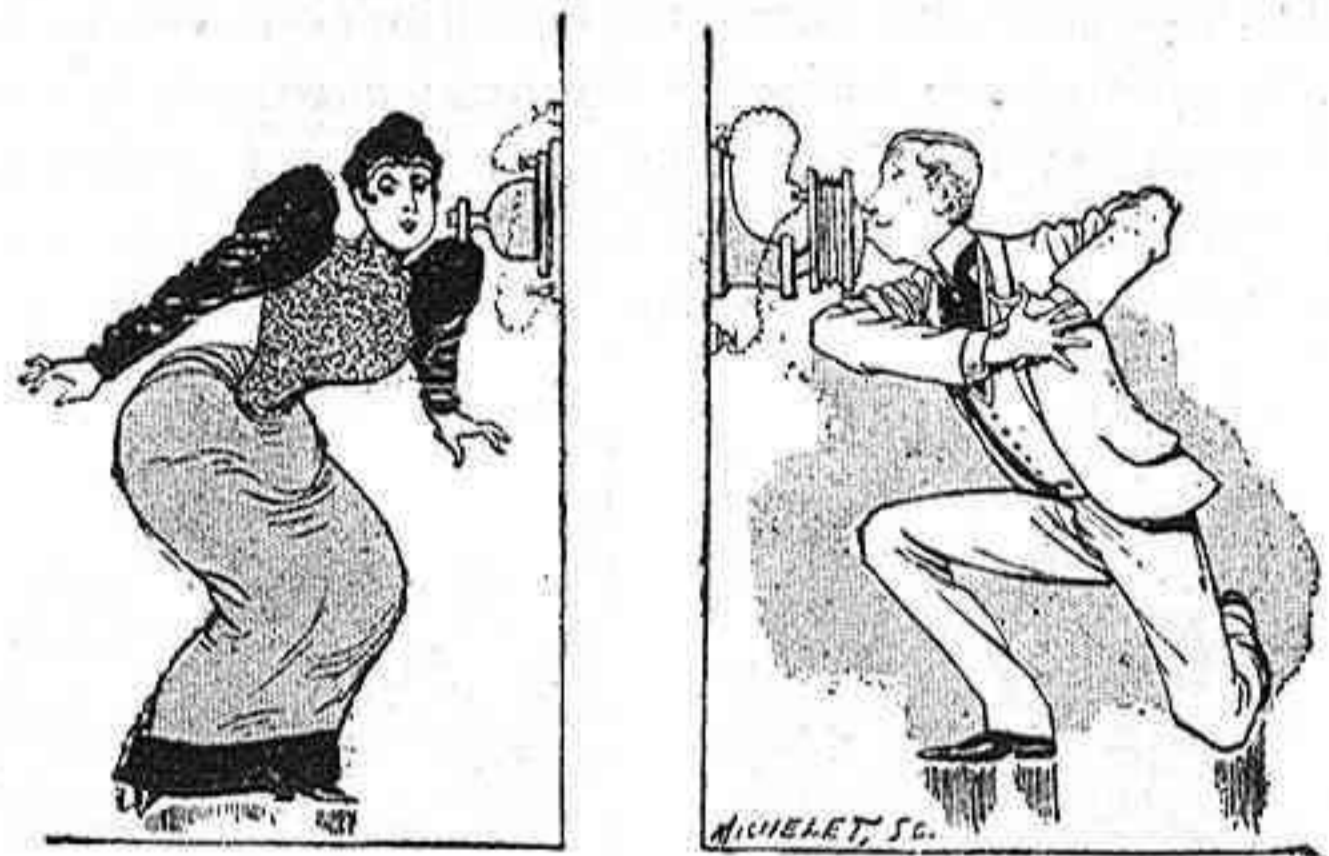
¿Quién sabe? Tal vez esté ya en mantillas algún futuro electricista de genio, á quien deberán nuestros hijos la receta para asar la manteca en el hilo eléctrico, ó el modo de amasar el pan sin harina y sin agua.

En desquite, el sastre y el sombrerero estarán provistos de un aparato que habrá de permitirles tomar las medidas



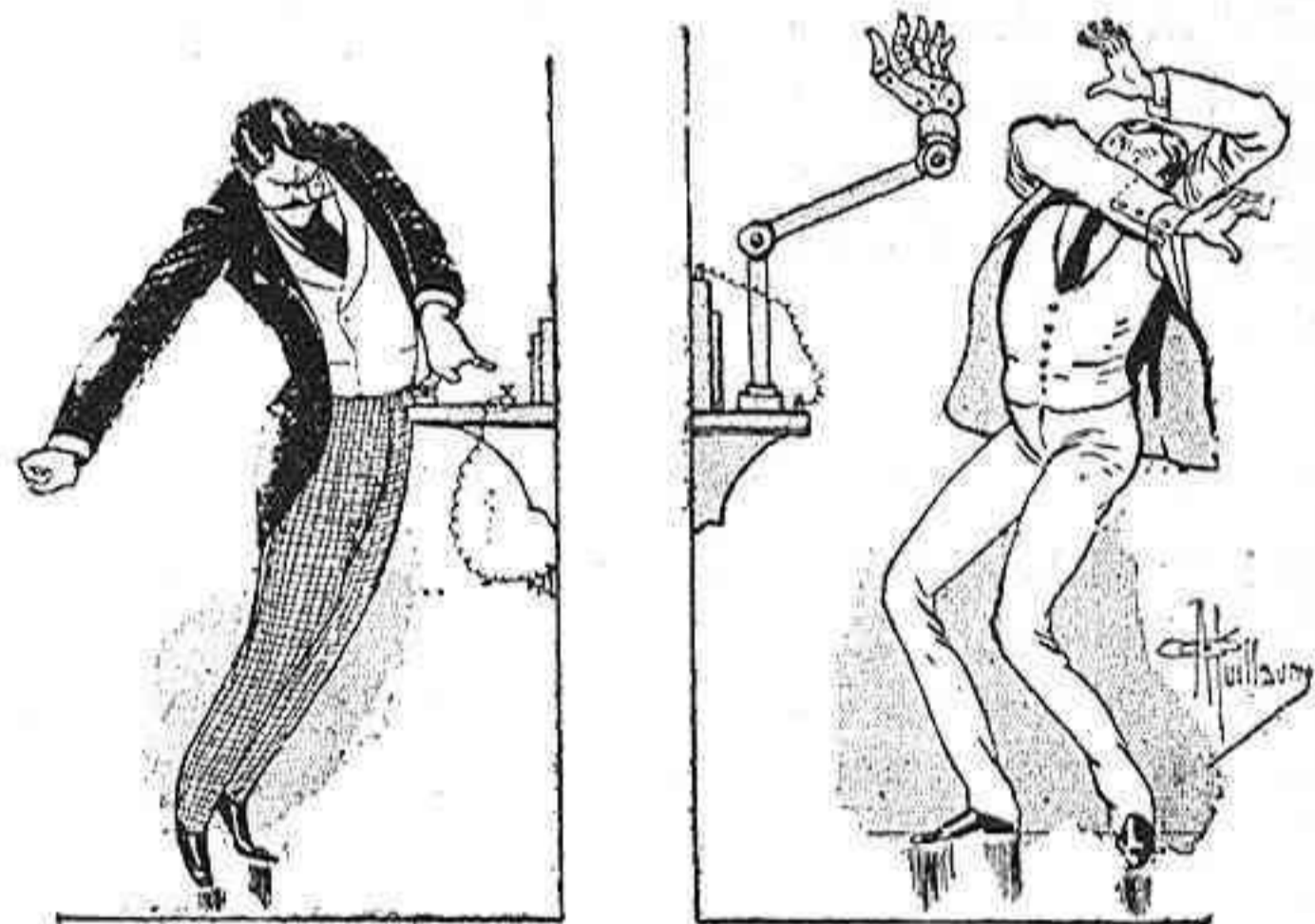
de un *smocking* ó de un *gibus* sin ir á casa de su cliente; y no hay necesidad de añadir que con un buen *teléfoto* el pintor hará retratos sin necesidad de *posser* largas horas á su modelo.

Y me complazco en creer que, desde el punto de vista sentimental, se aproxima el día en que la ciencia ha de enriquecerse con un *tele-jchist!*, ó sea un delicioso aparato



destinado á la *flirtation* por un hilo especial, lejos de miradas indiscretas.

Y si algún padre susceptible ó algún marido celoso adivinan el secreto y ponen el grito en el cielo, nada más fácil

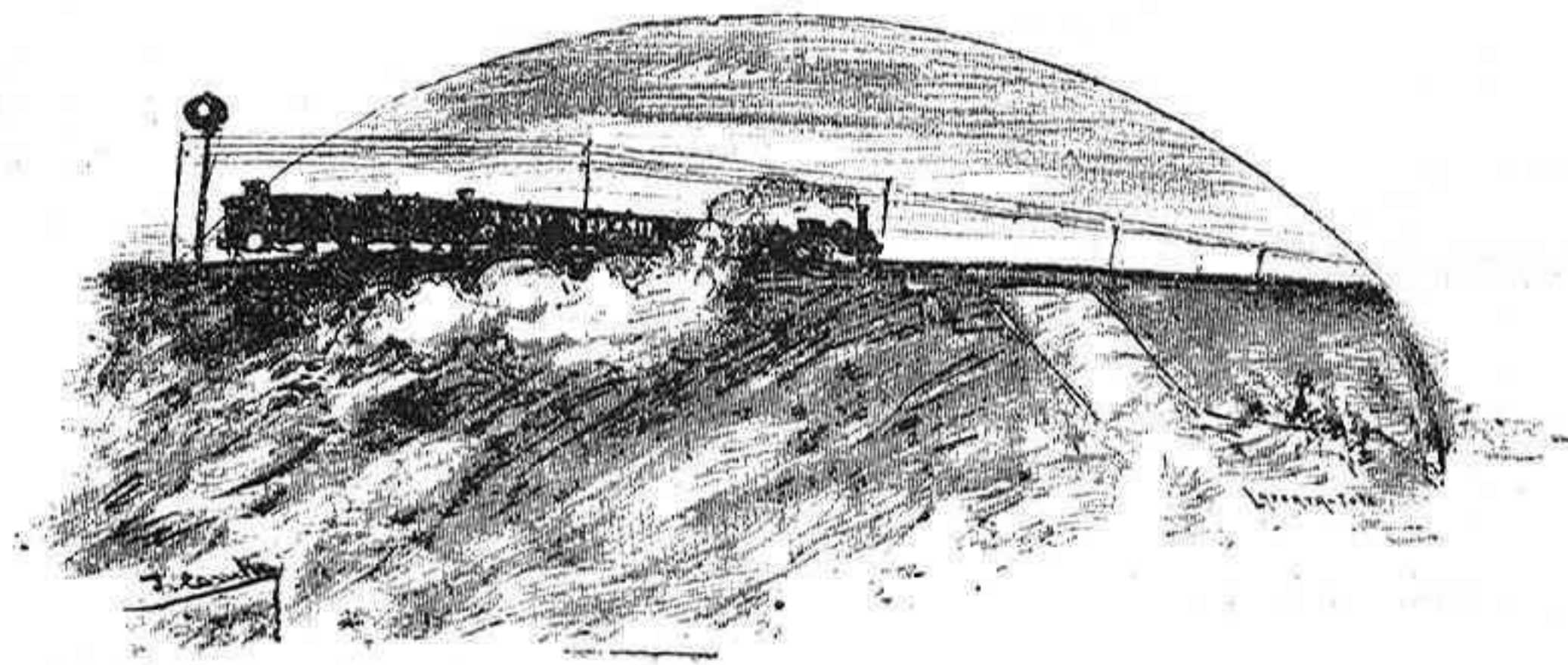


que hacerles callar instantáneamente, enviándoles por el hilo eléctrico una tremenda bofetada.

Sí, señores; porque vendrá otro electricista de genio con el invento del *tele-pega*....

Y este aparato, no lo dudéis, formará parte, en lo sucesivo, del mobiliario de toda casa instalada con elegancia, seguridad y *comfort*.

FLAVIO.





NOCHEBUENA Á BORDO

Á EDMUNDO DE AMICIS



HORA que la miro distanciada, en las regiones de la vida que vamos dejando atrás, me parece aquella Nochebuena pasada á bordo del *Regina Margherita* más melancólica que nunca.

La tarde de Diciembre en que llegó el trasatlántico á Barcelona, fué una de las más tristes de aquel invierno. Fueron arribando del muelle los remolcadores de la Agencia, cargados con las pobres gentes que iban en busca de un bienestar problemático á las regiones de la América del Sur: catalanes,

aragoneses, valencianos, toda la costa levantina que se despoblaba. Subían con las caras apenadas, y el trasatlántico tragaba el racimo humano, en el que iban mujeres con chiquillos que lloraban y perneaban, protestando de verse allí, mientras el segundo sobrecargo las iba enfilandando para proa, contándolas como carneros, y asomando de vez en cuando por la borda para gritar al enjambre:

— ¡Presto, presto!

Á punto del crepúsculo acabó el embarque. Fuera había mucha mar de Levante; el *Regina Margherita* empezó á estremecerse al cobrar la cadena del ancla, y á poco zarpó, ya casi de noche. Me ahogaba en mi modesta litera de segunda, y fui á proa. Allí estaban los emigrantes españoles, confundidos con los que habíamos embarcado en Génova. Salía del sollado rumor de canciones y el ritmo de una tarantela tocada en un acordeón; pero ni un solo rasgueo de guitarra, á pesar de que yo había visto pasar varias. Los españoles estaban sobre cubierta, sentados unos en el montante de la escotilla, otros encaramados sobre la jaula establo, y los más de codos en la borda. Un aragonés, liado en la manta, había ocultado arisco su tristeza echado de bruces en el suelo, sin querer mirar la patria que quedaba atrás.

Barcelona, resplandeciente de luces, iba borrándose poco á poco, hundiéndose en las aguas, y ni uno solo de los emigrantes la perdía de vista, á pesar de que costaba trabajo estar sobre cubierta, sobre todo á proa, donde el trasatlán-

tico recibía el primer empuje del oleaje que se abría allí en ancho abanico blanco. Había gente á pesar de esto, un grupo de italianos que miraban abajo, puestos de codos en la borda y rumiando una canción. Los españoles estuvieron sobre cubierta mientras hubo luces en la costa: luego la noche borró mar y tierra en un solo y obscuro seno, apagó la única luz que quedaba, y poco á poco la escotilla de proa fué tragando gentes silenciosas que se iluminaban un momento en el foco luminoso de la casilla del gobernalle de vapor, y desaparecían.

Á popa, en el comedor, rumor fuerte. Los escogidos, entre ellos cuatro ó cinco comisionistas catalanes ya hechos á dejar y tomar las playas patrias á cada paso, inauguraban el viaje y llamaban al sueño con copas de Chartreuse amarillo; dos señoras jóvenes, francesas, tocaban al piano un vals de Métra, y los camareros iban y venían acomodando maletones y satisfaciendo reclamaciones de los que se creían mal colocados en sus literas con arreglo al billete que habían pagado.

Subí á cubierta, me encaramé al puente y estuve allí largo rato mirando con sopor inevitable la masa larguísima y ancha del *Regina Margherita* navegando bajo mis pies en la noche, parecido al buque fantasma lleno de visionarios en busca de confines desconocidos. Luego bajé á mi litera y me dormí en aquella especie de ataúd oliendo á barniz, con desasosiego y melancolía. Cerrando los ojos y aislándome así, perdiendo de vista las paredes pintadas de blanco, extrañas impresiones entraban por los resquicios del cerebro abiertos para recibirlas. La trepidación de la hélice que nos llevaba se convertía de pronto en una serie de golpes secos cada vez que la popa subía sobre una ola y giraban las aletas furiosamente en el aire; luego cesaban los golpes; la hélice trabajaba en el agua y se restablecía el silencio: no quedaba más que aquel hervir de todo el enorme buque, sacudido por el poderoso motor que llevaba en las negras entrañas.

Dejamos á los tres días la última playa española detrás de nosotros, una línea parda en el horizonte que se embebió triste en las primeras sombras de la noche.

Amaneció el día siguiente, 24 de Diciembre, lloviendo en



pleno Atlántico, una lluvia fina, pero tenaz: era inútil subir sobre cubierta; allí no había nadie. Resguardado por los mamparos de cristal de la escalera que baja al salón de primera, vi entre la cortina de lluvia que el cielo colgaba entre él y yo, á un tripulante de cuarto que movía en el puente el diminuto gobernalle de vapor. En las manos de aquel hombre iba el porvenir del barco. Le deseé egoístamente buen acierto, y bajé al salón.

Los comisionistas catalanes charlaban con las dos francesas con abundancia de *¡té!* y *¡och!* y en un francés imposible. Un señor viejo que iba á vivir con sus hijos en Buenos Aires leía en un rincón una *Guía* que le pusiese al corriente del estado de la República; no vi por allí más emigrantes españoles de la clase de pudientes.

Al anoecer, las francesas tocaron el piano, y uno de los comisionistas, que, según dijo él, aunque no pudo demostrarlo, tenía voz de baritono, cantó con acento de Villanueva y Geltrú *La mia bandiera*, romanza que *atacan* inevitablemente todos los baritonos.

Pesaba sobre el salón un fastidio de plomo. Cuando se hizo de noche, muy pronto por la cerrazón del cielo, los camareros empezaron á poner la mesa para la cena de Nochebuena; convidaba el Comandante á un plato de extraordinario: macarrones castizos, condimentados bajo su dirección.

Resolví comer en la segunda tanda, y subí á cubierta para ver cómo pasaban la Nochebuena las españoles de proa.

De popa á proa, en aquel larguísimo trayecto obscuro y resbaladizo, tropecé veinte veces; seguía cayendo menuda la lluvia, y estaba el padre Atlántico tranquilo, como si le aplanase aquel incesante hormigueo de gotas que caía sobre él. Por la popa se había levantado un cuarto de luna, que se adivinaba á través de la nube uniforme y echaba sobre las aguas claridad melancólica.

Por la escotilla de proa se oía el rumor de los emigrantes que comían abajo, una mezcla de italiano y sus dialectos y de español. Bajé; en muchos de ellos se había borrado la tristeza de la despedida á la patria; pero otros, la mayoría, comían silenciosos, con la nariz metida en el plato. Las mujeres, sobre todo, tenían en el rostro un velo de tristeza que me apretó el corazón. Una se había ido á un rincón, llevando la ración en una marmita pequeña, y comía con un pequeño de cuatro meses colgado del pecho, flaco y moreno.

Tres sevillanas embarcadas en Cádiz, mozas de rompe y rasga que iban á América sabe Dios á qué, procuraban levantar el ánimo de las demás con ejemplos é interpelaciones pegadizas á puras *zedas*. Los hombres, como digo, co-

mían silenciosos la mayor parte. Alguno que otro había formado ya rancho con los italianos y se hablaban como si se entendiesen.

A lo último de la mesa iba un matrimonio; joven aún y fresca ella, vigoroso y guapo él, con una niña de doce años graciosa y gentil, tocada con pañolito á la cabeza, á la manera de las obreras catalanas. Era el padre ajustador de máquinas, é iba, como todos, á América, huyendo de la patria sangrada y empobrecida por retóricos, políticos y soldados. Formaban el grupo más simpático de aquella colmena. Llamé por señas á la niña, y, avergonzándome, le di á escondidas un duro. La vi irse muy colorada y hablar con sus padres. Al poco rato volvió, me dió un beso y las gracias en catalán.

Cuando pasé á lo largo de la mesa para irme, los italianos habían logrado que el aragonés aquel que salió de Barcelona echado de bruces sobre cubierta sacudiese su murria, y le dejé templando un guitarrillo seboso y negro por el uso. Cuando pasé rápidamente junto á la claraboya de tercera, el aragonés echó al libre aire del Atlántico aquella melancólica copla:

La Nochebuena se viene
La Nochebuena se va....
¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!

Una voz enérgica dijo desde abajo al acabar la copla:

—¡Volver! ¿Pa qué?

En aquella frase tosca iban envueltas todas las tristezas de aquella Nochebuena de la emigración.

Conté en la mesa lo que había visto y logré conmover. Uno de los comisionistas catalanes propuso un guante.... en botellas de Burdeos para el pasaje de tercera; se reunieron sesenta, y se mandaron en seguida.

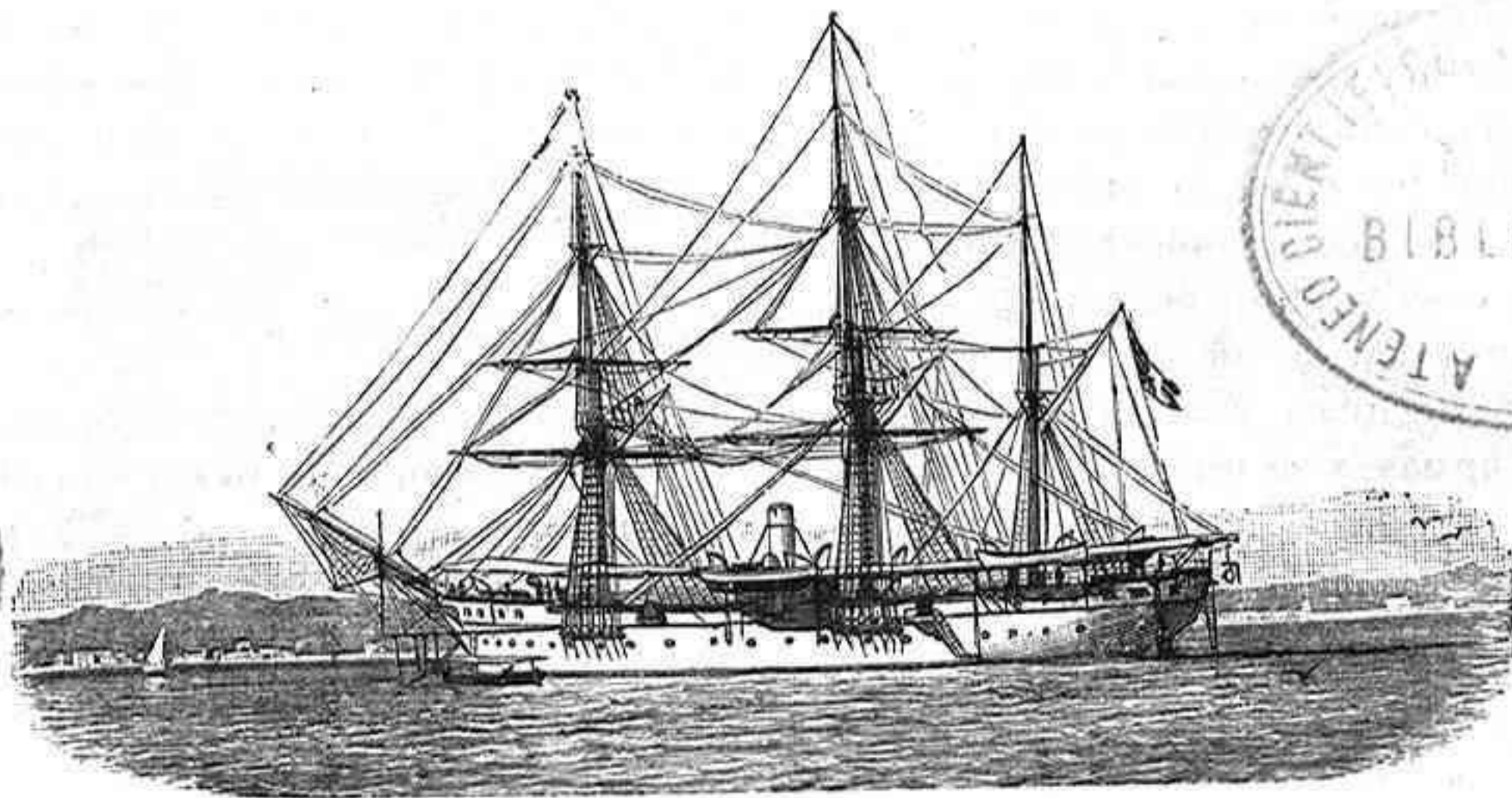
A los postres asomó en el último peldaño de la escalera, cogida de la mano de su padre, y sin atreverse á entrar, la hija del ajustador de máquinas. Venía á dar gracias por el obsequio, en nombre de todos. Su padre la empujó un poco, y la niña dijo en castellano muy alterado por el deo catalán:

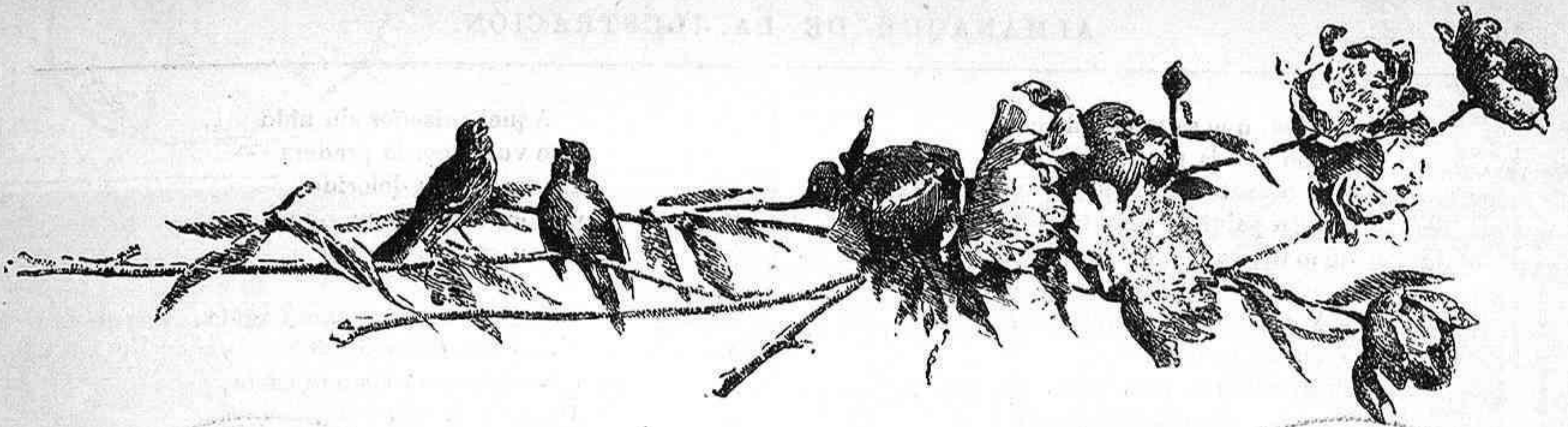
—Señores, que muchas gracias.

Entonces fui yo quien se levantó para darla un beso y subirla hasta cubierta. Allí el ajustador se despidió de mi muy vergonzoso, y les vi perderse á lo largo del barco, entre la lluvia menuda y la obscuridad, con un sentimiento de compasiva tristeza que me tuvo desvelado toda aquella melancólica Nochebuena.

FEDERICO URRRECHA.

1891.





PRELUDIO



(DE UN LIBRO INÉDITO)

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
Yo te vesti la mortaja:
Blanca toca y negro manto.

Tu cuerpo cubri de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu patrona
La Virgen de los Dolores.

Después, en mi fiebre amante,
Junto á ti me arrodillé,
Y, convulso y delirante,
Sobre tu yerto semblante
La cabeza recliné;

Y, abismado en el dolor,
Seis horas pasé mortales
Hablandote de mi amor
Al trémulo resplandor
De los cirios funerales.

El sentido al fin perdí,
Y sin que yo lo advirtiera
Alguien me arrancó de allí:
¡Muriera yo junto á ti
Primero que en mí volviera!

¿Qué senti? Lo que abatida
Por la zarpa del león
Sentirá la cierva herida;
Lo que la garza oprimida
Por la garra del halcón;

Algo que no es vil excusa
Ni santa conformidad;
Que ni asiente ni rehusa:
¡Horrible mezcla confusa
De estupor y de ansiedad!

Por salir de aquel estado
Pugnaba con vano empeño
Pensando que era soñado:—
¡Un año entero ha pasado,
Y aun me parece que es sueño!

Desde aquel amargo día
Vivo en triste soledad;
Y, en esta lenta agonía,
La mitad del alma mía
Llora por la otra mitad.

Fija la vista en el suelo
Largo tiempo te llamé
Con amargo desconsuelo.
Hoy sé que estás en el cielo,
Y en el cielo te hallaré.



Dios, que sabe mi aflicción,
 Cuando en la noche callada
 Á él levanto mi oración,
 Con su palabra sagrada
 Se lo dice al corazón.

Y estas tiernas emociones
 Y dulces melancolías,
 Origen de mis canciones,
 ¿Que son sino inspiraciones
 Que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser
 Este cambio singular
 Que no acierto á comprender:
 Yo nunca supe cantar,
 Y ahora canto sin saber:

Canciones de triste acento,
 Siempre regadas con llanto;
 Porque, en hondo desaliento,
 Los sollozos son mi canto,
 La muerte mi pensamiento.

Que, como es dura mi suerte
 Y abrigo la convicción
 De que en la gloria he de verte,
 Sólo pensando en la muerte
 Se me ensancha el corazón.

Aquel ruiseñor sin nido
 Que vuela por la pradera
 Conturbado y dolorido
 Con el recuerdo querido
 De su pobre compañera,

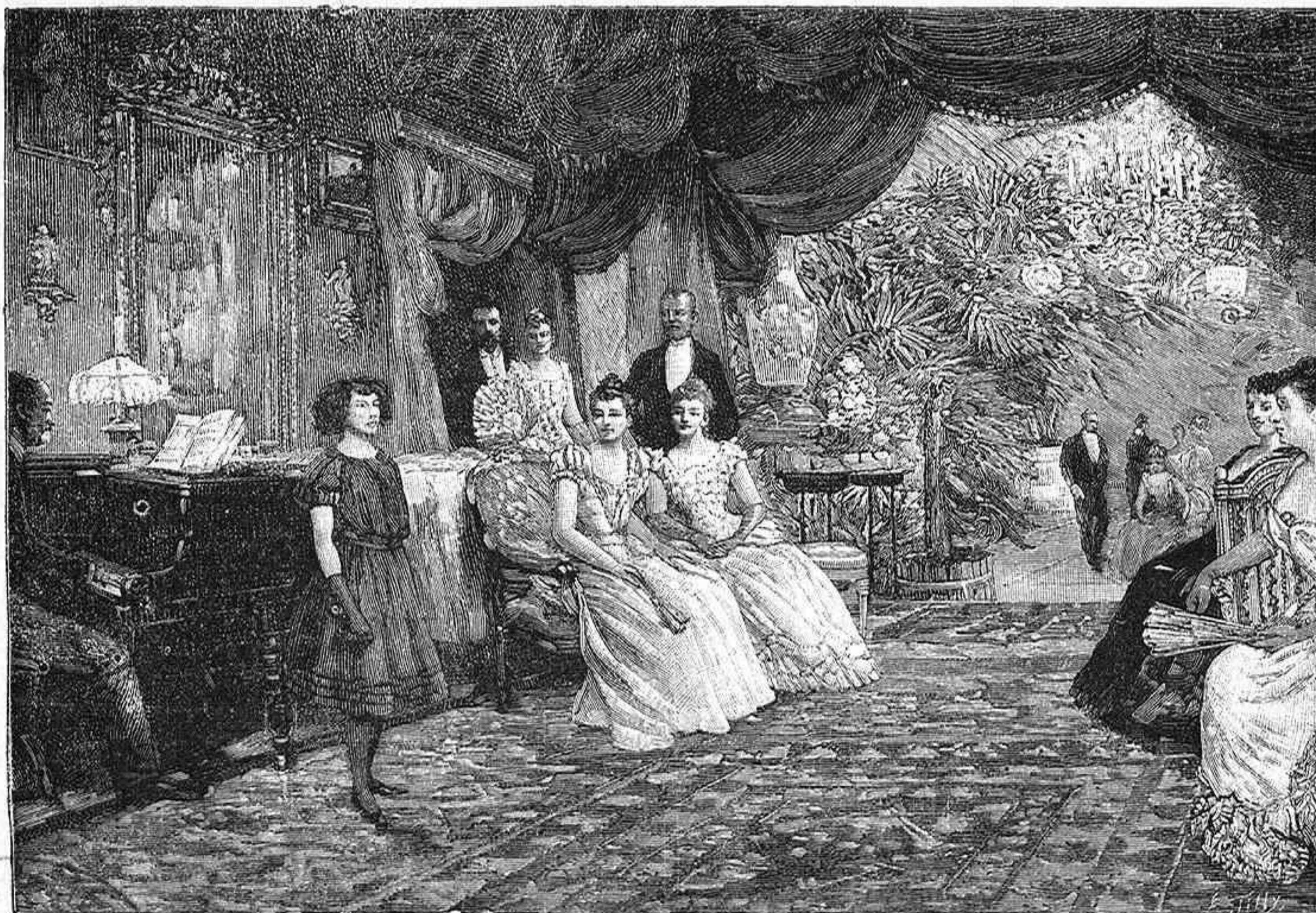
Cuando al fin el canto agota,
 Sobre una rama sin flor
 Que el cierzo iracundo azota,
 Repite una sola nota,
 Eco de un solo dolor.

Así yo, que sin ventura,
 Con el alma destrozada
 Y envuelto en tiniebla oscura,
 Llevo hasta el fondo apurada
 La copa de la amargura,

En la horrible turbación
 Que me oprime el corazón
 Y la mente me enajena,
 Ni tengo más que una pena,
 Ni sé más que una canción.

Querella de mi agonía,
 Conforme sale de mí
 Á ti mi dolor la envía:
 ¡Óyela tú, vida mía,
 Porque es toda para ti!

FEDERICO BALART.



SOIRÉE MUSICAL.—Por Horace de Callias.



Chromotypographie & Imprimerie Boussois, Valadon & Co.

« FIVE O'CLOCK »

POR M^{me} MADELEINE LEMAIRE

Almanaque de La Ilustración Española.

ATENCIO
BIBLIOTECA
ARTISTICO

ATENCIO
BIBLIOTECA
ARTISTICO

ATENCIO
BIBLIOTECA
ARTISTICO

ATENCIO
BIBLIOTECA
ARTISTICO



BAILA-BONITA



CUENTO VERDADERO

POR

EL DOCTOR THEBUSSEM

CURRO García y Chano García, fueron dos granujas gaditanos que vinieron al mundo, en el barrio de la Viña, hacia 1790.

Después de rodar en varios oficios y menesteres sin prosperar en ninguno y de sufrir persecuciones de la justicia, Curro tomó un ventorrillo de Puerta de Tierra, y Chano una *freiduría* de pescado en las esquinas de Porriño.

Ambos habían perdido sus verdaderos nombres. Curro, que era matón y enamorado, fundaba su vanidad en sacar al fandango la mejor moza del concurso. «Yo, repetía, siempre bailo con la más bonita.» Y esto bastó para ganarse por unanimidad el poético apodo de *Baila-Bonita*.

Llevaba ya tres años de medrar con su ventorrillo, de encubrir contrabando, de bautizar vino y de ser *negro* furibundo y más liberal que el mismo Riego (al cual tuvo la honra de dar la mano), cuando una tarde cierto borracho impertinente, y lo que es peor, sin dinero ni prenda que lo valiese, se empeñó en no pagar los cuarenta y siete cuartos del queso, pan, almejas, manzanilla y aceitunas que había consumido en el establecimiento.

—Señor *Baila-Bonita* ó *Baila-Feita*—exclamaba el borracho—si yo no tengo parnés, tampoco me llevo nada de la tienda; lo que he comido se halla aquí....., aquí en mi barriguita, de modo que sáquemelo vuestra merced....., quedamos en paz, y viva el rey *disoluto!!!*

Y *Baila-Bonita*, irritado y colérico con la burla, levanta la navaja con que se hallaba picando tabaco, arremete con el chuzón, y le da tal puñalada en el vientre, que las tripas del difunto salieron á relucir como las de caballo de toros.

Resultado: que á buen componer, y gracias al ciudadano Riego, se arregló la cosa con seis años de presidio en Cuatro-Torres. Dirigía el establecimiento un capitán retirado, hombre de pelo en pecho, que se llamaba D. Andrés Mateo Moreno. Y como era servil, ó sea *blanco*, y le causaba enojo el

color que revelaba su apellido, compuso y repetía con frecuencia esta redondilla:

Aunque es Moreno no es NEGRO,
Pues según voz general,
Es más BLANCO que un panal
Don Andrés Mateo Moreno.

El favor que dispensó al reo fué ceñirle la cadena más pesada que existía en la casa, porque siendo también la más *bonita*, era natural que le agradase para bailar con ella á todo su talante y voluntad. La epístola de Riego recomendando el proceso á un oidor de Sevilla, decía entre otras cosas: «*Pido que se le haga gracia por ser patriota liberal de buen corazón, que dió el nubajaso por la hobsecación y la confución en que se hallaba en aquella ocasión, sin darse la razón de que lo daba, y deseo y quiero que se sepa que á mis recomendaciones deberá García su triunfo.*»—En fin, la tal carta confirma las palabras de Galiano cuando escribió: «Qué la instrucción de Riego era corta y superficial, no muy agudo su ingenio ni sano su discurso, y con puerilidades de vanidad increíble.» Creo que este ejemplo basta para demostrar de un modo evidente, que pueden juntarse las condiciones necesarias para ser á un mismo tiempo héroe de las Cabezas y tonto de la cabeza.

Volviendo á mi cuento, diré que Chano García, á quien por sus descomunales y puntiagudas narices llamaban el *Chato*, era hombre listo, decidor y gracioso á la andaluza. Sintió la desgracia de su hermano todo lo que podía sentir la un freidor de pescado, y murmuró del poder de Riego cuando no pudo salvarlo de un triste presidio. Por esta causa redobló su odio á los liberales, declarándose *blanco* legítimo y á carta cabal.

Ocurrían estos sucesos por julio de 1823, en cuya época se hallaba en Cádiz Fernando VII, traído y llevado al es-



tricote por las Cortes del reino. El Monarca, zumbón y aficionado al trato de la gente del pueblo, tenía su pequeña tertulia, á la cual concurrían un avisgado *Macareno*, un sanluqueño, á quien el Rey llamaba *Fray Manzanilla*, y nuestro *Chato* el freidor. Con remontar su cometa, tocar el violín y escuchar los disparates de sus tertulianos, que en ponderativos eclipsaban al mismísimo *Madodito Gázquez*, distraía Fernando por algunas horas sus pesares y sus desabrimientos políticos.

La noche que había concierto, se verificaba del modo siguiente. El Rey tomaba la presidencia dando la espalda á los coristas, y éstos cantaban al compás del violín Real la cancioncilla de

Ese narizotas
Cara de pastel,
Ese narizotas
Ya sé lo que es.

De seguida el Monarca se volvía de cara, y variando la letra, decía:

Este narizotas,
Cara de pastel,
Este narizotas
Os ha de moler.

La música de esta letra (que ahora se publica por primera vez gracias al favor del Maestro D. Francisco Callealta) es la que sigue:

Aire marcial

The musical score for 'Aire marcial' is written for voice and piano. It begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a common time signature (C). The piano accompaniment features a steady eighth-note rhythm in the right hand and a bass line in the left hand. The vocal line is marked 'Canto' and contains a few notes before the piano part begins.

Pueblo

The musical score for 'Pueblo' is written for voice and piano. It features a treble clef, a key signature of one flat, and a common time signature. The piano accompaniment consists of chords and rhythmic patterns. The vocal line is marked 'Pueblo' and contains the lyrics: 'Ese nari-zotas cara de pastel, ese nari-zo-las'.

Rey

The musical score for 'Rey' is written for voice and piano. It features a treble clef, a key signature of one flat, and a common time signature. The piano accompaniment consists of chords and rhythmic patterns. The vocal line is marked 'Rey' and contains the lyrics: 'Ya sé lo que es Este nari-zo-las ca-ra de pastel,'.

The musical score for 'Rey' continues with the piano accompaniment and the vocal line. The piano part continues with chords and rhythmic patterns. The vocal line contains the lyrics: 'Este na-ri-zo-tas os ha de moler.'

Cuando tocaba el turno á los cuentos ó ponderaciones, solía abrir Fernando VII una especie de concurso. «Esta noche daré esa onza de oro (y arrojaba al suelo la moneda) al que me pida mayor suma de dinero. Habla tú, *Macareno*; pide, hijo mío, pide sin cortedad que en el pedir no hay engaño.

—Señor—dijo—yo quisiera la plaza de toros de Sevilla llena de agujas con un colmo tan alto como la Giralda.... Y luego que se hiciesen talegones hasta desgastar y romper todas las agujas.... Y después que estos talegones se me llenasen con onzas de oro. (Y el *Macareno* pareció quedar ufano de su demanda).

—Y tú, *Fray Manzanilla*, ¿qué deseas?

—Señor, yo me contento con doscientos maestros de escuela... y que convertida la mar en tinta fina de escribir, me hagan números chiquitos hasta que la mar quede seca. Y que la suma de estos guarismos en fila, se me dé en talegas de mil onzas cada una. (Y *Fray Manzanilla* miró con desprecio al *Macareno*).

—Vaya, *Chato* valiente, anda con ellos—dijo el Rey.—Creo que llegas tarde y que te han ganado por la mano.

Señor, repuso éste rascándose la cabeza y algo turulato: V. M. sabe que yo no soy avaricioso. ... Por mí nada pido, ni deseo mal á nadie. Pero, en fin, si este *par de pobretes* se mueren hogaño, y ambos me nombran heredero, y logro vender ó arrendar la freiduría, y Dios no me alarga mucho la vida, y procuro ser económico en los gastos.... creo que tendré un pasar para mi vejez. (Al *Chato* se adjudicó la onza de oro del certamen.)

En ocasiones deseaba el Rey escuchar andaluzadas inverosímiles que le hiciesen prorrumpir en

¡ESO ES MENTIRA!

y ofrecía como premio una gracia de las que se hallasen en las atribuciones del poder Real. Este galardón resultaba ilusorio, porque Fernando VII daba por ciertos y probados cuantos embustes le referían.

Obediente, sin embargo el senado, manifestó el *Macareno* que en época de lluvias atravesó el Guadalquivir con su recua de mulos, y que la riada era tan grande que una bandada de palomos que estaba en la orilla no se aventuró á pasar.

—Nada tiene eso de raro—dijo el Rey;—los palomos son cortos de genio, temerían ahogarse, y anduvieron advertidos esperando á que bajara el torrente. Aquí me tienes á mí que sin ser palomo estoy también en la orilla.

—Dice muy bien V. M.—agregó *Fray Manzanilla*.—Para aves valientes, los aguiluchos. Vi yo uno clavar las uñas en el molino de viento de mi tierra, y llevárselo entero por los aires. Y lo más particular fué que siguió moliendo trigo y echando harina, y que ésta llegaba á



UN ASALTO FINAL DE SIGLO

FOR A. STAMER.

AGENCIER

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEU CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

la tierra convertida en.... *rosquetes* y en *buñuelos enmellados*.

—Todo eso se explica—advirtió el Rey—por la fuerza del aguilucho, por el calor de la atmósfera y por los muchos colmenares que hay en tu tierra.

El *Chato* se hallaba como distraído y adormilado. Cuando Fernando VII le mandó que hablase, empezó á balbucir excusas y á pedir perdones con tono humilde y suplicante.

—Sí, hombre, sí; yo te perdono; pero habla, di algo, no seas cobarde.....

—Pues contando con el perdón de V. M., yo repetiría lo que V. M. me dijo el sábado por la noche.....

—Hijo mío, repítelo sin miedo: ¿qué te dije yo el sábado por la noche?

—¡Pues qué!.....—¿no recuerda V. M. que al salir de esta misma cámara, y hablándome al oído, me dió su Real palabra de sacar á mi pobre hermano de las Cuatro Torres?

—¡Eso es MEN.....—replicó con vehemencia el Rey; pero refrenando la lengua prosiguió con sorna:—ESO ES MENESTER..... que esperes unos días, á fin de que yo trate el asunto y ajuste las cuentas (que no tardará mucho) á su gran padrino Riego: entonces tendrá mi perdón tu *pobrecito hermano*.....

Cuatro palabras sobre el rey Fernando VII. Ya le llegará el día de las alabanzas, como le ha llegado á D. Pedro de Castilla. Creo que ni hecho de encargo ha existido monarca más propio para gobernar españoles del siglo XIX. Éstos han dado pruebas claras y evidentes de rechazar los sucesivos imperios de Carlos IV, de Godoy, de José Napoleón, de las Juntas Supremas, de los Carlos V, VI y VII, de María Cristina de Borbón, de Espartero, de Isabel II, de los Gobiernos provisionales, de Amadeo I, de la República, etc., etc., y sólo han *aclamado* y *deseado* á su rey Fernando. Me figuro que ni el mismo Job hubiera sufrido impasible lo que aguantó el Monarca de Castilla, luchando y reluchando con la *Constitución* y con la *Gracia de Dios*. Y que no siempre faltó á su palabra, se justifica con la Cédula Real que en 30 de Enero de 1824 hizo escribir D. Francisco Tadeo de Calomarde, por la cual DON FERNANDO SÉPTIMO POR LA GRACIA DE DIOS, rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, etc., á impulsos de su paternal corazón, y á ruegos de

PERSONA DE VIRTUD Y CIENCIA,

concedía indulto particular á Francisco García (a) *Baila-Bonita*, penado en las Cuatro Torres del Departamento de Cádiz.

No hay duda de que la persona de VIRTUD y CIENCIA era el *Chato*: su VIRTUD fué el amor fraternal; y su CIENCIA la de freir pescado, que lo hacía á las mil maravillas.

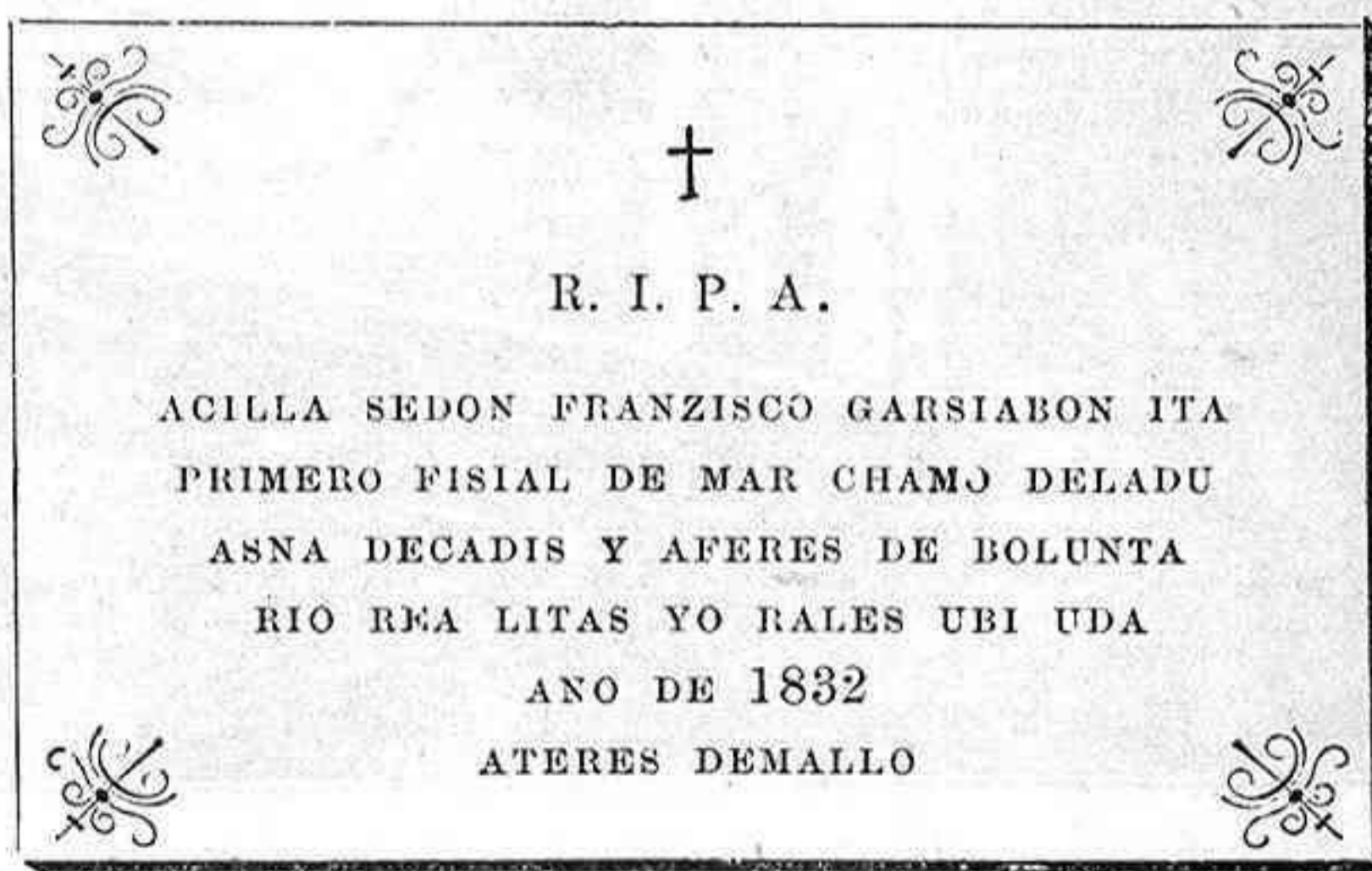
Porque conviene decir que las *freidurias* gaditanas, aun cuando no se hallen en el Diccionario, son una especialidad. Casi todas las existentes vienen transfiriéndose á modo de vínculo de unos á otros poseedores, por medio de traspasos pagados á peso de oro. No es lícito abrir un nuevo establecimiento de este género, sin formar largo expediente en el cual los vecinos declaran que no les molesta ni perjudica el olor del humo y del aceite: se necesitan, pues, relaciones y valimiento con la autoridad, y además gastar tiempo, dinero y paciencia para conseguirlo. Y si una vez conseguido se

juntan bajo un techo la *freiduría* y la taberna, dirigidas por hombre perito y aseado, el negocio rinde utilidades semejantes á las de la buena droguería enlazada con la buena botica. El pescado de freidor es inimitable: se distingue del que preparan los cocineros ó cocineras, como se diferencian el vino de Jerez de los otros vinos, la espada de Toledo de las otras espadas y las aceitunas de Sevilla de las otras aceitunas. Ya sea por la manera especial y misteriosa de cortar las tajadas, ya por el temple del aceite, ya por la gran cantidad de líquido que contiene la tan oronda sartén, ya por el aroma que puedan prestarse nadando á un tiempo en el hirviente lago mojarras, lenguados, lisas, salmonetes, pescadillas y sardinas, es lo cierto que el olor de la *freiduría* es incitante aperitivo, y que hay pocas cenas tan agradables como este pescado frito, regado con seis cañas de aromática manzanilla. (Y atestiguo con los señores socios del distinguido Casino gaditano, que no me dejarán mentir.)

Libre, como dijimos, *Baila-Bonita* de su grillete, y hasta *purificado* para ser realista sin tacha, se amparó, mientras no hallaba ocupación, á la *freiduría* del *Chato*. Éste falleció á los pocos meses, y de la herencia alcanzó nuestro héroe unos diez ó doce mil reales que le correspondieron en virtud de aquella ley de Partida que dice *ser la gloria de quien la gana, y el dinero de quien lo agarra*.

Con estos cuartos y con la gran protección que el señor intendente D. Manuel Carranza dispensaba á la esposa de García, logró éste *jincar el pico* (según él decía) en la Aduana con un destinillo subalterno, pero provechoso. No eran en aquella época modelos de honradez y probidad, como lo son hoy, los funcionarios encargados de percibir los derechos del fisco. Ahora ni los mercaderes dan ni los empleados toman dos, cuatro, diez, veinte ó treinta onzas de oro de las de AUSPICE DEO IN UTROQUE FELIX. Los antiguos fraudes y desórdenes se acabaron afortunadamente para siempre jamás amén. Nuestro indultado, á quien todos llamaban *García-Bonita*, juntando el nombre legítimo con el apodo, para diferenciarlo de otros Garcías miembros también de la Aduana, llegó á reunir algunos cuartos y á ser hombre de bien y Alferez de *Voluntarios Realistas*.

Semejantes pormenores biográficos se deben en parte á la curiosidad del célebre D. Bartolomé José Gallardo, que en la colección de lápidas cacográficas tomadas del cementerio de Cádiz en 1844, y cuya nota original tengo á la vista, traslada una que, escrita sobre vidriado azulejo sevillano con fondo azul y caracteres negros, reza lo siguiente:



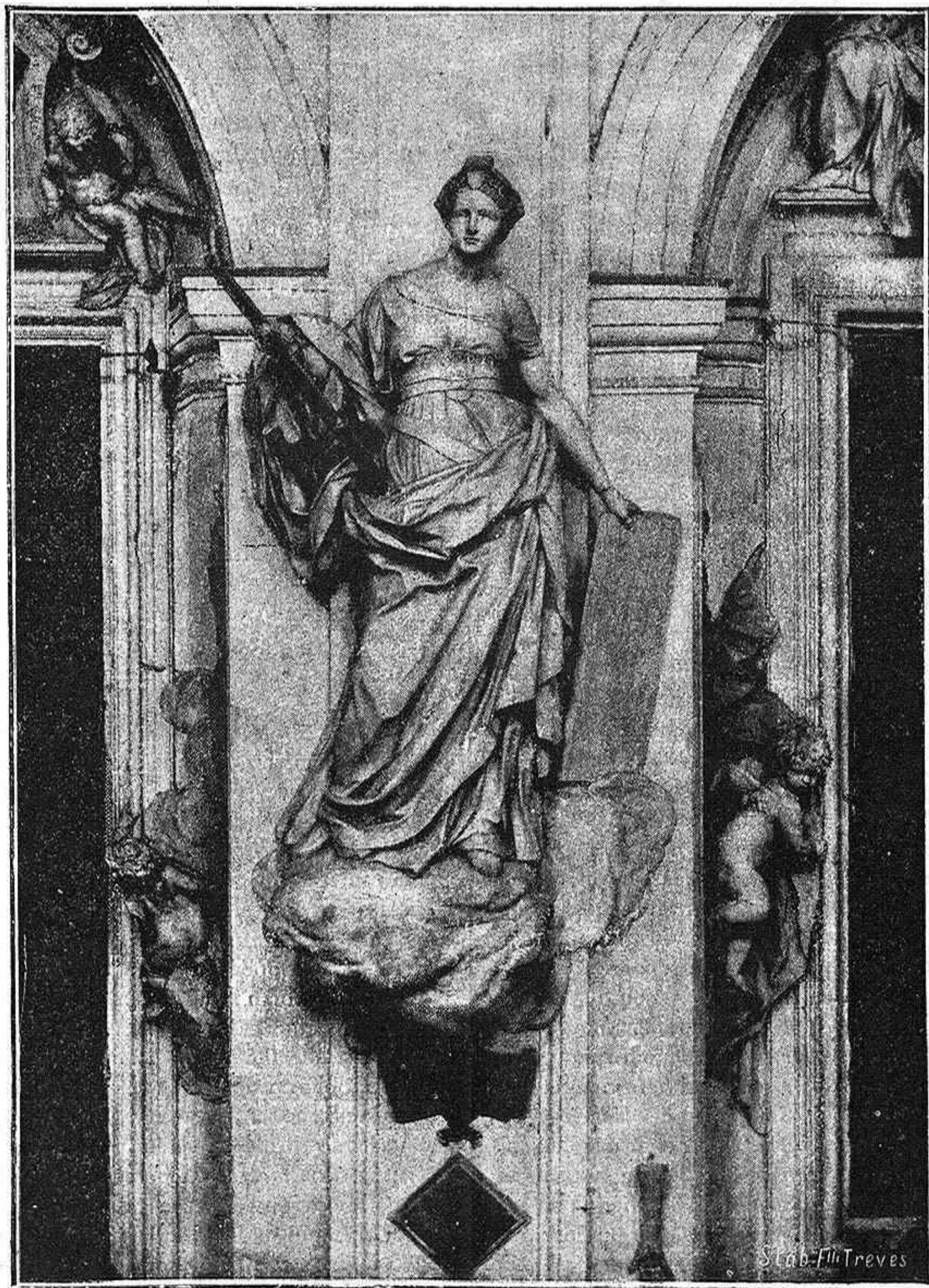
Traducida esta leyenda al romance, dice así: «*Aquí yace D. Francisco García Bonita, primer oficial de Marchamo de la Aduana de Cádiz, y Alférez de Voluntarios Realistas. Llórale su viuda.—Año de 1832, á tres de Mayo.*»

Dos hijas dejó D. Francisco García-Bonita. En lo bonitas salieron á su madre, que era una real moza. Juana, la mayor, murió soltera. Paca, que nació en 1822, precisamente al año justo de hallarse su padre encerrado en Cuatro Torres, y de

la cual fué padrino el Sr. Intendente, se casó en 1843 con un mercader de la Habana. Tuvo dos hijos que hoy viven, siendo activo comisionista el uno y virtuoso sacerdote el otro. Ambos suprimen el *Bonita* en su apellido materno, y del paterno claro es que no quiere acordarse ahora,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, año de 1891.



LA SABIDURÍA

POR GAGGINI, EN LA IGLESIA DE SAN MATEO, DE ROMA.

ATENE CIENTIFICO, LITE
MADRID
BIBLIOTECA

ATENE CIENTIFICO, LITE Y ARTISTICO
BIBLIOTECA

ATENE CIENTIFICO
BIBLIOTECA
ARTISTICO



EL SOBRINO DE LOPEZ



López era muy buena persona, y su sobrino excelente muchacho; ni el tío ni el sobrino habían inventado la pólvora, entre otras razones, porque la pólvora estaba ya inventada cuando ellos vinieron al mundo; pero como para ser honrado y proceder dignamente y pasarse de servicial no ha menester ningún ciudadano haber inventado nada, López y el sobrino de López tenían las estimables condiciones que llevo indicadas y eran muy queridos por cuantas personas los conocían y los trataban.

El tío quería al sobrino como habría podido querer á un hijo; el sobrino pagaba al tío en la misma moneda, y en la casa de aquellos dos hombres respirábase siempre auras de bienestar y efluvios de cariño. Yo era amigo de López segundo, como nombrábase al sobrino para distinguirlo de López primero, que era el tío; pero éste, repitiendo sin cesar aquel adagio francés: «*Les amis des amis sont des amis*», me honraba asimismo con una amistad sincera, cordial, franca, de la cual me dió pruebas en muchas ocasiones.

López primero, que, según queda dicho, estaba muy lejos de ser lumbrera en las ciencias, y más lejos aún de parecer un gerifalte en la política, había llegado, sin embargo, no sé cómo, ni cuándo, ni por qué (si bien puede atribuirse á su misma insignificancia, que á nadie inspiraba recelos y que á nadie humillaba), á ser casi, casi, personaje, como que nada menos era, cuando López segundo y yo comenzamos á tratarnos, que ministro de Ultramar ó de Fomento; no puedo recordarlo ahora con exactitud, aunque sí estoy seguro de que su Ministerio era uno de esos dos, porque López representaba, al formarse aquel Gobierno, el elemento menos importante del Gabinete, y es claro que debió de encargarse de uno de esos departamentos. Tengo para mí que en España el Ministerio de Ultramar, que viene á ser un conjunto de varios ministerios pequeñitos, es de más dificultad y de mayor importancia que casi todos los otros; del Ministerio de Fomento no hay para qué decir que lo considero como el de más interés en todo país civilizado, cuyos gobernantes vean algo más allá de sus narices; pero, por uno de esos contrasentidos en que nuestra política abunda, sucede casi siem-

pre que al constituirse un Gobierno corresponden, en el reparto de carteras, las de Fomento y de Ultramar á los ministros más jóvenes, á los primerizos, ó á los que son tenidos por menos hábiles ó menos idóneos; los Ministerios de Fomento y de Ultramar son, por decirlo así, puestos de aprendizaje, donde los aficionados á la carrera ministerial hacen sus primeros ensayos y sus primeras armas.... y ¡así sale ello!

En fin, no es cosa de que, por entregarme á melancólicas meditaciones, vaya yo á olvidar á mis buenos y queridísimos amigos López primero y López segundo, ya que eso de la distribución de poltronas ni es de mi competencia, ni—dado que lo fuera—viene ahora al caso.

López segundo y yo éramos condiscípulos cuando López primero llegó á encargarse de una cartera, y llegó además á lograr fama de ministro sincero, franco, y de político sin doblez.

Su campaña en las Cortes le hizo verdaderamente célebre y hasta celeberrimo, por la claridad inusitada con que respondía, sin reservas de ninguna clase, á cuantas preguntas le dirigían los señores diputados; la verdad, toda la verdad, era su norte; reconocía sin vacilar sus equivocaciones y las ponía inmediato correctivo; daba á las cosas sus verdaderos nombres; y con esa franqueza y con esa sinceridad, que en él eran naturales, ganó en las Cámaras respetabilidad y prestigio. Lo que López afirmaba tenía ya por verdad incontrovertible; sabían todos que, aun siendo en contra suya, exponía los hechos tales cuales eran, sin empuñarlos ni abultarlos. En una votación reñidísima, López votó en contra del Gobierno de que él formaba parte, porque creyó que ni él ni sus compañeros tenían razón. Aquel voto en contra de sí mismo forma época en los fastos de nuestra historia parlamentaria, y todavía no se ha borrado de la memoria de los que le oyeron. López pronunció aquel *no* terrible, con la mayor tranquilidad, sin arrogancia, sin presumir que *realizaba un acto*, sin dirigir á una y otra parte esas miradas de reto con que vigorizan sus manifestaciones y se excitan á sí mismos los que se hallan frente á frente con un auditorio cuya inmensa mayoría les es hostil. Aquella calma inexplicable, aquella sencillez con que llevó á cabo lo que era para todos heroicidad inaudita, hizo creer á muchos que López se



había equivocado, que, por distracción, había votado lo contrario de lo que debía y quería votar; todos, amigos y adversarios, le contemplaban con asombro, y los compañeros que con él se hallaban en el banco azul le tiraban suavemente de la levita para que rectificase el error; pero él, mirándolos con gran sosiego, tomó reposadamente asiento sin rectificar cosa alguna, y ya sentado, se inclinó hacia el ministro que tenía más próximo y le preguntó por qué le había tirado de la levita.

Aquella votación fué, puede asegurarse, el complemento de la celebridad de López; la consagración universal de su rectitud, de lo limpio de su conducta y de su hombría de bien. La abnegación y el desinterés de López llegaron á ser del dominio público, y pasaron á la categoría de proverbiales.

«Es más leal que López», decían las gentes cuando querían emplear la hipérbole; «Eres más desinteresado que López»; «Soy franco lo mismo que López»; «Ni López me gana á mí á sincero», y otras análogas, fueron frases adoptadas en el lenguaje familiar y que estaban en boca de todos como mutillas vulgares. Seguro estoy de que si Miguel Morayta hubiera publicado, por entonces, una segunda edición de su curioso libro: *Los Héroes del vulgacho*, habría dado puesto entre aquellas celebridades al tío de mi inolvidable y buen amigo López segundo. Como un héroe cayó del Ministerio y como héroe de leyenda quedó en el recuerdo de todos. López por aquí, López por allí, López ahora, López después, López siempre; que si López ha dicho, que si López ha hecho, que si López abajo, que si López arriba.... Vamos, que aquello fué un verdadero fanatismo, y que no se hablaba sino de López y de las cosas de López por todas partes: desde los buenos tiempos del Duque de la Victoria no se recordaba aureola de popularidad semejante.

Precisamente por entonces López segundo y yo, recién salidos á la sazón de las aulas de la Universidad, comenzábamos nuestras respectivas carreras en el mundo. De muy poco, de casi nada sirvió á mi compañero la elevación de su buen tío; éste, que adoraba en su sobrino, y que se habría sacrificado gustoso por favorecerlo, ni pensó siquiera en aprovechar su paso por las elevadas regiones del poder para procurar á su pariente medros fáciles, ni empleos lucrativos; no faltó quien le indicase delicadamente la conveniencia de utilizar tan propicios momentos para poner al muchacho en buen camino:

«¡Bah!—respondió siempre López primero—á mí no me han colocado en este sitio para que reparta canonjías entre mis parientes. Lo que diese yo, sin él merecerlo, á mi sobrino, sería para mí un remordimiento de toda la vida, para él una prebenda efímera, porque estaré muy poco tiempo en este puesto á que he llegado por equivocación y para el que no sirvo, y á él se la quitarían para dársela á otro; lo que yo pudiera darle en justicia y por merecimientos suyos, mejor es que él mismo se lo gane; pues nadie dejaría de saber que le había colocado su tío, y eso podría perjudicarlo.» Y no se le pudo sacar de ahí.

Pero si López no protegió materialmente á su sobrino, sí le prestó mucha parte del aura popular que le rodeaba. Mi amigo llegó á ser casi tan famoso como su tío; es cierto que aquella fama no era propia, sino reflejada, á la manera misma que no es luz propia la de nuestra luna, sino reflejo de la del

sol; pero por sí ó por su pariente mi amigo adquirió pronto notoriedad, y ganó amigos, y fué presentado en todas partes, y en todas bien recibido y muy agasajado. «Es el sobrino de López», decían, y no era preciso decir más. ¿Quién es ése? El sobrino de López, se contestaba y se había contestado bastante. Y sucedió así que, al fin y á la postre, mi pobre amigo llegó á perder por completo su personalidad; ó mejor dicho, no la perdió, porque no la había tenido nunca. Él no era nadie, no había sido nunca nadie, ni había sido nada; no se llamaba Fulano de Tal, yo mismo acabé por olvidar su nombre (y ahora mismo no le recuerdo); era solamente *el sobrino de López*, no tenía otra posición que la de *el sobrino de López*, como *el sobrino de López* era solicitado en todas partes, y *al sobrino de López* obsequiaban los que le obsequiaban á él. Pero pasaron años y más años; aquella popularidad del *verdadero y legítimo* López fué desvaneciéndose poco á poco; los hombres que lo conocieron y las generaciones que lo habían celebrado envejecían, y paulatinamente iban desapareciendo; el mismo López murió al cabo; con él desaparecieron para siempre los últimos restos del nimbo de gloria que rodeó durante muchos años aquella venerable cabeza. Con motivo de su fallecimiento, algunos de sus contemporáneos, próximos á desaparecer como él, evocaron en los periódicos recuerdos casi completamente borrados de aquella existencia ejemplar, refiriendo hechos que resultaban para la generación joven completamente nuevos; aquellos elogios fúnebres, olvidados pocas horas después, fueron como la última llamarada de la luz que se extingue; después eran muy contados, más contados cada vez, los que sabían de López y de sus hechos que tanta fama le granjearon. La muerte de López fué para su sobrino verdadera muerte moral; *el sobrino de López* cesó de ser una persona conocida.... Ya no bastaba decir «ese caballero es *el sobrino de López*» para que todo el mundo se diese por enterado; ahora á los que preguntaban «¿quién es ése?»—dado que mi amigo no había llegado á ser nada, ni concejal de Real orden siquiera—había que responderles necesariamente con la frase consabida: «es el sobrino de López»; á lo cual replicaban con sobrada justicia los curiosos: «¿El sobrino de López? ¿Y quién es López? ¿Dónde está y qué hace el tío de ese sobrino?» Y era necesario entrar en largas y penosas explicaciones para enterar á las gentes de quién había sido y qué había hecho el tío del sobrino de López.

¡Pobre amigo mío! la última vez que nos hablamos estaba real y verdaderamente decidido á saltarse la tapa de los sesos: «Mi buen tío ha sido causa de mi desgracia—exclamó;—la celebridad de aquel pariente me ha perdido. Soy el sobrino de un López, á quien nadie conoce, y no puedo ser nada más, porque el resplandor de aquel nombre famoso me sorbió cuando podría yo haber adquirido un nombre mío, completamente mío. Esto no es vivir, á esta existencia es preferible la muerte. Chico, mírate en este espejo, y si tienes hijos, y si tienes sobrinos, aconséjales que adquieran por sí y para sí una personalidad suya, exclusivamente suya; por humilde, por modesta, por pobre que fuere, siempre será algo. Que no consientan nunca en ser el *hermano* de Fulano, el *sobrino* de Perengano, y mucho menos, muchísimo menos, el *marido de la Zutana*; eso es peor que todo.»

A. SÁNCHEZ PÉREZ.





EL ADELANTADO HERNANDO DE SOTO

DESCUBRIDOR DEL MISSISSIPÍ

Nació en Villanueva de Barcarrota (Extremadura) por los años de 1500.

Murió en Guachacoya (orillas del Mississippi) el año de 1542.



EL ADELANTADO HERNANDO DE SOTO

APUNTES BIOGRÁFICOS

I.

Injusticia con que frecuentemente son juzgados los españoles que descubrieron, conquistaron y poblaron las regiones del Nuevo Mundo.—Nacimiento, patria y linaje de Hernando de Soto.

La conmemoración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, que se ha de celebrar en el próximo año de 1892, debe de servir en primer término, no sólo para glorificar el nombre del gran marino genovés, sino también para borrar de la historia las páginas calumniosas en que España aparece como un pueblo fanático é ignorante, que ciñó con la corona del martirio la frente del descubridor del Nuevo Mundo, y que, tan ansioso de riquezas como escaso de sentido moral, no fué conquistador, sino destructor de las Indias, según afirma el P. Las Casas en un libro famoso.

Pasa como verdad axiomática entre la mayor parte de los historiadores que tratan del descubrimiento de América el aserto de que todos los más sabios españoles del siglo xv eran ignorantísimos, porque ponían en duda que se pudiese llegar á la India por el camino que Colón quería seguir; y se cree como artículo de fe que el comendador Bobadilla, sin más motivo que su envidioso celo, cargó de cadenas al preclaro varón que acababa de descubrir el continente americano. Se añade que la maldad de los gobernantes de España dejó morir en la pobreza y en el más cruel abandono al primer Almirante del mar Océano; y no se dice que aconteció lo mismo á sus descendientes, porque está probado que su hijo natural, D. Fernando, vivió espléndidamente en Sevilla, que su hijo legítimo, D. Diego, fué segundo almirante del mar Océano y virrey de las islas y tierra firme por su padre descubiertas, y que á su nieto D. Luis se le hizo merced nombrándole Duque de Veragua y Marqués de la Jaimaca, y después Duque de la Vega. Aun más: el mayorazgo fundado por Cristóbal Colón el año 1497 debió ser tan cuantioso, que después de muchos años en que se pleiteó sobre su posesión por varias familias españolas é italianas, quedaron suficientes riquezas para que la casa de los Duques de Veragua, Grandes de España de primera clase, haya llegado hasta nuestros días con el esplendor propio de su alta jerarquía social.

Necesario es que se demuestre en los escritos históricos que habrán de ver la luz pública con motivo de las fiestas conmemorativas del próximo Centenario que es injusto, altamente injusto, que la deshonra de España sirva de pedestal á la gloria de Cristóbal Colón, y así sucede con deplorable frecuencia. Nunca será bastante alabado el patriótico celo del capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro, que en libros y folletos ha procurado destruir los errores deshonorosos para Portugal y España que de continuo propagan los ciegos panegiristas del inmortal nauta que descubrió el Nuevo Mundo. Explicación tiene, sin embargo, el generoso entusiasmo que exagera el elogio con detrimento de la verdad; pero no la tienen otro género de censuras con que se mancha la imperecedera fama de los conquistadores españoles que llevaron la civilización europea al continente americano; censuras en que se presenta á nuestros más renombrados caudillos de la conquista de América como monstruos de crueldad, olvidando que lo que se quiere señalar como excepción es en la guerra regla general, según puede comprobarse con el recuerdo de lo que ahora mismo hacen los ingleses en la India y los norte-americanos cuando se sublevan los *pieles rojas*, es decir, cuando los indígenas quieren recabar su independencia frente al poder de sus conquistadores que forman el gobierno de los Estados Unidos.

Parece que los españoles hemos aceptado como verdades comprobadas todo lo que escriben los extranjeros en desdoro de nuestra patria al tratarse del descubrimiento y conquista de América, y así en una obra histórica por el Gobierno publicada, la *Colección de retratos de los españoles ilustres, con un epitome de sus vidas* (Madrid, 1791), al tratar del conquistador de la Florida se dice lo siguiente: «El único guerrero (nótese bien, el *único*) que entre los conquistadores de América supo unir la moderación á la fuerza y la generosidad á la ambición, fué el adelantado Hernando de Soto.» Aquí, á semejanza de lo que antes hemos dicho respecto al modo que suele emplearse para ensalzar el mérito de Cristóbal Colón, se honra la memoria de Hernando de Soto, menospreciando al propio tiempo á todos sus compañeros de armas.



La hiperbólica alabanza que acabamos de copiar nos indujo á suponer que Hernando de Soto habría mostrado en sus campañas y en el gobierno de los países que sojuzgó tan relevantes prendas de moderación y generosidad, que hicieron imposible la censura con que se trata de empañar la gloria de los héroes que murieron ó triunfaron en las guerras de la conquista de América. Partiendo de esta lógica suposición, bien merece el conquistador de la Florida que se recuerde su nombre y se relaten los hechos de su azarosa y no larga vida, como justo tributo á sus singulares merecimientos (1).

Hernando de Soto, como Hernán Cortés, como Francisco Pizarro, como Vasco Núñez de Balboa, tres de las más grandes figuras históricas del descubrimiento y conquista de América, nació en Extremadura, el año de 1500, fijando esta fecha por la edad que dicen contaba en el día de su fallecimiento.

El historiador Garcilaso, ó Garcilaso, como de ordinario se escribe, en el libro que se conoce vulgarmente con el título de *La Florida del Inca*, no menciona el nombre de los padres, ni cuenta nada de los primeros años de la vida de Hernando de Soto, y esto induciría á sospechar que había nacido en humilde cuna; pero acaso para desvanecer esta sospecha al finalizar su obra histórica, dice el Inca: «Fué el adelantado Hernando de Soto, como al principio dijimos, natural de Villanueva de Barcarrota, hijodalgo de todos cuatro costados, de lo cual habiéndose informado la Cesárea Majestad le había enviado el hábito de Santiago; mas no gozó de esta merced, porque cuando la cédula llegó á la isla de Cuba, ya el gobernador había entrado al descubrimiento y conquista de la Florida.»

II.

Hernando de Soto en Castilla del Oro y en Nicaragua.—Su lealtad militar en la sublevación de Francisco Hernández de Córdoba.—Opinión que de su mérito tenía el alcalde mayor Francisco de Castañeda.—Hernando de Soto en el Perú.

El ministro plenipotenciario de Costa-Rica en España, nuestro amigo D. Manuel María de Peralta, ha publicado un libro que se titula: *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, y en este libro se hallan algunas noticias acerca de Hernando de Soto que nos parecen curiosas y son poco conocidas.

(1) En España nadie ha tratado de inquirir las particularidades de la vida de Hernando de Soto. El epitome biográfico que en el texto citamos, como ya su nombre lo indica, es brevisimo. En los *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, por D. Fernando Pizarro y Orellana, no está incluido Hernando de Soto; y es natural que así sea, por que este libro es en primer término una defensa de los Pizarros y una demanda de premios para sus descendientes. En las muchísimas biografías de españoles célebres publicadas en los 22 tomos que constituyen la colección completa del *Semanario Pintoresco Español* no se halla la del descubridor del Mississippi. En el *Catálogo del Museo Naval*, donde la biografía de algún general de marina del siglo XVIII, de muy escasa celebridad, ocupa no poco espacio, la de Hernando de Soto no llega á tres docenas de renglones. En el *Diccionario universal de Historia y de Geografía*, de Mellado, se citan á los casi desconocidos pintores Lorenzo y Juan de Soto, pero nada se dice del famoso guerrero Hernando de Soto. Parece que en el extranjero se ha tratado de remediar este olvido de nuestros biógrafos, porque en 1858 se publicó en Filadelfia una *Historia de la vida y de los viajes de Hernando de Soto*, por L. A. Wilmer, pero no hemos podido encontrar este libro, en que es de temer no salga muy bien librada la memoria del Adelantado de la Florida.

Por orden del gobernador de Castilla del Oro, Pedro Arias ó Pedrarias Dávila, su lugarteniente, Francisco Hernández de Córdoba, conquistó en pocos meses la provincia de Nicaragua, según cuenta el Sr. Peralta en el libro que acabamos de citar. «Su primer acto fué, continúa diciendo el Sr. Peralta, la fundación de la villa de Bruselas, en Orontina, en la costa oriental del golfo de Chira. Esto debió ocurrir de Enero á Marzo de 1524.... Encargóse de poblarla al capitán Ruy Díaz, y dejó por teniente de ella al capitán Andrés Garavito. Mas no estaba Bruselas destinada á durar. A fines del año siguiente la despobló Hernández que necesitaba sus pobladores para resistir á Pedrarias, su jefe, contra quien meditaba una rebelión. Garavito rehusó seguir las miras de Hernández, y éste le redujo á prisión; pero no mejor dispuestos halló á capitanes tan principales como Hernando de Soto, Juan Téllez y Francisco Compañón, que salieron de Nicaragua y fueron á Panamá á dar parte á Pedrarias de los manejos de su teniente. Hallábase el gobernador de Castilla del Oro enfermo y casi imposibilitado, pero le dió fuerzas la ira. Juntó el mayor número de gente que pudo, casi despoblado á Panamá; se embarcó en Enero de 1526 para Natá, donde recibió nuevas informaciones de la rebelión de Hernández, y poco después se hizo al mar con destino á Nicaragua y desembarcó en la isla de Chira, yendo por tierra á reunirse con él en Nicoya, situada en la tierra firme, cuatro leguas al Oeste de Chira, una escogida fuerza al mando de Benito Hurtado y de Hernando de Soto.»

Resulta de la narración del Sr. Peralta, que acabamos de copiar, que Hernando de Soto á la edad de veinte y tantos años era ya acreditado guerrero entre los conquistadores de lo que hoy se llama el centro de América, puesto que se le daba el nombre de capitán y se le confiaba el mando de las tropas; y también resulta que su lealtad al gobernador de Castilla del Oro es prueba de sus buenas cualidades como militar subordinado y obediente á sus jefes.

No es de este lugar referir los pormenores de la lucha entre el gobernador Pedrarias y el rebelde Francisco Hernández; lucha en que triunfó Pedrarias, su adversario fué hecho prisionero, condenado á muerte y degollado en una plaza pública á mediados de 1526.

Del capitán Hernando de Soto se hace nuevamente mención honrosa en el libro del Sr. Peralta al publicar las cartas del licenciado Francisco de Castañeda, alcalde mayor de Nicaragua, dirigidas á la Sacra, Cesárea, Católica Majestad, como dicen en su comienzo. En la segunda de estas cartas, escrita en León de Nicaragua con la fecha de 5 de Octubre de 1529, el licenciado Castañeda dice lo siguiente:

«El gobernador ha escrito á V. M. diciendo que hace navíos para descubrir por esta mar del Sur: es burla lo que ha escrito, porque no quiso hacer sino un navío para traer á sus fletes y ganancias de aquí á Castilla del Oro, como hizo otro estando en Panamá, que no le ha ocupado, ni ocupa en otra cosa, sino en andar á fletes; sólo lo hace á fin de sostenerse en la gobernación, diciendo que hace armada para servir á S. M.; antes ha estorbado y estorba á los capitanes Hernán Ponce de León y Hernando de Soto, que aquí están, que no hayan hecho cuatro ó cinco navíos, que pudieran haber hecho aquí, para servir á V. M. y descubrir por esta mar, que son personas que en esta parte á V. M. han servido mucho. Después que el gobernador vino á Castilla del



Oro, que habían diez y ocho años hasta ahora, se han hallado en todos los trabajos y cosas de la tierra, y tienen aparejo para hacer los dichos navíos, é hicieron uno, el mayor que en esta tierra se ha hecho, y porque no hagan más navíos, porque sabe el gobernador que han los dichos capitanes enviado á suplicar á V. M. les dé licencia para descubrir por esta mar, les ha tomado y toma los carpinteros para que no hagan los navíos, diciendo que él quiere hacer navíos, y los ocupa en hacer un bergantín, todo á fin de embarazar para que no hagan navíos.»

Es lógico suponer que el leal Hernando de Soto, viendo que el gobernador Pedrarias Dávila pagaba con abominable ingratitud los servicios que le había prestado en la sublevación capitaneada por Francisco Hernández de Córdoba, y convencido de que eran insuperables las dificultades que le ponían para que no pudiese realizar sus alentados propósitos de descubrimientos y conquistas, se determinaría á trasladarse al Perú, donde á la sazón guerreaban los españoles á las órdenes de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, animados por risueñas esperanzas de grandes glorias y no menores provechos. Sea este ú otro el motivo de su cambio de residencia, poco tiempo después de la fecha en que el licenciado Castañeda escribió lo que antes hemos copiado, hallamos á Hernando de Soto combatiendo denodadamente al lado del famoso conquistador del imperio de los Incas, y mostrando allí como en todas ocasiones las superiores prendas que enaltecían su carácter moral. El caso fué como á continuación diremos.

Aprisionado por orden de Francisco Pizarro el poderoso inca Atahualpa, cuenta el historiador anglo-americano Guillermo H. Prescott que Hernando de Soto era el caudillo español á quien el desdichado Monarca confiaba sus temores y demandaba se le concediese todo lo que, según su opinión, de justicia le correspondía.

Al acercarse el momento que Pizarro creyó oportuno para procesar al Inca, tuvo la precaución de alejar á Hernando de Soto, mandándole que saliese de Caxamalca y fuese á Guamachucho para averiguar el fundamento que pudiesen tener los rumores que corrían de próximo levantamiento de los indígenas en contra de los españoles.

Cuando Hernando de Soto estuvo ya lejos de Caxamalca, comenzó el proceso del Inca, que, brevemente sustanciado, fué causa de una de esas iniquidades que los políticos quieren disculpar con lo que llaman razón de Estado, pero que la conciencia honrada condena y condenará siempre con la voz severa de la justicia y de la Historia.

Atahualpa en el Perú, Luis XVI en Francia, el emperador Maximiliano en Méjico, no fueron castigados con la pena de muerte por los delitos de que se les acusó, no; estos desdichados Monarcas murieron porque sus jueces entendían que la intimidación es el principal fin de la pena; y así con la muerte de Luis XVI trataban los revolucionarios franceses de asustar á los ejércitos que contra ellos combatían; con la de Maximiliano de Austria se propusieron los mejicanos evitar que volviera á pensarse en erigir tronos en América para príncipes europeos, y con la de Atahualpa quisieron los españoles que los indios, al ver morir en el cadalso al Inca, al hijo del Sol, se sometiesen aterrorizados á los que daban tan patente muestra de su singular poderío.

El inca Garcilaso, en sus *Comentarios reales*, afirma que

fueron muchos los españoles que se opusieron á que se diera muerte á Atahualpa, y dice que los hermanos Francisco y Diego de Chaves, naturales de Trujillo, que Francisco de Fuentes, Pedro de Ayala, Diego de Mora, Francisco Moscoso, Hernando de Haro, Pedro de Mendoza, Juan de Herrada, Alonso de Avila y Blas de Atienza, fueron los que más esfuerzos hicieron para inclinar el ánimo de Francisco Pizarro á que perdonase la vida al Inca y lo enviase á España, donde podría ser juzgado con más justicia y más imparcialidad por los tribunales del emperador Carlos V. Todo fué en vano. Se cumplió la cruel sentencia, y el poderoso inca Atahualpa murió agarrotado en la plaza de Caxamalca el 29 de Agosto de 1533.

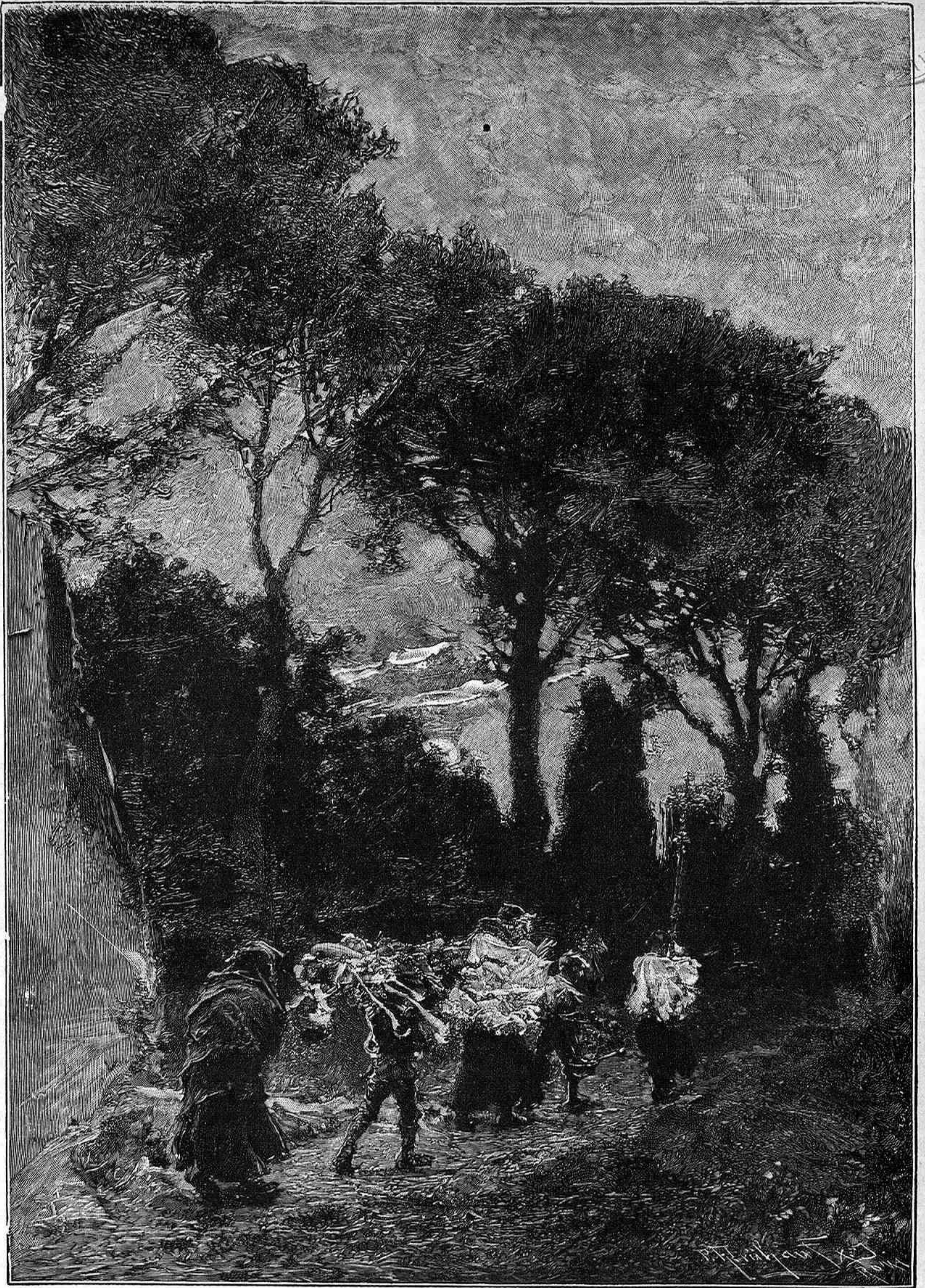
III.

Hernando de Soto reconviene á Pizarro por haber dado muerte á Atahualpa.— Rasgo de energía con que evita en el Cuzco la lucha de los Pizarros contra Diego de Almagro.—Sale del Perú Hernando de Soto acompañando al obispo de Panamá.—Su llegada á España.

Todos los historiadores de la conquista del Perú, desde los que fueron testigos presenciales de aquellas memorables campañas, como el soldado Pedro Pizarro, hasta los que han escrito en estos últimos tiempos, como Guillermo H. Prescott, están conformes en afirmar que cuando Hernando de Soto volvió á Caxamalca y supo lo que se había hecho durante su ausencia, se lamentó tanto de la muerte que se había dado al Inca, que Francisco Pizarro se vió obligado á disculparse y á fingir que también se dolía de que le hubiesen engañado, haciéndole creer que los indios trataban de levantarse en armas para poner en libertad á su infeliz Monarca, cosa que era de todo punto falsa, según los informes que Soto había adquirido en su breve expedición.

No seguiremos paso á paso la relación de la vida y de las hazañas de Hernando de Soto en el Perú; porque basta para el fin que ahora nos proponemos recordar aquí, con especial mención, un hecho en que supo demostrar que aventajaba á sus compañeros de armas en la prudencia del consejo, sin amenguar por esto la energía de sus resoluciones. Sabidas son las discordias entre los dos capitanes, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que acometieron la empresa de añadir á los dominios de España el poderoso imperio de los Incas. Es un episodio de estas discordias lo que aconteció en la ciudad del Cuzco cuando llegó allí Diego de Almagro, y los hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro trataron de fiar á la suerte de las armas la determinación de los límites del territorio que pertenecía á cada uno de los dos capitanes conquistadores. Hernando de Soto, que á la sazón gobernaba en aquella ciudad, procuró dirimir pacíficamente la contienda; pero viendo que los Pizarros se obstinaban en su desacertado propósito, aun cuando, como dice el cronista Antonio de Herrera, ellos tenían las armas y él sólo empuñaba la vara de la justicia, les mandó que quedaran arrestados en su casa, y haciendo lo mismo con Diego de Almagro, consiguió evitar la fratricida lucha de españoles contra españoles, y dió tiempo á que llegase Francisco Pizarro, que, con más astucia que lealtad, fingió reconciliarse con su antiguo compañero y amigo, y ambos firmaron aquel famoso contrato, fechado en el Cuzco á 12





AL ENTIERRO.
CUADRO DE D. FRANCISCO PRADILLA.



de Junio de 1535, cuyo original aun existe en el archivo de Simancas.

Cuando hablan las pasiones se escucha con dificultad, y hasta con disgusto, la voz de la razonada prudencia. Es de creer que la conducta mesurada de Hernando de Soto, al aquietar el ánimo de los partidarios de Almagro y de los de Pizarro, disgustaría por igual á los caudillos rivales. Buena prueba es de la exactitud de nuestra conjetura, que poco después de lo pasado en el Cuzco, negó Diego de Almagro á Hernando de Soto el nombramiento de su lugarteniente en la expedición para la conquista de Chile; y por su parte, Francisco Pizarro no le confirió ningún cargo de confianza en todo el tiempo que continuó bajo sus órdenes.

Vivía Hernando de Soto en la ciudad de los Reyes, hoy Lima, que era el sitio que había elegido Francisco Pizarro para capital del Perú, cuando llegó el obispo de Panamá, Fr. Tomás de Berlanga, «que por comisión del Rey, al decir del cronista Herrera, iba á poner límites en las gobernaciones de D. Francisco Pizarro y D. Diego de Almagro». Más fácil fuera poner puertas al campo que llevar á feliz remate la designación de límites que se había encargado al buen religioso. Pronto hubo de convencerse de esta verdad el P. Fr. Tomás de Berlanga, puesto que resolvió volverse á su obispado de Panamá, sin duda para dar cuenta al Rey del mal resultado de sus negociaciones. «Hernando de Soto, dice Herrera, muy enfadado de ver tantas pasiones, y juzgando, según hallaba los ánimos de mal dispuestos, que aquella concordia de D. Diego de Almagro y D. Francisco Pizarro no podía durar, por la mucha codicia que veía dominar en todos, y especialmente en los hermanos Pizarros», se dispuso para acompañar al Obispo en su viaje á Panamá, y después regresar á España.

Se desconoce la fecha en que pisó las playas españolas Hernando de Soto al volver de América; pero debió ser poco más ó menos á mediados de 1536, ó en los comienzos del año siguiente. Parece que la riqueza que había adquirido en el Perú no pasaba de unos cien mil duros, pero hay historiador francés que la hace llegar á la enorme cantidad, sobre todo para aquellos tiempos, de diez millones de reales.

Hernando de Soto se había casado con D.^a Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro y de Nicaragua, y de D.^a Isabel de Bobadilla. Por parte de su padre era D.^a Isabel sobrina del primer Conde de Puñonrostro, y por la de su madre también sobrina de la Marquesa de Moya, la gran amiga de Isabel la Católica. Según la opinión del erudito D. Manuel M. de Peralta, el matrimonio de Soto y D.^a Isabel debió verificarse después del año de 1531 y antes del de 1539 (1). ¿Se casaría Her-

nando de Soto cuando volvió á Panamá acompañando al obispo fray Tomás de Berlanga? Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el valeroso capitán, que tantas y tantas veces había expuesto su vida durante largos años bajo las órdenes de Pedrarias Dávila, Diego de Almagro y Francisco Pizarro, volvió á su patria rico en bienes de fortuna y emparentado con la antigua nobleza castellana por su casamiento con la hija del gobernador y teniente de general (como en aquél entonces se decía) de Castillo del Oro y de Nicaragua.

Trece ó catorce años duró la permanencia en América de Hernando de Soto. Salió siendo mozo de poco más de veinte años y volvió hombre de edad madura, pero aun lejano de la vejez odiosa; sí, odiosa, que atinadamente usó de este calificativo Quintana en una de sus más célebres poesías.

De noble origen, según el inca Garcilaso, y personalmente ennoblecido por sus hazañas en la conquista del Nuevo Mundo, rico y ventajosamente casado, pudo Hernando de Soto, y la voz del egoísmo así se lo aconsejaria, fundar mayorazgo en la población donde había nacido y ser allí el primero entre los primeros de sus más calificados habitantes, ó trasladarse á la corte y figurar al lado de los caballeros y magnates que siempre forman el séquito de los monarcas; pero volaba más alto su pensamiento y otras fueron sus resoluciones.

Llenaba el mundo la fama de Hernán Cortés, conquistador de Méjico, y de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, conquistadores del Perú, y Hernando de Soto se propuso conquistar nuevos y no menores territorios en el Nuevo Mundo para bien de España y gloria de su nombre.

Juan Ponce de León, que había descubierto en la parte Norte de las llamadas en aquel entonces Indias Occidentales una gran extensión de tierra, á que dió el nombre de la Florida, por haber desembarcado en sus costas el domingo de Pascua Florida del año 1512, pidió y obtuvo el derecho de conquistar y poblar esta tierra, pero fracasó en la empresa. Cupo la misma infeliz suerte á Lucas Vázquez de Ayllón y Pánfilo de Narváez, y después de tan repetidos fracasos, nadie se aventuraba á intentar lo que sin duda presentaba insuperables dificultades. Hernando de Soto, creyente en el poderío de su vencedora espada, y fiando en la experiencia militar que había adquirido en sus combates con los indios, pidió al emperador Carlos V que le nombrase gobernador de la isla de Cuba, para que esta isla le sirviese de base en las primeras operaciones militares de la conquista de la Florida, que se proponía realizar por su cuenta y riesgo. «La Cesárea Majestad, dice el inca Garcilaso, hizo merced á Hernando de Soto de la conquista, con título de adelantado y marqués de un estado de treinta leguas de largo y quince de ancho en la parte que él quisiese señalar de lo que á su costa conquistase. Dióle asimismo que durante los días de su vida fuese gobernador y capitán

Gonzalo, y dos hermanas, D.^a María de Peñalosa, prometida de Vasco Núñez de Balboa, y que después se casó con Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, y D.^a Elvira Arias Dávila.

También merece notarse que el cronista Herrera, en el índice general de la obra antes citada, enmienda el nombre de la mujer de Hernando de Soto y dice que se llamaba D.^a Beatriz de Bobadilla. Parece que esta enmienda no es infundada. Acaso se llamara D.^a Beatriz Isabel de Bobadilla, y se la conocería en el trato familiar y amistoso por el segundo y no por el primero de sus nombres de pila.

(1) Después de impreso lo que aparece en el texto, hemos leído en la *Historia general y natural de las Indias*, por Gonzalo Fernández de Oviedo, que Hernando de Soto, «estando en Castilla, se casó con una de las hijas del gobernador Pedrarias Dávila, llamada D.^a Isabel de Bobadilla, como su madre, mujer de gran ser é bondad, é de muy gentil juicio é persona». El inca Garcilaso también dice que D.^a Isabel de Bobadilla era hija de Pedrarias Dávila; pero el cronista Antonio de Herrera afirma en dos distintos pasajes de su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, que D.^a Isabel de Bobadilla era hija del Conde de la Gomera. Nuestro amigo D. Manuel M. de Peralta en una nota manuscrita, que ha redactado después de consultar los papeles del Archivo de Simancas, dice que Hernando de Soto se casó con D.^a Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila y de D.^a Isabel de Bobadilla y Peñalosa; y añade que la mujer de Hernando de Soto tenía un hermano, que se llamaba Arias



general de la Florida, que también lo fuese de la isla de Santiago de Cuba, para que los vecinos y moradores de ella como á su gobernador y capitán le obedeciesen y acudiesen con mayor prontitud á las cosas que mandase necesarias para la conquista.»

IV.

Hernando de Soto, nombrado Gobernador de la isla de Cuba y Adelantado de la Florida, sale de España en el año de 1538.—Digresión acerca del derecho de conquista que ejercitaban los españoles en el continente americano — Llegada á la isla de Cuba del gobernador Hernando de Soto.

El día 6 de Abril de 1538 zarpó del puerto de Sanlúcar de Barrameda la armada que bajo las órdenes de Hernando de Soto conducía á los futuros conquistadores de la Florida, cuyo número no llegaba á mil, según nos cuentan los historiadores coetáneos de aquel suceso. Las galas de la elocuencia deberían emplearse en retratar al caudillo de tan aventurada empresa, gastando su caudal, alejándose de su patria, poniendo en grave peligro su vida y la de su familia, para adquirir al fin de la jornada, si Dios favorecía su empresa, lo mismo que ya antes tenía, la fama de experto y valeroso capitán y las riquezas de conquistador afortunado. No; no era un fin de rastrero egoísmo lo que empeñó á Hernando de Soto en la conquista de la Florida. Si acaso, podría influir en su ánimo el amor á la gloria póstuma; acaso podría desear que su nombre figurase en primera línea entre los descubridores y conquistadores de América; y si así fuera, la Historia no puede condenar á quien busca en sus páginas el elogio de sus hechos, como la única recompensa que satisface su anhelo de inmortal memoria. Los amantes de la fama póstuma son los creyentes en la verdad y en la justicia de la Historia.

Antes de continuar nuestro relato se ocurre esta pregunta: ¿tenían derecho los españoles para conquistar las tierras del continente americano por ellos descubierto, desposeyendo á los indígenas del dominio privado y público que allí ejercían? La cuestión que aquí se plantea no existía en el mundo anterior á Jesucristo. Los griegos, y lo mismo los romanos, llamaban bárbaros y consideraban como enemigos á todos los pueblos extranjeros. Aristóteles, el gran Aristóteles, decía «que los bárbaros habían nacido para ser esclavos de los griegos y que se les podía reducir á esta condición social por toda clase de medios sin cometer ninguna injusticia.» Tucídides afirma que sus compatriotas aceptaban como evidente verdad que «el Rey, ó la República, al hacer lo que es útil, siempre hace lo que es justo.» La luz del cristianismo desvaneció las sombras de tan groseros errores; pero exagerando el alcance de la igualdad esencial de todos los hombres, cualquiera que sea el pueblo ó raza á que pertenezcan, en el siglo XVIII se llegó á formar la idea de un derecho internacional abstracto, de un derecho separado y aun opuesto á toda realidad histórica; idea que llegó á formular su última consecuencia en aquella frase, tan célebre como absurda: «Sálvense los principios y que se pierdan las colonias.» ¡Como si los buenos principios de la política racionalmente democrática fuesen contrarios á la conservación de las colonias!

Influido por las falsas ideas acerca del derecho de gentes

que dominaban en el siglo XVIII escribió el gran poeta Quintana la estrofa de una de sus odas, que comienza con el conocido verso:

¡Virgen del mundo! ¡América inocente!

y termina calificando de bárbaros y malvados á los heroicos aventureros que llevaron á feliz remate hazañas tan grandes que no las han visto mayores los tiempos pasados y presentes, y acaso no podrán ser superadas en los venideros. Ciertamente es que el mismo Quintana cuando cambia la lira del poeta por la pluma del historiador para escribir las vidas de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, templó algún tanto la severidad de sus censuras; pero así y todo sus juicios acerca de los conquistadores de América están muy lejos de ser equitativos, y la justicia sin la equidad es como luz que ciega y no alumbrá.

Hay que decirlo, porque es verdad y es honra de nuestra patria. Los reyes de España no desatendieron la cuestión de derecho de gentes que entrañaba el descubrimiento y conquista de América. La controversia entre Fr. Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda acerca del derecho de los españoles para dominar en las tierras del Nuevo Mundo fué objeto de una consulta que se hizo al sapientísimo teólogo Fr. Francisco de Vitoria, y el parecer dado por este varón insigne es la doctrina que aun puede aceptarse en lo esencial como verdadera para justificar en lo posible las adquisiciones territoriales que han hecho y hacen los pueblos civilizados.

Hoy que Inglaterra, Francia, Alemania é Italia toman posesión de inmensos territorios, no recientemente descubiertos, sino tan de antiguo conocidos como lo es el continente africano á que pertenecen, juzgamos harto pueriles los escrúpulos de conciencia que mostraban los publicistas del siglo XVIII al tratar de la conquista de América por los caudillos españoles y portugueses.

De las breves consideraciones que anteceden con facilidad puede deducirse la lógica consecuencia de que el emperador Carlos V autorizando á Hernando de Soto para realizar la conquista de la Florida procedía conforme á las leyes establecidas, tácita ó expresamente, en el derecho internacional de su tiempo. No hay que decir que Hernando de Soto, revestido con la autoridad que le había otorgado su Rey, en nombre y representación de su patria, cumplía con las más rígidas reglas de la justicia y del derecho al emprender la conquista de la Florida en el modo y forma que después veremos.

Basta de digresión, y anudando el roto hilo de nuestro relato, consignaremos aquí que, según dicen los primeros historiadores de la conquista del Nuevo Mundo, la escuadra que zarpó de Sanlúcar, al mando del adelantado Soto, estaba compuesta de siete galeones, dos bergantines y una carabela. «El Adelantado, dice el Inca Garcilaso de la Vega, con toda su casa, mujer y familia, se embarcó en una nao, llamada *San Cristóbal*, que era de ochocientas toneladas... En otra no menor, llamada *Magdalena*, se embarcó Nuño Tovar, natural de Jerez de Badajoz..... En otro galeón igual á éste, llamado *Buena Fortuna*, iba el capitán Andrés de Vasconcelos, caballero fidalgo portugués, natural de Yelves, el cual llevaba una hermosa y lucida compañía de fidalgos portugueses, que algunos de ellos habían sido soldados en las fron-

teras de Africa. Diego García, hijo del Alcalde de Villanueva de Barcarrota, iba por capitán de otro navío grueso, llamado *San Juan*. Arias Tinoco, nombrado por capitán de la infantería, iba por capitán de otra nao grande, llamada *Santa Bárbara*. Alonso Romo de Cardeñosa, hermano de Arias Tinoco, iba por capitán de un galeoncillo llamado *San Antón*, y con este capitán iba otro hermano suyo, Diego Arias Tinoco, nombrado para alférez general del ejército. Estos tres hermanos eran deudos del General. Por capitán de una carabela muy hermosa iba Pedro Calderón, caballero natural de Badajoz, y en su compañía Micer Espínola, caballero genovés, el cual era capitán de sesenta alabarderos de la guardia del Gobernador..... Llevaban dos bergantines para servir de la Armada, que por ser más ligeros que las naos gruesas, sirviesen como espías de descubrir por todas partes lo que hubiese por la mar.»

No seguimos extractando la descripción que hace el Inca de la Armada y del viaje de Hernando de Soto, porque no lo consienten los estrechos límites de estos apuntes biográficos. Bastará decir que á fines de Mayo (1538) llegó la Armada á las costas de la isla de Cuba, y después de algunos raros incidentes, que muy por menor refiere el Inca, Hernando de Soto y su pequeño ejército desembarcaron en Santiago de Cuba, donde fué recibido el nuevo Gobernador de la Isla con grandes muestras de júbilo por parte de sus habitantes, y durante muchos días hubo fiestas públicas, danzas saraos por las noches, y por el día ejercicios ecuestres y militares. A los caballeros que se aventajaban, dice el Inca, por su destreza en las armas, ó por su discreción en las letras, se les daban premios de honor que para los victoriosos estaban señalados.

V.

Salida de la Habana y desembarco en las costas de la Florida de Hernando de Soto y de su ejército.—Pérdidas que tuvieron los españoles en las batallas de Mavita y de Chicoza.—Hernando de Soto descubre el río Mississippi en el mes de Mayo de 1541.

Cerca de un año permaneció Hernando de Soto en la isla de Cuba haciendo los preparativos necesarios para la conquista de la Florida. Durante este tiempo supo que unos corsarios franceses habían saqueado y destruido la ciudad de la Habana, y para remediar este daño dispuso que un capitán, llamado Mateo de Aceituno, ilustre caballero, natural de Talavera de la Reina, acompañado del conveniente número de soldados y colonos, fuese á reedificarla, porque pensaba que esta ciudad, como tan cercana á las costas de la Florida, era el sitio más apropiado para embarcarse con su ejército y dar principio á su proyectada conquista.

Cumplió el capitán Mateo de Aceituno el encargo que se le había dado, y á fines del mes de Agosto (1538) ya pudo Hernando de Soto trasladarse de Santiago á la Habana al frente de cincuenta jinetes, mandando al propio tiempo que por tierra fuese el resto de la caballería, y que los infantes y su familia hiciesen el viaje por mar.

Reunidos en la Habana todos los capitanes y soldados que se aprestaban para ir á la conquista, ordenó el Adelantado que Juan de Añasco, que al decir de los historiadores gozaba renombre de gran cosmógrafo y marino y hasta de astró-

logo, acompañado de la gente más práctica en la navegación, recorriese las costas de la Florida, averiguase cuáles eran los puertos de mejores condiciones para el desembarco de las tropas, y se enterase todo lo que pudiera de los medios de defensa que presentaban aquellas desconocidas regiones, así por la configuración del terreno, como por las costumbres y estado social de sus habitantes. Primero en un viaje, que duró dos meses, y después en otro, que duró tres, adquirió Juan de Añasco todas las noticias que pudo, y se las comunicó á Hernando de Soto, que tan acertadamente había ordenado estos que hoy llamaríamos reconocimientos militares.

«Siendo los quince de Abril de este año (1539), dice Antonio de Herrera, y estando para comenzar la jornada, nombró el Adelantado por gobernador de la Isla de Cuba á su mujer D.^a Isabel de Bobadilla», nombramiento que hoy podrá invocarse como antecedente histórico en la cuestión palpitante de la capacidad ó incapacidad de la mujer para ciertos cargos y profesiones que hasta ahora se habían considerado como propiedad exclusiva del llamado sexo fuerte.

Terminados todos los preparativos para la conquista que se proyectaba, el Adelantado dió la orden de embarque. La escuadra, que se componía de seis navíos, se hizo á la vela el 12 de Mayo de 1539, y después de una navegación penosa, por haber reinado vientos á su rumbo contrarios, llegó sin averías á las costas de la Florida, donde se verificó el desembarco de las tropas en el día 1.^o de Junio del ya citado año de 1539.

Mil hombres y trescientos cincuenta caballos; á esto estaba reducido el ejército con que Hernando de Soto se proponía dar cima á la empresa de conquistar extensos territorios y vencer en repetidas batallas á millares y millares de indios, de valor ya probado en su resistencia á Juan Ponce de León, Lucas Vázquez de Ayllón y Panfilo de Narváez (1).

Los floridos, como les llaman nuestros cronistas del siglo XVI, ya avezados á guerrear con los *hombres blancos*, opusieron una tenaz y valerosa resistencia á los nuevos invasores de su tierra natal; y aun cuando Hernando de Soto

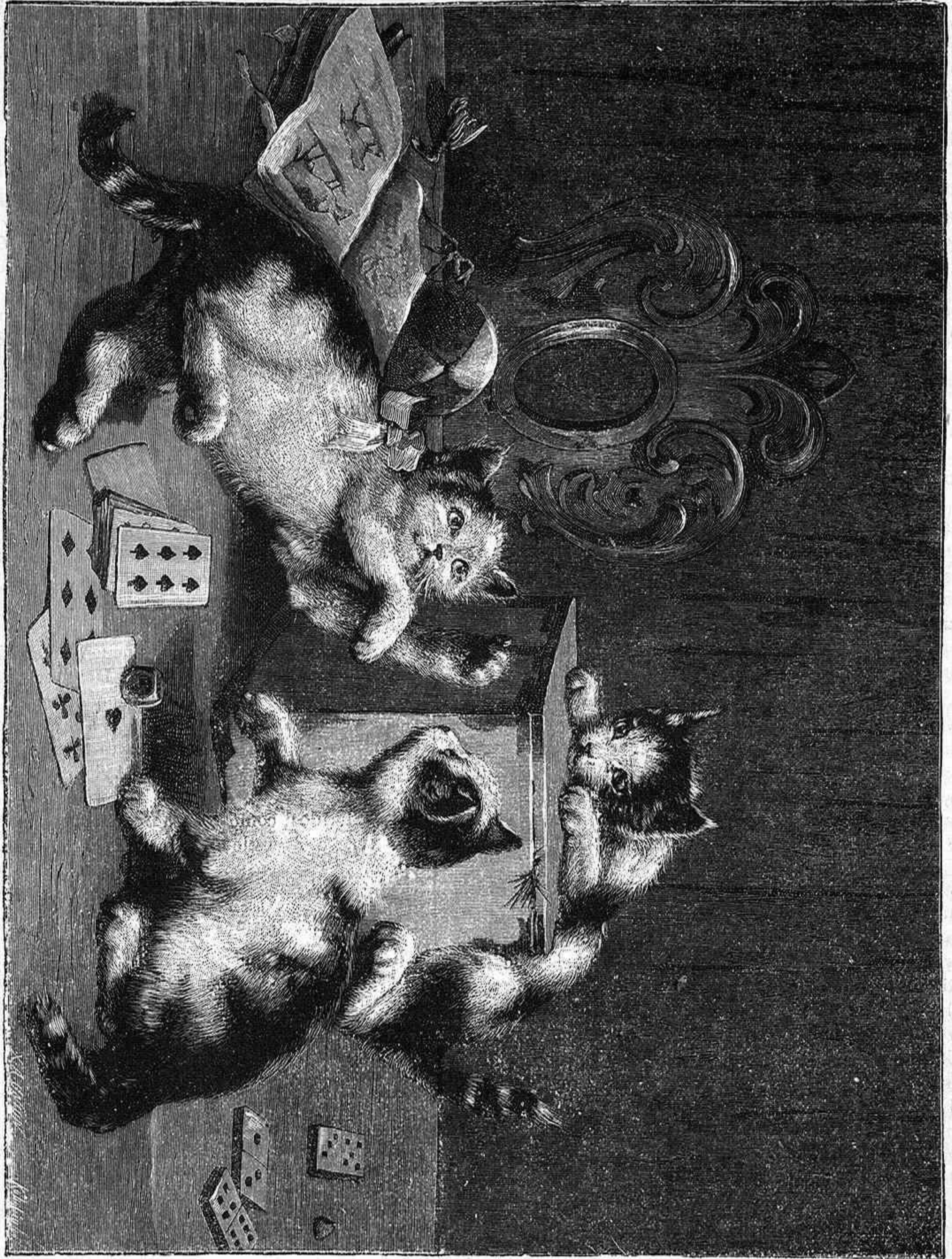
(1) La empresa de conquistar la Florida, que Hernando de Soto intentaba llevar á cabo con mil hombres y trescientos cincuenta caballos en 1539, tres siglos después ha costado al Gobierno de los Estados Unidos sostener una guerra durante siete años con los indios descendientes de los que pelearon con los españoles; guerra en que, para vencer, le fué necesario gastar treinta millones de duros y que sacrificasen sus vidas algunos miles de soldados anglo-americanos.

En la *Historia de los Estados Unidos*, escrita en inglés por J. A. Spencer, y traducida al español por D. Enrique Leopoldo de Verneuil, se dice que la guerra de la Florida duró desde el año de 1835 hasta el de 1842, y que «en ella tomaron parte los hombres más experimentados del ejército, tales como Scott, Jessup, Taylor, Worth y otros; pero teniendo que luchar con jefes como Osceola, Jumper y Tiger-Tail, y hallándose en un país lleno de pantanos y lagunas, era difícil vencer á los indios, y por esto puede decirse que aquella guerra fué fatal para los blancos.»

Un ejército compuesto de 9.000 soldados, con su correspondiente artillería y material de ingenieros, que de continuo recibía refuerzos y que estaba mandado por los generales de mayor crédito de los Estados Unidos, tuvo que sostener una guerra de siete años, para dominar en un territorio mucho más pequeño que el que Hernando de Soto quería conquistar con las escasísimas fuerzas militares que ha poco enumeramos.

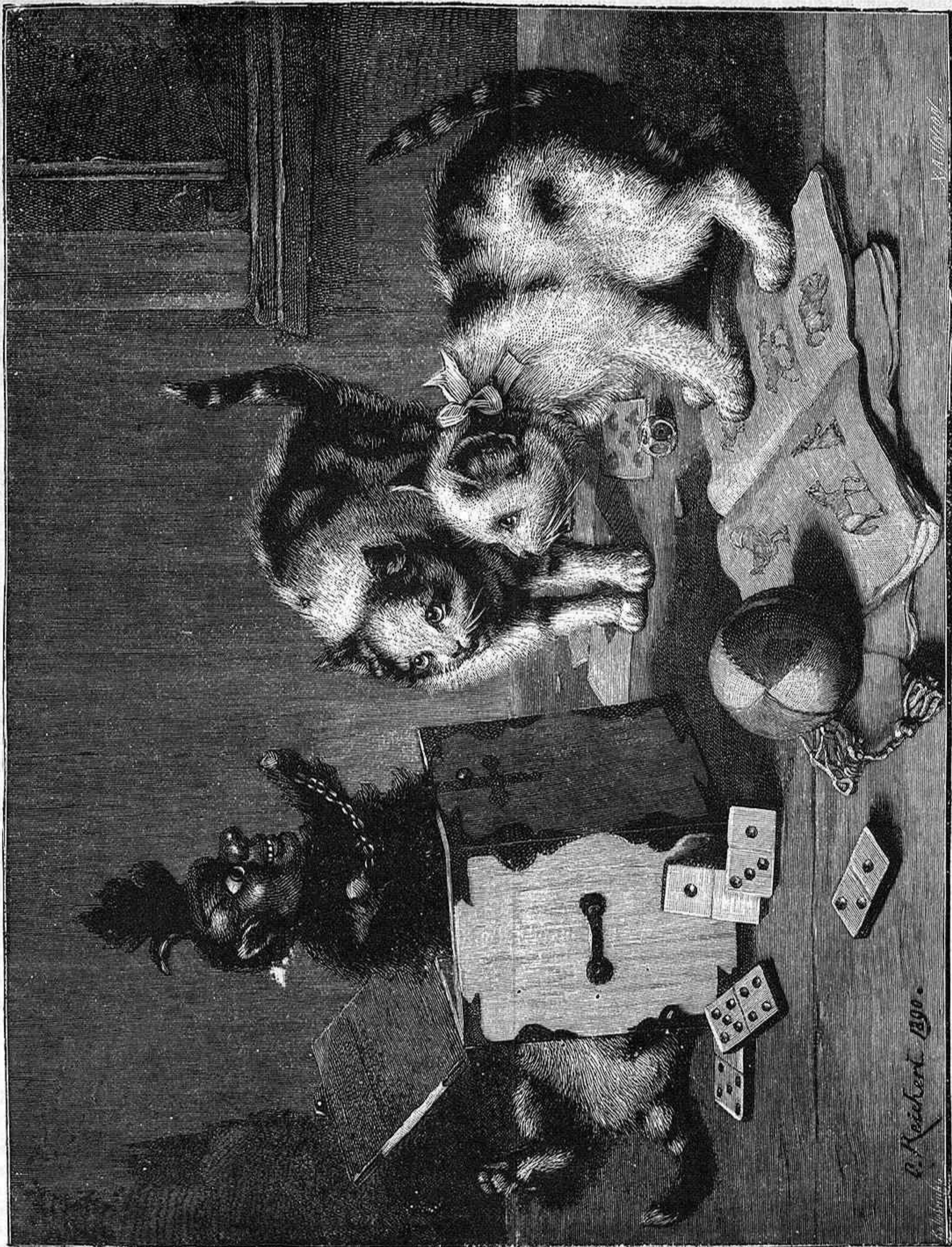
De locos califica á Hernando de Soto y sus compañeros de armas un historiador francés. Locos, es cierto, si el heroísmo es locura.





JUJUETE PELIGROSO.
CUADRO DE C. REICHERT.





CATÁSTROFE TERRIBLE.
CUADRO DE C. REICHERT.

C. Reichert 1890.



procuraba atraerles blandamente para que aceptasen la dominación de España, sus intentos se estrellaban ante el carácter indomable de aquellos indios, que, según lo que cuentan los historiadores, se asemejaban mucho á los heroicos araucanos, tan enaltecidos por su generoso enemigo el esforzado guerrero y buen poeta D. Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Tres años duró la conquista de la Florida, y en todo este tiempo el Adelantado no recibió ningún refuerzo que sustituyese las bajas de hombres y caballos, que de continuo mermaban sus fuerzas de un modo tan considerable, como puede suponerse recordando que en la batalla de Mavila murieron 87 hombres y 45 caballos, y en la de Chicoza 40 hombres y 80 caballos, y que la suma de estas cantidades componen más de la décima parte de los hombres y más de la tercera parte de los caballos que habían desembarcado en aquella tierra.

En la batalla de Mavila dió el Adelantado una prueba de su valor y de su habilidad como jinete, que merece consignarse especialmente en estos apuntes biográficos. Cuenta el Inca Garcilaso, «que al tiempo que el Gobernador se enhestaba sobre los estribos para dar una lanzada á un indio, otro que se halló á sus espaldas le tiró una flecha por cima del arzón trasero y le acertó en lo poco que el General descubrió desarmado entre el arzón y las coracinas.... y el buen General, así por no dar á entender que estaba herido, como porque con la priesa de la pelea no tuvo lugar de quitarse la flecha, peleó con ella todo lo que la batalla después duró, que fueron casi cinco horas, sin poder asentarse sobre la silla; que no fué poca prueba de la valentía de este capitán y de la destreza que en la silla jineta tenía.»

Hernando de Soto había cortado la comunicación con la Isla de Cuba—que podía considerarse como algo semejante á lo que hoy se llama, en el tecnicismo de la milicia, base de operaciones—despidiendo los barcos que le sirvieron para su travesía y la de su ejército de la Habana á la Florida. En este hecho imitó sin duda á Hernán Cortés, cuando echó á pique sus navíos para quitar á sus soldados toda esperanza de salvación si no vencían á sus enemigos.

Bien conocía, sin embargo, Hernando de Soto la necesidad de ponerse en comunicación con la isla de Cuba para recibir los socorros de armas, municiones y vituallas que el caso requería, y con este objeto había enviado á la Habana en el año de 1540 á sus capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado; pero obligado á separarse de las costas para explorar el desconocido territorio en que se hallaba, no le era posible desandar el camino tan penosamente recorrido, y su previsión resultaba de todo punto inútil.

Los primeros historiadores de la conquista de la Florida dan poca importancia al descubrimiento que hizo Hernando de Soto de lo que llaman el Río Grande, que es la traducción del nombre que los indios le daban, *Misi-Sepe*, hoy Mississippi (1); pero en el Capitolio de Washington se halla

(1) La cuenca del Mississippi mide 3.496.000 kilómetros cuadrados. Cuando los españoles descubrieron este río dicen que le comparaban por su grandeza con el Danubio, que ciertamente es el mayor de los ríos europeos; y sin embargo, la superficie de la cuenca del Danubio solo mide 800.000 kilómetros cuadrados. 32.000 kilómetros cuadrados es la superficie de la cuenca del Guadalquivir, según el notable geógrafo D. Francisco Coello.

Sólo se conoce en el planeta que habitamos otro río mayor que el Misisipi,

un cuadro que representa al caudillo español viendo por vez primera aquel no grande, sino grandísimo río, y coadyuvando así al exacto conocimiento geográfico del continente americano.

Se fija la fecha del descubrimiento del Mississippi por Hernando de Soto en el mes de Mayo de 1541, y por este tiempo ya apremiaba la falta de hombres, armas, municiones y caballos, para poder continuar la guerra con alguna esperanza de buen suceso. Pronto conoció el Adelantado que aquel caudaloso río no sería afluente de otro mayor, sino que desaguaría en el mar, y se propuso caminar siguiendo la dirección de su corriente; pero supo que era larguísima la distancia que de la costa le separaba, y entonces detuvo la marcha de sus tropas, y fijando su residencia en un pueblo llamado Guachoya ó Guachacoya, con cuyo cacique estaba en buenas relaciones de amistad, dispuso la construcción de dos bergantines, en los cuales pensaba se embarcase alguno de los capitanes de su mayor confianza, y navegando por el río saldría al mar y podría ir á demandar auxilios al Virrey de Méjico y á la gobernadora de la Isla de Cuba, doña Isabel de Bobadilla.

VI.

Enfermedad y muerte del adelantado Hernando de Soto.—Le sucede en el mando de los españoles Luis de Moscoso de Alvarado.—Injustas apreciaciones del historiador Jorge Bancroft al tratar del enterramiento de Hernando de Soto.—Muerte de la gobernadora de la Isla de Cuba, Doña Isabel de Bobadilla.—Retrato físico y moral del descubridor del Mississippi.

Corría el año de 1542. Las armas de los indios y las enfermedades que producen las rudas fatigas del servicio militar en tiempo de guerra habían reducido á menos de la mitad el número de los heroicos soldados que en la Florida desembarcaron á las órdenes del adelantado Hernando de Soto. Había de cumplirse lo que afirman aquellos vulgarizados versos latinos, que fuera inoportuno copiar aquí. El día 20 de Junio del año ha poco citado, sintióse enfermo el descubridor del Mississippi. Advirtiendo pronto la gravedad del mal que le aquejaba, nombró por sucesor suyo á Luis de Moscoso de Alvarado, para que bajo su mando se prosiguiera el descubrimiento y conquista de la Florida; se despidió cariñosamente de sus soldados diciéndoles que procurasen la conversión de los indios á la fe católica y el aumento de los dominios de la corona de España; cumplió sus obligaciones de católico, aunque en este punto no andan muy conformes los cronistas, y dejó de existir al séptimo día de su enfermedad, que si hemos interpretado bien lo que dice el Inca Garcilaso, debió ser el 27 de Junio de 1542. Contaba al morir Hernando de Soto cuarenta y dos años, la misma edad que tenía Vasco Núñez de Balboa cuando fué decapitado en Acla por orden de Pedrarias Dávila, y la misma también que tenía Gonzalo Pizarro cuando fué vencido por

el río de las Amazonas, cuya cuenca tiene 7.000.000 de kilómetros cuadrados. Fué descubierto por Vicente Yáñez Pinzón, y en sus aguas navegó, antes que ningún otro europeo, Francisco de Orellana; por cuyo motivo los portugueses y los españoles le solían señalar en los mapas de la América del Sur con el nombre de río Orellana.

El descubrimiento del río Mississippi por Hernando de Soto demuestra con evidencia que lo que hoy se llama la Florida en los Estados Unidos es un territorio mucho menor que el que llevaba este mismo nombre á mediados del siglo xvi.



el célebre pacificador del Perú, Pedro de la Gasca, y murió ajusticiado.

Para que los indios tardaran en saber que había muerto el caudillo español, dispuso Luis de Moscoso que el cadáver se enterrase de noche; pero notando que por este medio no se conseguía lo que se deseaba, fué preciso recurrir á otro procedimiento. En una tosca caja de madera se encerró el cuerpo del Adelantado, y sin duda añadirían el peso necesario para que esta caja se fuese á fondo cuando al llegar la noche la dejaron caer en medio de la corriente del río Mississippi, puesto que así cuentan que sucedió los capitanes y soldados que fueron testigos de aquel raro y misterioso enterramiento. Jorge Bancroft, en su *Historia de los Estados Unidos*, aprovecha la coincidencia de haber servido el río Mississippi para sepulcro de su inmortal descubridor, escribiendo algunas frases en que sin razón se maltrata la memoria de Hernando de Soto; pero así proceden la mayor parte de los historiadores extranjeros, al tratar de España y de sus hijos ilustres. Lo peor es que la incuria de los españoles suele ayudar á la malquerencia de los extranjeros.

Muerto el Adelantado de la Florida; aquel experto capitán que tantas y tantas veces había vencido en las batallas; aquel valentísimo caballero que era, despues de Gonzalo Pizarro, la primera lanza de los españoles que fueron al Nuevo Mundo, según de común acuerdo proclamaban sus compañeros de armas; aquel vigilante soldado que en los rebatos que los enemigos daban de día en su campo, siempre era el primero ó el segundo que salía al arma, y nunca fué el tercero, y en los que daban de noche siempre fué el primero; muerto Hernando de Soto, su sucesor, Luis de Moscoso, comprendió sin duda que no inspiraba á sus soldados la ciega confianza, ó el férvido entusiasmo, que es prenda segura de gloriosos triunfos, y previa la reunión de un consejo de capitanes, resolvió que se emprendiese la retirada. No es ahora ocasión de referir lo que aconteció en esta desastrosa retirada.

Mientras pasaba á orillas del Mississippi todo lo últimamente relatado, la Gobernadora de Cuba, cumpliendo los deseos de su marido, había auxiliado á los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado para que llevasen los socorros que necesitaban los valerosos conquistadores de la Florida. Estos capitanes en el verano del año de 1540 llegaron á las costas de la Florida con seis navios cargados de armas, municiones, bastimentos y todo lo que creyeron que era útil para el buen resultado de la campaña por el Adelantado emprendida; pero en vano recorrieron aquellas costas; en ninguna

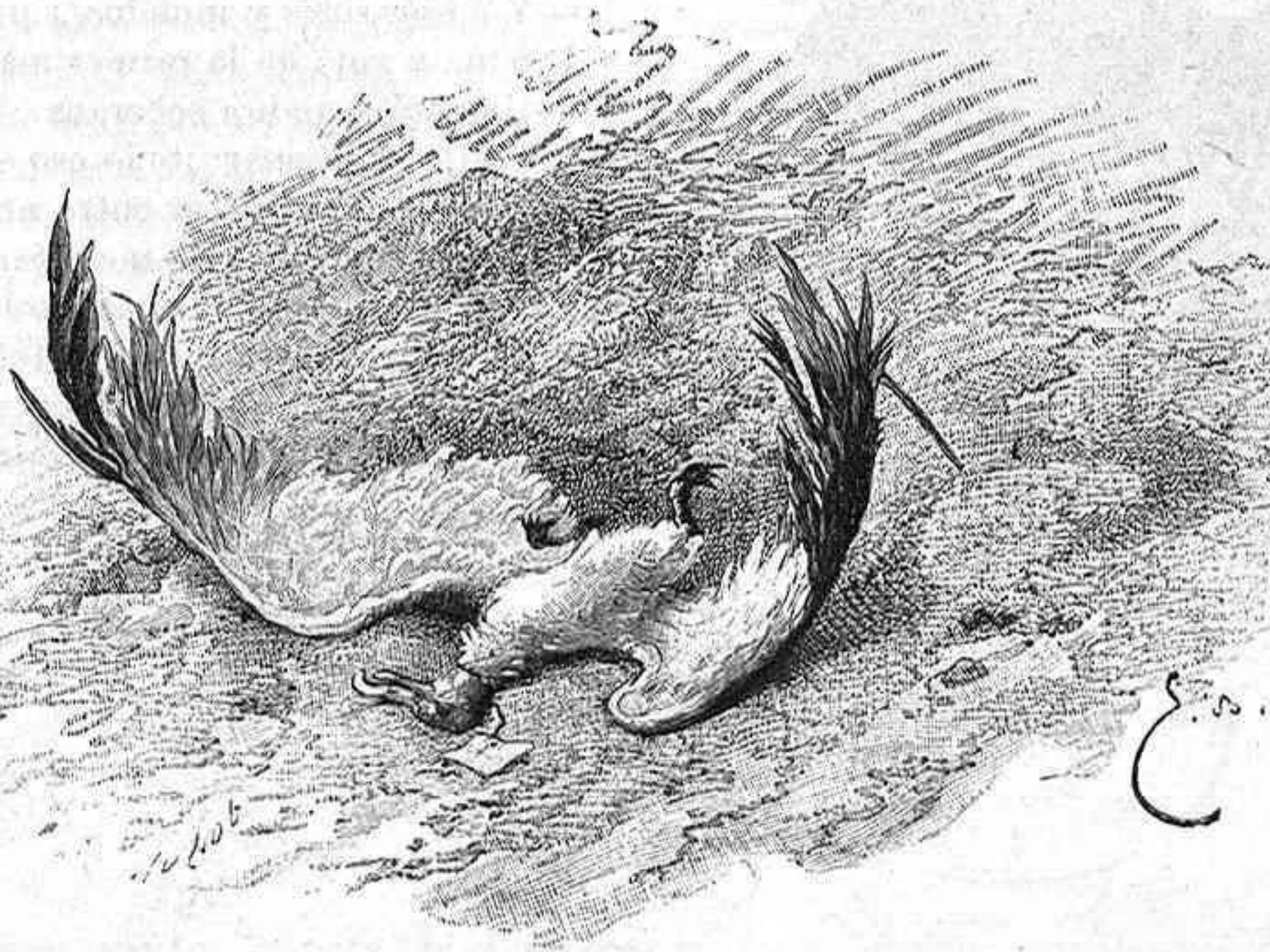
parte pudieron adquirir noticias de Hernando de Soto, ni de sus compañeros de armas. Sucedióles lo mismo en los dos años siguientes que repitieron la expedición; pero en Octubre de 1543 enderezaron hacia Vera-Cruz el rumbo de sus naves, y al llegar á este puerto, bien pronto se enteraron de la muerte del Adelantado y de los desastres que habían acaecido á los españoles en la retirada dirigida por Luis de Moscoso de Alvarado. Volvieron á la Isla de Cuba los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado y al dar cuenta á D.^a Isabel de Bobadilla de las malas nuevas de que eran portadores, esta señora se afligió tanto, que cayó gravemente enferma, y á los pocos días falleció inconsolable.

Dicen sus contemporáneos que Hernando de Soto era de alta estatura y de color moreno; de trato festivo, pero sin ofensa de la dignidad de su persona ni de la ajena; clemente, si podía excusar el castigo; severo, si el delito era de todo punto imperdonable; más inclinado á derramar el oro que á guardarlo, no supo hallar el justo medio entre el despilfarro y la avaricia; valeroso en los peligros, sufrido en las adversidades, prudente en el consejo y tenaz en sus propósitos; fué soldado leal en los disturbios de Nicaragua, y firme mantenedor de la paz en las contiendas de Almagro y los Pizarros; mostró sus relevantes prendas de caudillo en los tres años que guerreó en la Florida al frente de mil hombres contra miles y miles de indios salvajes.

Estos apuntes biográficos, con ser tan breves, constituyen el primer estudio que en España se ha hecho con el fin de presentar reunidos los altos merecimientos del conquistador de la Florida; porque el Inca Garcilaso, en la que titula *Historia del Adelantado Hernando de Soto*, se limita á referir el período de la vida de su héroe comprendido desde el año de 1538 hasta el de 1542, en que falleció. Al terminar el Inca su relato, escribe que Hernando de Soto era un magnánimo y nunca vencido caballero, «digno de grandes estados y señoríos é indigno de que su historia la escribiera un indio». Quiso decir, sin duda, que un indio era indigno de escribir la historia de tan magnánimo y nunca vencido caballero, pero resultó lo contrario. Nosotros, imitando al Inca, también terminaremos aquí lamentándonos de que el primer bosquejo histórico de la vida de Hernando de Soto que en castellano se publica no sea digno de tan ilustre capitán, cuyas hazañas debieran de narrarse por quien supiese escribir como elegante poeta é investigar como sabio erudito.

LUIS VIDART.

Madrid, 10 de Agosto de 1891.



LA LECCIÓN DE ASTRONOMÍA

I.

EL COLOR DEL CIELO.

— ¿Por qué es azul esa extensión tranquila
En la que apunta ya el primer lucero?
Darme razones del misterio quiero
Siempre que empapo en el'a la pupila.
—Leve miasma su color destila,
Porque el prisma la empapa por entero,
Y la trueca en un lago placentero:
Dime si ahora tu razón vacila.
— ¿Es cierta esa teoría?

—De seguro
La ciencia así lo dice, ¿te da enojos?
—No tal; sé que es lo diáfano y lo puro.
—Pues ahora colmo acaso tus antojos
Poniéndote sin duda en otro apuro;
¡Ese color lo llevas en tus ojos!

II.

LLUVIAS DE ESTRELLAS.

—En las serenas noches estivales
He visto huir estrellas que surgían;
Brillantes mariposas parecían
Aleteando en campos celestiales.
—O eran errantes masas boreales
Que á los ardientes trópicos volvían,
O bólidos que rotos descendían
A impulsos de atracciones siderales.
— ¡Esta lección me causa algún recelo!
¡Para la fantasía poco queda!
—De poeta parece ese desvelo;
A la razón fantasear se veda.
— ¡Yo las creía lágrimas del cielo!
— Son la materia cósmica que rueda.

III.

CONSTELACIONES.

— ¿Qué son constelaciones, padre mío?
—Silenciosa y luciente caravana
Que con asombro de la raza humana
Hace eterna excursión por el vacío.
—Y á esos soles y mundos, ¿qué albedrío
Dió luz y ruta en la primer mañana?
—Una sola palabra soberana
Que dijo al resonar: ¡todo eso es mío!
—Ayer vi el sol nacer entre arboles
Y en una duda frívola me abismo:
¿Una sola palabra enciende soles?
—Consulta, si te place, el Catecismo
Para que tus creencias acrisoles;
A tu edad me enseñaron eso mismo.

B. MAS Y PRAT.

22 de Julio de 1891





EL PEOR CONSEJERO

I.

DE DON LUIS LASUERTE A DON MANUEL PRECIADO,
EN PUENTE ROTO.

Madrid, 20 de Marzo de 189....

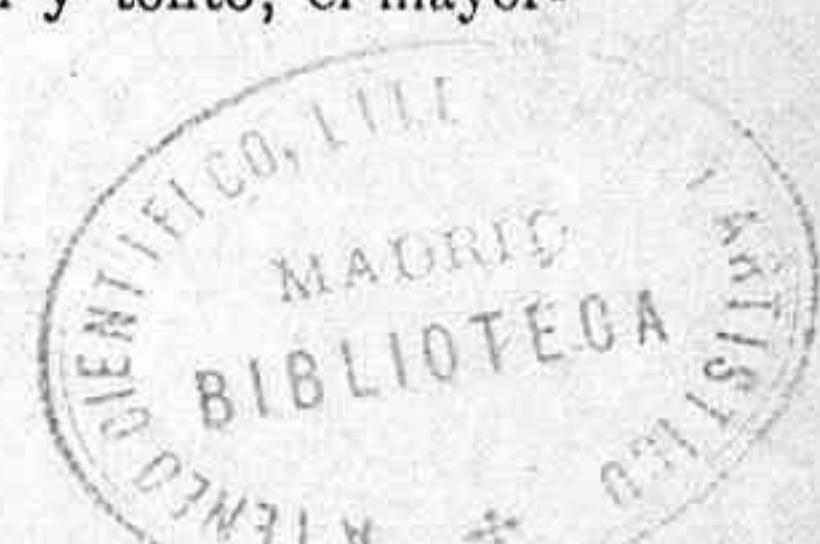
QUERIDO Manolo: He conseguido lo que deseabas. Sin depender del capricho de un ministro, vas á tener colocación segura, poco trabajo, tiempo libre, y en cuanto á sueldo algo más de lo que necesitas para vivir con decoro. Cumpliste tu deber de hombre discreto, yéndote al pueblo por no gastar inútilmente aquí los ahorros de tu padre, y yo he cumplido el mío de buen amigo, procurando que vuelvas á la corte donde crees, con razón, que podrán abrirte camino tus facultades y la base de ilustración que juntos recibimos en esta Universidad y que supiste aprovechar mejor que yo.

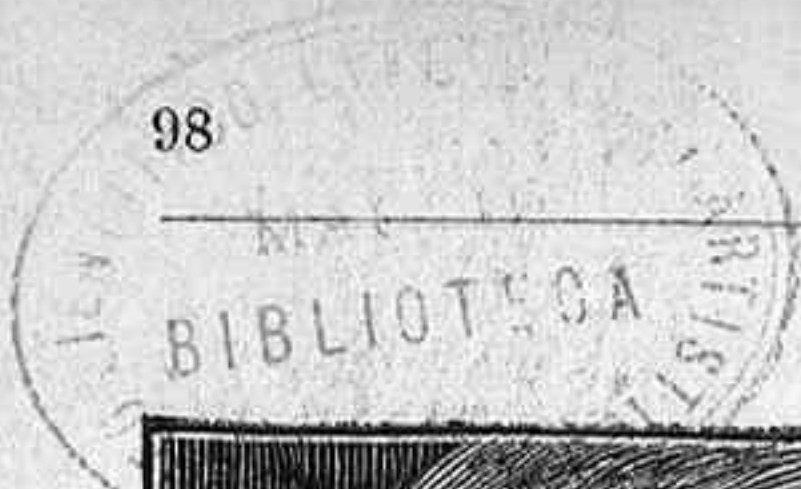
Hemos puesto una pica en Flandes. Tus molestias se reducirán á unos cuantos viajes cortos cada año; no tendrás jefes, y los servicios que prestes te serán agradecidos.

Ya sabes que soy íntimo amigo de la Duquesa de Arra-yanes, mujer tan rica como guapa, y es de las más hermosas de Madrid. Á esta señora había encomendado en primer término la realización de tus deseos, y Ventura, deseosa de complacerme, se ha salido al fin con la suya; es decir, con la nuestra. Vas á ser una cosa así como entre apoderado y administrador de doña Pilar Torredeloro, viuda de Majadas; algo más que administrador y algo menos que apoderado; pero de tu ingenio, que es grande, y de tu honradez, por la que salgo fiador, depende que seas pronto el *factotum*, el hombre indispensable en casa de esta doña Pilar, que por todos conceptos es lo que se llama una gran mujer: linajuda, rica, bondadosa y muy bien relacionada. Comprendo que además es muy mona, pero no es mi tipo: ya sabes que no me gustan las mujeres pequeñas. Donde está la Duquesa, boca abajo todo el mundo. La suya sí que es arrogancia, hermosura y salero. Estas señoras, ingertas en chula, son de lo más delicioso que puedes imaginar. Pero vamos á lo que te importa. La viuda de Majadas tiene veinticuatro años y

unos cuantos millones de pesetas, entre papel del Estado, acciones del Banco, valores de empresas particulares y fincas en tierra de Andalucía, Castilla y Extremadura, que producen aceite, trigo, corcho, y qué sé yo cuántas cosas más. No se te oculta que tendrás que habértelas con hombres de negocios que procuran embaucar á una mujer sin consejeros, con arrendatarios que no pagan, y con más de un trapiondista ansioso de explotarla. Doña Pilar se casó hace tres años con don Francisco de Majadas, hombre muy rico, indolente, descuidado y poco menos que pródigo y manirroto. En cuestión de mujeres, estaba acostumbrado á *esta quiero y esta logro*; pero dió con Pilar, que cree que los Torredeloro descienden del propio don Pelayo, y ella, por altivez de raza, y acaso por sincera virtud, respondió que *nones*. Para abreviar: dijo lo de aquella famosa cómica francesa: que á su alcoba no se entraba sino por la puerta de la iglesia. ¿No te tiemblan las carnes? El caballero no se paró en barras. Consintió en que le leyeran la famosa epístola, y la orgullosa señorita, último vástago de los Torredeloro, se convirtió en señora de Majadas. Después, luna de miel (no han tenido chicos), y luego, fuese hartazgo de felicidad, ó que el pobre señor estuviera un poco averiado, el caso es que murió á los dos años. Tenía un sobrino que debió heredarle: mas por ciertas cuestiones de familia estaban reñidos, y, ya por esta circunstancia, ya porque Majadas quisiese pagar espléndidamente aquellos dos años de placer legítimo, hizo testamento á favor de doña Pilar, que si posee como nadie, salvo mi señora la Duquesa, el arte de lucir un traje, no distingue, en cambio, un papel de estraza de un billete de mil pesetas. Resultado: que el cobro de cupones llega mermado y tarde á sus manos; que las cosechas las recoge cualquiera menos ella, y que de seguir así, tardará poco en quedarse tronada. ¿Qué mejor empleo para ti? Aunque te siga la manía de hacer versos, entiendes mucho de negocios, conoces la vida del campo, y eres activo. Vas, pues, á ser el Néker salvador de esta hacienda. Comenzarás por ordenar los asuntos, y Pilar te deberá lo que más agradecen ellas: la seguridad de poder entregarse á satisfacer sus caprichos, sin preocuparse de cuánto les cuestan.

Hace pocas noches, en casa de mi Duquesita, me habló Pilar de su situación, quejándose amargamente. El actual administrador es entreverado de ladrón y tonto; el mayor-





INSPIRACIÓN.

CUADRO DE R. HEYN



demo, un pillo; el bolsista á quien consulta, otro que tal baila, un gatera que quiere casarse con ella ó arruinarla, ó ambas cosas á la vez. Esto último la ha decidido á buscar remedio á sus males, haciendo *crisis total*. Todos van á la calle. Es íntima, íntima amiga de Ventura, mi Duquesita, y valido de esta circunstancia hablé de ti como mereces, respondí de tu honradez..... y quedamos en que te avisase. ¿Quieres más?

Conque, ponte en camino y hablaremos largamente. Me parece que no te quejarás de tu estrella ni de tu buen amigo y condiscípulo, que te quiere de veras,

LUIS.

Aunque ya te digo que hablaremos despacio de muchas cosas, te advierto que Pilar pasa entre sus amigos, y creo que con fundamento, por mujer indiferente y desdeñosa en materia de amores. Venturita me ha dicho varias veces que es altiva y muy fría. El olvido de esta circunstancia pudiera serte fatal; pero, en fin, para tratar de negocios no importa que sea de cal y canto. Adiós, y apresura el viaje.

II.

DE DOÑA PILAR TORREDELORO, VIUDA DE MAJADAS, Á LA DUQUESA DE ARRAYANES, EN BIARRITZ.

Julio 15, Madrid.

Queridísima Venturita: ¿Cómo he de divertirme ni pasarlo bien no estando tú aquí? Ya te tengo dicho, y ahora te lo escribo, por si algún día quieres sacármelo á relucir, que muerto aquel hombre que mientras vivió intentó hacerme dichosa y al morir se me dejó rica, únicamente para contigo tengo motivos de agradecimiento y cariño. Acaso otra no lo confesara, pero yo soy así. Tú me has servido de maestra en todo lo que es gracia, encanto, primor y elegancia. Cuando llegué á Madrid no tenía más que mi nombre ilustre, y mis diez y ocho años: dinere muy poquito. *Après tout* no carezco de mérito, porque he procurado acercarme á mi modelo, por supuesto nada más que en ciertos detalles, porque una cosa es imitar la caída de un lazo ó el plegado de una falda, y otra cosa es tener tu ingenio y tus ojos. Yo voy creyendo que soy casi tonta; y los ojos, aunque dicen que no son malos, no me sirven para nada: como que me estaban robando y no lo veía; pero, afortunadamente, parece que esto va entrando en caja. El recomendado de tu Luis se porta muy bien. Hace poco más de dos meses que está aquí, en las habitaciones del piso segundo, y la situación ha mejorado mucho. Por lo pronto, ya sé á cuánto deben ascender mis rentas cuando todo se normalice; en segundo lugar, ha conseguido realizar muchos de los créditos que yo consideraba incobrables; y, por último, ha logrado que algunos colonos y arrendatarios que estaban en descubierto conmigo se comprometan á pagarme en plazos cortos. No entro en detalles por no cansarte. Si la cosa sigue como ha empezado, en poco más de un año podré considerarme, desde el unto de vista de los intereses, como la mujer más feliz del

mundo. Me sobrará con qué vivir: ya sabes que no soy codiciosa. ¡Si pudiese una tomar administrador para el corazón y el pensamiento como para el bolsillo! Por supuesto que esta es una tontería, porque ya sabes que no me pesa la viudez. Fuera del afecto que te profeso, y éste no necesita dirección, ningún sentimiento, ninguna idea hay en mi alma que exija vigilancia. ¿Será porque comprendo lo delicado de mi situación? El dinero, que nos da tranquilidad para tantas cosas, nos la quita para otras. ¿Qué mujer rica no ve acercársele los hombres con recelo? Además, entrando en cuestión de distinta índole, harto sabes que jamás lograré interesarme un hombre que no pertenezca á mi clase: cuando Pilar Torredeloro era pobre, supo guardarse y mirarse mucho; con que ahora que, gracias á la generosidad de mi difunto y á la buena administración de vuestro recomendado, voy á tener seguro el cobro de los cupones y sin merma las cosechas, ¡figúrate! No me casé con Majadas porque fuera rico, sino, en primer lugar, por ser de familia tan buena como la mía, y luego porque creí quererle. ¡Triste cosa es que no sepamos por completo lo que es el amor hasta después de casadas!

Todavía no puedo cumplirte mi ofrecimiento de ir á Biarritz; pero no des á nadie por muchos días el cuartito azul, pues confío en que á mediados del que viene me tendrás ahí. Entretanto, escíbeme con frecuencia.

Se me olvidaba decirte que además de buen administrador, este don Manuel que me habéis proporcionado para ministro de Hacienda, no parece hombre vulgar, ni carece de cierta ilustración. Algunos periódicos han publicado versos suyos, y mi doncella me ha dicho que casi todos los días vuelve á casa trayendo algún libro. Don Manuel, aunque el *don* no le sienta, porque no pasará de los treinta, tiene buena presencia y cara de listo; es alto, moreno y no resulta antipático. En cambio, es poco cuidadoso en el vestir, ¡Si vieses qué corbata morada con lunares verdes trajo el primer día!

No hay tiempo para más. Adiós, rica. Dime qué vida haces, aunque ya supongo que estando Luis ahí, no verás á mucha gente. Tuya siempre y de veras

PILAR.

III

DE LA MISMA Á LA MISMA, EN BIARRITZ.

Agosto 6, Madrid.

Querida Ventura: Hijita, no puede ser. Ni el 15, ni acaso el 20, ni tal vez en todo lo que queda de mes. No sabes lo embrollado que estaba todo. ¿Querrás creer que en el pueblecillo mismo del pobre Majadas (q. e. p. d.) había cortijero que me debía año y medio? Poco antes de morir hizo un préstamo sobre una casa: pues, hija, ni me devolvían el dinero, ni me daban intereses, ni nada..... y, además, han intentado estafarme vendiendo la finca. Por fortuna este hombre, que está en todo, ha puesto remedio; y como no



hay posibilidad de sacarles un maravedí, me quedaré con la casa. Puedes decir á tu Luis que su recomendado me tiene hasta ahora muy contenta. Al principio no las tuve todas conmigo, porque me pareció hombre muy metido en sí, seco y de pocas palabras. No respondía de nada, no daba seguridad de nada; yo, para mis adentros, le llamaba *Don Veremos*; pero, hijita, en cuanto él se hizo cargo de todo, resultó un dije. «Señora, los de Córdoba han pagado hasta el trimestre pasado; en Martínferros están al corriente; á la casa de la calle de Fuencarral se le levantará un piso sin gastar nada, subiendo el alquiler á los de Atocha, y he convertido las tres tiendas en local para un café, que renta mucho más.» ¿Qué te parece? Y lo dice tal como te lo pongo aquí, sin dibujos ni rodeos. Lástima que sea un poco tosco, aunque no deja de afinarse algo. Se acaba el papel. Tengamos un poquito de paciencia á ver si quedo libre de asuntos y puedo salir de aquí el 8 ó el 10 del que viene. Muchos recuerdos á Luis. Escribe, no seas perezosa, y ya sabes que te quiere tu mejor amiga

PILAR.

IV.

DE LA MISMA Á LA MISMA, EN BIARRITZ.

Septiembre 8, Madrid.

Venturita mona: Te vas á poner hecha una fierecilla; pero, hija mía, no puedo remediarlo. No me esperes para ir juntas á París. Este año adiós Biarritz, y lo que siento más, me quedo sin París. Antes que se me olvide, un encargo. De la misma casa de la avenida de la Ópera, donde compramos el de las flores de acacia, tráeme tres sombreros bonitos para paseo; al teatro ya sabes que si voy es á tu palco. Pregunta qué *fourrures* estarán más en moda este invierno, y cómprame algo parecido á lo que elijas para ti: también quiero un par de vestidos, pero ya te mandaré las medidas; haré que me las rectifique mademoiselle Barolét, porque me parece que estoy algo más llenita. Dime si quieres dinero y cómo te lo envío, aunque esto ya lo dispondrá Manuel.

Este hombre es verdaderamente útil, y va tomando tierra en Madrid. La otra tarde pasó junto á mí, estando yo en el coche delante de casa de aquellas á quienes tú llamas la Deuda Flotante, mientras el lacayo subía las tarjetas; me saludó muy fino, pero sin pararse. ¿Sería cortedad, ó falta de cortesía? Te decía que es útil, porque acaba de evitarme un disgusto muy gordo. Figúrate que como yo no tenía cuidado de nada, y esta casa no era casa, pues, hijita, estaba debiendo, sin saberlo, una porción de miles de reales al guarnicionero, á mademoiselle Pimpante, al tío que me trajo la victoria el año pasado y cambió el caballo negro, y ¡hasta en las tiendas de cosas de comer! El mayordomo que despedí cuando vino Manuel me dejó entrampada, y ¿cómo dirás que ha salido todo á relucir? Pues en forma de citas judiciales. ¡Qué vergüenza! Si no es por este hombre, hubiese yo tenido que ir á las Salesas como una cualquiera.

Además, para ciertas cosas, es tan delicado y tan escrupuloso, que no consiente que le otorgue poder, y pone todas las escrituras á mi nombre. Esta es la causa de que yo no pueda salir ahora de Madrid, porque no sé cuándo tendré que firmar unos papelotes de gran interés. ¿Querrás creer que me ha puesto en claro los títulos de propiedad de todas las fincas? Lástima que sea un poco vanidoso. Cualquiera diría que hace bien las cosas, no por conseguir favorable resultado, ni porque se lo agradezcan, sino por lucirse. Me parece que su defecto, ó mejor dicho, lo que le sobra, ha de ser mucho amor propio.

Lo de no ir contigo á París me tiene disgustadísima; pero, hijita, ¿cómo dejo esto? El año que viene será otra cosa, y si quieres, en pleno invierno haremos una escapatoria de quince días para comprarnos los abrigos. Nada más por hoy. Á Luis, que le está muy agradecida tu mejor amiga

PILAR.

V.

DE DON MANUEL ALADECERA Á DOÑA INÉS ALADECERA,
EN PUENTE ROTO.

Madrid á 4 de Octubre.

Mi siempre querida hermana: Recibida la tuya, nada nuevo tengo que comunicarte. Mi situación aquí es la misma que ya te he dicho; pero no hay que perder de vista que no considero esta casa sino como el primer repecho que pienso subir, si me ayuda un poco mi suerte, aunque ya sabes que yo creo poco en la fortuna y mucho en lo que cada hombre hace por sí. Las protecciones son para quien no puede medrar sin ellas.

Á esta señora, que es buena, pero que no ha inventado la pólvora, le estaban robando inicuaente. Me queda bastante que trabajar; pero espero que dentro de un par de meses, luego de formalizado el cobro de atrasos y renovación de escrituras, esto será para mí como para ti coser y cantar. Con dos horas diarias estaré despachado, y ella podrá dormir *sobre las dos orejas*, como dicen los franceses. Después, esto será para mí una canonjía.

Voy entrando de nuevo en la vida de Madrid. ¡Y qué diferencia de cuando era estudiante! He reanudado amistades antiguas, y confío en que pronto, muy pronto, oirás hablar de tu hermano. Espero leer una de estas noches en el Ateneo. Si gustan mis versos, y creo que sí, porque agradan otros que no valen ni la mitad, me pondré á concluir un trabajo de importancia, y ¡ya verán los maestros de aquí!

Para conseguir eso del Ateneo, me ha recomendado doña Pilar á Campoamor y á Núñez de Arce: por supuesto, que también lo hubiera yo logrado sin ayuda de nadie: cuestión de tiempo. Me ha pedido que si llego á dar la velada, le reserve un par de billetes para ir con una amiga; lo cual me ha chocado mucho, pero en realidad no tiene nada de particular. Puede que haya leído aquellas dos composiciones que logré meter en LA ILUSTRACIÓN.

Aun no he podido satisfacer tu curiosidad enviándote el



retrato de doña Pilar. Es pequeñita, morenilla, fina, en conjunto agradable, pero muy poquita cosa y bastante sosaina. Ya te he dicho que no es mi tipo. Se me figura que no echa mucho de menos al muerto, y eso que, á juzgar por el testamento, la quería de veras. Así sois todas. Tú ándate con cuidado con el majagranzas de D. Juanito, que parece que no llama y se mete en casa. Demasiado comprenderás que no estoy dispuesto á tolerar ciertas cosas, y menos ahora que empiezo á crearne una reputación. Conque mucho ojo, y no lo olvides.

Adiós: á padre un abrazo muy apretado. A Mariquilla le dices que no recibís cartas mías: cuanto menos habléis de mí, mejor. Se acabaron las chiquilladas. Tu hermano que te quiere

MANOLO.

Cuando lea en el Ateneo, os mandaré los periódicos que hablen de mí. Doña Pilar se ha empeñado en recomendarme á unos periodistas conocidos suyos para que no me *revienten*, como aquí se dice. Ha sido cosa de ella, espontánea: yo nada ja he pedido. No me mandes más calcetines blancos de los que tú me haces. No creas que es desprecio ni falta de cariño; pero aquí no se puede llevar eso. Servirán para padre. Te abraza de nuevo tu hermano

M.

VI.

DE DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARRAYANES,
EN PARÍS.

Septiembre 28, Madrid.

Mi querida Ventura: ¿Serás capaz de pasar todo el invierno en París? La verdad, por mí lo sentiría en el alma; pero no pierdes gran cosa en no estar aquí. De reuniones nada, visitas estúpidas por las tardes, y en el Real, según dicen, preparan lo de siempre: compañía mala, las óperas de toda la vida y subida de precios.

Hasta que tú vengas, para mí Madrid no es Madrid. Además de la *fourrure* y los otros encargos, tráeme un par de batas muy elegantes, como para ti; y si te parece, que sean claras. Como ya se han cumplido los dos años.... En fin, á tu gusto. Los sombreros, aunque sean un *poquito* vistosos, no importa. No dejes de anunciarme tu vuelta por si necesito algo más. También quiero saberlo porque deseo estar aquí para entonces. Te digo esto, porque puede que tengamos que ir unos días al Olivar del Santo, junto á las Ermitas de Córdoba. Es consejo de Manuel, y no le falta razón. Poco á poco voy á recorrer todos *mis estados*. La otra noche me dijo comiendo que si yo quisiera poner cuidado, á la vuelta de un par de años habría aumentado en un 20 por 100 cuanto tengo, y que si él tuviera que dejarme por cualquier causa, no debía yo de necesitar auxilio de nadie. Para mis intereses sería un golpe fatal que este hombre me faltara. Tiene un entendimiento clarísimo, y ni es tan brusco como supuse al

principio, ni le falta gracia. Dice que ha estudiado aquí toda la carrera y conoce á mucha gente.

Adiós, monísima. Ya sabes que te quiere tu invariable amiga

PILAR.



VII.

DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARRAYANES,
EN PARÍS.

Octubre 10, Madrid.

Queridísima Venturita: Se conoce que te diviertes, y no piensas en volver. Por mí lo siento, pero haces bien. Yo, en cambio, cada día más aburrida. No voy á ninguna parte, y apenas salgo de noche. El viaje á Córdoba en suspenso, porque Manuel está malucho. Espero que no será nada. ¿Te dije que quería leer versos en el Ateneo? Pues bien; se lo recomendé á Campoamor, y conseguimos que leyera. Gustó mucho, mucho de verdad. Los periódicos dijeron que es un *poetazo*. Te mando unos sueltos cortados para que los leas. Indudablemente tiene mucho talento. Ya ves, entiende de números y hace versos. Su padre creo que es labrador, pero en grande: supongo que las tierras serán tuyas. Manuel es quien le arregla todos los asuntos, como hace conmigo. Le aplaudieron á rabiarse. Por cierto que lo que leyó se parece bastante á los poemitas de Coppée, que tanto me gustan. Al salir, hizo la majadería de no querer venirse en coche, y pescó un catarro. Estoy segura de que entre las gentes ilustradas no se habla hoy más que de él. Yo no le veo, porque ha tenido que guardar cama; pero afortunadamente no es cosa de cuidado.

Adiós, feúcha; escíbeme largo, cuéntame todo lo que ves y cree que te quiere mucho tu verdadera amiga

PILAR.

Di á Luis de mi parte que compre algún regalo bonito y elegante para hombre: lo que él quiera, pero que sea bueno, porque el otro día, que fué mi santo, Manuel tuvo la atención de enviarme una canastilla de flores, por cierto preciosa.



VIII.

LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DOÑA PILAR TORREDELORO,
EN MADRID.

París, 17 Octubre.

Querida Pilarcita: Pero, criatura de Dios, ¿no te das cuenta de lo que te está sucediendo, ó imaginas que soy tonta y no lo adivino todo? Bien dice Luis que, sin sospecharlo, hemos metido al lobo en el redil. Tú, en cambio, no te enfades, pimpollo, estás haciendo de oveja boba. ¿Estás en Babia, ó camino de la Vicaría, que es peor? Porque tú no eres de las que se comen el puchero antes de las doce. Cada loco con su tema. En cambio, yo.... Si Luis me hablase de casorio, creo que le dejaba cesante. Pero vamos á lo que importa. ¿Ese administrador es tal administrador, así como suena, ó es que te gusta representar el papel de doña Inés? ¡Parece mentira que estés viuda, la situación más favorable para atisbarlo, comprenderlo, evitarlo y hasta precipitarlo todo! Estás desacreditando á la clase y dejando que se te entre el amor, no al cuerpo, sino al alma, que es mucho más grave. Mira, hija, que hablo por experiencia.

Ya sabía yo que eras romántica, pero no tanto. Apenas llegue te confesarás conmigo; pero quiero ponerte, desde ahora, en guardia contra ti misma. Tengo tiempo, porque Luis ha ido á cobrar una letra, y tardará.

Prescindamos por un momento del administrador (de algún modo hay que llamarle), y vamos á la serie de impresiones que ha causado en tu ánimo. En una de tus primeras cartas me decías que *don Manuel* no carecía de cierta ilustración, que compraba libros (en eso gastan ellos el dinero) y que hacía versos: total, nada. En otra se te escapa que *está en todo*, le llamas *dije*, y aun quejándote de su poca elegancia, haces la observación de que ya no usa corbata morada con lunares verdes. Todo esto sin renunciar todavía á venir á Biarritz. Luego retrasas el viaje y hablas de que estás *más llanita*. Chica, francamente, esto ya es atroz. Ninguna mujer se preocupa de eso como no tenga alguien á quien querer agradar. En seguida, ó poco después, viene la supresión del *don*. ¡Adiós tratamiento! Le llamas *útil*.... ha tomado tierra en Madrid....

Por último, renuncias á lo que más te gusta, al viaje á París, y me largas la noticia con la mayor frescura del mundo. Francamente, ¿es sobra de inocencia, ó es exceso de malicia? Si lo primero, no sirves para enamorada: si lo segundo, eres poco leal conmigo.

Lo gordo viene en cartas posteriores. Tú, que no recibes á nadie con confianza, ¿para qué pides batas muy elegantes y claras? ¿Sabes cómo llamaba mi abuelita á las batas? Decía que era el traje con que más le gustaba al diablo la mujer. ¿Conque has caído en la cuenta de que se han cumplido los dos años? Nadie diría que tienes veinticuatro. Bien es verdad que representas diez y ocho. ¡Quién fuese tú! Vamos adelante. Al pedir sombreros con flores, haces la observación de que el administrador tiene entendimiento y mucha gracia. Somos unas pobrecitas. ¡Mira que cuando nos parecen graciosos, ya están ellos riéndose de nosotras!

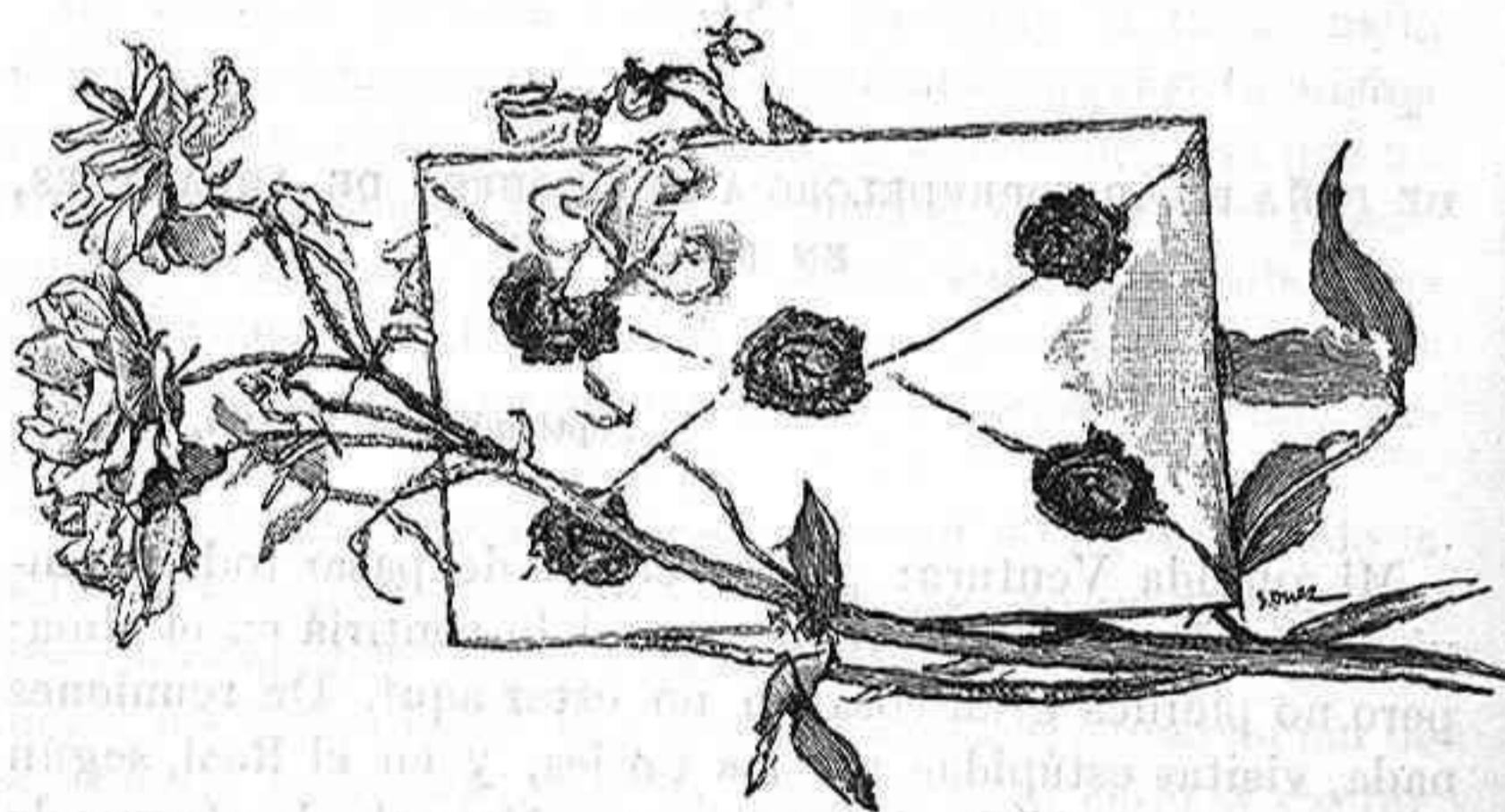
Luego se lo recomiendas á Campoamor (que se estará burlando de ti y te sacará en una dolora); lee versitos que te parecen de Coppée, me mandas recortes de periódicos, y él ¡pobrecito! pesca un catarro por no querer irse contigo. Catarro, ¿eh? Ya le haría yo sudar.

Luego, bomba final: lo del viaje á las Ermitas. ¿Lo has pensado bien? ¿Á las Ermitas? Para eso, atrévete, y á la parroquia con él. Porque, la verdad, hijita, estoy viéndote hasta el fondo del corazoncito; pero de ese Manuel, á quien estás deseando llamar Manolo, no sé palabra. ¿En qué actitud está? como dicen los políticos. Luis afirma que es un buen chico: los lobos no se muerden entre sí. ¡Ay, si hubiese masonería de mujeres, como la que tienen ellos!

¿Me autoriza el cariño que te profeso para decirte todo lo que se me ocurre? Pues en una palabra: si con *él* te has clareado tanto como conmigo, una de dos: ó ese hombre pasa veinticuatro horas al día besando donde tú pisas, á menos que no le permitas besarte á ti, ó es un tonto.... ó un pillo muy largo. Vive prevenida; y, créeme, suspende el viaje á las Ermitas. ¡Pues buenos están los tiempos para cometer imprudencias ni correr aventuras! ¿No sabes que luego sale uno de esos padres á quienes damos terrenos, conventos, dinero, colegios, influencia, ¡todo!, y en pago escribe una novelita y nos pone verdes?

Te envió un puñado de besos; pero temo que á estas alturas te parezcan besos de amiga. Lo es siempre tuya de *tout cœur*,

VENTURA.



IX.

DOÑA PILAR TORREDELORO Á LA DUQUESA DE ARRAYANES,
EN PARÍS.

Noviembre 10, Madrid.

Venturita mona: Tu ingenio y tu picardía han hecho que te pases de lista, como el personaje de aquella novela de Juan Valera que tanto nos gusta; pero, hijita, ¡qué cosas se te ocurren! Mil veces me has dicho que soy tan poco impresionable, tan indiferente, no te has atrevido á decir fría, ¿y ahora supones que puedo inflamarme en un ratito, como tiple de ópera? ¿Olvidas quién soy yo y quién es él? ¿Qué ha pasado aquí? Mi casa y mis intereses estaban yéndose á pique, y un recomendado de Luis, es decir, tuyo, va evi-



tando el naufragio. ¿Es delito que le mire con cierta simpatía ó con un poco de gratitud? ¿Qué hay en esto de sospechoso? No te enfades, pero como tú pecas de compasiva para con ellos.... ¡pues! piensa el fraile que todos son de su aire. Aquí no ha habido siquiera ocasión de mostrarse indulgente. Ni él ha dado motivo, ni yo le hubiese tolerado la menor ligereza. Se trata sencillamente de un hombre que cumple bien, que trabaja, acaso más de lo que debe, y de una señora, entiéndelo bien, señora, que ha correspondido á ese celo. En cuanto á lo de ir á Córdoba, que tanto te escandaliza, me parece que viajar con el administrador y la doncella no es ningún crimen. Mucho agradezco el cariñoso interés que revela tu carta; pero el día que suceda *eso* que tú supones, será con un hombre notable, distinguido por sus méritos ó por su casa. Sabes que para mí el decoro es lo primero. Si algún día me pretendiese un hombre vulgar y yo tuviera la desdicha de apasionarme, ó encapricharme, como tú dices, procuraríale elevarle tanto, á ser posible, que luego tuviese yo que bajarme para ser suya. Fuera de esto, ni la ovación que Manuel tuvo en el Ateneo, ni el mérito de sus versos, ni siquiera lo beneficioso de su administración, pueden hacerme olvidar que soy de la familia de los Torredeloro. Si con él ó con cualquiera otro llegase á olvidarlo, me daría mucha vergüenza: cuando yo me entregue á un hombre, será que puedo hacerlo con toda solemnidad. Suceda lo que Dios quiera, nunca dejará de ser tu mejor amiga

PILAR.

X.

LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DOÑA PILAR TORREDELORO.

París, 15 de Noviembre.

Nenita mía: Varias veces me has oído decir que para conservar á los amigos es preciso no hablarles de sus defectos. He olvidado esta máxima, por exceso de cariño, y mi leve culpa me ha valido la destemplada carta tuya que acabo de recibir, escrita por la mano más pequeña y pensada por la cabecita más graciosa y.... más quisquillosa de Madrid. A pesar de lo cual no me enfado, porque te quiero mucho. ¡Cuánto se alegrarían algunas si nos vieses enemistadas!

Eres un poquillo vanidosa.... á la antigua española, y te ha ofendido mi sospecha de que el *administrador* pueda convertirse en amo. Como quieras: ni tú piensas en él ni él en ti: no pasa nada. Digno de ti no lo hay entre todos los grandes de España.... pero, hija, princesa, tú estás enamorada de Manuel ó Manolo, como le llares. Perdono tus frases picantes: hasta me hacen gracia.

Aunque nada me dices ya de los encargos, conste que te llevo los sombreros, las dos batas elegantísimas.... claras, y aunque no me la has pedido (sigo pasándome de lista), te he comprado también alguna ropa interior verdaderamente primorosa, con unos encajes que parecen labor de hadas. Luis me las vió comprar, y dice que «hasta allí». Si no te gusta, yo me quedaré con ella. Adiós, doña susceptible, ingrata.... tonta. ¿Qué mal ni qué bien me trae á mí que te estés enamorando sin saberlo? ¿No ves que tengo seis meses más que tú y sé de todo?

En fin, pronto hablaremos, porque el jueves de la semana próxima llegaremos á esa; y para que veas que ni me ofendo ni te supongo enojada, me iré á tu casa mientras acaban de aviarme las habitaciones que me están arreglando. Tú corres con que avisen á mi doncella para que lleve ahí lo que yo pueda necesitar. Desgraciadamente, Luis se irá en seguida á Sevilla, porque su tío está enfermo. Adiós, rica, y perdona tanta palabrería y tanta franqueza á tu invariable

VENTURA.

XI.

DON MANUEL ALADECERA Á DOÑA INÉS, SU HERMANA.

Tierra Espigas, á 17 de Diciembre.

Querida hermana mía: Hoy es uno de los días más felices de mi vida. Anteayer llegué á este pueblo para realizar la cobranza de mil y pico de duros que estos palurdos deben á doña Pilar. El lugarejo es pedregoso, árido, seco, sucio; pero hoy.... no hay para mí tierra más hermosa en el mundo. Figúrate que anoche fui á casa de un D. Servando, que es aquí el cacique, el amo, y hablamos de política. Con él estaban otros tres personajes de capa parda á cual más astuto y solapado.... pero ya conoces mi facilidad de palabra. Para abreviar: les entusiasmé, y como andan muy quejosos de su diputado y además se acercan las elecciones, ¡asómbrate! me ofrecieron la diputación. Te advierto que esta es la tercera vez que he venido á este lugar y que apenas me conocen. Estuvieron muy expresivos; y tan pensada y resuelta tenían la cosa, que si me niego no sé lo que hubiera pasado. El D. Servando es muy listo y tiene aquí vara alta. Total: yo acepté dejándome rogar un poco, y como la influencia de este animalucho es decisiva en el distrito, voy á ser diputado; quizá el único que vaya á las Cortes sin haberlo solicitado. Para cuando se abra la legislatura quiero que vayáis á Madrid. Di á padre que se haga ropa decente. Lo estoy recordando y me parece mentira. Es increíble. ¡Sin la menor indicación mía! ¿Á quién se le iba á ocurrir? El primer día que hable os llevaré al Congreso. Les dije que yo era liberal, y les pareció bien: lo principal, según ellos, es conseguir una condonación de contribuciones que tienen pendiente por un pedrisco que cayó nueve leguas de aquí, y que *votemos* la carretera de Tierra Espigas á Valchasco.

¿Sabes lo que me contraría? Que como casi toda la comarca es de doña Pilar, no hay más remedio que notificarle lo sucedido pidiéndole su venia, á lo menos por cortesía, so pena de indisponerse con ella. ¡Mira tú que tener que hacer esto cuando he sido rogado, casi obligado por el cuerpo electoral! Te parece un sueño, ¿verdad? Pues dentro de un mes podré sentarme en el Congreso.

Respecto de lo que me dices de doña Pilar, te equivocas de medio á medio. No es lo que se llama una mujer fea; pero, dadas las circunstancias, no quiero pensar en comprometer mi libertad. Con menos fortuna han llegado otros á ministros. Los poetas tenemos en política buena suerte: de todo te tendré al corriente. Un abrazo á padre.

Tuyo,

MANOLO.





LA VUELTA A BORDO
CUADRO DE G. BOUGUEREAU.





XII.

LA DUQUESA DE ARRAYANES A DON LUIS LASUERTE,
EN SEVILLA.

Madrid y Enero 30.

Monín de mi alma: Razón tenías para sospechar que tu recomendado había caído en casa de esta mosquita muerta igual que lobo en redil.

Está loca perdía, como tú dices. He visto cosas estupendas y he sabido atrocidades. Tu amigo Manuel no es aquí el amo porque no quiere. A ella cuanto hace le parece bien, y no pasa tarde sin que le mande a llamar. Yo algunas veces me voy por no hacerme antipática; otras me quedo para oler, y, chico, te asombrarías. Don Manuel, ó es memo y no entiende, ó se hace el interesante. Ella le recibe hecha una princesa de elegante, y luego dice amén a cuanto le propone. Lo grave del caso es que él, ¡tan fresco! A mí no me cabe en la cabeza que una mujer haga esas avances, que llaman los franceses, tanta monada y tanta zalamería (tú la llamarías de otro modo), sin que él tenga que tomar una determinación. Porque la cosa está que arde. Y en prueba de ello, allá va la bomba final, ó mejor dicho bombas, porque son dos. Primera: que Pilar, según he sabido gracias a una casualidad, le está protegiendo por bajo de cuerda, hasta tal punto, que le sacarán diputado por Tierra Espigas la semana que viene. Mira por dónde has hecho un diputado sin saberlo. Lo gracioso es que el tal Manuel tiene trazas de creer que quien le da el distrito es su propio mérito. ¿Si supondrá que los paletos han sabido que le aplaudieron en el Ateneo? De vanidosos está el mundo lleno. Pues, hijo, la tal velada fué, según me han dicho, lo que tú llamas una lata. Por último, y esta es la segunda bomba. ¿Sabes a quién pone varas el diputado en canuto? ¡Pues a mí! Anda y busca empleitos para los amigos. Desde que me oyó decir que el general Martínez es tío mío está conmigo finísimo, ¡y la otra ciega! No quiero ocultártelo, porque estas cosas vuelan. ¡Figúrate! Yo mi Luis y nada más.

Lo de la diputación (lástima que no hayamos pensado en ello para ti) te dará idea de cómo está Pilar. Con las relaciones que ésta tiene le hacen subsecretario en seguida. Y él nada, sin soltar prenda, a pesar de haber estrenado ella las dos famosas batas claras. ¿Te acuerdas de la tarde que me las probé en París en el cuartito de la fonda?

Yo hago como que no veo y las cojo al vuelo. Está perdida, y si Dios no lo remedia cometerá una imprudencia. Lo único que la contiene es su eterna manía del decoro, ¡su familia.... una Torredeloro! (¿Qué dirían en Tierra Espigas?)

No tengo tiempo para más. Cuando vengas, que me hace falta sea pronto, te daré detalles. Entretanto, está tranquilo por lo que se refiere a tu recomendado. ¿Sabía que soy tuya? Porque si no lo ignoraba, el mozo es de perlas.

Nada más. Mil cariñitos de tu

VENTURA.



XIII.

DE LA MISMA AL MISMO, EN SEVILLA.

Madrid, 6 de Febrero.

Riquín mío: Ayer pagué la cuenta del sastre y cuarenta duros al tío que te lleva el tabaco, porque vino tu criado diciendo que habían ido a chillar. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿No sabes que no quiero que te atrases?

Al fin la pobrecilla se confesó conmigo. Empezó diciéndome que estaba muy preocupada, y acabó contándome que lo de la diputación era obra suya, pero que él no lo sabía. Luego se echó a llorar como una colegiala, diciendo un le quiero, vamos, que ni la Reichemberg, aquella rubia de la Comedia Francesa, que te di un abanicazo por mirarla.

Nadie puede profetizar en qué parará esto. Y ahora hablemos de nosotros. Me siento muy solita....

Tuya, con muchas ganas de verte,

VENTURA.

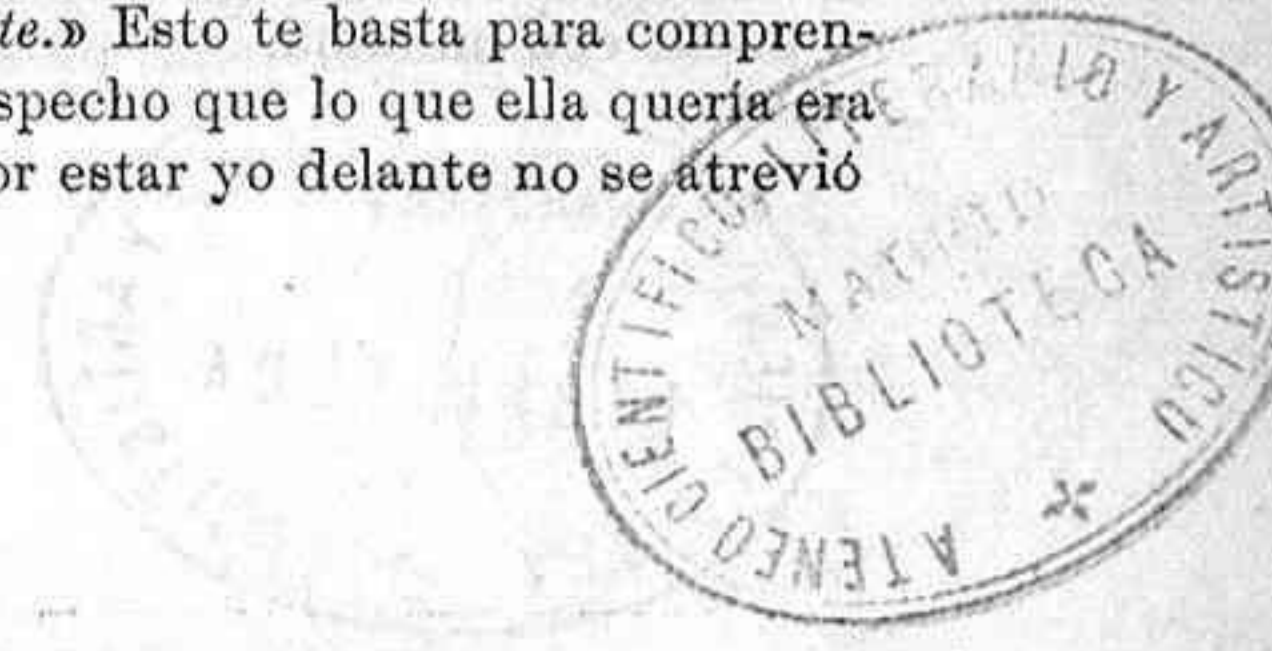
XIV.

DE LA MISMA AL MISMO, EN SEVILLA.

Madrid, 7 de Marzo.

Sr. D. Luis: En vista de que su estancia de usted en Sevilla se prolonga demasiado, y considerando que las sevillanas son muy guapas, mañana salgo para esa. Ya puedes componértelas de modo que te den un cuarto bueno, es decir, junto al tuyo; por lo menos en el mismo piso.

¡Pobre Pilar! ¡Qué cosas hacemos las mujeres! Anteayer, estando él fuera de casa (ya sabes que desde un principio le dió habitación en el segundo), largó la doncella a la calle con no sé qué pretexto y se empeñó en subir conmigo para ver cómo tenía Manuel el cuarto. No, la idea no es mala. ¡Cuántas infelices se desengañarían si pudiesen ver el cuarto donde vive el hombre a quien quieren! Total, nada: un despacho muy modesto atestado de libros, y un gabinete que es a la vez dormitorio y tocador. La cama limpia, pero prosaica como la de todo hombre que vive sólo: sobre una mesa tijeras, limas, cepillos, botones de plata, navajas de afeitar, agua de Colonia y hasta tenacillas para las guías del bigote. Se me olvidaba lo mejor. Entre todas estas baratijas, dos retratos bajo cristal: uno de viejo, un tío del campo, así como cortijero andaluz, buen tipo; y otro de mujer joven y bonita, sobre todo muy graciosa. Al coger este último retrato para mirarlo, Pilar hizo un movimiento que fué un poema: sorpresa, envidia, rabia, celos, de todo hubo. Más de diez minutos tardé en convencerla de que aquella chica se parecía mucho al administrador, y debe de ser su hermana. Luego acabó por decirme: «Si, se da un aire, tiene una fisonomía muy inteligente.» Esto te basta para comprender cómo está la pobre. Sospecho que lo que ella quería era curiosarse los papeles, y por estar yo delante no se atrevió



cansase de ti te costaría el empleo. Lo principal es que siga pareciéndote pava. Bien dices que esas señoras de Madrid si no fuera por los moños y los lujos y las modistas no valdrían nada.»

Puede que yo haya puesto alguna palabra por otra; pero en sustancia esto era. ¿Lo quieres más terriblemente claro? ¡Qué vergüenza! No había que quebrarse la cabeza para entenderlo. Indudablemente la hermanita, temiendo que se enamorase de mí, le puso en guardia, y él entonces debió de tranquilizarla diciendo que soy pava, que no tengo gracia y que si no fuera por el lujo y los trapos no valdría nada. También tiene la carta otro párrafo que dice: «Lo mejor es que no seas soberbio y procures ponerte bien con esa otra señora que conoce gente tan poderosa y está tan bien emparentada. Por lo que hablas de ella, comprendo que además te parece guapa.» ¿Quién será?

Me puse temblona de ira; luego me llené de terror ante la idea de que me sorprendiesen allí, y bajé á mi cuarto corriendo.

¡Qué noche! Tengo los ojos como puños. El dolor ha podido más que la humillación. Y ahora, ¿qué hago? Cuando volvió del viaje, envié á preguntar si podía recibirle, y dije que estaba mala: no mentía, y además me daba miedo la idea de verle. Ven, por Dios, y ayúdame á salir de esta situación que puede costarme la vida.

PEAR.

XVIII.

DE LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DOÑA PILAR TORREDELORO,
EN MADRID.

Sevilla, 23 de Mayo.

Querida Pilarcita: Tu carta me ha producido muy mala impresión. Está sucediendo lo que yo temía. No me atreví á decirte nada por miedo á que te enojases, como la vez pasada; pero ya es tiempo de que consideres fríamente lo que estás haciendo. Mira tú si me parecerá peligroso, que te escribo en serio. Al principio creí que eso sería un capricho de viuda joven y bonita; por lo visto, la cosa es algo más grave; se trata de una pasioncilla que ha tomado á tus ojos toda la importancia de una verdadera pasión. ¡Como, estás viuda, y viuda de verdad, hace tanto tiempo! Cuidado, nena mía, que para nosotras, pobres mujeres, no es lo mismo dejarse amar que procurar ser amadas. Lo primero *les* parece bien; cuando lo segundo, dicen que somos unas perdidas. Si yo no hubiese tenido que permanecer aquí tanto tiempo para vigilar á este tuno, habría procurado espabilarle aun á costa de una desilusión, que es lo que te conviene.

Ya te he indicado mil veces que no estoy conforme con tu táctica.

Si amas á ese hombre, ¿qué mayor gloria puedes proporcionarle que hacerle tu legítimo dueño? Piénsalo bien;

¿por qué le proteges? Si ha menester tanto favor para subir, es que no sabe medrar por su propio esfuerzo. ¿Qué inteligencia privilegiada es ésa que tiene cerca de sí un tesoro como tú, y no lo ve, ó lo ve y lo desprecia? Si lo primero, es un estúpido; si lo segundo, no hay palabra bastante dura que aplicarle. Y tú, ¿para qué quieres que brille y tenga una posición, como cándidamente dices? Desengáñate; lo que te ocurre es que.... vaya, las cosas claras; en primer lugar, hace ya mucho tiempo que se murió tu pobre marido; en segundo, que tu amor no es verdadero amor, sino.... que estás solita: hija mía, soledad, nada más que soledad; y, por último, que como ese cariño no es real, sino creado por tu imaginación, en vez de absorberte y dominarte, se ha modificado al contacto de tu único defecto. Cuando amamos de veras, la pasión nos limpia y purifica de imperfecciones; pero cuando la cosa no pasa de que creemos amar, entonces el cariño, el simulacro del cariño, mejor dicho, se contamina y bastardea con nuestros errores. Ya estás pensando que todo esto son tonterías que leo en los libros; pero ya sabes que para mí no hay más libros que los hombres. Además, en ti tienes la prueba. ¿Cuál es tu único defecto? Ese poquillo de vanidad que te hace pensar á todas horas en tu casa, tu nombre.... ¡los Torredeloro! ¿Verdad que no te enfadas conmigo? Pues bien; al fijarte en Manuel has querido procurarle una posición envidiable y digna de ti; antes has pensado en esto que en ser feliz. También él debe de estar roído de ambición mal entendida. Siendo como es un cualquiera y teniendo al lado una mujer como tú, no se ha sentido atraído hacia ella, y ¡piensas que conquistada la celebridad se arrojará á tus pies! No lo esperes. Cuanto más le encumbres, más le alejarás de ti. ¿Y qué sacarías tú de su celebridad? ¿Te sabrían luego mejor sus besos? Los que ambicionan gloria se duermen á nuestro lado para soñar con ella. No necesitamos hombres dormidos. Si ese fuera de otra pasta, ya te diría cómo habías de enloquecerle...., y si estuvieses realmente enamorada, instintivamente lo conseguirías tú solita. Proponiéndonoslo dos mujeres como tú y yo, llegaría á Ministro en poco tiempo.... y luego á él una Infanta le parecería poco. ¡Qué error tan grande el tuyo de querer hacer al amor cómplice de la vanidad!

Además, la viudez tiene grandes escollos: uno de ellos la impaciencia secreta, velada, de que no nos damos cuenta, pero que nos hace aceptar lo primero que se presenta. Esto te ha sucedido á ti. Hacías vida retirada, no tenías donde escoger.... *et voilà tout*. En cuanto te galanteen y cortejen más de dos á la vez, estás salvada: y no te fijes en ambiciosos ni sabios: la gloria y eso que ellos llaman ciencia son nuestras más tremendas rivales. La gloria nos los roba: el estudio nos los deja hechos pavesa. ¿Tú conoces nada más enclenque y débil que un sabio? En cambio, alguna vez habrás visto en el campo cómo abrazan los mozos á las muchachas. ¡Todos debíamos hacer vida pastoril! Basta de carta y de divagaciones. Mañana salgo para Madrid, te pondré en cura, y pierde cuidado, aunque estén pasadas de moda, no quedarán sin empleo las famosas batas claras. Acaso tengas que mudar los encajes del pecho, porque se te (ó te los) arruguen con frecuencia. *Rien de plus, ma mignone*: ten valor. Recuerdos de Luis, besos míos.

Tuya de corazón,

VENTURA.





XIX.

DON MANUEL ALADECERA Á SU HERMANA INÉS,
EN PUENTE ROTO.

Madrid á 22 de Mayo.

Querida Inés: Algo tengo que contarte, pero no puedo hacerlo hoy con la extensión que quisiera. Lo principal es que veáis que no os olvido. Sigo contento y con grandes esperanzas. El Ministro de la Gobernación me mandó llamar anoche; estuvo que se deshizo de amable, y me dijo que tenía en estudio una combinación para darme *algo* compatible con la diputación, porque el Ministerio necesitaba ropearse de personalidades notables; pero que, como á pesar de mi mérito carezco de ciertas condiciones legales, la cosa es difícil, porque hay que inventar la trampa para que no se nos vengán encima las oposiciones. Estoy seguro de que habló sinceramente: primero, porque me aprecia mucho y segundo, porque si yo me fuese con los conservadores daría un golpe tremendo al Gobierno. Allá veremos. La prueba de que me voy abriendo camino, es que ya me salen envidiosos y enemigos. Ayer mismo tuve un rozamiento con otro diputado: me dijo una cosa desagradable, le contesté secamente y me repuso: «Vamos, vamos, no hable usted tanto de coacciones y caciquismos, que ya sabemos á quien debe usted el distrito.» Figúrate cómo me pondría yo cuando (recordarás que te lo escribí) los mismos electores influyentes de Tierra Espigas me rogaron, casi me obligaron, á que aceptase. Cambié con aquel mentecato cuatro palabras gruesas y nos separaron los amigos. ¡Mira tú que venirle con reticencias al único diputado que hay aquí sin protección de nadie! Porque á mí ¿quién me ha empujado? ¿Quién me preparó la ovación del Ateneo? Lo que dijeron los periódicos ¿á quién se lo debo? La amistad con los Ministros, que me tienen un miedo feroz, ¿que quiere decir? Nada tengo que agradecer, y aquí no le perdonan á uno que se abra camino por sus puños. Me atufé algo, y poco me faltó para mandarle los padrinos; pero ya estoy tranquilo aunque comprendo que, dadas mis condiciones y el porvenir que tengo por delante, me van á odiar. Por supuesto, que ya verán ellos lo que es un hombre que no necesita favor ni apoyo de nadie. No quiero tener que agradecer nada. Eso sí: como encuentre quien me facilite dinero, fundo un periódico, y ¿á que no se atreven conmigo?

Otra cosa, aunque de menor importancia, me trae también disgustado estos días.

Tengo una sospecha lo más cómica del mundo. Se me figura que le he caído en gracia á esta buena señora. La verdad es que sino fuera por mí.... ¡Buenos tenía los negocios! Vengo observando que me llama con gran frecuencia y con cualquier pretexto; insiste para que me quede á comer con ella, y en dos ó tres ocasiones se ha negado á recibir visitas por estar hablando conmigo de asuntos que hubieran, sin riesgo, podido dejarse para otro día. Antes me recibía en la habitación que fué despacho de su marido: ahora entro hasta su gabinete, y siempre la encuentro primorosamente vestida. En provincias no sabéis lo que es una mujer elegante. Dirás que me he vuelto fatuo y presumido; pero tampoco tenéis idea de la desenvoltura de estas señoras.

Inútil creo decirte que no me conviene caer en la red, por mil razones: la primera, que por nada del mundo comprometo yo mi libertad. ¿Qué sé yo ahora lo que la suerte me tiene reservado, ni á qué clase de mujer podré aspirar? Aquí hay hombre que sin una peseta se casa con una millonaria. Lo que barrunto es que ella ve que voy subiendo como la espuma y que puedo llegar á tener la gran posición. No digo yo que sea D.^a Pilar mal partido: es rica, pero las hay que tienen más. Sobre todo, es muy parada, muy tontaina: me gustan más las mujeres vistosas, de esas que cuando entran en un salón ó un palco parece que lo llenan. Ríete cuanto quieras, ya sabes que yo te escribo como si me confesara contigo; pero, la verdad, si me hicieran secretario de una embajada ó me dieran una legación no me gustaría esta mujer, que, á pesar de sus humos aristocráticos, parece nacida para un empleadillo de seis mil reales. En fin, ello dirá. Sentiría que las circunstancias me obligasen á dejar la casa, porque ya sé que luego me han de sobrar medios de vida, pero ¿dónde iba yo ahora ni qué hacía? Me andaré con cien ojos, y si mis sospechas se confirman, procuraré dar tiempo al tiempo.

Recuerdos á padre, y para ti un abrazo de tu hermano

MANOLO.

XX.

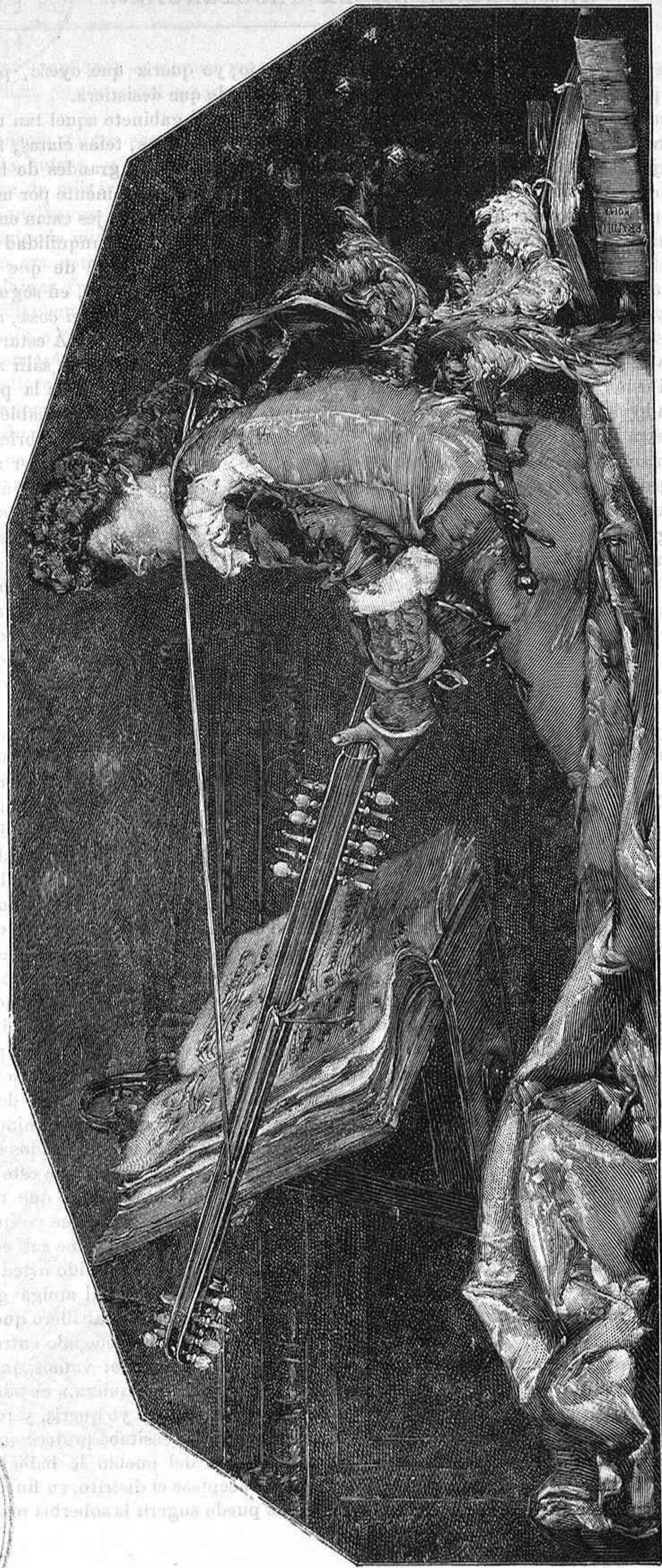
LA DUQUESA DE ARRAYANES Á DON LUIS LASUERTE,
EN SEVILLA.

Madrid, 26 de Junio.

Querido Luis mío: Hoy hace un mes que llegué á Madrid, dejándote ahí contra toda mi voluntad. Me parece que ya es hora de que vengas. Si puedes quedarte con la ganadería y ultimar el arriendo de los pastos, santo y muy bueno; pero si no haces nada, vente á escape, porque tu nenita se va cansando de estar sola. Hombre joven en Sevilla, y en libertad.... no es posible que seas bueno. Conque, á casa.

Ya que tienes empeño en ello, te contaré el desenlace de *le roman de Pilar*; y lo digo así, porque parece cosa de novela. Por supuesto que para explicarlo bien haría falta la pluma de Juan Valera. La infeliz estaba perdida: afortunadamente llegué á tiempo, y varió la decoración. Primero, para que te hagas cargo de todo, te diré que hasta se había quedado desmejorada. ¡Granujas de hombres, y qué lástima que no podamos vivir sin vosotros! Claro está, supo lo que es el matrimonio, adivinó que podía ser mejor que lo que á ella le tocó en suerte, y lo mismo fué verse viuda que comenzar á soñar con la reincidencia. ¿Qué mujer se acostumbra á vivir sin cariño luego de saber ó entrever lo que es? Total, se enamoró del primero que tuvo á mano. No veía á nadie, se presentó uno, pues ese: desengáñate, hijo, algunas somos como las tierras; el primer aventurero que llega se hace el amo. Pero aquí ese cualquiera fué el administrador, un poco más que el mayordomo recién despedido, y como es vanidosa.... ya sabes lo demás. Se empeñó en hacerle hombre: ella habló para que diese en el Ateneo la famosa velada, y te advierto que el tal Manuel es un poeta de abanico: ella hizo, por bajo de cuerda, que los caciques de Tierra Espigas le mandaran al Congreso, y que el Gobierno





LA MÚSICA.
PINTURA ALEGÓRICA, POR PRADILLA.



no apretase contra él las clavijas; ella habló á cuantos amigos de su marido conserva para que le abriesen camino; en una palabra, ha querido sacarle de la nada, imaginando torpemente que luego él se arrojaría á sus pies entre agradecido y enamorado. Pero, hijo, el caballero es de oro. No lo hay en el mundo más soberbio. Á todo esto, lo mismo fué llegar yo á Madrid, que comenzar á ponerme los puntos. Cuando me oía hablar de mi tío el General se le hacía la boca agua.

Yo tracé mi plan y no me paré en barras. Estuve cruel con ella, diciéndole: «Te voy á persuadir de que ese hombre, aunque sepa administrar casas, es un tonto indigno de ti.» Comencé por hacerla observar lo *amable* que estaba conmigo, y aquí empezó la desilusión. Luego, aprovechando la afición que ella había tomado á subir al cuarto de él, le obligamos á marcharse á Tierra Espigas con un pretexto, y una noche nos instalamos en su despacho, y nos enteramos de cuanto pudimos. ¿Que esto no es propio de señoras? Propón lo mismo á cualquier desdeñada ó celosa, y verás. Pilar, muy herida de sus galanterías para conmigo, y yo haciéndola notar y recalcando todo lo que podía perjudicarle, ¡figúrate! Pasó un rato infernal, pero ¡qué provecho le hizo! Lo primero que pescamos fué un paquetito de cartas de una novia que Manuel debió de dejarse en el pueblo. ¿Novia? He dicho mal. La pobre le llama, le ruega y suplica de un modo que no deja lugar á duda. Todo lo que le falta de ortografía le sobra de razón para quejarse. La ha perdido, la ha deshonrado, y á juzgar por el tono de sus lamentaciones, el señor diputado contesta con burlas y desprecios. Esto causó á Pilar tan mal efecto, que con toda su alma exclamó: «¡Infame!» No paró aquí la cosa. Las cartas de su hermana revelan que él, en las suyas, se ha mofado de Pilar, y lo que es peor, que es incapaz de comprender ni apreciar los favores que ella le ha hecho. ¿Y sabes lo que le causó peor impresión? Primero el convencimiento de que él la llama pava de mil modos, y luego el haber dado á entender que le perseguía con coqueterías demasiado expresivas. Cuando salimos iba trémula y nerviosa, sobre todo avergonzada. Resultado: dos días de cama con calentura y todo.

Lo mismo fué verla buena y relativamente tranquila, que aprovechando la ocasión le dije que debía cortar el mal de raíz. Ella misma discurrió cómo, y ¡lo que somos las mujeres! cuanto más débiles, más arriesgadas. Lo que ideó fué espantoso; pero quise dejarla, temiendo que desconfiara de mí, dado lo fino que él se muestra conmigo, si yo intentaba dulcificar su propósito. No puedes imaginarte escena más horrible. ¡Luego tachamos de inverosímiles las comedias! Todo su empeño era apurar el cáliz hasta las heces; oírle á él mismo lo que me dijese de ella, y luego presentarse y ponerle en ridículo. Nos pusimos de acuerdo, y por la mañana le mandó recado para que á las seis de la tarde subiese á hablar de un asunto referente á una casa que quieren vender.

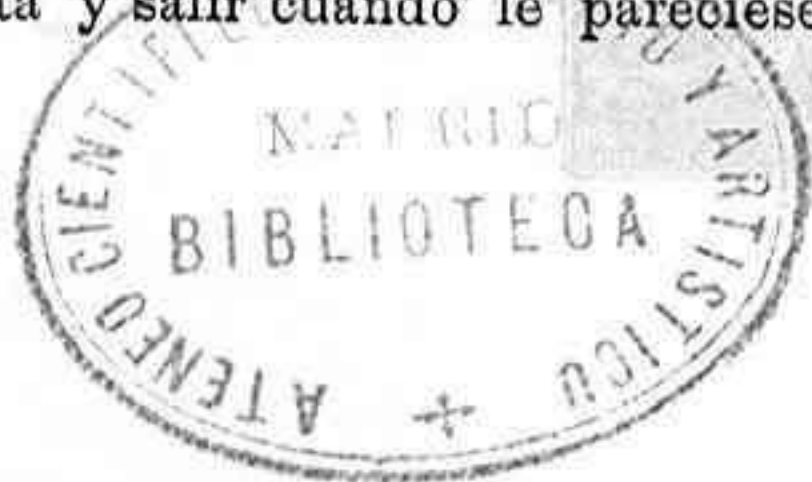
La doncella tenía encargo de decirle, cuando viniese, que la señora había salido y le rogaba que esperase. Yo debía llegar á los pocos momentos en traje de calle, entrar en la misma habitación donde él estuviese y darle conversación diciendo algo que le infundiera tranquilidad y confianza. Pilar empeñada en escuchar el diálogo desde una puerta inmediata y salir cuando le pareciese. Esto último contra

mi consejo; yo quería que oyese, pero nada de salir. No hubo modo de que desistiera.

Ya conoces el gabinete aquel tan mono, lleno de mueblecillos japoneses, lacas, telas claras, flecos de seda, cachivaches bonitos y macetas grandes de hojas que parecen sombrillas. Yo veía perfectamente por un espejo la entrada del dormitorio, cuyos cortinajes caían en gruesos pliegues hasta el piso. Para infundir tranquilidad al pícaro, cuando nos quedamos solos, me quejé de que entraba viento por la puerta que da al salón, y él, en seguida, la cerró. Después, no creas que se atrevió á gran cosa, ni yo se lo hubiera tolerado. ¿Verdad que me crees? Á estar tú escondido, en lugar de ella, no habrías tenido que salir á romperle.... nada; te habrías reído y nada más. Para la pobre Pilar la cosa era distinta. Como supondrás, yo hablé llevando la conversación á terreno en que él descubriese la pequeñez de su alma, pero atenta siempre á poder atajarle en cuanto pronunciase palabra que pudiera herir á Pilar profundamente. Mi propósito era que diese rienda suelta á su vanidad, y contestarle luego de modo que quedara humillado y puesto en ridículo.

Te ahorraré el relato de los preliminares. Luego vino lo siguiente: «¿Cree usted que tardará doña Pilar?—Vengo de casa de unas amigas donde creí encontrarla, y había salido ya de allí; no puede tardar. Espérela usted conmigo. ¿Tan mal se está aquí?» Me contestó una simpleza con pretensiones de galantería y me eché á reír, diciéndole medio en broma medio en serio: «¡Pero qué infames son ustedes los hombres! Sabiendo que estoy para casarme y que no debo dar oídos á ciertas cosas.... se atreve usted á venir con bromitas. Adoran ustedes lo ajeno sólo por serlo, y en viéndonos libres.... ni por ahí te pudras.—Por qué dice usted eso?—Porque.... por ejemplo: ahí tiene usted á Pilar, más joven, muchísimo más guapa, la bondad en persona, sobre todo libre absolutamente, y no se le ocurre á usted nada.» Tuvo la avilantez de decirme que no admitía la comparación, y yo porque no siguiese adelante en aquel camino, añadí:—«Además, aunque ya comprendo que será guasa, se atreve usted á galantearme sabiendo, porque yo no lo oculto, que quiero á Luis, es decir, al hombre que le ha hecho á usted el favor de introducirle aquí donde se gana usted la vida y pueden protegerle.» Esto de llamarle empleado y aludir á la protección, le sacó de quicio. «Señora—repuso—¿y qué representa el mezquino sueldo que me dan, si se tienen en cuenta los resultados de mi gestión en esta casa? ¿Ignora usted cómo estaba esto y cómo está?»

Yo había prometido á Pilar que no le echaría en cara ciertas cosas; pero, chico, lo que yo quería era provocar una explosión de amor propio, y me salí con la mía. «No señor, no ignoro nada de eso: ha sido usted *fiel*, pero también sé que ha recibido usted de mi amiga grandes favores. ¿Qué era usted? Un apreciable caballero que venía de un pueblo. Y hoy es usted hombre conocido entre lo mejor de Madrid, poeta aplaudido, diputado; vamos, que está usted en situación de aspirar á lo que quiera.» Se puso nervioso, perdió los estribos, que era lo que yo quería, y replicó que á nadie debía nada, que no necesitaba protección, y que en cuanto á la diputación, los del pueblo le habían rogado espontáneamente que aceptase el distrito; en fin, echó por la boca cuantas cosas puede sugerir la soberbia más desalentada. «Vea



usted lo que son las cosas—repliqué;—yo creía que todo eso lo había hecho doña Pilar, y que usted estaría profundamente agradecido.

Sonrió del modo más insoportablemente fatuo que se puede imaginar, se irguió en la butaca, y atusándose la barba se inclinó hacia mí con aire de misterioso, diciendo: «No crea usted esas tonterías: lo que hay es que.... vamos, que si usted hubiera estado conmigo la mitad de insinuante y expresiva que ella.... ya no era usted viuda.» La sonrisa con que acompañó estas palabras fué el colmo de la fatuidad. A mí me pareció sencillamente despreciable, mas para la pobre Pilar era denigrante y ofensiva. ¡Aquí de tu Ventura y qué bien estuvo! Me encaré con él como la mejor trágica del mundo, le miré de alto abajo, y le dije secamente: «Señor mío, está usted equivocado. Siento arrancar á usted esas ilusiones; pero todo, todo, se lo debe usted á Pilar. Usted se ha portado bien en su casa (esto de portarse bien lo recalqué mucho, como si se tratase de un criado), y ella ha procurado recompensarle con algo más que unos cuantos duros. Por lo que veo, ha dado usted interpretación torcida á tantos beneficios; pero vaya usted al pueblo, hable usted con aquel tío cuco de don Servando que recibió órdenes de Pilar, y saldrá usted de dudas. Sin que esto sea ofender á usted, mi amiga puede, por exceso de bondad, haber estado más amable de lo que debiera; ya sabe usted que hasta á las doncellas pide las cosas por favor; pero crea usted que es muy dama y muy altiva para emplear ni poner mal cierta clase de sentimientos.»

Se quedó lívido. Yo, temiendo que soltase alguna barbaridad y que saliera Pilar, me puse en pie, y concluí diciendo: «Ahora ruego á usted que, mientras viene mi amiga, tenga usted la bondad de esperar en otra sala.» Cogió rabiosamente el sombrero, y sin hacerme la más leve inclinación de cabeza, salió del gabinete. Le miré marchar, vi cerrar la puerta de la escalera, y sorprendida de que Pilar no apare-

ciese ante la entrada del dormitorio, me abalancé hacia el mismo. ¡Qué había de salir! Allí estaba; pero ¡de qué modo! Desmayada, muy pálida y tendida sobre la alfombra tras de los cortinajes. No sé cómo no la vi caer, ni acierto á comprender cómo no se abrió la cabeza contra los barrotes de bronce de la cama. Parecía muerta, y tenía la cara brillante y lustrosa de haberse restregado furiosamente las lágrimas. La cogí en brazos (te consta que tengo fuerza), y la llevé hasta la *chaise longue*, donde á poco de recobrar el sentido, exclamó: «¡Ay, Ventura! El remedio ha sido brutal, pero seguro. ¿Cómo habré podido yo pensar en semejante hombre?»

A la noche, mientras tomábamos el té y yo comentaba el caso echándolo todo á broma para distraerla, le pregunté: «¿Y por qué no saliste?—¡Qué salir, repuso, si no sabía qué amor propio era más ridículo, el suyo al suponerse digno y merecedor de todo, ó el mío al querer protegerle para igualarle á mí!—Ese ha sido vuestro enemigo, repliqué; no hay pasión buena ó mala en que no pueda apoyarse el amor.... menos en el amor propio.»

Adiós, Luis; ¿verdad que tú y yo entendemos las cosas de otro modo?

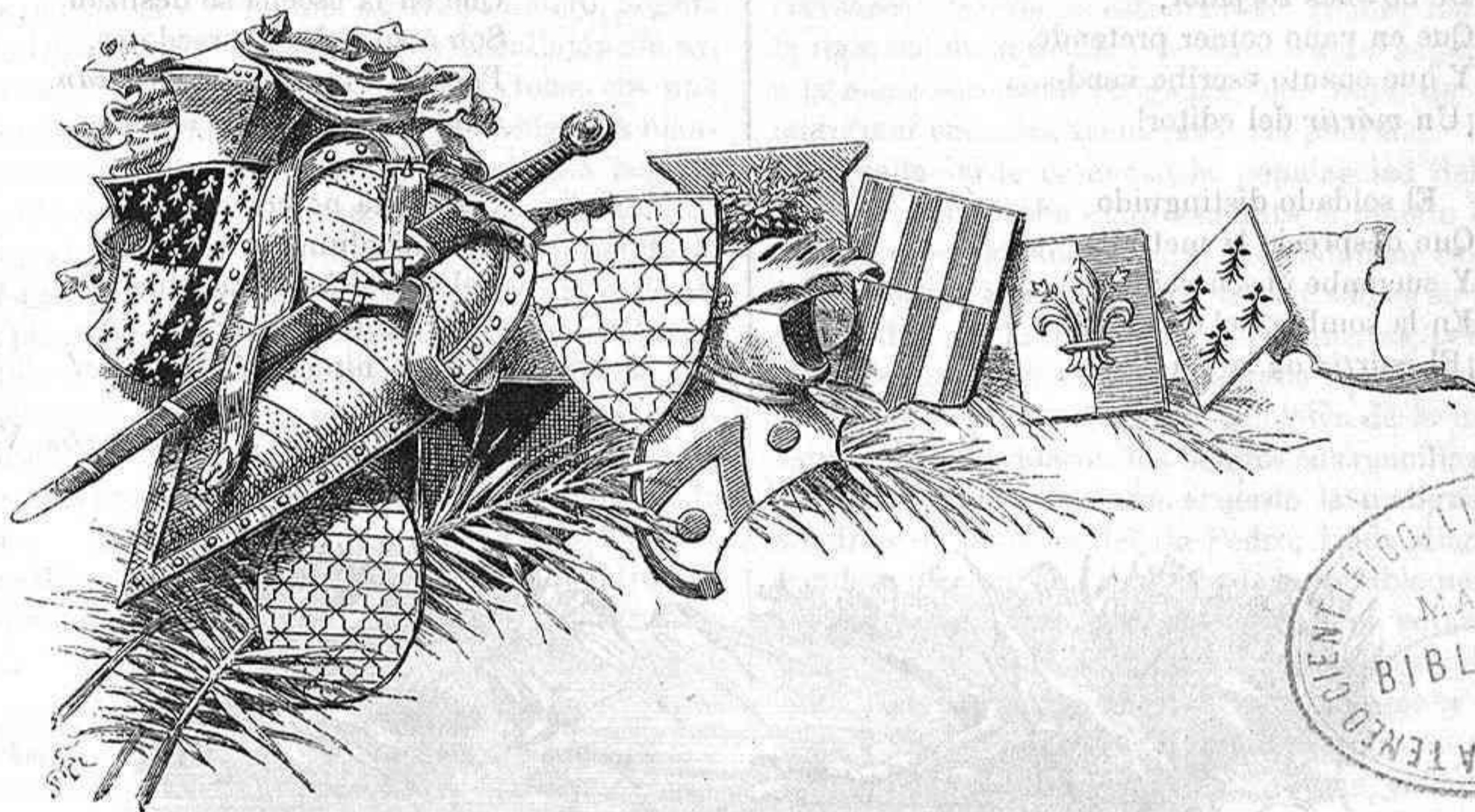
Pilar parece no resignada, sino redimida. Esperemos que será feliz, y que si este verano compramos en Paris batas claras, tendrán mejor empleo.

Te quiere mucho tu

VENTURA.

¿Sabes lo que se me está ocurriendo? Que el año que viene Pilar no protegerá á su ex-administrador, y que acaso tengas distrito.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



MARTIROLOGIO

En número extraordinario
Seres encuentro á diario
Que amargo cáliz apuran:
Mártires que no figuran
Aun en el *Calendario*.

El desdichado escribiente
Que corrige diligente
Cuanto el jefe desatina,
Y resuelve el expediente.....
Un *mártir* de la oficina.

El infeliz labrador
Que *labra* su desventura
Y el fruto de su sudor
Entrega al recaudador.....
¡*Mártir* de la Agricultura!

Quien consagra su existencia
Al estudio y al saber
Y gasta su inteligencia
En enseñar y aprender.....
¡Noble *mártir* de la ciencia!

El incansable escritor,
De novelas forjador,
Que en vano comer pretende,
Y que cuanto escribe vende.....
¡Un *mártir* del editor!

El soldado distinguido
Que desprecia la metralla
Y sucumbe obscurecido
En la sombra del olvido.....
¡El *mártir* de la batalla!

El desdichado peón
De albañil que en un tablón
Pasa doce horas completas
En continua exposición
¡Un *mártir* de dos pesetas!

El infeliz que, inocente,
Por error ó por malicia
Pasa como deliciente
Y solloza inútilmente:
¡Un *mártir* de la Justicia!

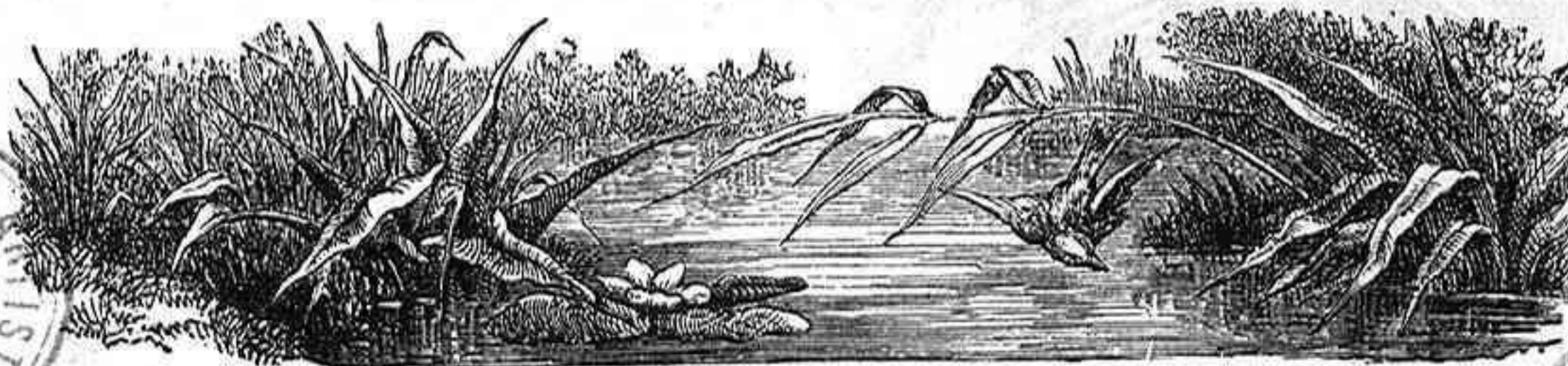
La valerosa mujer
Que no tiene qué comer,
Y á la aguja consagrada,
Es tan pobre como honrada.....
¡Una *mártir* del deber!

La que en oprimirse el talle
Cifra su ventura toda,
Y por lucirse en la calle
Hace que su cuerpo estalle.....
Una *mártir* de la moda.

Los infelices autores
Que en la escena se deslizan,
Son á su palma acreedores,
Porque á esos *los martirizan*
Público, empresa y actores.

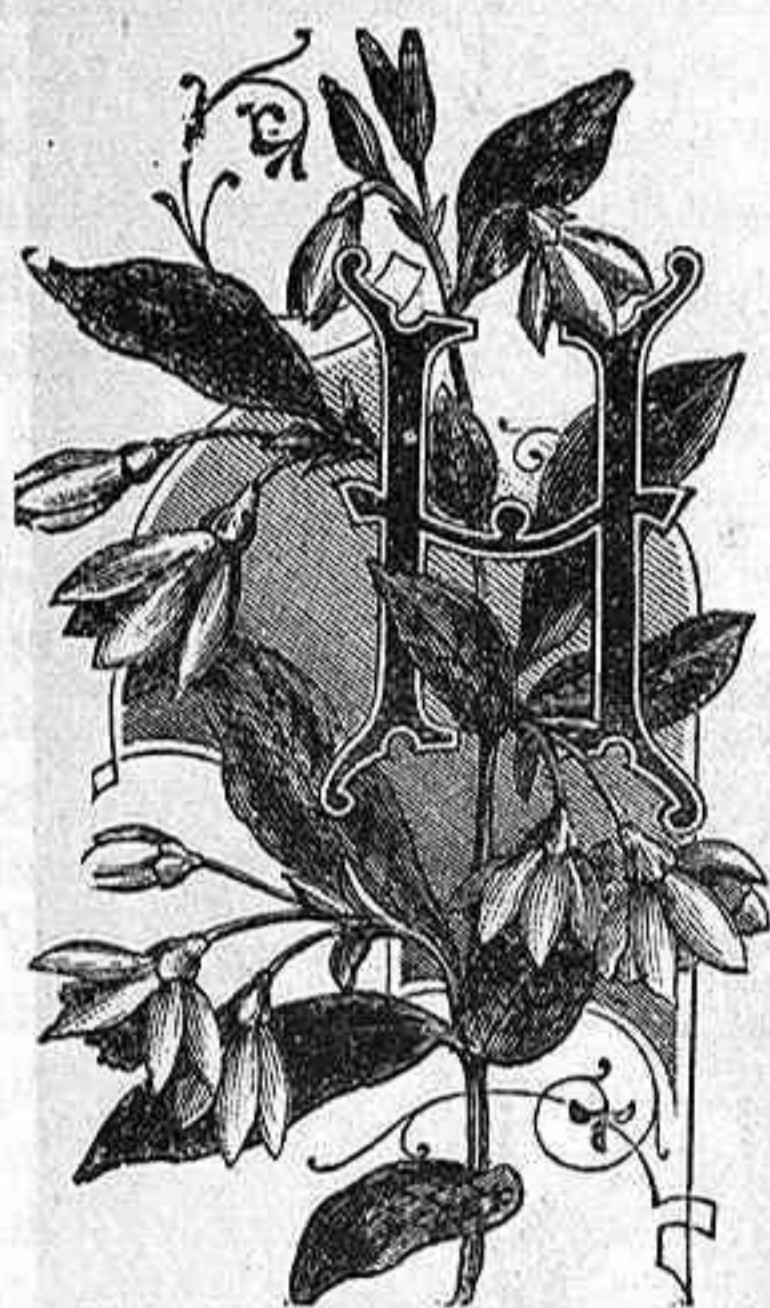
La lista no concluyó,
Mas mi pluma se cansó
Del *martirio* extraordinario:
¡Hay tanto *mártir* que no
Está en ningún *Calendario*!

JOSÉ JACKSON VEYAN.





PILLOS Y SILBANTES ⁽¹⁾



I.

ACE cuarenta años, hacia el 1850, lo que hoy es Parque de Artillería era un solar rodeado de una empalizada por la parte inmediata al cuartel y la calle de San Marcial: en el frente de la plazuela de Leganitos estaba situada la alcantarilla de aquel nombre, ó sea un paredón con dos verjas de hierro giratorias sobre dos ejes colocados á la mitad de su altura: resguardábalas por la parte exterior una especie de puentecillo de hierro con barandilla á manera de balcón, por donde los vecinos transitaban en los días de avenida, mientras las aguas caían por debajo del puente y á través de las verjas en el ancho sumidero. Seguía una tapia de ladrillo que daba la vuelta por el callejón sin salida de Leganitos, y el interior de aquel solar extenso era una hondonada, donde pastaban algunas reses y se veía ropa blanca en improvisados tendedores: había una casucha pegada á la tapia del callejón, y alguna higuera chumba que incitaba á los muchachos al robo con escalamiento. Exceptuando la transformación en Parque del recinto que he descrito, de algunos árboles plantados en la plazuela y de una barandilla con que ha sustituido el Ayuntamiento el pretil de piedra en que antes descansaban las lavanderas y los mozos de cuerda apoyando sudorosos sus talegos después de subir la pesada cuesta de San Vicente, todo lo demás apenas ha cambiado desde entonces.

Pues bien: allí se daban todas las tardes por aquel tiempo pedreas descomunales, entre los estudiantes del Instituto de

la calle de los Reyes y los alumnos del Conservatorio de María Cristina, que estaba en la plazuela de los Mostenses: éstos haciendo barricada del pretil y defendiendo las avenidas de la calle de los Reyes; aquéllos atacando por todas las bocacalles, y rebasando por la plazuela, se lanzaban pedradas y denuestos. Una tarde, en que los gritos habían sido furibundos, un guijarro, cayendo sobre la muestra de un zapatero de viejo que trabajaba en un portal, derribó al suelo la tablilla en que un artista anónimo había pintado una bota negra en fondo blanco. Aquel incidente de la pelea; el ruido del pedernal sobre la tabla y de ésta sobre el suelo; el presentimiento común de una reclamación de daños y perjuicios, ó uno de esos fluidos misteriosos que envía el Dios de los ejércitos para determinar los triunfos y derrotas, obrando enérgicamente en la imaginación de los alumnos y estudiantes, produjo una momentánea suspensión de hostilidades, que terminó por la dispersión de los dos bandos al ver salir del portal al agraviado, en mangas de camisa, con el mandil de cuero á modo de coraza, blandiendo el tirapié, y descargando correazos. ¿Sobre los estudiantes? ¿Sobre los alumnos? No: la ligereza de aquéllos y la obesidad del zapatero se oponían á la ejecución de su venganza, que hubo de limitarse á sacudir con furia las fachadas y las puertas.

Aquella tarde comenzó la popularidad del señor Pedro, que sólo necesitaba exhibirse ante el mundo en circunstancia solemne: su ancha cara, su abdomen casi monstruoso, que le daban aspecto patriarcal sentado en su taburete y medio oculto por la mesilla de herramientas, perdieron su majestad al aparecer en pleno día con aquella facha, y le convirtieron de personaje grave en clown de la inexorable grey estudiantil. Olvidaron los bandos sus rencillas, y se unieron, para consumir de común acuerdo la maligna diversión de apedrear la muestra del tío Pedro, izada diariamente como bandera de combate, y derribada invariablemente á pedradas por los estudiantes: todas las tardes el voluminoso menestral hacía una salida infructuosa contra sus ligeros agresores, que, habiendo estudiado sus movimientos y recursos, concluyeron por capearle con la impunidad con que el maestro Cúchares hacía suertes á los toros en la antigua plaza de

(1) El *Diccionario* de la Academia no admite este vocablo, que sólo en el de Barcia vemos definido: sin embargo, la voz existe y es un término desdenoso con que designa el pueblo bajo de Madrid á los señoritos.





PENSANDO EN ÉL.
ESTUDIO ORIGINAL DE J. LLOVERA.



Madrid: todas las tardes, rendido y sin aliento, el señor Pedro volvía desesperado á su portal, diciendo á sus vecinos:

—No dormiré tranquilo hasta que pueda colocar como muestra un par de botas hechas con la piel de un estudiante.

II.

Leocadio Pérez era un mocetón de quince años que estudiaba por tercera ó cuarta vez el primero de latín, sin haber sido nunca reprobado en los exámenes, porque perdía el curso antes de su conclusión, por faltas de asistencia. Matriculado entre los novatos, tenía consideración de antiguo en los corrillos que formaban los escolares en el claustro del Noviciado ó en la puerta de la calle de los Reyes. Era pendenciero, y por lo tanto, popular: su silbido sobresalía entre todos en las gritas más descomunales: ningún escolar contestaba á los catedráticos con tanta desvergüenza como Pérez: raro era el carrillo de los estudiantes valentones que no había probado la palma de su mano: fué siempre el primero en la pedrea: por él se hicieron las paces con los alumnos del Conservatorio, para reservar las fuerzas, y convertirlas en el castigo, lidia y persecución del tío Pedro.

—¡Señores!— dijo Leocadio Pérez una tarde, aprovechando un intervalo en que no se veía el galón de ningún bedel en todo el claustro.—El día está magnífico y el Campo del Moro nos invita á hacer novillos: la cara de Amézaga (1) tiene el gesto más avinagrado que de costumbre: ya sabéis que ese catedrático tiene en su sangre la furia del latín; el bárbaro Llorente viene dispuesto á encerrar á media clase: Verdejo, que tiene en vez de ojos dos cristales verdes, va tropezando hacia su aula, como un murciélago deslumbrado por la luz: el rector don Claudio Moyano parece más tieso aun que de costumbre. Aquí todo es obscuridad: las tinieblas de la ciencia y el mal humor de los maestros: fuera de aquí nos esperan el sol, la libertad y la alegría. ¿Dudaréis entre las tinieblas y la luz? ¿Entre chapurrar una lengua muerta, y vocear en el castellano más libre y más castizo? ¿Entre deletrear á Cicerón ó apedrear al tío Pedro?

—¡Á la calle! ¡Á la calle!—gritaron los alumnos con sus voces más chillonas.

—¿Qué es eso? ¿Quién escandaliza el claustro?—prorrumpió desde lejos un hombrecillo con traje galoneado, dirigiéndose hacia el grupo.

—¡Es Magister! *Magister ceremoniarum!*

—Alcánzanos si puedes.

Y un torbellino de estudiantes, precipitándose por la escalera á modo de avalancha, se desbordó por la calle dando gritos y silbidos.

Sólo algunos tímidos vacilaron, dudando y casi decididos á cumplir con su deber, y fueron presos y conducidos en triunfo por *Magister* ante las autoridades competentes. Los catedráticos, á quienes en el fondo no disgustaba aquel día de huelga, enviaron á los detenidos al encierro, y dieron parte de que no era posible dar lección por fuga y dispersión de los alumnos.

(1) Los nombres de los catedráticos son auténticos. Los epítetos injuriosos, propios de un holgazán, al hablar de un maestro rígido.

III.

El portal donde trabajaba el señor Pedro parecía una fortaleza: la puerta estaba entornada, la mesilla de trabajo protegida por otra hoja de puerta claveteada y con signos que demostraban su procedencia del derribo de una casa vieja: detrás de la trinchera, un montón formidable de guijarros y adoquines permitía el sostenimiento de un sitio contra todo el Instituto aun cuando le hubiera capitaneado su director el mismo Tramarria. Era un taller fortificado, en que hasta las cañas de las botas que se usaban entonces parecían cañones de trabucos; el tirapié, correa de un sable; la cuchilla, hambrienta de cortar en cuero vivo; las leznas, puñales, y sólo resultaba impropio de aquel recinto belicoso el cerote, pero el señor Pedro no podía prescindir de aquel ingrediente de su oficio.

Se había levantado y espiaba por la abertura de la puerta un nublado de muchachos que obscurecía la alcantarilla de Leganitos, en actitud de observación, grupo formidable que variaba de forma con la movilidad de las nubes en el cielo: algunos escolares hacían planchas y volatines en los arqueados hierros que sujetaban á la tapia el barandillaje del puente ó balconcillo. De pronto un jovenzuelo se desprendió del grupo más numeroso, con un bastón al hombro en que flotaba un pañuelo blanco á guisa de bandera, y marchó decidido y directamente hacia el portal del señor Pedro.

Éste sacó de su abultado bolsillo una piedra enorme, y esperó á que el enemigo llegara al alcance seguro de su proyectil; pero la serenidad del muchacho, la sonrisa amistosa de su rostro y la presentación de la bandera blanca hizo comprender al agitado maestro que el estudiante venía en son de paz: era un parlamentario. El señor Pedro volvió á guardar su adoquín; el pícaro orgullo le dió á entender que la grey escolar le tenía miedo, y sintió un impulso de alegría: después miró turbado la aproximación del mozalbete, á quien suponía revestido de los honores é inmunidades de un parlamentario militar. Había visto algunos en la guerra civil: sabía que tienen algo de sagrado é inviolable; pero nunca creyó hallarse en el caso de recibir y tratar en persona con un enviado de ese género: hubiera preferido ver al muchacho adaltesarse con un par de pistolas, en lugar del blanco lienzo que le obligaba á conferenciar y discutir.

—¿Quién vive?—dijo el tío Pedro asomando la cabeza por la puerta.

—¡España!—contestó el muchacho deteniéndose con marcialidad.

—¿Qué gente?

—Un parlamento.

—¿De parte de quién?

—De los estudiantes de latín.

—¿Qué desea?

—Hablar al señor Pedro, para hacerle proposiciones de paz.

—Entre el parlamentario.

—Prefiere tener la conferencia al aire libre.

—Adelántese y diga lo que quiere.

Leocadio Pérez, que no era otro el atrevido, avanzó algunos pasos, y dijo con acento formal al parecer, por que lo disimulaba la ironía:



—Ante todo, señor Pedro, debo advertirle que mis compañeros me han dado en latín sus instrucciones. ¿Sabe usted latín?

—Mi padre era dómine y me lo hizo aprender á correazos—dijo el señor Pedro con vanidad.

—Que usted sabe latín—repuso Leocadio con asombro.—Entonces temo que no podamos entendernos.

—Sé latín, porque aquí donde usted me ve, estuve destinado al estado eclesiástico: el matrimonio lo impidió, y mis desgracias han dado conmigo en este portal, donde gano mi vida componiendo botas y zapatos.

—Una vez que comprende usted el latín, es inútil que le hable en esa lengua: mis compañeros, después de haber deliberado seriamente, han convenido, *nemine discrepante*, en que pueden haber abusado al apedrear la honrada bota que coloca usted para muestra de su oficio.

—¿Reconocen que han faltado?

—Sí: lo declaran y están dispuestos á remediar el mal en lo posible.

—Eso es otra cosa: espere usted un poco.

—¿Qué va usted á hacer?

—Sacar dos sillas: cuando los jóvenes hablan con tanto miramiento, merecen que se les considere y se les sirva.

Y el señor Pedro sacó á la plaza alegremente dos sillas de Vitoria sin respaldo, é invitó á sentarse al estudiante.

—¿Tiene usted familia?—preguntó el muchacho con tan burlesca dulzura, que cayó en el lazo el zapatero.

—Dos hijas casaderas.

—¿Serán lindas?

—No está bien que las alabe.

—¡Oh varón prudente y digno, que tiene dos hijas guapas y no quiere envanecerse de ello! Mis camaradas respetan á los padres de familia, y no tendrán inconveniente en indemnizar á usted de los desperfectos que ha sufrido en su taller, si no ascienden á mucho.....

—Me han roto ustedes la palomilla de la muestra, el mango de un martillo y un tarro de betún; todo lo cual viene á importar cuarenta reales.

—¿Cuarenta reales? Podemos permitirnos entre todos ese gasto. Quizás logre que le den á usted la parroquia de todas sus familias: destrozamos mucho calzado, y es un buen negocio.

El señor Pedro, que escuchaba embelesado á aquel joven tan amable y simpático, no pudo contenerse y exclamó conmovido:

—Diga usted á sus amigos que el señor Pedro retira todas las pedradas que ha arrojado contra ellos; que den sus injurias por no dichas; y usted va á beber conmigo una copita á la salud de Nebrija y de los clásicos latinos.

—Calma, honrado y sabio menestral. Dejemos á los clásicos en sus tumbas, y concluyamos de tratar; y puesto que acepta la paz que le propongo, veo que no tendrá usted inconveniente en acceder á la única condición que le exigimos.

—¿Está en mi poder?

—De usted depende.

—¿Es dura?

—Sencillísima. Figúrese usted que hace un rato estaban algunos tan exaltados que pretendían que nos le comiéramos á usted. No se alarme: han desistido de destruirle por

completo: mis compañeros se contentan con una transacción.

—Pero ¿qué quieren?

—Casi nada para usted, que pesa dos quintales: desean que se abra usted el vientre y nos eche en este taleguito seis libras de manteca.

La conferencia terminó levantándose y blandiendo el señor Pedro la silla en que se había sentado, desapareciendo el parlamentario en un abrir y cerrar de ojos: su huída era la señal de la pedrea; y fué tal aquella tarde la lluvia de guijarros, que la puerta retumbaba como si á la vez llamaran con el aldabón á todas las buhardillas de la casa.

IV.

—Yo que usted, señor Pedro, daría parte al celador del barrio—decía aquella misma noche un alabardero jubilado, en un corro de vecinos donde se comentaba el escándalo del día.

—Eso no he de hacerlo, don Antonio: la autoridad sabe lo que pasa, y no pone remedio: ni un solo guindilla se presenta por las tardes desde que apedrean mi portal. Crea usted además que yo no reconozco á la autoridad del barrio desde que quiso dar un abrazo á mi hija Petra. ¿Sabe usted lo que hice después de haber cosido un zapato, al saber que era de aquel hombre? Estuve á punto de descoserle.

—Yo le hubiera cobrado el doble—dijo una vecina.

—Yo le cobré triple; y así he seguido haciendo siempre que le he compuesto sus zapatos: lo que es el abrazo le ha pagado ya.

El grupo se disolvió, y poco después entraba en el portal una muchacha rubia, de ojos vivos y mirada maliciosa: sólo tenía el defecto de ser un poco flaca, acaso porque el padre había acaparado en su cuerpo la carne de toda la familia.

—¿De dónde vienes, Petra?

—¿Que de dónde vengo? ¿Pues he de consentir que sucedan estas cosas? Vengo de dar parte al celador.

—¿No te he dicho que para nosotros no hay celador en este barrio?

—Tiene usted razón. ¿Pues no me ha contestado el arrastrao que ha de dejar que los estudiantes nos hagan picadillo?

—¿Lo ves? No hay protección; no hay policía: son mentira los bandos del Gobernador: el que no tiene un cañón no puede hacer zapatos. ¿Qué más te dijo?

—Que la justicia no puede ser gratuita.

—¿Cuánto pidió?

—Poca cosa: un abrazo para los primeros gastos de la causa.

—Te prohibo pedir justicia á nadie.

—Y hace usted bien: sólo hay una en el mundo: la justicia catalana.

La que así habló era Ruperta, la hija menor del señor Pedro, que entraba con los brazos en jarras y el pañuelo de la cabeza caído sobre la espalda.

—¿Y crees que tu padre puede algo contra todos los estudiantes de latín?—replicó con exacerbación el señor Pe-



dro.—¿Sabés quién soy yo? Destinado á la Iglesia, no pasé de ayudar misa: en el ejército de don Carlos se hizo el convenio cuando iba á ser sargento: obligado á hacer zapatos, no he pasado de poner medias suelas; sí: es preciso que lo declare en el seno de la familia: nadie me ha encargado todavía un par de botas nuevas. Tu madre me perdió: sin ella quizás sería ya teniente cura. Maroto me arruinó: sin él sería capitán. Los estudiantes destruirán lo que me resta: mirad; me han roto una pata del banquillo.

—Porque usted es un mandria.

—¿Mandria yo? Ruperta, da gracias á Dios de que haya guardado el tirapié.

—Pues..... y ná más: y aquí es preciso que yo me ponga los calzones y lo arregle.

Y asomándose á la calle, gritó con voz chillona:

—¡Manoloo! ¡Lorenzoo! Venid, venid corriendo.

—¿A qué llamas á esos granujas? ¿No te he dicho que no me gusta que hables con Manolo? La hija de un hombre que ha estudiado latín no debe tener relaciones con un muchacho sin oficio: con un triste buñolero.

—Calle usted que vienen.

Y un grupo de muchachos se presentó con arrogancia bajo el dintel de la puerta: unos con mandiles de carpintero y herrero; otros con blusa de albañil; Lorenzo con un cesto en el brazo con la tapa dividida, una mitad para abrir y cerrar el aparato; en la otra la antigua rueda de jugar á los barquillos, precursora inmoral de la ruleta; pero entre todos sobresalía Manolo el buñolero, por su cara picaresca y su aire resuelto y avisado. Ruperta les habló sin preámbulos:

—Mi padre dice que no sois hombres para espantar á esos silbantes que le insultan.

—¿Que no lo somos? Ya está todo preparado, y mañana se arma aquí la gran jarana.

—¿Con quiénes contáis?

—¿Con quienes? Ya están sublevados, y deseando que se arme, todos los muchachos del barrio del cuartel y Leganitos—dijo Manolo restregándose las manos.

—Yo traeré catorce barquilleros—añadió Lorenzo con majestad.

—Nosotros perderemos el jornal de la tarde—exclamó un aprendiz en nombre de los otros.

—Señor Pedro—dijo un mozo de cordel entregándole una carta;—me la ha dado para usted un señorito.

—¿Un señorito?—dijo con recelo el señor Pedro, abriendo la carta y encolerizándose á medida que leía.—Me insultan; me injurian otra vez.

—Ya lo oís—dijo Ruperta á los muchachos:—los señoritos se burlan de los pobres.

—¡Mueran los silbantes!—gritaron los chiquillos con entusiasmo.

—No hay que perder tiempo: buscad amigos; pedid varas y garrotes: es preciso que la paliza sea de tamaño natural. Añadía Ruperta empujándoles como para infundirles su vigor.

Y los muchachos salieron con presteza, mientras el señor Pedro volvía á leer el papel, que decía lo siguiente:

«El parlamentario que tuvo con usted la conferencia ha reparado que tiene usted un magnífico pescuezo: mañana tendrá el gusto de visitarle en su portal y darle un cogotazo.»

V.

Cuando á la tarde siguiente los alumnos de latín, desembocando en columna por la calle de los Reyes, iban tomando posiciones en las esquinas de la calle de Leganitos y en la baranda de la ya famosa alcantarilla, los estudiantes notaron, aunque sin recelo, alguna gente en los balcones inmediatos; un buñolero, que dormía sobre el pretil con la caña de su oficio, atravesada en los extremos por dos palos pequeños; un barquillero, que también echaba su siesta apoyado sobre el cesto, y algunos chiquillos que asomaban con curiosidad de vez en cuando por las calles de Eguiluz y de santa Margarita. Por lo demás, ni un solo agente se veía en todo lo que abarcaba la mirada.

Por su parte, el señor Pedro, contra su costumbre, tenía el portal enteramente abierto, si bien estaba resguardado por su segunda barricada: se notaba en su rostro la impaciencia, y una agitación desusada en sus inmóviles facciones. Fija su vista en los grupos de muchachos que desfilaban á lo lejos, apenas hacía caso de una viejecilla rebozada en un mantón negro que le daba aire de bruja, la cual le alargaba un zapato viejo.

—Es mala hora—decía el señor Pedro;—vuelva usted mañana: por hoy he concluido mi trabajo.

—¡Sea por Dios!—dijo la viejecilla suspirando.—¿Podría al menos beber un poco de agua?

—Sí, señora, y retírese antes de que empiecen las pedradas y le rompan la cabeza.

Y el señor Pedro, volviéndose para alcanzar el botijillo, quedóse paralizado de pronto sin saber lo que le pasaba.

Había recibido un zapatazo en el cogote, y la fingida vieja, alzándose las faldas y corriendo como un gamo, huía hacia el tropel de estudiantes: era Leocadio Pérez, que había cumplido su promesa, y fué recibido en triunfo por sus compañeros, mientras el señor Pedro gritaba desde el portal.

—¡Manolo! ¡Lorenzo! ¡A ése! ¡A ése!

Desde aquel momento, los hechos se sucedieron con tanta rapidez, que apenas puede la pluma consignarlos: el buñolero y el barquillero, que parecían dormir, saltaron como gamos, silbando con estrépito: un tropel de muchachos, vestidos pobremente, salieron de los portales más cercanos, y por las ya citadas calles, dos columnas de chiquillos con blusas, mandiles y chaquetas remendadas, aumentando el grupo, tomaron posiciones en el pretil: era un ejército.

Los estudiantes, ocupados en hacer banderas con el mantón y la falda de la vieja, no se habían fijado en el carácter hostil de los muchachos que se aglomeraban á su frente; pero una piedra caída cerca de ellos fué la señal primera del ataque.

—¡Los pillos nos acometen!—dijo un estudiante.

Era el apodo injurioso con que los señoritos de entonces insultaban á los muchachos mal vestidos. Á aquella voz los alumnos más tímidos huyeron á refugiarse en el cercano Noviciado.

—¡Mueran los silbantes!—respondieron con furor los adversarios.

Con aquel vocablo motejaban también en aquel tiempo los muchachos del pueblo á los señoritos.



Los alumnos se miraron y comprendieron su inferioridad, si no numérica, de edad y robustez.

—Tienen bandera, y voy á hacer la nuestra—dijo Manolo, mientras sus compañeros lanzaban algunas piedras con las hondas y las manos.

Y tomando la muestra del señor Pedro, la colgó en la punta de la caña: los estudiantes de latín tenían por estandartes un mantón negro y una falda de percal; los muchachos del barrio una bota negra pintada en fondo blanco.

La pedrea se generalizó por ambas partes; de vez en cuando se oía un grito de dolor, y los amigos vendaban la descalabrada del herido.

—¡A ellos!—gritaban los aprendices más fogosos.—¿A qué esperamos?

—¡Silencio!—dijo Manolo;—no os mováis y sostened el fuego aquí, mientras voy por la calle de los Dos Amigos á cortarles la retirada. Entonces atacad.

Los chicos del barrio, comprendiendo el alcance de aquella evolución, se estremecieron de placer.

—¡Subid, cobardes!—gritaban á los estudiantes, lanzando pedradas y agazapándose bajo la trinchera del pretil.

—¡Bajad, canallas!—repetían los otros, disparando pedazos de adoquín.

Por espacio de algunos minutos las piedras silbaron por el aire; los denuestos más horribles se dispararon con mayor furia que las piedras; las gentes pacíficas se alejaron; cayeron vidrios, y algunos vecinos gozaron del espectáculo abroquelándose con almohadas; sólo un coronel loco, á medio vestir, gritaba desafortunadamente sin miedo alguno, creyéndose el general que dirigía aquella acción. Aquello era la miniatura de la guerra.

—¡Que nos cortan! ¡Traición!—dijeron algunos estudiantes.

Y los alumnos de latín hicieron de repente un remolino al verse envueltos por delante y detrás entre dos catervas de muchachos que acometían con los garrotes levantados. La derrota fué completa é instantánea. ¿En dónde se escondió la mayoría? Sin duda las entrañas de la tierra se tragaron algunos; hubo quien trepó por la pared como los gatos; muchos saltaron por la valla del solar descrito en el capítulo primero, y dos alumnos de tercero se precipitaron en la misma alcantarilla, cayendo blandamente sobre un montón de estiércol: tres horas después se encontraron caminando bajo tierra á media legua de Madrid, hechos una lástima, y no salieron aún más embarrados, porque se habían aseado manos, cara y traje con el sagrado percal de las banderas.

El señor Pedro, desde que tuvo quien peleara por él, presenciaba el espectáculo á la entrada del portal, y aplaudía desde lejos lleno de entusiasmo.

VI.

Sólo un grupo parapetado tras de la valla, y capitaneado por Leocadio Pérez, resistía con ventaja: todo el que asomaba la cabeza entre las tablas, la retiraba con un chichón; los asaltantes rugían de furor, y deliberaban la manera de exterminar al enemigo.

—¡Es preciso abrir brecha!

—No; saltar la tapia del callejón, que no está defendida.

—Id á buscar una pistola.

La discusión les fué funesta, porque los primeros fugitivos habían esparcido en la Universidad el grito de que estaban degollando á todos los estudiantes de latín, y que se iba á perder aquel idioma y á perecer para siempre la gramática. Los estudiantes de leyes no creyeron deber consentir que Amézaga y Ponce de León se quedaran sin discípulos, y otro ejército de estudiantes, más grave y silencioso, pero más temible, bajó de nuevo por la vía militar de la calle de los Reyes.

—¡Que vienen más silbantes!—gritó un granuja, descubriéndolos á lo lejos.

—¡A ellos, que traen chisteras!

El pueblo de Madrid no ocultó jamás su antipatía hacia el sombrero de copa, con el cual sólo le hizo transigir poco á poco la costumbre. Aquel sombrero irritó más los ánimos, y la pedrea se renovó con mayor furia. Pero también esta vez la lucha era desigual, y la columna de estudiantes formidable: iban en ella todos los tribunales, los colegios de abogados futuros. La Providencia no podía, sin trastornar el orden social, destruir toda la legalidad venidera del país; debían triunfar al primer choque. El señor Pedro, al ver sus primeras avanzadas, se refugió en su portal, cerrándole con llave. Y los apaleadores de antes, por la reconocida inestabilidad de la victoria, fueron á su vez apaleados: aprendices, barquilleros, zagales y granujas corrían la calle de San Marcial abajo en dirección á las afueras, mientras Leocadio Pérez, dando mueras á los pillos, agitaba con orgullo la bota pintada en la punta de la caña: había tomado la bandera al enemigo. Los estudiantes, desdeñando la persecución, cercaban la casa del señor Pedro, dando aldabonazos en su puerta é invitándole á entregarse, mientras el coronel loco gritaba con ardimiento:

—¡Al asalto! ¡al asalto! ¡Santiago y cierra España!

—¡Estudiantes!—dijo un orador, subiendo á la tribuna—¿qué hacemos con ese pícaro que se esconde tras de la puerta? ¿Creéis que la ley penal moderna es suficiente para darle su merecido?

—¡No, no!

—¿Creéis que el emplumamiento encaja perfectamente para castigar al ventruado remendón que nos atisba por el ojo de la llave?

—¡Sí, sí!

Sin perjuicio de que le emplumemos, creo pertinente que en su calidad de zapatero se le aplique el tormento del borceguí.

—¡Que salga! ¡que salga!

—Señores: no le podemos condenar sin defensa; yo hallo en él circunstancias atenuantes; queréis que nos entregue su cuerpo, sin considerar que es pedir mucho, dada su culpencia; seamos misericordiosos y dejémosle el cuerpo con tal de que nos tire por la ventana su cabeza.

Los gritos, las carcajadas, los aldabonazos redoblaron; la gente llenaba ventanas, balcones y las bocacalles adyacentes; ladraban los perros; disparaba el loco, y todo el ruido era infernal, cuando tres gritos, resonando por tres lados distintos, hicieron oscilar á la bulliciosa estudiantina, formando en columna cerrada, y retirarse en buen orden, dando mueras al tío Pedro y llevándose como trofeo la bandera tomada por Leocadio.



Los gritos que se oyeron en tres distintas direcciones habían sido los siguientes:

- ¡El rector con los bedeles!
- ¡Un piquete de caballería!
- ¡El celador con los guindillas!

En efecto, el celador del barrio había pedido auxilio al rector y al jefe de la fuerza de San Gil, antes de decidirse á restablecer el orden con sus guardias. Los estudiantes de Derecho no podían desconocer que la reunión de tres autoridades, la académica, la militar y la civil, tenía fuerza de cosa juzgada sin ninguna apelación.

Cuando el celador llamó á la puerta en nombre de la autoridad, una voz femenil añadió con alegría:

—Abra usted, padre; soy su hija Petra, que vengo también al frente de los guardias.

Ruperta había estado á punto de perder á su padre; Petra acababa de salvar á la familia.

—Y ahora ¿reconoce usted la autoridad?—dijo la muchacha á su padre, señalándole el celador.

—Sí, la reconozco; sin autoridad, no existirían padres ni familia.

En efecto, cuatro meses después Petra era la celadora del barrio, y antes del año era abuelo el señor Pedro.

Pero en aquel instante, el señor Pedro sólo veía las ventajas que halla en la organización social, el que en vez de recibir la paliza que le querían propinar los estudiantes, ha-

llaba su casa rodeada de fuerzas imponentes y oía á lo lejos el clamoreo de sus enemigos que gritaban en su retirada:

—¡Muera el tío Pedro! ¡Mueran los pillos! ¡Vivan las muchachas bonitas! ¡Abajo las tachuelas! ¡Muera San Crispín!

El señor Pedro, lleno de ánimo al verse protegido, ahuecó la voz, y gritó con todos sus pulmones cuando desaparecía el postrer grupo:

—¡Mueran los silbantes!

EPÍLOGO.

Algunas noticias biográficas de los principales personajes de esta historia.

El señor Pedro hizo por fin unas botas nuevas para su yerno el celador, pero no las cobró nunca. El celador quedó cesante; pero Petra, que había salvado á su padre, salvó de la cesantía á su marido. Ruperta se casó con Lorenzo después de haber sido novia de Manolo, y se escapó con Manuel después de casada con Lorenzo. Leocadio Pérez repitió otra vez el primer año de latín sin llegar á concluirle; luego brilló en el mundo, y llegó á Director de Instrucción pública; el Gobierno cayó cuando se proponía suprimir la enseñanza del latín.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

ROMA.—EL VATICANO.

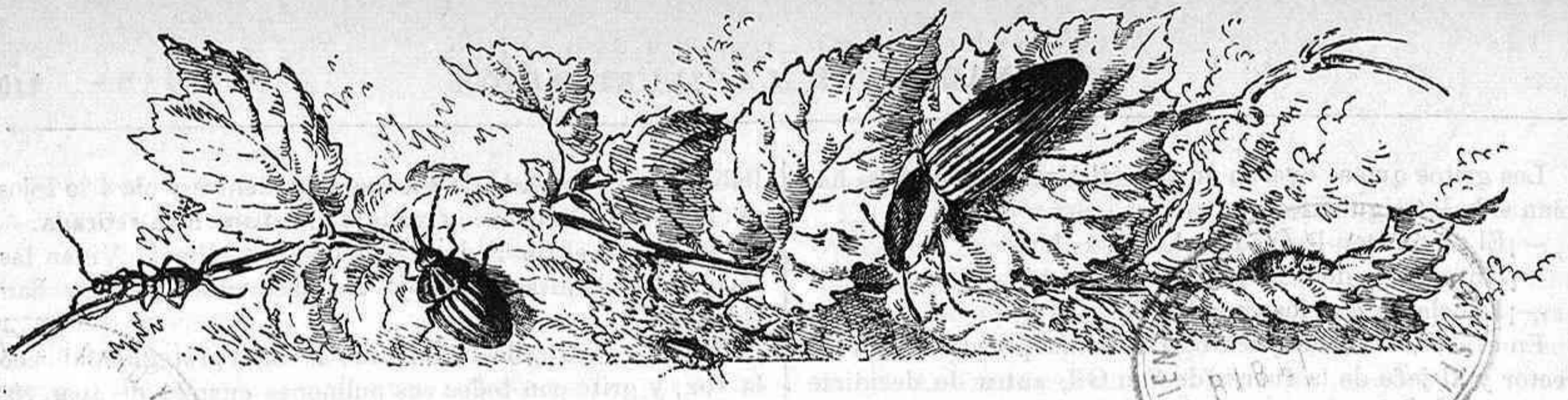


PUERTA DE CARLOS V

PUERTA DE LOS SUIZOS.

PLAZA DE LA ZECCA.





FRAGMENTOS DEL RAMAYANA

I.

Así el rey de los lógicos exclama,
Para probar el sólido cimiento
De las virtudes místicas de Rama:
—¡No sabes, oh varón, cuánto lamento
Rebajada encontrar tu inteligencia
Al nivel del común entendimiento!
¿Qué pensador no tiene la evidencia
De que los libros *santos* y *morales*
Fueron hechos por hombres sin conciencia,
Para engañar á los demás mortales
Y hacerles dar sus bienes sin violencia?

He aquí, en resumen, su doctrina toda:
Ofrece sacrificios,
De santa austeridad vive en el ocio,
Consúmeme en ayunos y en cilicios
Y entrega tu dinero al sacerdocio.
¡Oh rey sencillo, de tu mente loca
Aparta el religioso devaneo;
Sólo lo que se ve, se gusta y toca
Es digno de tu amor y tu deseo.

Dime: ¿De tus abuelos cuál ha sido,
Con ser reyes magnánimos, la suerte?
De la tierra, ¡infeliz! los ha barrido
El soplo emponzoñado de la muerte,
Y nadie saber puede á donde han ido.

El ciego fanatismo se imagina
Que están donde él desea.
¡Oh, cómo el ignorante se fascina
Con el sueño mentido de una idea!
Á nuestra vista la verdad se esconde,
Nada hay seguro ni que cierto sea,
¿El mundo mismo existe? Dime dónde.—

Como elefante enfurecido, Rama
Escucha airado la palabra atea,
Y con la voz del aquilón exclama:
—Imposible es que el pecho me taladre

El aguijón punzante de la duda;
La santa fe lo escuda,
La santa fe que le infundió mi Padre.
Así como el caballo generoso
Obedece al señor que le domina,
Y es esclava la esposa de su esposo,
Me rindo de mi Padre á la doctrina.
Y resisto á tu voz, como á la saña
Del huracán furioso
Resiste inquebrantable la montaña.—

.....

II.

—¡Vuélveme á Rama, tirano!—

El anciano Rey, oyendo
Que su esposa le acrimina
De Rama por el destierro,
Traspasado por la pena
Y el cruel remordimiento,
Cayó, cerrados los ojos,
Desvanecido en su lecho;
Mas, á poco, recobrado,
Así le dice, gimiendo:

—Por el amor de tu hijo,
Esposa mía, te ruego
Que en mis heridas no pongas
De tus quejas el veneno.
Si me quieres, no me acuses.
Tus suspiros y lamentos
Son para mí más terribles
Que el estallido del trueno.
Te conjuro en mi agonía.
No me abrumes con el peso
De tu dolor, ya que tanto
Me abrumba, á su vez, el cielo.—

Al oír estas palabras,
Que desbordadas salieron



Entre sollozos profundos
De un corazón ya deshecho,
La Reina cayó á las plantas
De su esposo, y reprimiendo
Su dolor, juntas las manos
Como quien reza en el templo,
Y la undosa cabellera
Esparcida por el suelo,
Le dice:

— ¡Rey de los hombres!

Perdona si el sentimiento
Me hizo pronunciar palabras
Que ser no dichas debieron.
La mujer á quien su esposo
(Que es de los dioses espejo)
Con entrambas manos juntas
Dirige lloroso un ruego,
Si á sus súplicas no accede
Y desoye sus lamentos,
Ni en esta ni en la otra vida
Encuentra paz ni consuelo.
¿Qué te dije en mi amargura?
Al hablar el sufrimiento,
La voz de la inteligencia
Guarda profundo silencio.
¡El dolor! No tiene el hombre
Enemigo más tremendo.
Obscurece la memoria,
Anubla el entendimiento,
Acaba con la paciencia
Y hace al piadoso blasfemo.
Puede curarse la herida
Que causa un tizón ardiendo;
Mas la que hace la tristeza,
¡Oh caro esposo! en el pecho,
Esa que viene del alma
Y crece y crece en silencio,
Es incurable. Los sabios,
Los sabios mismos que fueron
Pacientes, dulces, piadosos
Y de virtudes modelo,
Al ser del dolor heridos
Entró la furia en su pecho
Y gusanos de la tierra
En el pecado cayeron.
¿Qué mucho que yo deplora
De mi hijo amado el destierro?
Siglos se me hacen los días
Desde que se fué tan lejos,
Y mi dolor se acrecienta
Por horas y por momentos,
Como las aguas del Ganges
Cuando comienza el deshielo.

Y mientras la Reina hablaba
Iba la tarde cayendo.

Entonces el Rey anciano
Exclamó con triste acento:
— ¡Felices los que á ver vuelvan

De mi hijo el semblante, bello
Como la luna de otoño
Que halla en los lagos espejo!
¡Felices los que le miren
Al volver de su destierro,
Luminoso cual la estrella
Que deja un rastro en el cielo!
Mas ¡ay, que yo, esposa mía,
Tengo el corazón desecho;
Los dolores lentamente
Han consumido mi aliento,
Y mi vida es semejante
Á la margen de un riachuelo
Que va carcomiendo el agua
Que hacia la mar va corriendo!—

III.

—Ni la pérdida, oh Sita, de mi reino,
Ni de mis fieles súbditos la ausencia,
Me afligen hondamente cuando miro
El paisaje grandioso de estas sierras.
Mira esa cima de nevada frente,
Adonde sólo el águila se eleva,
Perderse altiva en la región del cielo
Antes que el hombre divisarla pueda.
Los flancos de aquel rey de las montañas
Ya el destello vivísimo semejan
Del tallado cristal y del zafiro,
Ya el blanco mate de argentina vena.
Aquellos altos montes que enlazados
Cómo anillos están de escolopendras,
Teniendo el duro corazón de hierro
Verjel de flores en sus faldas muestran.

Mira cómo en los bordes de las rocas
Se persiguen las aves en parejas,
Cómo las mariposas amarillas
De flor en flor enamoradas vuelan,
Y cómo del *baoba* en el ramaje
El ruiseñor entona sus endechas,
En tanto que en el tronco carcomido
Zumba y fabrica su panal la abeja,
La montaña sublime, con sus fuentes,
Cascadas, peñascales y arboledas,
Con sus murmullos, rugidoras voces
Y vida y movimiento, se asemeja
Á un elefante indómito, embriagado
Con los frutos salvajes de la tierra.

¿Quién ¡ay! no desfallece al blando soplo
De las templadas brisas que se elevan
Del fondo de las húmedas cascadas,
De mil rumores y misterios llenas?
Mira la planta en flor, que allá en la noche
Luce como la llama de una ofrenda;
En medio de este mundo misterioso
Mis sueños y esperanzas se despiertan.

¡Oh, cuán hermoso para mí sería
 Pasar contigo aquí la vida entera,
 Libre de todo punzador deseo
 Y del brebaje amargo de las penas!
 Bien dijeron los sabios que es más dulce
 Á los reyes y grandes de la tierra
 Que el vaso que rebosa de ambrosía
 La soledad del fondo de las selvas.—

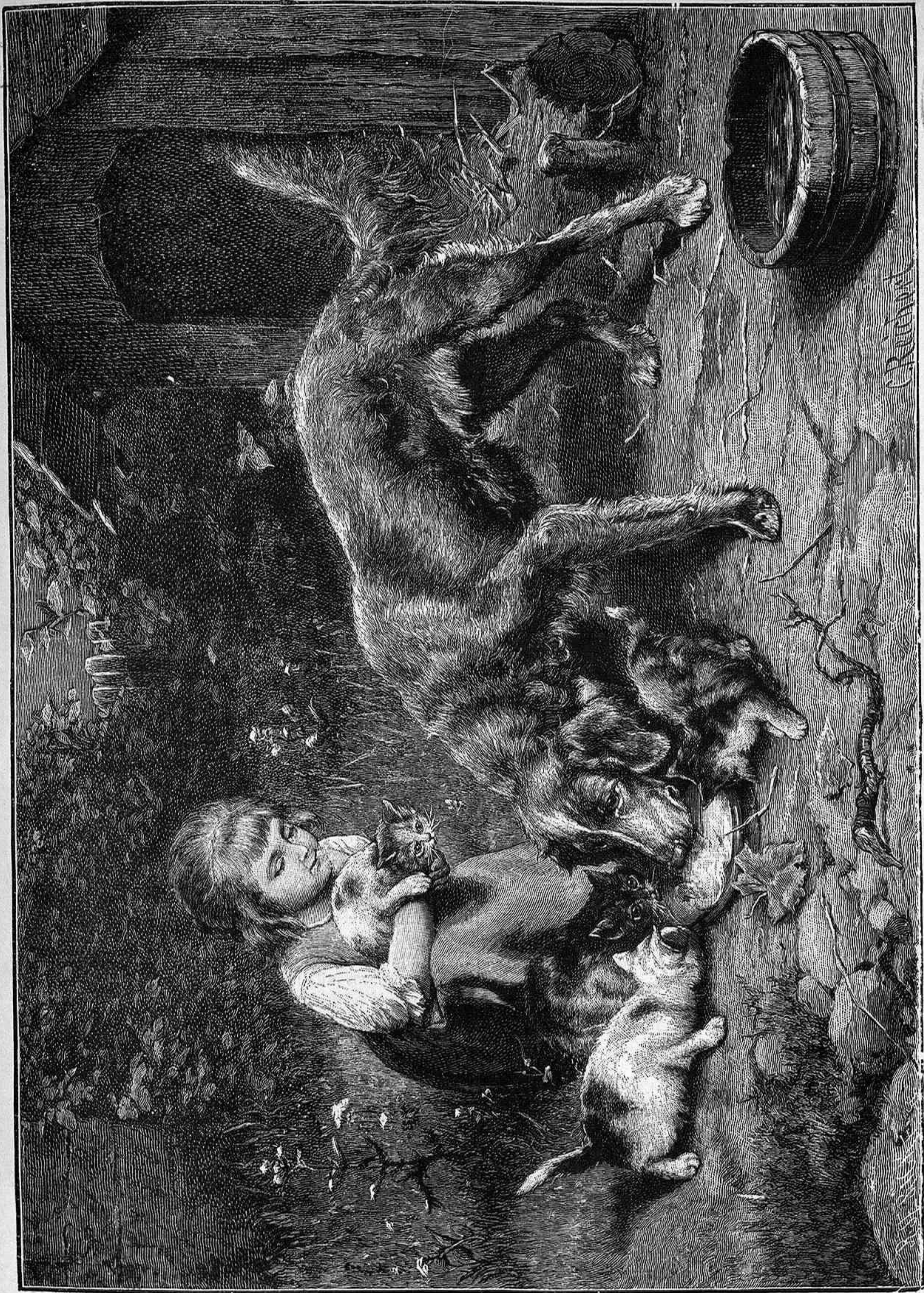
Habiendo hablado así, descendió Rama
 De las rocas que el musgo aterciopela,
 Y á su esposa mostró del claro Ganges
 La pura linfa y la feraz ribera.
 Y el príncipe gentil de ojos de loto,
 De nuevo dirigiéndose á la bella,
 Parecida á la luna cuando sale
 Del misterio y la sombra de la selva;
 —Mira —le dice—el caudaloso río
 Donde los puros astros se reflejan,
 Las orillas umbrosas semejan

Á las grutas del dios de las riquezas,
 Y las islas que cortan su corriente
 Y que de cisnes cándidos se pueblan.
 Aquí es donde los santos solitarios,
 Que de frutos salvajes se alimentan,
 Bañan su cuerpo en la estación sagrada,
 Sobre el mullido césped se recuestan,
 Y al despuntar la aurora, con la vista
 En los celajes del Oriente puesta
 Y las manos al cielo levantadas,
 Al sol sublimes cánticos elevan.

Entonces, sacudidos por los vientos
 Los arbustos, los árboles y hierbas,
 Ambas orillas del sagrado río
 De hojas y flores olorosas llenan,
 Y parece que gime la montaña
 Y que del mundo los cimientos tiemblan.

JOSÉ VELARDE





C. Reichert

FAMILIA FELIZ.... Á LA HORA DEL DESAYUNO.—Cuadro de C. Reichert.



EL VALOR, Ó LOS TRES VALIENTES

CUENTO

I.

Es el valor «cualidad del alma que mueve á acometer resueltamente grandes empresas y á arrostrar sin miedo los peligros», según lo define el *Diccionario de la Academia Española*. La filosofía popular, formulada por uno de nuestros mejores poetas en estos versos

El miedo es natural en el prudente;
El saberlo vencer es ser valiente.....

lo explica de otro modo, y tal vez con mayor acierto. Además si la Academia no se refiere sólo al valor humano, habrá de admitir, como admiten muchos, la existencia de alma en los animales, pues los hay valientes por extremo, como el toro, el león, el gallo, etc. Y aunque la definición transcrita pudiera estar con más elegancia y esmero redactada, no es mi ánimo corregirla ahora, figurándome, como me figuro, que yo haría otra peor si lo intentase. No hay cosa más llana y fácil que poner defectos, ni más difícil que definir bien. Así, pues, la acepto y sigo tal cual está, sin meterme en sutilezas ni dibujos.

¡Y cuántas maneras de valor y qué diferentes se conocen! Ved ese marinero curtido por los soles de todos los climas, azotado por todos los huracanes: no hay paralelo de meridiano donde no se haya jugado la vida; ve tranquilo acercarse la tempestad, lucha con ella, la domina y la vence, y cuando le toque ser vencido, morirá como un héroe, sin debilidad y sin lágrimas. Pues á este hombre fuerte, impávido y de gran corazón, proponedle que baje al redondel de la plaza para matar un toro: no lo hará por cuanto hay en el mundo. En cambio, muchos toreros han perdido ventajosas contratas en América por miedo de embarcarse y pasar *el charco*, aun reflexionando que todos los días se embarcan y lo atraviesan millares de tímidas mujeres. Muchos aeronautas no descenderían á los abismos del buzo ó del minero; pocos mineros ó buzos tendrían resolución para lanzarse á los aires. Andaluces, valencianos y aragoneses que á nadie temerían navaja en mano, dispuestos siempre por cualquiera fútil cuestión á derramar la ajena y propia sangre, no pasa-

rían de noche junto á un cementerio aunque les diesen un tesoro. De éstos he conocido muchos.

Y lo más particular en esto es que, tratándose de una sola persona, resulta que aparecen varias; es decir, á veces el hombre de ayer no es el hombre de hoy: ayer arrojado, hoy tímido, ó al contrario, según el humor que tiene y las circunstancias en que se encuentra. Refiérese que en cierta casa de juego uno de esos matasietes ó perdonavidas que miran al sesgo, escupen por el colmillo y viven del espanto, desafió con malas palabras á un caballero, y que éste, aunque de grandes fuerzas y ánimo probado en muchas ocasiones, le respondió con la mayor calma:—«Amigo mío, he ganado trescientos duros, y no tengo ganas de incomodarme: si usted se empeña en pelear con alguno, dígame cualquier palabrita á ese vejete que ha perdido hasta el último real, y verá usted canela.» Volvióse el guapo para mirar á quien le señalaban; pero apenas puso la vista en el viejo, cuando éste le increpó en voz alta y despreciativa:—«¿Tengo yo monos en la cara? ¿Qué mira usted, so mamarracho?»

Y el mamarracho, quiero decir, el formidable matón se excusó humildemente y eclipsó la figura, observando que el abuelo había metido la mano en un bolsillo del gabán, como si buscara algún confite ú otro regalillo con que obsequiarle.

He aquí una de las causas explicativas de por qué suele haber tan pocos millonarios en las barricadas, y por qué en tiempo de la invasión francesa mucha parte de nuestra aristocracia, los arzobispos, obispos y cabildos catedrales acataron á José I; mientras la clase media y plebe, frailes, curas saltatumbas y párrocos de escopeta y perro se lanzaron al campo como energúmenos, sin contar el número de los enemigos, ni temer la superioridad evidente de su organización y disciplina, llevando á término hazañas tales, que serán tenidas por fabulosas en los siglos venideros.

En los mismos valientes se hallan rasgos de timidez inconcebibles. De Filipo de Macedonia y de Alejandro Magno cuéntase que temían á los perritos pequeños: Julio César, dominador del mundo, palidecía y temblaba ante una lagartija ó una araña; y en cierta ocasión que presentaron al emperador Carlos V un soldado que jamás conoció miedo, sonrióse el monarca y dijo con mucha sorna:





Chronotypographie & Imprimerie Boussof, Volodon & Cie.

« BANQUETE INTERRUPTO »

POR L.-E. LAMBERT.

Almanaque de La Ilustración Española.



—Porque nunca habrá despabilado una vela con los dedos; entonces hubiera tenido miedo de quemarse.

Y ¿qué diré de la tímida jovencita, criada entre cristales al abrigo y amparo del regazo materno, que tiembla de un ratón y huye chillando de una infeliz cucaracha como si fuera un monstruo sanguinario y espantable? Pues á esta asustadiza y cándida paloma le sale un novio intrépido que no teme á la epístola de San Pablo; y aunque sea un barbudo y mal-carado varón, con más facha de pirata argelino que de tierno Medoro, la doncellita se casa, y deja padres, hermanos, parientes, la ciudad y el hogar donde nació, y lo deja todo para irse á Filipinas ó tres kilómetros más allá con un hombre á quien conoció hace poco, y que tal vez le dé peor trato que á una esclava negra del Congo.

Pero ya que de valor hablo, voy á referir á los lectores de este ALMANAQUE el cuento de los tres valientes: y como no gusto de engalanarme con ajenas plumas, principio manifestando que no lo inventé yo, sino que hace la mar de años (esto es declararme viejo) que lo he oído, ó leído, ó soñado, no sé cuándo ni dónde, pues algunas veces las cosas muy lejanas se confunden y no las distinguimos bien unas de otras, cual maraña de enredados pelos, ó matorral de plantas apiñadas y revueltas.

II.

Y aquí empieza el relato. Para los que conocen las tabernas de Cádiz, nada tengo que decir: á los que no alcanzaron semejante dicha les repetiré, con Arolas, que son

Placer de los que pisan su almo suelo,
Suspiro de los tristes que se alejan.

Por esto escribió un poeta sevillano, amigo y compañero inseparable desde la cuna del que traza los presentes renglones:

Pirámides tiene Egipto,
Roma palacios y termas,
Soberbias escuadras Londres
Y Cádiz tiene tabernas.
No los tugurios hediondos
Que en Madrid tal nombre llevan;
Sino limpiísimos templos,
De Baco gloria y riqueza,
Paraisos abreviados
Que auras de Jerez olean,
Donde el salchichón picante,
Donde la aceituna gruesa,
Donde la fruta de playa
Y en cañas bullendo el néctar,
Ojos, paladar, olfato,
Corazón y alma recrean.

Tal era la jaula: veamos ahora los pájaros. El más joven, casi niño en apariencia, era un señorito gaditano, de escasa estatura, delgado, pálido, elegante y boquirrubio. Por su aspecto delicado y enfermizo, por el prematuro cansancio que revelaba en su aire y movimientos, parecía incapaz de todo esfuerzo varonil y de toda acción resuelta. La doncella más descontentadiza hubiese admirado y envidiado la blancura de sus manos y la forma de sus pies diminutos: en suma, era un caramelo, ó un terroncito de azúcar que podría beberse en un vaso de agua. Algunos le pusieron de apodo

ó sobrenombre *Don Líquido*, aunque ninguno se atreviese á llamarle de tal manera en su misma cara, porque mi señor D. Líquido había mostrado en varias ocasiones una solidez inverosímil, dando á entender claramente que tenía pico y uñas, y un genio tan poco sufrido, que por quitame allá esas pajas era muy capaz de armar tiberio contra los Siete Niños de Écija y todos los caballeros de la Tabla Redonda, y aunque fuese cuadrada.

El segundo, conocido por Juanón á causa de su estatura y corpulencia, era de Sevilla, barrio de Triana. Había sido herrero, soldado, desbravador de potros y contrabandista, Ahora se dedicaba al trato de cuatropneas, comprando y vendiendo mulos y caballos, y siempre, y en tan varios oficios, fué de vivo ingenio, ignorante, rumboso, arrestado, bebedor, y más basto que el revés de una estera. Vestía de corto y con lujo.

El tercero, de más edad que sus compinches, era un pe-liagudo presbítero malagueño, oscuro como pellejo de corambre, y velludo y recio como un oso. Vestía zapatones con honores de faluchos, pantalón negro, negra y descomunal levita y sombrero de copa así como de cuatro pisos. No llevaba insignia alguna de clérigo; pero viéndole se conocía que lo era, y un ciego lo hubiera sacado por el olor. Años atrás se había cubierto la tonsura y vestido de majo para ir á los toros en Huelva, donde no estuvo antes nunca, ni sabía nadie el santo de su nombre; mas los que se hallaban á su lado en el tendido, sin ponerse de acuerdo y con toda naturalidad, le decían: «Pare cura, ¡vaya una verónica!—Pare cura, ¿me da osté candela?—Pare cura, excomulgue osté á ese picaor, que no sabe poner una vara.» Hasta que el padre cura, cargado y aburrido, y conteniendo sus ímpetus para no dar un escándalo, salió de la plaza rezando no sé qué antifonas ó jaculatorias, y con propósito firme de no volver á disfrazarse nunca, aunque los años de su vida á los de Matusalén aventajasen.

Por sus edades respectivas, los tres comensales representaban en la existencia la primavera, el verano y el otoño. Diferenciábanse no menos en la educación, el estado social y el vestido, y parece que debían diferenciarse también en las inclinaciones y los gustos. ¿Cómo, pues, se hallaban reunidos amigablemente en torno de una mesa, manzani-llando juntos y saboreando juntos como buenos compañeros los calamares y langostinos y las orondas aceitunas sevillanas? Lo ignoro, y á mi vez podría preguntar á los preguntones: ¿Cómo se juntan en la copa de un mismo árbol pájaros venidos de muy distintas partes? Mas dejando esto, que importa muy poco, lo cierto es que se hallaban reunidos los citados tres peines ante la mesa de una de las mejores tabernas gaditanas, y que en ella bebían y platicaban. Tratábase de heroicidades, arrestos inverosímiles, actos de arrojo y gallardías de espíritu, refiriéndose por unos y otros cosas tales, que de haberlas oído el Cid, Bernardo del Carpio y el Gran Capitán, hubiesen vuelto á sus tumbas avergonzados y confusos. La plática se encrespó y se puso agria cuando vinieron de las hazañas á las personas, mofándose del gaditano el malagueño, y el sevillano de los dos, y armándose tal baraúnda y algarabía, que era cosa de taparse con cera los oídos. Como ninguno de los tres brillaba por su paciencia ni tenía nada de manco, veíase venir la catástrofe pronta y terrible. Ya se lanzaban miradas amenazadoras, el

reto insolente iba á salir de los labios, y alguna mano convulsa buscaba entre los pliegues de la faja ó los bolsillos interiores de la levita el argumento supremo, cuando á la manera del dios Neptuno serenando olas, vientos y tempestades, habló el presbítero malagueño con la autoridad de los años y la experiencia, y las vellosas manos extendidas sobre la bandeja de las cañas, y dijo:

—Caballeros, que esta misma noche me lleven los demonios en volandas, ó me aticen á trascantón un navajazo traperero que me pise el mondongo, ó me vuelva judío con siete varas de rabo y un INRI pintado en el estómago, si con tantas voces y alboroto no parecemos chiquillos cuando salen de la escuela. ¿Á qué viene gritar y disputar por lo que no se averigua con palabras, sino con obras? ¿Que cuál de nosotros es más valiente y tiene más pelos negros en el corazón? ¿No es esto lo que se cuestiona? Pues claro está como el sol que será más valiente el que haga la mayor valentía. Y no vale salir con historias, que con agua pasada no muele ningún molino, y las historias suelen ser á gusto del que las cuenta. Cada uno de nosotros acometerá su hazaña, y rematada que fuere, sea medida y calificada y juzgada por los otros dos, que han de haberla presenciado, pues repito que no se admiten referencias. ¿He dicho algo? ¿Estáis conformes, caballeros?

—Conformes y conformísimos, y ¡viva Málaga!—respondieron el gaditano y el sevillano.

Y tras de breve pausa añadió éste:

—Como al buen pagador no le duelen prendas, pronto estoy á entregar la mía para que ustedes la aprecien y la tasen en lo que valga. ¿Hoy es viernes? Pues pasado mañana será domingo y habrá toros: nos reuniremos aquí mismo, y juntos iremos á la plaza. Entonces se verá quién es Juanón el tratante de cuatropeas.

Y á poco se disolvió el valeroso triunvirato.

III.

Hermosa de veras estaba aquel día la Plaza de Toros de Cádiz. Nada faltaba de cuanto puede dar animación, gala y alegría, entusiasmando hasta el delirio á la congregada muchedumbre. Hombres jóvenes y majos, hembras gallardas y bien vestidas, colores, gritos, risas, agitación incesante, chistes y ocurrencias ingeniosas cruzándose de un lado á otro como las chispas de fuegos artificiales, pregones, músicas, la certidumbre de ver luchar terribles fieras con ágiles y diestros mozos cubiertos de seda y oro como para un baile, espectáculo sin igual en el mundo, la pureza del aire tibio y oloroso.... Finalmente, y para no cansarme, que cada cual se figure tan variado cuadro lo mejor que pueda: nunca la imaginación irá demasiado lejos. Al lado, y por cima de la plaza, bañanla con sus brisas y resplandores el mar y el sol, clarísimos ambos y majestuosos con la tranquila majestad de las cosas eternas.

Había comenzado la lidia, y mis tres héroes presenciaban sus diversos lances desde un tendido de sombra próximo á la barrera, cual conviene á legítimos y verdaderos aficionados. Nada singular ó extraordinario ocurrió con los dos primeros toros, que fueron capeados, picados, banderilleados y muertos según las reglas del arte. Ni un chulo se alzó lan-

zando al aire como pelota, ni se desnucó de tremendo batacazo ninguno de los picadores, ni dejaron los míseros jamelgos de mostrar sus tripas colgando y regar con su sangre la arena del circo, ni el sentido común, que se hallaba ausente, dijo una sola palabra de todo este jaleo. Palmas y cigarros para los espadas, insultos y silbidos para los torpes ó medrosos, y las mulillas y pudridero para los muertos. Mas el tercer toro era un señor toro, muy digno de acompañar en retablos de iglesia las pinturas y estatuas del evangelista San Marcos. Porque además de ser tamaño como un elefante y gordo como un canónigo, se adornaba con un par de cuernos disparatados y muy abiertos, sin que tal corpulencia y tantas libras le impidiesen correr como un galgo. Y tenía la gracia el indino de menospreciar las capas rojas para irse derecho al bulto, con lo cual andaban los lidiadores un si es no es de azarados y recelosos. Á los pocos pases fué arrollado y herido un chulo; y momentos después el famoso picador Trigo, á pesar de su taurina inteligencia y hercúleo brazo, vió rota su garrocha y se vió él mismo levantado con el caballo que montaba, sufriendo el mayor porrazo de que hay memoria. Cuando los mozos le alzaban del polvo, ensangrentado y maltrecho, una voz zumbona sonó en todo el redondel gritando desaforadamente: «¡Señó Trigo, señó Trigo! ¿quiere usté repetir esa suerte, que no la he visto bien?»

Pero como todo llega en el mundo, llegó el lance final, el lance de la espada, y aquí fué ella. El lidiador, aturdido y descompuesto, comprendía como cosa probable que en vez de matar al toro, el toro le matase á él, y semejante probabilidad no le hacía gracia ninguna. Así prodigaba los pinchazos inútiles, se salía del terreno, y á cada instante iba decayendo en serenidad y esperanza. Hubiera perdido gustoso un dedo de la mano, y quizá dos, porque se armara súbita tempestad y un rayo pulverizase al cornúpeto, que ante sus turbados ojos iba creciendo, creciendo hasta alcanzar proporciones fabulosas. Al fin, un medio varetazo le sacó del apuro con herida leve, siendo llevado á la enfermería entre el clamoreo de la muchedumbre. Quedóse el toro plantado en mitad de la arena, sólo con ligeros rasguños en la piel, más para enfurecerle que para debilitarle, fuerte y entero, y mirando á todos lados como si dijese: «Vayan saliendo guapos, que yo iré dando cuenta de ellos.»

Entonces se alzaron voces pidiendo:—¡Que lo mate Juanón! ¡que lo mate Juanón!—Y estas voces, pocas al principio, fueron innumerables, incesantes, atronadoras, y todas gritaban lo mismo:—¡Que lo mate Juanón!—Aturdido con tal baraúnda, y creyendo que fuese verdadero diestro el tal Juanón, dióle su licencia el Presidente para salir á la plaza y lucir su arrojo y maestría despachando en regla al temible animal que tantos destrozos había hecho. El insigne Juanón el sevillano, vestido de corto, empuñó con la serena tranquilidad de los héroes los trastos del oficio, saludó al Presidente, brindó por las buenas mozas y por el pueblo de Cádiz, y con gentil compás de pies y la sonrisa en los labios, se plantó en mitad del circo y frente á frente del toro. Apartando el siniestro brazo, hizo señal á la cuadrilla para que le dejara solo en la brega, y cuando estuvieron alejados, y el público atento y sin respirar siquiera, y el toro escarbaba la arena para lanzarse sobre él como un rayo.... ¿qué pensarán ustedes que hizo? Pues arrojó la espada, se



embozó en el capote y se puso ante la fiera de espaldas y con el cuerpo doblado como quien busca alfileres por el suelo. Espantosa fué la arremetida; si de repente le hubieran salido alas á Juanón, cierto no habría volado con más ligereza, á pesar de su corpulencia y estatura. Cayó al suelo con tremendo golpe y quedó inmóvil; difícilmente logró la cuadrilla distraer á la fiera para que pudieran recogerle y llevarle á la enfermería. El tumulto fué horroroso; los comentarios, interminables.

Algunos días después de su hazaña, hallábase Juanón vivo todavía y ya levantado de la cama después de haber sufrido durante semana y media unturas, cataplasmas y parches de todo género, amén de los dolores consiguientes al atroz testarazo y á la gran caída. Por fortuna suya, tenía el animal los cuernos muy separados y no le enganchó con ninguno de ellos; que entonces hubiese concluido el lance en el campo-santo. Y tampoco hubo rotura de hueso alguno; lo que fué no pequeña suerte. El tal Juanón, por lo visto, tenía cuerpo de bronce.

Acompañábanle sus dos amigos y rivales en valentía, quienes le cuidaron en su dolencia y sinceramente aplaudieron su arrojo; aunque, sin darse por vencidos, proponíanse competirlo y hasta aventajarlo con otros arrojitos todavía más increíbles y estupendos. Una tarde en que estaban juntos y había languidecido la plática, les dijo de repente el sevillano:

—Caballeros, por mi parte cumplí como pude. ¿Qué piensan ustedes hacer ahora?

—Despacio, amigo, despacio—respondió el cura.—Cuando estaba usted maquinando el lance del toro, preparó la gente que le llamase al redondel, y nos llevó á la plaza sin decirnos una palabra de lo que se proponía; y me parece que hizo bien, porque si las cosas se van pregonando antes á son de trompeta, pierden el mérito y la gracia. Por mi parte, no sé todavía lo que haré; todas las barrabasadas se me antojan pequeñas, pues no quiero quedar nunca por debajo de nadie.

—Quedaré usted y también el amigo Juanón, y les vendrá muy ancho. Sé perfectamente lo que debo hacer, pero no es cosa de un día. Cuando la breva esté madura, les avisaré, y entonces ustedes mismos me proclamarán vencedor en esta contienda. Y si no, al tiempo.

Así habló el señorito gaditano, y se fué tan campante.

—¿Qué máquina de los diablos tendrá preparada?

—¡Bah! niñerías, Juanón, niñerías—contestó el malagueño.—¡Si es una criatura!

IV.

Por las calles de Cádiz van caminando y platicando mis tres héroes, y se dirigen al famoso barrio de la Viña, morada de la gente del bronce y mapa y compendio de la sal y el garbo gitano. Y decía tranquilamente el malagueño:

—Ya que Juanón ha cumplido como hombre de alma, justo es que los demás hagamos lo mismo. Ayer tuve noticia de la cosa, anoche la pasé arreglando cuentas y papeles; y como soy cristiano, apostólico, romano, aunque pecador indigno, esta mañana confesé y comulgué en San Antonio,

por si la respiración se me acaba, y ahora me importa muy poco emprender el gran viaje de donde ninguno vuelve. Con que alto, caballeros, que ya hemos llegado al teatro de mi hazaña.

Y entraron juntos en una humilde barbería. Entiéndase bien al decir humilde, que no la adornaban soberbios espejos de marco dorado, ni mullidos sillones, ni tenía otras delicadezas y comodidades, ni había en ella elegantes mancebos para el servicio de los parroquianos. Un mozuelo de hasta diez y siete primaveras, mal guisado en sus paños, como decían nuestros abuelos, esto es, desaliñado en su vestir, era el único dependiente del establecimiento. Y más bien que alegre barberillo, por la seriedad y tristeza del rostro, parecía empleado de alguna empresa funeraria. Al ver entrar al valeroso triunvirato, animóse un poquito, y con la toalla al hombro, y suavizando contra la palma de su mano la navaja, preguntó sonriendo á nuestros héroes.

—Pelar..... afeitar..... rizar el cabello..... ¿qué va á ser, señores?

—Oye—le dijo el presbítero malagueño.—En primer lugar, ¿cómo está hoy tu pobre tío? ¿Se le pasó la fiebre? ¿Se encuentra ya más razonable? Porque me han dicho que se le volvió el seso y se ha puesto loco rematado. ¿Es verdad esto?

—¡Ay, caballero, por desgracia es la pura verdad! Desde que su mujer, la seña Frasquita, se largó con el señor Responsos, el sacristán de la parroquia, llevándose de camino los pocos cuartos que había en la casa, mi pobre tío dió en cavilar y no comer, y luego perdió la chabeta y se puso furioso; de manera, que fué preciso encerrarlo, y encerrado está arriba y con camisa de fuerza, hasta que mañana vengán á llevárselo para el manicomio, que ya hoy darán la orden. ¿Oye su merced el jaleo que arma?

Con efecto, encima de la tienda sonaban patadas, los golpes de sillas al caer contra el suelo, maldiciones terribles y como rugidos de fiera. El malagueño presbítero dijo al mancebo:

—Hombre, á propósito de tu tío, ¿sabes que se me ocurre una cosa muy chusca? ¡Y vive Dios que la pondré por obra. Pues consiste nada más que en desatar al loco, y que baje y me afeite ó me degüelle, según le parezca, que en esta incertidumbre está el chiste y el salero de la operación. Con que, vamos escalera arriba, y al avío. Las buenas ideas no deben dejarse para luego.

El barberillo dió un salto atrás como si hubiera pisado una serpiente. Quedóse inmóvil y hecho la propia imagen del espanto. Juanón y el Señorito, aunque hombres de muchos hígados, también quedaron estupefactos y perplejos. Ya veían la cabeza de su compañero rodando por el entarimado sobre una lagareta de sangre, mientras el loco furioso esgrimía la afilada navaja, rechinando los dientes como un energúmeno. Quisieron intervenir para evitar una muerte segura; mas el impávido malagueño no lo consintió, y agarrando de un brazo al aterrado barberillo, le obligó á subir casi en vilo la mezquina escalera. Sobre el techo sonaron voces, pataleos, juramentos, y á poco bajaron tres personas la escalerilla: el mancebo, el demente y el héroe de la aventura, que le dijo con la mayor calma:

—Ha de saber usted, maestro, que yo soy amigo y pariente de Responsos el sacristán, y le aconsejé á la señora Frasquita que se fuese con él, y ahora vengo aquí por curio-



MEISSONIER

EL HOMBRE Y EL ARTISTA
EN DISTINTAS ÉPOCAS DE SU VIDA.



Miembro del Instituto.



Coronel de la Guardia Nacional.



Meissonier, sportsman.



En el taller



Modelando un caballo.



sidad de saber cómo afeita un cornudo. Y para que se le aclare usted la vista y el pulso se le tranquilice, ahí va esa pequeñez.

Y le soltó una monumental bofetada de las de cuello vuelto, que hizo girar sobre sus talones al barbero como si estuviera montado sobre un eje. Escupió el maestro una bocanada de sangre, más dos ó tres muelas que le arrancó el golpe, y rugiendo como tigre, de un salto cogió del navajero una de las navajas, la abrió, y se lanzó contra su enemigo. Pero éste le clavó al suelo con una mirada fulmínea, sentóse en un sillón, y presentando el cuello desnudo, exclamó con la mayor naturalidad:

—Maestro, ¿me va usted á afeitar en seco? Traiga usted agua y jabón y paño de barba, y pase esa navaja por la correa, y no sea usted desollador, sino barbero.

Dominado, magnetizado por la mirada avasalladora del presbítero, trajo el barbero las cosas pedidas, bañó de agua y jabón el sereno rostro del parroquiano, afiló bien la navaja y comenzó la tarea del rasuramiento. Reinaba un silencio espantoso; los testigos de tan inaudita escena estaban pálidos como difuntos, esperando de un momento á otro la tremenda catástrofe. Entonces el paciente dijo:

—Caballeros, con ese silencio y esas caras tan fúnebres y compungidas, parece que estamos velando á un difunto. Hablen ustedes algo, sea de lo que fuere. Vaya, maestro, cuéntenos usted ese lance de su mujer cuando se largó con mi pariente. ¿Se llevó mucho dinero? Dicen que están muy enamorados y contentos por haberle perdido á usted de vista. Porque, sin que sea lisonja, ¡cuidado que es usted feo!

Al oír tal salida, alzó el barbero la navaja como para rebanar la cabeza de aquel insolente, lanzando un gruñido de perro de presa. El parroquiano le contuvo con imperiosa mirada, y añadió:

—Maestro, si usted me degüella ahora, no podré luego ir á ver á Responsos y á la señora Frasquita, para decirles que usted se ha vuelto loco y que muy pronto lo llevarán á una jaula. Además, cortándome el pescuezo me va usted á manchar de sangre la camisa, y es lástima.

Esta vez no fué gruñido, sino rugido de león el que arrojó el barbero.

Levantó el brazo armado de la afilada hoja y tiró una ferroz cuchillada al parroquiano. Pero éste, veloz como el rayo, le asió por la muñeca con férrea tenaza, y le dijo:

—Déjese de niñerías, maestro; si quiere degollarme, puede hacerlo con suavidad; basta apretar un poquito la hoja, como quien toca el violín. Conque siga la faena, y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Ya no vuelvo á pronunciar palabra.

Y siguió y concluyó silenciosamente la faena. Durante algunos minutos, largos como siglos, sólo se oyó el *ras ras* de la navaja cortando las cerdas de aquella áspera barba, que al desaparecer dejaba un viso azulado. Por fin, el loco lavó el rostro del parroquiano, le enjugó, le pasó la borla de los polvos, y excepto algunos arañazos debidos al temblor del pulso, no hubo resultado lamentable. Levantóse el presbítero, se miró satisfecho á un espejillo, sacó un peso duro y lo entregó al barbero, diciéndole:

—Un real por el afeitado, y diez y nueve para comprar cintas de colores y ponérselas en la cornamenta. Así estará usted más bonito.

Y le volvió la espalda, saliendo de la barbería con sus compañeros.

—Se me figura que estabais algo pálidos. Por mi parte, no he cambiado de color. ¿Os gusta la prueba?

El Señorito guardó silencio; pero el sevillano contestó modestamente.

—Hombre, eres un hombre desde los pies á la cabeza, un hombre de cuerpo entero. Lo que has hecho no se le ocurre ni al mismísimo demonio, y tiene mucho más mérito que lo del toro. Yo juro que me daba frío sólo de ver la navaja dale que dale rascando el pescuezo y esperando á cada instante ver caer la cabeza. ¿Y al pollo qué le ha parecido el lance?

—¡Pché! La idea no es maleja..... bastante serenidad..... y nada más. Aun saliendo mal, como era probable, el único riesgo era ser degollado..... y nada más. Pero dentro de poco entraré yo en tanda, haré mi prueba, y al mirarme entonces con asombro, os parecerá estar viendo al mismo Alejandro Magno.

—Vamos, éste es más loco todavía que el barbero—murmuraron sus compinches.

V.

Durante largos días ni el sevillano Juanón, ni el impávido malagueño tuvieron la menor noticia del *Señorito*, que con tal nombre le apellidaban. Aunque el circuito de Cádiz es pequeño, ni por casualidad le veían en parte alguna. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Suponiéndole enfermo, estuvieron juntos á buscarle donde se hospedaba. Tenía salud, pero no se hallaba en casa. Volvieron segunda vez, y tampoco. Entonces sospecharon que trataba de huir el bulto y eclipsar la figura para excusarse de afrontar alguna temeraria empresa, como ellos por turno la habían afrontado antes, dejándose el uno coger y voltear en la plaza, y entregando el otro la garganta á la cuchilla de un loco, insultado y abofeteado y hecho un basilisco. Según pasaban los días, la sospecha era mayor y más fundada, y llegó el momento de dar por terminado el certamen con la prudente retirada del Señorito, prudencia calificada por ellos de falta de palabra y notoria cobardía. Pero no pocas veces las apariencias engañan y tenemos por fuerza que rectificar juicios temerarios.

Pues cuando menos le esperaban aparece de nuevo el Señorito, tan desdeñoso, pulido y elegante como de costumbre. Hizo traer al montañés otra bandeja con cañas de manzanilla y sacó de la petaca un par de vegueros para sus colegas, á quienes habló de este modo, retorciéndose los cuatro pelos del bigotillo.

—Apostaría cien duros contra seis tiñosas pesetas á que ya me teniais por desertor, pensando que vuestras hazañas, cuyo mérito y valor no niego ni disminuyo, me habían quitado las ganas de sostener la competencia, y que sólo por esto evitaba vuestra agradable compañía. ¿He acertado? ¿Es verdad lo que digo?

—Es mucha verdad—respondieron ambos.

—Y mientras no se muestre lo contrario con hechos—añadió el *Pater*—seguiremos creyendo lo mismo.

—Pues muy poco ha de vivir quien no lo vea. Mañana á primera hora de la noche nos reuniremos aquí, si ustedes



gustan. Y cuidado con faltar, pues entonces podría faltarme el valor y arrepentirme, y sería vuestra la culpa.

—¡Qué hemos de faltar, hombre! Aquí estaremos puntuales y fijos y exactos como dos termómetros.

—Como dos cronómetros—enmendó el Pater.

Ninguno faltó, y á la hora convenida se juntaron. El Señorito estaba más pálido que nunca; parecía un difunto. También iba más elegante que de ordinario; hubiera podido presentarse en casa de un príncipe. Quisieron obsequiarle sus amigos, y se negó á beber ni una gota. Su preocupación era tan extrema, que en vez de sacar el pañuelo para sonarse sacó la petaca y se la llevó á las narices. A despecho suyo, un velo de tristeza se extendía sobre todo él como una mortaja. El presbítero, que no le quitaba ojo, llegó á concebir cierto recelo, y para aclarar la situación, dijo resueltamente:

—Mira, Señorito, este juego en que estamos empeñados ha de jugarse en iguales condiciones y con toda limpieza. Vale arriesgar la vida con la sonrisa en los labios; y cuanto el riesgo sea mayor y la serenidad más completa, será la hazaña más grande y valerosa. Pero véame con las licencias recogidas, y excomulgado luego, y sin un peso duro en el bolsillo, que es lo peor, si no tratas ahora de tomar por el atajo, imaginando de tal manera vencernos y dejarnos tamañitos. No vale quitarse la vida; esto no es cristiano, y trae consigo la condenación eterna. Además, es vulgar y cursi hasta la pared de enfrente; apenas hay día en que un hambriento no se arroje de un quinto piso, ó un estudiante se arrime un pistoletazo porque la novia no le quiere, ó una fregona se trague una espuerta de fósforos porque la dejó el soldado. Todo esto quiere decir que, si piensas asombrarnos metiéndote una balita en los sesos, te engañas, hijo mío, que no somos tontos y no equivocamos la imbecilidad con la verdadera valentía.

Con la más franca y ruidosa carcajada respondió á esta plática el Señorito, cuya preocupación y tristeza estaban ya dominadas y casi desvanecidas. El orador se quedó absorto ante salida tan extraña, y añadió:

—Celebro con alma y corazón el haberme equivocado. Ya estoy tranquilo y contento, y deseando ver siquiera la orilla del paño que nos preparas. Pero ¿me equivoqué de veras? ¿Y será esta misma noche la cosa?

—Sí, amigo mío, te equivocaste: el quitarse la vida lo hace cualquiera en un momento desesperado, y yo no soy un cualquiera. La hazaña que dispongo no la soñaron Julio César, Hernán Cortés ni Pizarro. Y como ha de estar concluida y consumada antes de una hora, bueno es que vayamos acercándonos al lugar en donde ha de verificarse.

Y se pusieron en marcha hacia el barrio de la Merced. Al atravesar el Campo del Sur por entre la catedral y la plaza de toros, las tinieblas de aquel paraje, el furioso viento y el mar que estrellaba con suma violencia enormes olas contra la muralla, no inspiraban ciertamente pensamientos alegres, sino temerosos y melancólicos. Á pesar de sus protestas contra el suicidio, giría el Señorito á tirarse de cabeza en aquel oscuro infierno de olas hirvientes, que tronaban como cañonazos contra los sillares del muro y las negras rocas? Instintivamente, y sin hablar palabra, el malagueño y el sevillano dejaron en medio de los dos á su compañero, dispuestos á echarle la garra, si fuese necesario; mas el Se-

ñorito pareció no advertirlo, ó si lo advirtió no dijo nada. Torciendo á la izquierda, pasaron á poco junto al Ayuntamiento y penetraron en un oscuro laberinto de callejuelas angostas, sucias, pobres y mal habitadas, verdadera ignominia de la hermosa Cádiz. Finalmente, en uno de los más lóbregos y medrosos de aquellos callejones, el de la Goleta, Plocia, Jabonería ó cualquiera otro, que para el caso es igual, detúvose el Señorito y dijo á sus acompañantes:

—Hemos llegado. Alto. Mucho cuidado con los pies, que la escalera es fatal. Subiremos al tercero de la izquierda, que es donde nos aguardan.

Y atravesando un portal estrecho y húmedo, que apesataba á diablos podridos, se internaron en aquella escalera, por donde ciertamente no subían ni bajaban ángeles de continuo como por la escala mística de Jacob. Poco y mal alumbrada y con peldaños desiguales y resbalosos, era perpetua amenaza contra las costillas de inquilinos y visitantes: de las habitaciones que daban á los descansillos salía punzante olor de miseria, y acá y allá sonaban llantos de niños, ladridos de perro, ásperas voces disputando ó gritando y el rasgueo de una cascada vihuela. Sólo faltaba de trecho en trecho una cruz negra con la inscripción de costumbre: «Aquí asesinaron á un cristiano. Rueguen por él á Dios.»

—Que se me cuelgue del pescuezo un lobo rabioso para darme un rato de gusto—dijo el corpulento Juanón parandose en firme—si ésta no parece la escalera del patíbulo. Por poco me estrello de frente y me estropeo todo el carácter y la fisonomía de la cara. Pero ¿cómo este Señorito, siempre tan peripuesto y perfumado, frecuenta semejantes guaridas?

—Paciencia; pronto lo veremos. Si no hubiera venido aquí.... Pero sigamos, que, según dicen,

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto templo.

Detuviéronse ante una puerta, y llamaron. Mientras abrieron, que no fué muy pronto, percibían dentro confuso rumor como de colmena en tiempo de calores. Mucha gente debía de estar allí congregada. Entraron. Y, con efecto, en dos salas corridas había tantas mujeres y hombres, que apenas cabían de pie: conocíase que se habían reunido en tal lugar con ocasión de alguna cosa extraordinaria. Al ver á nuestros héroes, salieron de la concurrencia estas exclamaciones:

—¡Ya está aquí! ¡Qué elegante! ¡Bien por los señoritos!

Y el esperado joven, tomando de la mano á sus amigos, se dirigió con ellos á las señoras, quiero decir, á las mujeres, ó, expresado con mayor propiedad, á las hembras de la casa, que no eran menos de siete como las plagas de Egipto y los pecados mortales. Seis eran jóvenes; y una bien machucha, corpulenta, barbuda y con trazas de arpía, semejaba un marino viejo con faldas. Eran la mamá y las niñas. Ante ellas hizo el pollo una entre cortesana y burlona reverencia, y, encarándose con la madre, dijo:

—Mi señora doña Engracia, éstos son los amigos, mis amigos verdaderos, de quienes le tengo hablado tantas veces. El Sr. D. Bonifacio de la Bombarda, virtuoso presbítero malagueño, capaz de emprenderla contra un batallón á navajazos, y que, si hubiera justicia en el mundo, ya estaría preconizado de obispo y echando bendiciones, ó surcando



los procelosos mares como capitán y jefe de evangélicos piratas. Este otro es el ilustrísimo D. Juan de Triana y Vendavales, docto en la contratación de cuatropeas y en domar potros cerriles, esclarecido torero, muy adecuado para todas las cosas y para algunas más, persona en sumo grado estimable y considerable.

Y añadió, volviéndose á sus amigos y con el tono del charlatán que recorre las ferias enseñando fenómenos:

—Mi querida señora doña Engracia Roña, inconsolable viuda de un heroico tambor mayor, que murió sirviendo á la patria en el hospital de las Bubas, y sus encantadoras hijas, dignos frutos de tan celestial contubernio.

Hecha ya la indispensable presentación primera, siguiéronse otras, y el sevillano y el malagueño pudieron conocer al opulento capitalista Sr. Gómez, aspirante á pretendiente de escribiente meritorio, cuyas destrozadas botas le permitían el inocente desahogo de poder tocar el piano con los dedos de los pies sobre los ladrillos; al linajudo bodegonero señor Venegas, último vástago de los Cerrajeros de Granada (él quería decir Abencerrajes); á D. Isidro Morral, ex-corneta de milicianos realistas; al distinguido tabernero Sr. Garrote; al ciego tío Chinchorro, que cual otro inmortal Homero pasábase la vida entonando cantares; á la señora viuda de Rascabragas y sus elegantes hijas; al cabo segundo de fusileros, Sr. Juan Palomo, incansable bebedor de aguardiente; al académico plebeyo, el pulcro Sr. Fatigas, que fija, limpia y da esplendor al calzado ajeno frotándolo al par con dos cepillos; á la señora del fosforero de la esquina, con sus hermanas menores, ambas solteras y poseedoras ambas de la dignidad de madre; al Sr. Puñalaitas, que jamás dió ninguna, pero que gustaba de insultar al prójimo y tenía rotos muchos pares de botas huyendo de las bofetadas y garrotazos con que los ofendidos solían obsequiarle; á varias damas castañeras y buñoleras del Campo del Sur y Puerto Piojo; y algunos príncipes que allí asistían de incógnito, aunque con pinta y apariencias de maleantes del muelle, secuestradores en despoblado ó profesores de las famosas universidades y academias de Cartagena, Ceuta y Melilla; amén de los malcriados chicuelos que bullían y alborotaban por todas partes, incomodando á todo el mundo. ¡Válgame Dios, y cómo y cuánto envidia ahora el talentazo enumerativo de esos cronistas ó revisteros de salones cortesanos, que nos cuentan y describen puntualmente, para instrucción y documento nuestro y de los siglos futuros, los nombres, títulos y excelencias de los concurrentes á cualquiera fiesta ó regodeo aristocrático, y además los trajes, condecoraciones, cintas y plumas con que se engalanaban, y las veces que bailaron, y lo que engulleron después, y hasta sus sonrisas, y los arreos de sus carruajes, y las libreas de sus cocheros y lacayos! Mas careciendo, por desgracia, de tan excelsas dotes, dejo para adivinadas las cosas mal dichas, y vuelvo á mis héroes, que, formando corrillo aparte, hacían en voz baja sus comentarios. Y preguntaba el clérigo:

—Oye, Señorito: créeme que estoy medio mareado entre toda esta metralla de gentuza, pues la reunión á que nos has convidado parece una casa de fieras, ó un museo de Historia Natural. ¿Qué pretendes? ¿Quieres que armemos un *Roque*, y arda el *bronquis*, y salga toda esta chusma por los balcones ó rodando por la escalera?

—Nada quiero de *Roque* ni de *bronquis*, sino que os estéis callados y atentos á lo que suceda. ¿Veis ese ejército de botellas con vino y aguardiente sobre aquella mesa? ¿Veis sobre aquella otra ramilletes y dulces en bandeja, que por cierto se están comiendo las moscas? Pues los traje yo para obsequiaros y obsequiar á los presentes. ¿Veis la señora de la casa, que parece un rinoceronte disfrazado de mujer? Es más pobre que Job, sólo tiene trampas y un geniazo de todos los demonios. Su finura es tal, que dice que tiene un sobrino en el *apestadero* del Ferrol, que se constipa de una *garrafa* de aire, y que sus padres y abuelos fueron todos *melitares* y gentes del *trato*. Al uso del tenedor y cuchillo para comer, le llama *triquis miquis*. Posee, además, la gracia de emplear varios ratos en barrenarse la nariz con un dedo, y tiene la bella costumbre de hablar á gritos y achisparse con ginebra. Sus hijas no se hallan más adelantadas en instrucción y cultura. Todas son zafias y feas; pero la mayor, que ya anda á empujones con los treinta años, se lleva la palma en brutalidad y grosería. Reparen ustedes ese pelo cerdoso que le brota casi desde las cejas, esa nariz innoble y aplastada, esos dentarrones que semejan fichas de dominó ó dientes de caballo, ese corpachón de talega, que mal rayo lo parta. Ni en cinco semanas de conversación se podrá decir todo lo fea que es. Pues con esta señorita, que se llama Prudencia.....

Un clamoreo repentino de voces y aplausos le cortó la palabra. Entraba en la sala un sacerdote con un libro debajo del brazo, y sobre el tumulto se oían estas exclamaciones:

—¡Ya está aquí el cura, señá Engracia! ¡Prudencia..... los testigos..... el peñascaró..... los dulces! ¡Viva! ¡Vivaaa!

Pasada la explosión, añadió tranquilamente el joven gaditano, señalando á la mencionada Prudencia:

—Pues esta encantadora señorita es mi futura y próxima consorte; su madre, mi suegra; la cuadrilla de sus hermanas, mis cuñadas; ese que ha entrado, el párroco que nos casará de seguida; toda esa gentuza, los testigos y convidados; y vos otros dos, los padrinos de mi boda. Pero..... ¿qué es esto, cielos divinos? ¡Soo..... corrol! ¡Socorro! ¡Agua y vinagre! ¡Que venga un médico!

Y fué que al escuchar la palabra *boda* palidieron el impávido malagueño y el animoso Juanón: dieron media vuelta, y cual dos columnas que se desploman, cayeron desmayados. No murieron del susto, pero les duró toda su vida.

.....

Cuando pasados algunos meses supieron el fallecimiento del Señorito, que reventó de indigestión matrimonial y rabia triple reconcentrada, decían apurando unas cañitas á la salud del difunto:

El Cura.—¡Lástima de hombre! ¡Ni Filipo de Macedonia, ni Julio César, ni los Doce Pares de Francia!

Juanón.—¡Qué Felipe, ni qué Julián Cerezas, ni que pares ni nones de Francia ni de ninguna parte! ¡El Señorito fué el Señorito, y el rey absoluto y el gran emperador de todos los valientes del universo!! ¡Niño, añadió llamando al montañés, otra docena de cañitas y un plato de aceitunas, y que sirvan de *naufragio* para su alma, para su grande alma!!

NARCISO CAMPILLO.

Madrid, Agosto de 1891.



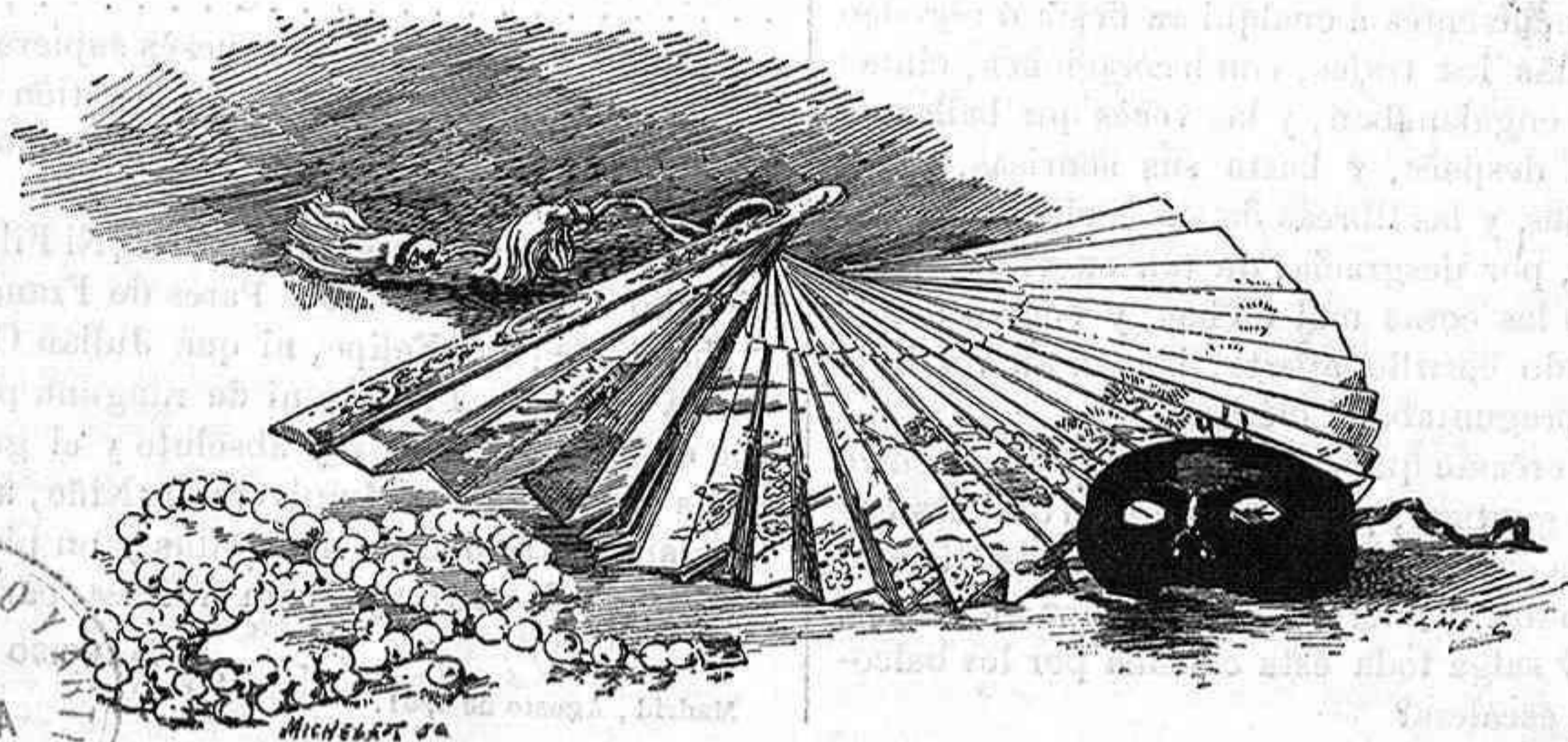


EL BIEN Y EL MAL

Incontestable experiencia
 Revela en continua acción
 Que bienes y males son
 Propios de nuestra existencia.
 Recuerdo de claro día
 Y de noche tenebrosa
 Ante una esperanza hermosa,
 La fulgidez de María.
 Así alcanzan por igual
 Sus placeres y dolores
 Á justos y á pecadores,
 Al rico y al menestral.
 Con lo que el cuerpo y el alma
 Se templan para el combate,
 Y el más digno más se bate,
 Pues sin esfuerzc no hay palma.
 Lid inmarcesible, ruda,
 Del trabajo y la desidia,
 Del amor contra la envidia,
 De la fe contra la duda,
 Hasta que virtudes tantas
 Vayan rindiendo á Luzbel:
 Que por algo San Miguel
 Tiene al Demonio á sus plantas.
 Sér libre é inteligente,
 Con una ley que cumplir,
 Forja Adán su porvenir
 En el yunque del presente.
 Por eso añaden doctores

Que si á veces nos perdemos,
 Más que al sino, lo debemos
 Á nuestros vicios y errores.
 Deuda en forma de castigo
 Impuesto á la humana grey,
 Desde el ostentoso rey
 Al harapiento mendigo.
 Que el uno le sufra menos
 Ó el otro le sufra más,
 Será cuestión de compás
 De medidores terrenos.
 Pero en los altos espacios
 Está la cabal medida,
 Pena ó gloria, muerte ó vida,
 Sobre chozas y palacios.
 Extremos inacabables
 Ante cuya inmensidad
 No hay dicha ni adversidad
 Aquí abajo comparables.
 Y esto siente la Conciencia,
 Y esto piensa la Razón,
 Formando tan santa unión
 La base de la gran Ciencia.
 Que á no existir un *Mañana*
 Que compense el *Hoy* sombrío,
 Fuera Dios triste Vacío,
 Y es Plenitud soberana.

ABDÓN DE PAZ.





RECUERDOS DEL BAILE.—POR SCHWENINGER.

CIENC. LIT. Y ARTISTICO
BIBLIOTECA
MADRID

CIENC. LIT. Y ARTISTICO
BIBLIOTECA
MADRID

CIENC. LIT. Y ARTISTICO
BIBLIOTECA
MADRID

CIENC. LIT. Y ARTISTICO
BIBLIOTECA
MADRID



POESÍAS VARIAS

EN EL ABANICO NEGRO DE C. S.

Perdona si mis versos,
 Amiga mía,
 Son reflejos de vaga
 Melancolía;
 Que tu abanico negro
 Como las penas
 No evoca las rientes
 Albas serenas,
 Ni el sol claro y alegre
 De un cielo puro,
 Sino la obscura noche
 Y el valle obscuro.
 En lugar de los rasgos
 De tu belleza,
 De las graciosas líneas
 De tu cabeza,
 De las sonrisas dulces
 Y las miradas
 En mieles y perfumes
 Embalsamadas,
 Pones en las dobleces
 Del varillaje
 Melancólicas tintas,
 Que son ultraje
 Á tus gracias y encantos,
 Niña hechicera,
 Que son gracias y encantos
 De primavera.
 Deja para mi otoño,
 Que ya declina,
 Sombras crepusculares,
 Triste neblina,
 Y haz que tus lindos ojos
 Despidan rayos,
 Y en tu mejilla luzcan
 Floridos mayos,
 Y anime la alegría
 Tu faz hermosa.....
 ¿Por qué no es tu abanico
 De azul y rosa?

M. GUTIÉRREZ.

RIMAS.

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

Al decirnos «adiós» cada noche,
 De su hermosa frente soltaba los rizos,
 Que en bucles caían y el cuarto impregnaban
 De aroma suavísimo.

Al decirnos «adiós» aquel día
 Llenóse mi alma de espanto y de frío,
 Y, ya muerta, los mustios cabellos
 Besé con delirio.

Cuando luego unos hombres llevaron
 Su cuerpo al obscuro sagrado recinto,
 Los rizos aquellos
 Quedaban conmigo!....

Mucho tiempo pasó desde entonces;
 Ya serán ceniza sus restos queridos;
 Pero aun vive el amor con que un día
 La quise y me quiso.....

Su cariño no ha muerto; lo afirma,
 Del tiempo á despecho, un raro prodigio:
 ¡Aun los rizos aquellos conservan
 Su aroma dulcísimo!.....

Cuando mirando al cielo
 —Velado ante mis ojos
 Por el raudal de lágrimas
 Que nunca cesa —tu recuerdo evoco;
 Cuando adivino, entre flotantes nubes,
 Las adorables líneas de tu rostro,
 Y creo que me esperas
 En ese mundo incierto y misterioso.....;
 La idea de otra vida,
 Con tanto afán acojo,
 Que, imaginando que he de verte entonces,
 No sé qué diera por morirme pronto.

Pero cuando en mi espíritu
 Surge tenaz la sombra de la duda;
 Cuando su voz me afirma que no hay nada
 Más allá de la tumba;
 Cuando tiemblo al pensar que con la muerte
 Puede borrarse en mí la imagen tuya,
 —Amante compañera
 De mis eternas horas de amargura.....;—
 La idea de perder hasta el recuerdo
 Que guardo de tu amor, tal me conturba,
 Que no sé qué daría
 Por no morirme nunca!.....

RICARDO SEPÚLVEDA.

PERCHELERAS

En los cielos iba á entrar,
 Cuando me dijo San Pedro:
 —Si no la olvidas, no entras.—
 Y me volví desde el cielo.

Nuestro querer se parece
 Al querer de las palmeras,
 Que desde lejos se quieren
 Y desde lejos se besan.

Cuando atravieso tu calle
 Miro el cielo en unos ojos
 Que hay detrás de tus cristales.

Los rosales de mi huerto
 Tienen más rosas abiertas,
 Y es que esperan que tú pases
 Para envidiarte de cerca.

No se los cuentes á nadie,
 Que son secretos del alma
 Los que por mis ojos salen.

No quiero, cuando me muera,
 Riquezas, cantos ni honores,
 Sino dos labios que recen
 Y dos ojos que me lloren.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

DE UN LIBRO INÉDITO.

No es la muerte en sí misma la que aterra'
 Es pensar como pienso entristecido
 Si el hombre concluyese aquí en la tierra
 ¡Ah, qué inmensa desgracia haber nacido!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

LA BELLEZA IDEAL.

Persigue sin cesar mi fantasía
 El concepto moral de la belleza,
 Y al descender de la divina alteza
 ¿Dónde, sin tí, lo busco, madre mía...?

NILO MARÍA FABRA.





NOCHE DE BODA

I.

Era la novia la muchacha más hermosa, y á no dudar, la más buena del pueblo, y aun poseía otra cualidad en que ninguna la aventajaba: era la más pobre.

Toda la hacienda que de sus padres podría heredar consistía en la vetusta casa en que habitaban, en la ribera, y un huertecillo que escasamente les producía para mal alimentarse y pagar la contribución. Cuando los padres vieron que la niña se hacía mujer bellísima, tierna, delicada, inteligente, asombráronse que de ellos, pobres y toscos palurdos, pudiera haber nacido aquella maravilla de hermosura y de ingenio, y comenzaron á lamentar la desgracia de hallarse en tanta pobreza. Siempre habían vivido conformes con su suerte; pero ya no podían resignarse á ver pobre á la hija de su corazón, digna de poseer, y aun les parecía poco, todos los tesoros del mundo.

Querían casarla, porque los dos estaban achacosos y aquellas humedades de la casa vieja y del huerto no las podrían resistir ya mucho tiempo, y les angustiaba la idea de que la muchacha quedara allí sola, sin otra compañía que la de Juanillo, un chico huérfano que ellos, aunque tan pobres, habían recogido cuando perdió á sus padres en una noche de horrorosa tempestad. Estaban los infelices en un chozo en medio de un campo sembrado de habas, y allí les sorprendió la crecida del río y se los llevó. Juanillo y Margarita criáronse juntos y amáronse tiernamente desde niños: Juanillo era fuerte, robusto, vigoroso, y Margarita tierna, sensible, delicada, una *señorita*, como la llamaba su madre. Al muchacho le complacía grandemente ser así como el guardián y el protector de la niña: había que pasar el río, escaso de agua, cogía Juanillo en sus brazos á Margarita y la ponía al otro lado con alegría y con orgullo: arrancaba una vaca brava asustando á la chicuela, que no sabía cómo y por dónde huir, y corría Juanillo á interponerse entre la niña y el animal, y se exponía á que éste le deshiciera. Otro día, en tarde abrasadora de estío, aparecía en el prado, viniendo no se sabe de dónde, un perro que parecía hidrófobo, y Juanillo poníase delante de su compañera, y tumbaba al perro de una certera pedrada en la cabeza; y en fin, otra tarde, que iban solos por una vereda solitaria, hallaban de improviso á un mal hombre, odiado en el pueblo, que pretendía dar un beso á la niña de quince años, y hubiera puesto en la cara virginal las cobardes manos, si Juanillo, con ligereza de tigre, no se le agarrara á las piernas, haciéndole caer y romperse la cabeza contra una piedra.....

No faltaban en el pueblo pretendientes enamorados de la

singular belleza de Margarita; pero los que no tenían fortuna eran inmediatamente rechazados por los padres, y entre los que estaban mejor acomodados no hallaban tampoco ninguno que reuniera circunstancias de otro orden que juzgaban esenciales en el esposo de su hija. El uno era viudo y le doblaba la edad; el otro era feo, tosco y rudo; aquel tenía tres hermanas horribles solteronas que serían tres cuñadas capaces de matarla; otro, con mucho dinero, estaba podrido; aquel era hijo natural de un usurero, y aborrecían en el pueblo al padre y al hijo; éste era un derrochador, vicioso y mujeriego; que se quedaría pobre, y antes ó después mataría á disgusto á la mujer..... En fin, los amantes padres de Margarita desesperaban de ver llegar el esposo modelo, rico, guapo, joven, juicioso, que deseaban para su hija, ya que no creían posible que viniera el heredero de un imperio poderoso, que era, en puridad, á su juicio, el compañero que merecía la hermosísima criatura.

Y Margarita y Juanillo holgábanse mucho de que ninguno de los pretendientes conviniera á los padres. Margarita hallábase muy contenta sin esposo, y temblaba que sus padres le dieran uno á quien no pudiera amar, y en este caso tampoco tendría valor, hija sumisa y obediente, para contrariar á los autores de sus días, que tanto la amaban. Y Juanillo, mientras pudiera vivir bajo el mismo techo que Margarita, considerábase venturoso; pero ¡qué infeliz sería si los padres de su amiga la entregaban á otro hombre!..... Y no le quedaba más remedio que la desesperación y la muerte, si esto sucediera, porque debía tanta gratitud á los padres de Margarita, que no podría menos de sacrificarse antes que declarar el amor de su alma.

II.

Los padres de Margarita hallaron, cuando menos lo imaginaban, el novio que habían soñado. No era un príncipe, ni siquiera un duque, pero sí poseía todas las circunstancias de juventud, gallardía, bondad, talento y riqueza que ellos deseaban en el marido de la hija adorada. Llegó de Madrid á conocer propiedades que acababa de heredar de un pariente lejano sin más herederos, y vió á Margarita en la iglesia, impresionándole profundamente la hermosura, la gentileza, la elegancia y la distinción de aquella lugareña que parecía disfrazada con el traje humilde que vestía, y más acostumbrada que al percal y á la indiana, á las galas cortesanías.

Enamoróse perdidamente de Margarita el madrileño, y la pidió á los padres. Era hombre por todo extremo simpático y agradable, y los padres, ansiosos de la ventura de su hija, creyeron firmemente que la Providencia le había llevado allí para premio de sus ternuras y desvelos paternos. Con



BIBLIOTECA LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
+ ATENEO CIENFUEGOS

BIBLIOTECA LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
+ ATENEO CIENFUEGOS



¡PRESUMIDA

CUADRO DE A. L. HALMI.

Con autorización del Establecimiento editorial y fotográfico del Dr. F. Albert y Comp.ª

BIBLIOTECA LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
+ ATENEO CIENFUEGOS

BIBLIOTECA LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
+ ATENEO CIENFUEGOS

alma y vida dieron su consentimiento, autorizando á don Ricardo, que así se llamaba el enamorado, para que hiciera la corte á Margarita y procurase lograr la dicha de ser amado.

Margarita no pudo menos de reconocer en el galán venido de Madrid prendas que no reunía ninguno de los que hasta entonces la habían pretendido, y aunque era tan humilde y tan discreta, no fué dueña de reprimir un movimiento de orgullo al saber que la amaba persona de tan excepcionales condiciones como era el elegante D. Ricardo. La pobre lugareña, que no había amado más que á Juanillo, comprendió que D. Ricardo superaba en todo al compañero de su infancia. Esto mismo comprendió Juanillo á su pesar, y odió con toda su alma al cortesano, que con tanto dinero y con tantas mujeres que le querían en Madrid había ido á arrebatarse toda esperanza de felicidad, á quitarle la vida, porque no podría vivir lejos de Margarita, á hacerle odioso el honrado hogar de aquellos pobres á quienes debía tanto agradecimiento....

No creía Margarita que Juanillo la amaba con pasión tan violenta, y tembló cuando se persuadió de que en su celosa rabia podía aquel desventurado ser capaz hasta de cometer un crimen. Ella, que había sido tan venturosa en la inocente intimidad con Juanillo, que tanto le quería y que tanto se había reído con él de los diversos pretendientes á quienes había dado calabazas, tuvo miedo al sorprender las miradas de rencor profundo, de odio implacable con que Juanillo declaraba sus intenciones de ahogar entre sus manos al preferido de la que él quería para sí.

Juanillo pensaba algunas veces que no pudiendo ofrecer á Margarita más que amor y miseria, y siendo en él obligación estrecha respetar la voluntad de los padres de Margarita y de esta misma, y coadyuvar, si pudiera, á la ventura de la familia en que había hallado hogar y amor desinteresado, era una monstruosidad, una abominación aquel odio africano que le atormentaba, aquellos impulsos de asesino que sentía en su corazón; pero en vano se hacía estas reflexiones: amaba y odiaba con igual intensidad, y para él no había más que una solución: ó se mataba, ó mataba á su rival. ¡Ver á Margarita en brazos del madrileño aborrecido! Eso nunca, no lo vería, porque si le faltaba aliento para clavar un puñal en el corazón de aquél, no le faltaría para clavárselo en el suyo.

D. Ricardo conoció bien pronto la malquerencia de Juanillo, y le tuvo lástima, sintiendo los sufrimientos de aquel muchacho, que, por lo demás, le parecía muy estimable; intentó ganar su voluntad tratándole con cariño y significándole de la manera más delicada que, si él quisiera aceptarlos, podría ofrecerle en Madrid medios para crearse una posición ventajosa en el comercio, puesto que le sobraba inteligencia y espíritu recto y de probidad; pero Juanillo no modificó su actitud, y D. Ricardo renunció á toda conciliación con su enemigo. No quería tampoco que Juanillo supusiera que le tenía miedo.

III.

D. Ricardo, después que tomó posesión de su herencia, y seguro ya del amor de Margarita, volvió á Madrid, su residencia habitual, donde necesitaba ultimar otros asuntos, y comenzó á hacer los preparativos para la boda. Compró y

envió al pueblo riquísimo y costoso mobiliario para una de las casas que había heredado, en la que se proponía habitar en las temporadas que pasara allí. Aquella casa sería el nido para los primeros días de la luna de miel. Luego traería á Madrid á su mujer, ansioso de presentar en la buena sociedad, que él frecuentaba, la gentil lugareña, que seguramente superaría en hermosura y distinción á las más hermosas y distinguidas.

Estaba loco de gozo, como quien tiene en este mundo la evidencia de haber logrado la felicidad, y en la ausencia comprendió que el amor que sentía era el verdadero amor, en nada parecido á los amores de sus primeros años, y que no había conocido mujer más digna de ser idolatrada que la hija de los honradísimos y pobrísimos labradores.

Quería que la boda fuera una fiesta brillante y espléndida de que disfrutara todo el pueblo, ó á lo menos una buena parte de sus moradores. Celebrábase en la humilde casa de la novia, que así lo querían los amantes padres, y él deseaba complacerlos. Ya tenía pensado todo el programa. Al mediodía, reparto de pan, carne, vino, ropas y dinero á los pobres; por la tarde, con permiso especial que le había ofrecido el Prelado, la solemne ceremonia del casamiento; luego, banquete, baile, fuegos de artificio; y á las once de la noche, en una hermosa galera del país, con un poderoso tronco de mulas que había adquirido, llevaríase á su casa á la dueña de su corazón para no separarse de ella jamás.

Apresuró cuanto pudo la terminación de sus asuntos; compró las más hermosas joyas y los más ricos vestidos para la novia; adquirió también profusión de regalos para los padres, para la parroquia, para las monjas, y se despidió de su vida de soltero en una comida que dió á sus amigos y camaradas, donde todos brindaron por su dicha, y él hizo en elocuentes y entusiastas términos el retrato de la mujer incomparable que había hallado en una de las más humildes y desmanteladas viviendas de un pueblo desconocido.

Y por fin, antes de partir, mandó hacer suntuosos funerales en sufragio de aquel pariente de quien había heredado y á quien realmente debería la incomparable ventura de ser esposo de la mujer más perfecta que, á su juicio, existía en este bajo mundo. Si el pariente no hubiera existido, no habría él ido jamás por aquel pueblo, y si hubiese muerto más tarde, acaso habría conocido á Margarita casada con Juanillo, ó estaría él casado con otra. La Providencia había querido indudablemente favorecerle, y ya tenía pensado que se celebrara á su costa solemne función religiosa en acción de gracias, en la iglesia del pueblo, algunos días después de la boda.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa que de la suerte loca de aquella muchacha que no tenía sobre qué caerse muerta, y á muchas de las de su edad costábales trabajo disimular la envidia que las devoraba. No podía estar en su juicio un hombre que, habiendo señoritas en el pueblo que hasta sabían tocar el piano, prefería para mujer propia la más pobretona de las chicas del arrabal. No se sabe quién inventó la absurda especie de que el pariente difunto le había impuesto en su testamento la condición de buscar esposa en el pueblo, y esto aumentó la irritación de las señoritas contra el madrileño y contra la inocente Margarita.

En cambio, las vecinas y amigas de esta angelical criatura, pobres como ella que, como ella había vivido, vivían



privadas de todo bien, de toda gala, de toda alegría, de todos los placeres honestos de la juventud, y no podían tener otra aspiración que casarse con pobres braceros y pasar trabajos toda la vida, celebraban como propio el triunfo de Margarita, y se hacían lenguas del buen gusto del señorito que la había preferido á las damiselas envidiosas que estaban rabiando por encontrar marido para lucirlo y darse tono y tener quien las sirviese y andar siempre de pingo y de visiteo, muy puestas de sombrero y con una cola de vara y media.

Las señoritas se habían propuesto no asistir á la boda aunque las convidase el novio, que ya sabían sus intenciones de invitar á la gente principal; todas se excusarían, que no habían ellas de ir á celebrar la hermosura de la novia, que al fin y al cabo era hija de unos tíos del campo. Pero las muchachas pobres asistirían todas, y ya estaban preparándose á sacar de la arquilla el pañuelo de seda para el cuello, la saya de indiana nuevecita que se compraron en la feria y los pendienteillos de similor que, guardados en un papel de seda, no se usaban para que no perdieran el dorado tan bonito que sólo con mirarlo desaparecía. Cada una sacaría su pobreza en honor de la que proclamaban con el mayor regocijo la más hermosa de todas.

Juanillo veía con aparente indiferencia llegar el momento temido en que había de perder toda esperanza. Pasaba los días en el huerto de sus padres adoptivos, y parecía como que evitaba encontrar á Margarita y á sus bienhechores. Había tomado su resolución: morir. En medio de la tempestad de la pasión que rugía en su pecho y envolvía en sombras su cerebro, iluminábale el recuerdo de su infancia, cariñosamente cuidada por aquellos padres, y su orfandad embellecida por las sonrisas celestiales de la niña que tanto le amaba.... Y el desventurado gemía y sollozaba y se daba crueles golpes en el pecho y en la cabeza, como si pudiera así destruir la pasión horrenda y los malos pensamientos que le atormentaban. Su resolución era morir; pero no estaba seguro de que un vértigo de sangre no le llevara á matar....

IV.

Llegó el día de la felicidad para D. Ricardo, para Margarita y sus padres; el día terrible para Juanillo. Precisamente era vigésimo aniversario de aquel día luctuoso en que el desbordamiento del río arrastró á sus padres y su escasa hacienda. Él tenía entonces cuatro años y tres la hija del hombre de bien que le salvó y le adoptó. Y amaneció el día lo mismo, á no dudar, que el en que Juanillo quedó huérfano. De color plomizo el cielo, sin una ráfaga siquiera de claridad, cayendo desde las primeras horas de la madrugada menuda, pero copiosa lluvia, la fiesta á que D. Ricardo había invitado á todo el pueblo resultaría muy deslucida. Y no era posible aplazarla; lo que podría hacerse era repetirla cuando mejorase el tiempo. Acudieron, sin embargo, los que habían de recoger los donativos que el novio había determinado repartir, y desde por la mañana empezó á oír expresivos saludos y bendiciones de toda aquella pobre gente que nunca se había visto tan generosamente agasajada.

Pero no cesaba de llover, y respirábase aire de tempestad.

Las amigas de Margarita habíanla vestido para la ceremonia, y el novio, los padres y todos la contemplaban con embeleso, cuando súbitamente el estrépito de la tormenta los hizo estremecer. Juanillo no estaba allí; en el huerto se hallaba inmóvil, mirando al río, que llevaba ya copiosísimo caudal de agua, y si alguien hubiese estado cerca del huérfano hubiérale oído murmurar:

—No seré yo sólo quien muera hoy.

El padre de Margarita mostrábase inquieto; aquella persistente lluvia y aquella cerrazón ya las conocía. Veinte años antes habíase visto en grave peligro de muerte queriendo salvar á Juanillo. Dios le había protegido entonces; en Él confiaba también en medio de aquella horrible tormenta que tronaba sobre el pueblo aterrado.

Por él hubiérase diferido para otro día la ceremonia nupcial; pero el venturoso novio, menos preocupado que el viejo, y cada momento más prendado de la hermosa á quien iba á dar su nombre, no quería demorar un punto más su ventura. Era aquella una escena verdaderamente extraña y original. Todos temblaban, todos, menos D. Ricardo y Juanillo, los dos rivales. Los convidados al festín que había de seguir á la ceremonia religiosa, oían con espanto el horrisono estruendo de la tormenta, y temían que fueran aquellos momentos los del fin del mundo.

Ya iba á ceder el anciano venerable sacerdote á los ruegos del galán, impaciente por recibir la bendición nupcial, en medio del estupor y el miedo de que estaban poseídos los testigos de una boda tan sonada, cuando súbitamente la vetusta casa se hundió en el torrente impetuoso y devastador en que se había convertido el mísero río....

Y todo desapareció en las sombras....

El día siguiente al de la catástrofe inmensa aparecieron lejos, en término de otro pueblo ribereño, los cadáveres de una mujer y un hombre. Este se conocía que había pretendido en vano salvar á la mujer; la tenía fuertemente asida por la cintura apretándola contra su pecho. Ella estaba horrible; la muerte había destruído en un instante la más peregrina hermosura que ha podido soñarse en este mundo; el hombre había sucumbido con la sonrisa que conservaba en los labios contraídos por la muerte.

De todos los que habían concurrido á la fiesta de la boda sólo se salvó una persona; el novio, D. Ricardo. ¿Cómo se salvó? No lo ha sabido explicar.

Unos guardias civiles le recogieron cuando bajaron las aguas. Parecía muerto, pero pronto se convencieron de que todavía pertenecía al mundo de los vivos, aunque por las señas, no sería por mucho tiempo. Sin duda había nadado toda la noche, y al amanecer, cuando fué recogido, ya no podía más y se había entregado rendido á la muerte.

Dios no quiso que muriera.

D. Ricardo vive, y pronto ingresará en la santa comunidad franciscana que existe en un pueblo próximo al desventurado en que se iba á celebrar su boda.

CARLOS FRONTEIRA.





NAVEGANDO

También de los cantares y las risas
Me halagó el regocijo seductor,
Y arrullada por céfiros y brisas
Llevé mi nave al puerto del amor.

¡Cuántos dulces recuerdos escondidos
En las amargas olas me dejé!
¡Cuántos entre la bruma confundidos
Inquieta el alma evaporarse ve!

¡Hijos, cantad! ¡la juventud convida!
¡Risa y cantos estallen á la par!
Pero no me pidáis dicha fingida;
Náufrago de los mares de la vida,
¡Yo nunca voy alegre por el mar!

Ría de Marín, 1891

MANUEL DEL PALACIO.

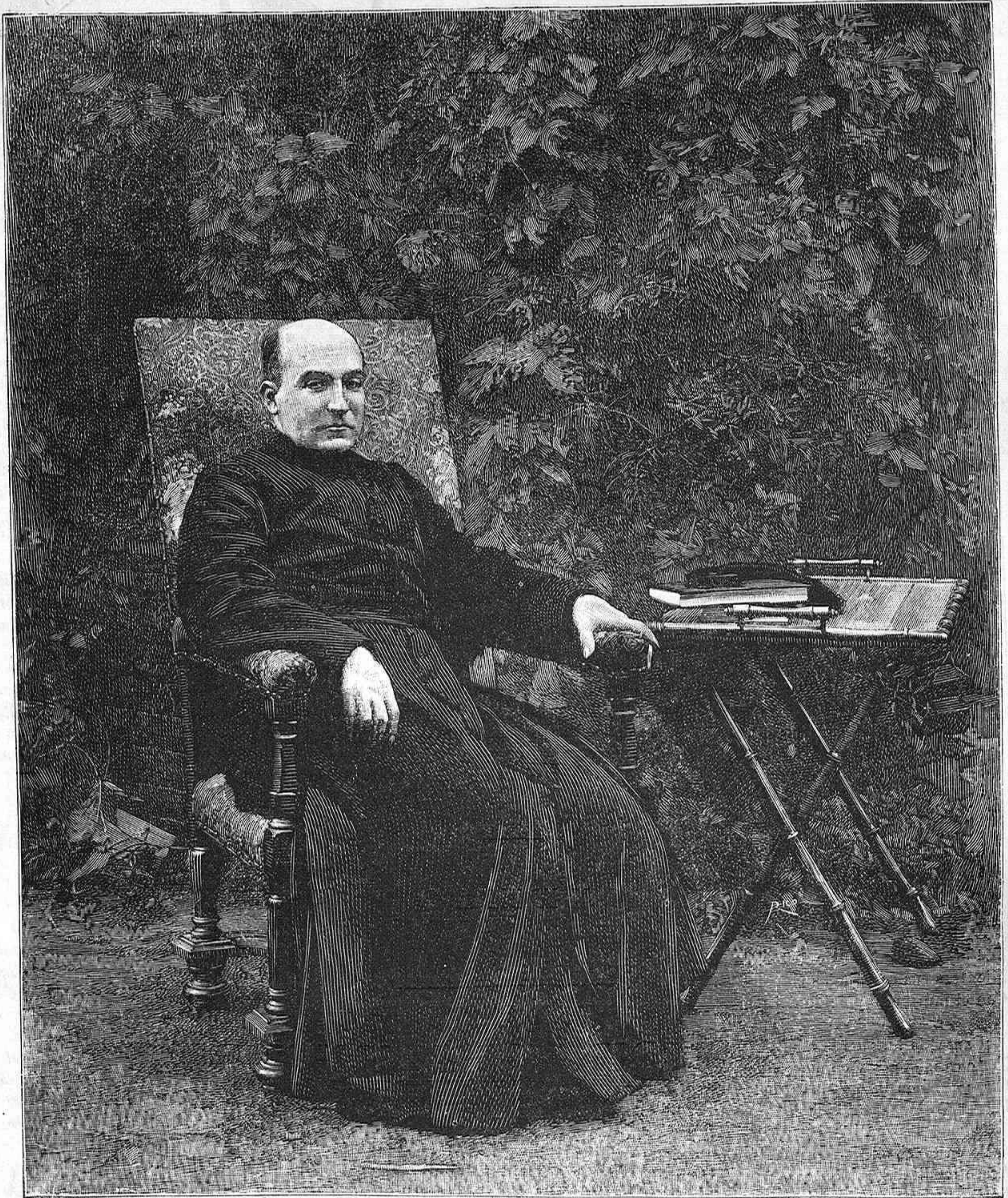
—¿Por qué no cantas, padre? me decían
Mis hijos, fatigados de gritar,
Mientras sus carcajadas confundían
Con el murmullo plácido del mar.

¡Canta! la luna en el azul pasea;
Todo es misterio y calma en derredor;
Cisne que con las ondas juguetea
Parece nuestro esquife volador.—

Yo en tanto silencioso y distraído
Acaso meditaba, sin querer,
En ese mar profundo del olvido
Que no sabe los muertos devolver.

¡Ay! también del abismo enamorado
Sus ocultas visiones perseguí,
Y el coro melodioso y regalado
De las sirenas pérfidas oí.





R. P. LUIS COLOMA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
AUTOR DEL LIBRO «PEQUEÑECES.....»



EL PADRE COLOMA

AL SEÑOR EDITOR DE ESTE ALMANAQUE

Me pide usted unas líneas que acompañen la reproducción del retrato de ese peregrino ingenio que en el año último atrajo sobre sí la curiosidad pública con una obra tan comentada como leída por toda clase de gentes. Y me lo pide usted sabiendo lo que hace, pues no ignora que yo estuve en Bilbao hace pocos días con el casi exclusivo objeto de visitar al Padre Coloma y de estrechar su mano de escritor.

Ante todo diré á usted que el retrato que hoy se reproduce (como la presente publicación acostumbra con las celebridades del curso del año), es de una exactitud singular, sólo que la cara del Padre aparece en su conversación más expresiva, animada y juvenil que en los severos rasgos del dibujo, ó lo que es lo mismo, que dentro de algún tiempo será más parecida esta copia.

Así, no obstante, me lo figuro en ese propio sillón atento á mis preguntas y solícito por contestarlas en las tranquilas horas que pasamos juntos. Yo quería conocer al Padre Coloma por dentro, tarea no muy fácil cuando se trata de un hombre eminente, y sobre todo de un padre jesuita; pero debó decir que hay en su forma exterior tal sinceridad y tal espíritu de franqueza, que no permiten temer dualidades de las que son comunes en cierto género de personas. El autor de PEQUEÑECES es con sotana y alzacuello el mismo que narra su novela con frac y corbata blanca: no hay entre el Padre Coloma y el Sr. D. Luis Coloma más que los votos y el breviario.

Pero ¡qué bien lleva el breviario el Padre Coloma! Instándole yo á que declarase que sus aficiones literarias eran muy antiguas, me confesó que databan de los ocho años, é insistiendo por ello en cuál sería su proceder si fuerzas mayores le prohibiesen escribir, contestó con acento de convicción solemne:—«Rompería la pluma y me metería á rezar.»

Yo intentaba descubrir con esto cuál era la opinión de la Compañía en materia de PEQUEÑECES, é hice uso de ese argumento vulgarísimo sacado á luz por cuantos se han ocupado de la renombrada obra. ¿Cómo se meten ustedes con la aristocracia, cuando la aristocracia protege á ustedes y les confía la educación de sus hijos? La contestación del Padre Coloma fué la que sigue:

—En primer lugar, yo no me he metido con la aristocracia, sino con unas figuras aristócratas, cuyas costumbres, bien patentes por cierto, están necesitadas de corrección ó enmienda. Pero supongamos que me hubiera metido: ¿qué

moral es esa en la cual se establece que el predicador ó el moralista no deben dedicarse á corregir los pecados del que les obsequia ó paga? ¿Habrán de meterse únicamente con los pobres, porque no tienen dinero ó porque no pueden rebelarse contra sus predicaciones? ¿Qué moral es esa? vuelvo á decir. Además, si la aristocracia nos confía sus hijos, como lo hace la clase media y lo va haciendo la más humilde desde que hemos ensanchado la educación gratuita, ya sabrán por qué lo hacen, pues es muy curioso observar que se pasen la vida censurándonos á nosotros, los que después mandan sus hijos á nuestros colegios.

—Sin embargo, Padre—le dije—las gentes se quejan de que ha estado usted demasiado duro con esas figuras á que se alude, y poco consolador ó económico con las figuras contrarias.

—Eso ya me lo ha dicho el diablo—contestó el P. Coloma sonriendo benévolamente.—Suelen ser más dramáticos los defectos que las virtudes, y no hay que olvidar que yo he escrito literatura. Pero las gentes pueden calmarse, porque estoy conforme con las opiniones de Pereda, el cual me dice que en PEQUEÑECES abundan más los contrabandistas que los carabineros. Yo procuraré en adelante reforzar el resguardo.

—Y á propósito de literatura, Padre—le pregunté—¿cómo se explica que del seno de la Orden de ustedes salga hoy literatura amena, cuando la índole de la Compañía ha sido siempre la misión dogmática?

—Pues de un modo muy sencillo. Desde que hay prensa de gran circulación para combatir verdades cristianas, se necesita que la haya para defenderlas, y la circulación no se obtiene sino persuadiendo y agradando. Existe en casi todas las naciones cultas un periódico llamado *El Mensajero*, con ese fin, el cual periódico corre á cargo de los Padres de la Compañía generalmente, excepto en nuestra España, donde hasta hace poco era de una empresa particular. Vino *El Mensajero* á nuestras manos con una tirada de 300 ejemplares y hoy la tiene de 18.000; ¿cómo, pues, había de hacerse este milagro sino valiéndose de las armas de sus competidores, es decir, procurando el interés y la amenidad? Yo he sido encargado de la parte literaria de ese periódico, como otros Padres de la religiosa, y he aquí la respuesta á su pregunta de usted.

Entonces juzgué conveniente decirle que el público había tomado á PEQUEÑECES por una obra de propaganda, fundán-



dose, entre otras razones, en la extraordinaria baratura del libro. El Padre volvió á sonreirse, exclamando:

—Los que tal dicen ignoran que la Compañía de Jesús no puede ejercer ninguna clase de industria, y como lo sería especular con los libros, lo que hace es presuponerlos en coste y costas y dividir la suma entre los ejemplares. Así salen tan baratos.

—¡Ya! pero eso puede constituir lo que en el comercio se llama una competencia ruinosa.

—Tiene usted razón, y por eso no volverá á suceder. En adelante los libros se sacarán á la venta por su valor industrial, y si se gana se aplicará su importe á esos otros libros que la Compañía distribuye de balde.

—¿Se ha vendido de PEQUEÑECES tanto como dicen?

—De PEQUEÑECES se ha vendido primero una edición de cinco mil ejemplares, después otra de siete, luego una tercera de ocho, y en la actualidad se hace una de diez que ya está comprometida; es decir, lo que los franceses llaman treinta ediciones. También hay algunas fraudulentas.

—¿Y qué efecto han producido en usted las críticas de la obra?

—Seré franco en esa respuesta, amigo mío. Confieso en primer lugar que aun no he podido leerlas todas, como tampoco conozco sino imperfectamente la multitud de cartas que han llegado á mi poder con censuras, alabanzas, consejos é indicaciones de diversa índole, que exigirían de mí no ocuparme en otra cosa. Añadiré que me han molestado las que, desconociéndome en absoluto, han propendido á formarme una leyenda de que mi vida simple se consideraba á cubierto; así como las que, interpretando torcidamente mis ideas, daban á mis palabras un giro malicioso que habré provocado por inexperiencia literaria, pero no con dañina intención. Fuera de éstas, las otras me han parecido justa carga de todo el que se exhibe: si se echa encima los elogios, ¿por qué no ha de recibir con mansedumbre los dictérios? Lo único en que no he dudado es en callarme á cuanto digan y respetar ó aprovechar cuanto me censuren.

—También habrá usted tenido satisfacciones—me apresuraré á decirle.

—¡Ah, esas extraordinarias! Si viese usted entre la multitud de censuras, que llenan un armario de mi celda, cuántas reversiones á la piedad, cuántas confesiones de arrepentimiento tengo recibidas! No es lo mismo hablar alto entre las gentes, que recoger los acentos de la conciencia humana, y á veces el que en la tertulia murmura de un libro, bendice en lo profundo de su corazón al que tan sanos consejos le ha proporcionado.

—De modo que la aristocracia.....

—La aristocracia—continuó el Padre—es la que mejor ha entendido mi libro. Ella comprende que yo no ataco la clase,

sino la degeneración de la clase, y me lleva dadas hasta ahora muchas pruebas de afectuosa simpatía. Imita en esto á los críticos de Inglaterra y de Alemania, los cuales han llamado á PEQUEÑECES *defensa de la aristocracia*, por considerar la obra como tarea de expurgo, que es lo que yo me propuse que fuese. La aristocracia, cuando une á la alteza de la alcurnia la alteza de su proceder, es para mí respetabilísima, y su representación en la sociedad indispensable. Ya se verá pronto en un libro que preparo, y no es novela, la exactitud con que se me juzga en el extranjero.

—Pero ¿y las alusiones, Padre?

—No me cansaré de repetir que esas alusiones carecen de la intención que se les atribuye. Yo he tomado datos de la verdad, único medio que conozco para exponer la verdad, y si la malicia los refiere á personas determinadas, esto prueba que los vicios existen y su remedio urge. Podré haber cometido la simpleza de delinear algunas de mis figuras con rasgos característicos que puedan convenir á sujetos determinados; pero por mi fe de sacerdote digo que esos sujetos no eran en manera alguna los que me proponía sacar á luz. Si yo expusiera la lista de las personalidades sobre quienes se me consulta, podrían reunirse media docena de *Curritas* y una docena de *Villa-melones*. La cosa es que el público en general gusta del chismecillo y la murmuración, agarrándose de un pelo para saborearlos, y si yo he promovido en algún modo esta falta, irá el arrepentimiento con la enmienda.

Muchas otras cuestiones se terciaron en nuestra conversación, de las cuales, unas por su delicadeza, otras por su gravedad, debe prescindirse al presente; bastando decir que el Padre Coloma, atento á cuanto escucha, razonador en cuanto se somete á su examen, modesto en sus pretensiones y amenísimo en su trato, inspira extraordinaria simpatía con su ancha frente, ojos expresivos á la manera meridional, modales sueltos y palabra algo apresurada aunque nunca indiscreta, pudiendo condensarse el dibujo de su figura en estas palabras: es un jesuita con cara y con maneras de hombre.

Perdóneme el amigo de un día que yo, indiscreto, penetre en el retiro de su celda para exponerlo á los ojos de la multitud violando la austeridad de sus votos sacerdotales; pero ese mismo retiro que lo oculta á las miradas del público literario, cuya adhesión ha sabido atraerse (porque el Padre Coloma ante todo es un gran literato), justifica mi impertinencia de ahora, que se dirige á satisfacer un legítimo anhelo de los lectores y una afectuosa solicitud del ilustrado Director de este ALMANAQUE.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Madrid 1.º de Septiembre de 1891.

